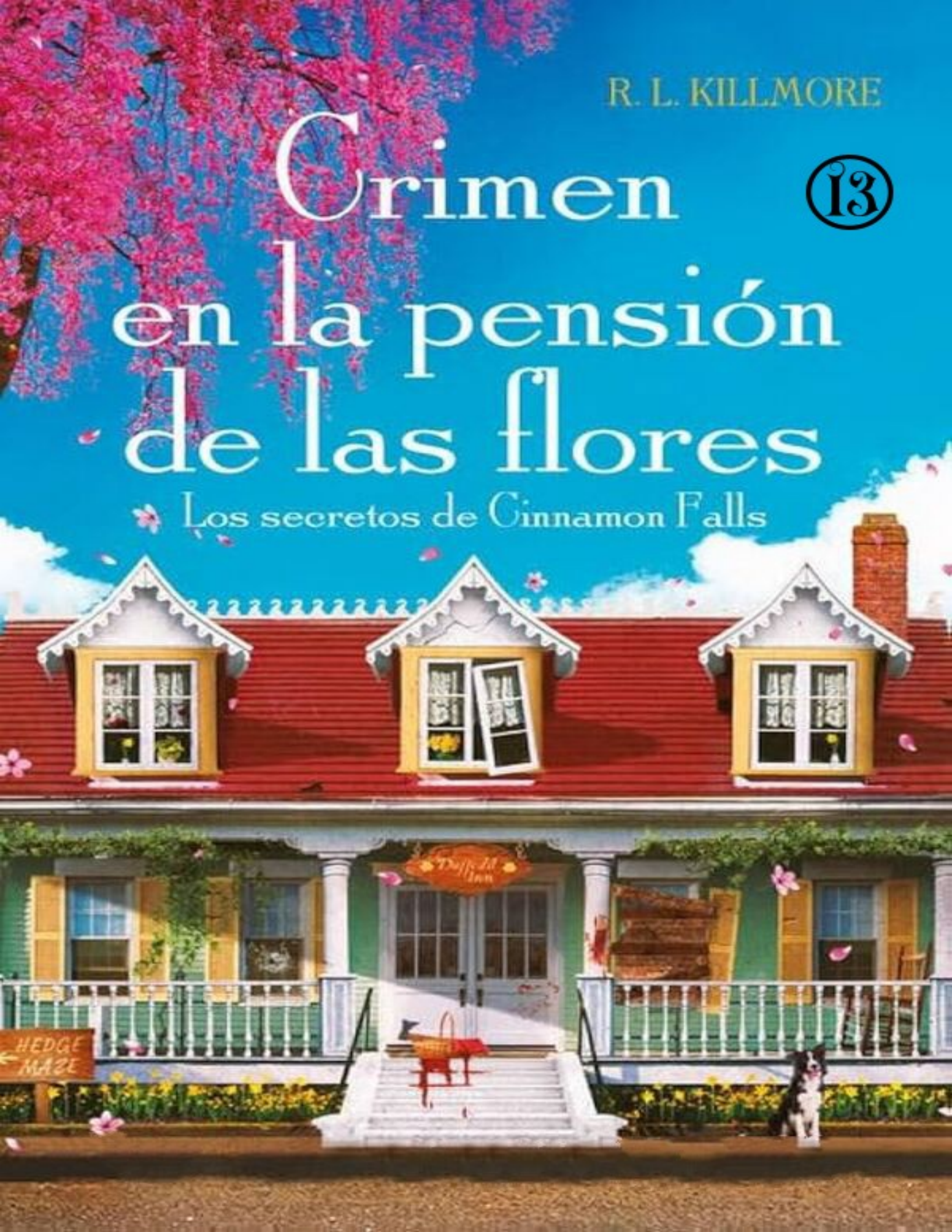
R. L. KILLMORE

Crimen en la pensión de las flores

13

Los secretos de Cinnamon Falls



Morgan Taylor ayuda a regañadientes a sus padres a organizar un gran evento en la pensión Daffodil Inn, aunque en realidad preferiría mantenerse al margen y seguir cení rada en su tranquila vida como educadora infantil. La fiesta culmina con el esperado baile de los Pétalos y las Promesas, una noche mágica en la que todo parece posible… hasta que un grito interrumpe la celebración. Uno de los invitados aparece muerto en el laberinto del jardín. Mientras Morgan intenta descubrir qué ha ocurrido, entre secretos, pistas y vecinos que parecen ocultar más de lo que dicen, Will, un enigmático y atractivo hombre, se cruza una y otra vez en su camino. Y cuanto más avanza la investigación, más difícil resulta ignorar la inesperada conexión que existe entre ellos. ¿Lograrán descubrir al culpable antes de que alguien más resulte herido?

R. L. Killmore

CRIMEN EN LA PENSIÓN DE LAS FLORES

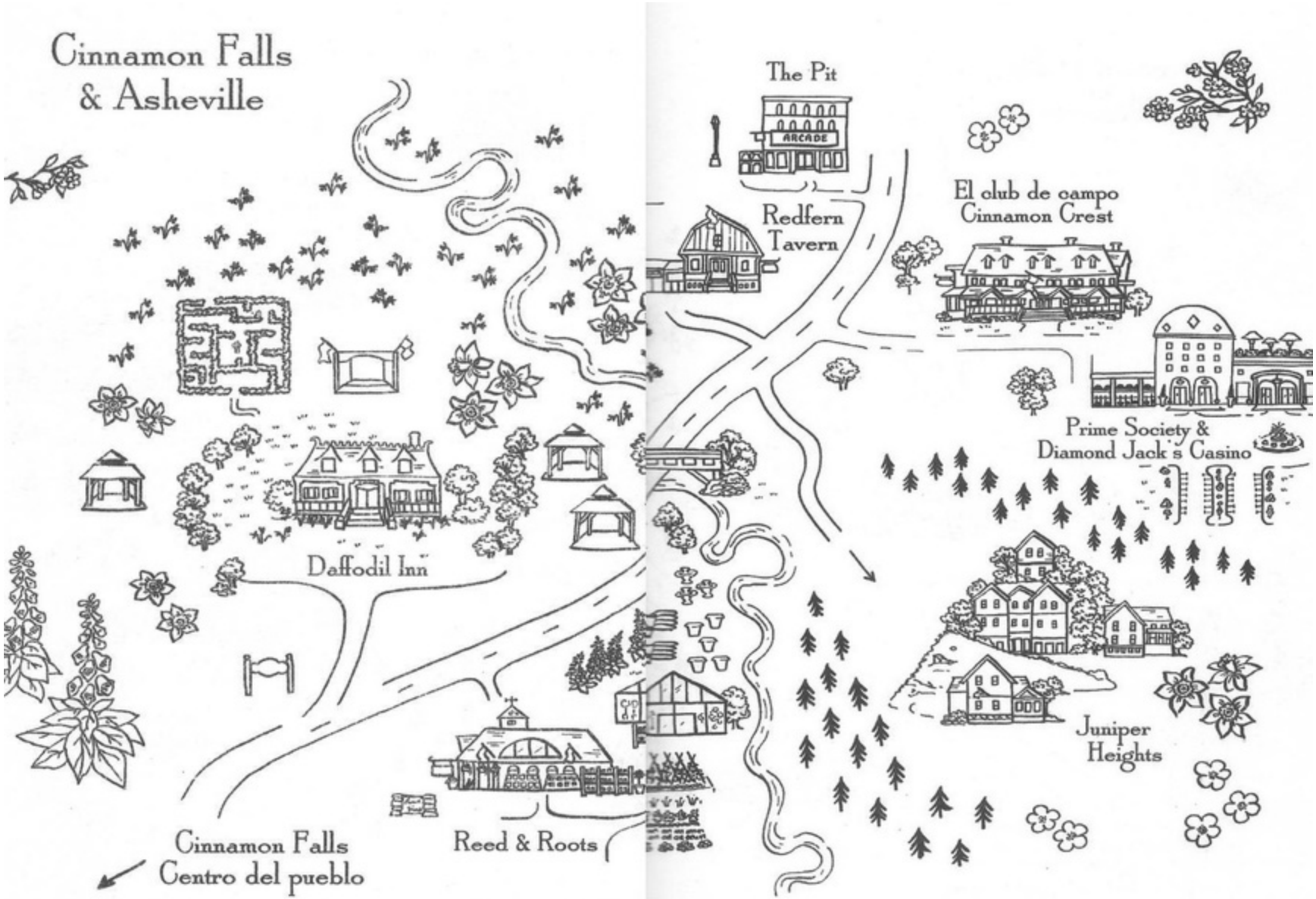
Los secretos de Cinnamon Falls
2

Título original: *Death at Daffodil Inn*
R. L. Killmore, 2026
Traducción: Tatiana Marco Marín, 2026

Revisión: 1.0

06/09/2026

Para Riley, nuestra Angel:
el mundo es más luminoso porque tú estás en él


Cinnamon Falls
& Asheville
The Pit
ARCADE
Redfern
Tavern
El club de campo
Cinnamon Crest
Prime Society &
Diamond Jack's Casino
Daffodil Inn
Juniper
Heights
Reed & Roots
Cinnamon Falls
Centro del pueblo

Capítulo 1
Morgan

Sábado

Que conste en acta que Morgan Vanessa Taylor no era muy aficionada a ser la anfitriona de celebraciones grandes y extravagantes, especialmente aquellas en las que todo el pueblo estaba invitado a tu patio delantero. Sin embargo, cuando tus padres eran los dueños de «una pensión muy pintoresca, con relajantes vistas a la orilla del río, donde se extiende un interminable campo de narcisos de una belleza impresionante», no tenías más remedio que memorizar el texto promocional de la página web, apretar los dientes y cumplir.

El Daffodil Jubilee, el festival de primavera anual de Cinnamon Falls, era la peor idea que sus padres habían tenido jamás. Su madre aseguraba que, de niña, a Morgan solía encantarle, pero en aquel entonces, habría asegurado que la tierra era plana si su madre se lo hubiera pedido, sobre todo si eso hubiera significado recibir su atención durante más de cinco minutos seguidos.

Para los forasteros, el Daffodil Jubilee se parecía a algún otro festival de pueblo pequeño de Cualquier Parte, Estados Unidos. Sin embargo, para los habitantes de Cinnamon Falls, aquella celebración significaba que, como una promesa cumplida, la primavera había

llegado, cálida y dorada. Era una excusa para deshacerse de las tiritonas invernales, salir de casa para beber limonada y compartir fotografías panorámicas con los mismos diez seguidores de siempre.

Los más pequeños se perdían en el laberinto de setos o buscaban huevos de plástico detrás de matas de hierba artificial mientras todos los demás disfrutaban de la música en directo, los puestos de mercado locales y la joya de la corona, que daba nombre tanto a la pensión como a la celebración: un jardín de narcisos amarillos y blancos que se extendía hasta donde la vista alcanzaba.

Todo había comenzado como una invitación informal casi treinta años atrás, cuando la familia Taylor había plantado narcisos en el descuidado jardín que se encontraba detrás de la hacienda recién restaurada que habían convertido en pensión. Aquella iniciativa empresarial marcaba un nuevo comienzo para la familia, así que los Taylor habían difundido la noticia a los cuatro vientos para que los viajeros, los vecinos y sus amistades fuesen a celebrar el comienzo de la primavera. La gente había asistido y, desde entonces, no había dejado de hacerlo.

Su padre, Wesley Taylor, llevaba toda la vida trabajando en la hostelería. De joven, había servido bebidas frías durante los días calurosos de verano a mujeres maduras que coqueteaban con él en el club de campo Cinnamon Crest de Asheville. Con los años, había llegado a ser ayudante de desayuno y después camarero. Los clientes habían elogiado tanto su atención que lo habían ascendido a recepcionista y, al final, a encargado, puesto que había ostentado durante la mayor parte de su carrera. Hasta que se le ocurrió la idea absurda de abrir su propia pensión.

Según se dice, cuando los padres de Morgan se enteraron de que, a las afueras de Cinnamon Falls, existía una propiedad en venta junto al río, no dejaron pasar la oportunidad de adquirirla. Combinando los ahorros que ambos habían reunido a lo largo de su vida, compraron de buen grado un terreno descuidado con una choza en ruinas abandonada tiempo atrás.

Les había supuesto años de esfuerzo, decenas de noches

bañadas en lágrimas y discusiones acaloradas, pero el Daffodil Inn que conocía Cinnamon Falls era el objeto de idolatría de sus padres: el símbolo del arduo trabajo de toda una vida englobado en treinta y dos hectáreas de colinas ondulantes de exuberante vegetación que habían sido transformadas para albergar una finca encantadora que colindaba con un campo de narcisos que se extendía a lo largo de Ja orilla tranquila del río.

El nacimiento de Morgan, por muy emocionante que hubiese sido supuestamente, palidecía en comparación con la alegría desatada que había sentido su padre cuando la pensión al fin había abierto sus puertas apenas unos meses después de que ella naciera. No recordaba la inauguración, dado que había estado profundamente dormida en brazos de su madre, pero había visto (y desempolvado) la fotografía conmemorativa casi todos los días de su vida. Colgaba con orgullo sobre la chimenea de ladrillos del salón principal, dentro de un marco ornamentado dorado. Bajo el punto de vista de Morgan, para ellos no había nada más importante que la pensión; ni siquiera su propia hija.

A lo largo de los años, sus padres se habían perdido innumerables partidos de fútbol, debates en equipo y competiciones de baile por estar ocupados con la pensión. Siempre tenían trabajo pendiente: camas que hacer, repisas de chimenea a las que quitar el polvo, malas hierbas que arrancar o césped que cortar. Nunca tenían tiempo para ambas cosas. Al diablo con los preciosos recuerdos de la infancia.

Por mucho que Morgan estuviese resentida con el Daffodil Inn por acaparar la atención de sus padres, también sabía que su deber era ayudarlos. Por eso, cuando le habían pedido que cancelara los muy esperados planes que había hecho con su mejor amiga, Nia, para las vacaciones de primavera, había aceptado a regañadientes pasar la semana en la pensión en su lugar, preparándolo todo para la festividad.

Cada año, el Daffodil Jubilee transformaba su patio en un mosaico de carpas verdes, amarillas y blancas que ondeaban con la

brisa como los pétalos agitándose bajo el sol.

Aquel año no iba a ser diferente. Los Taylor no podrían haber deseado que hiciera mejor tiempo. El sol dorado mantenía a raya el frío del invierno y Morgan se alegraba de haber optado por una camiseta de manga tres cuartos.

Observó a los niños, que chillaban de emoción con los dedos pegajosos, los ojos desorbitados y las mejillas pintadas con dibujos de narcisos, mariposas o alas de hadas. El característico aroma de la vieja receta de los bollos de canela de Rosie's se mezclaba en el aire con el toque dulce de las palomitas de maíz con caramelo y los buñuelos, así como con el olor especiado y dulce del humo de la barbacoa. En la distancia, Rodney McIntire and the Macs, el grupo folk más popular de Cinnamon Falls, estaba interpretando una versión de un viejo clásico mientras, sentados en sus tumbonas, los padres chasqueaban los dedos al ritmo de la música, rememorando el pasado.

Morgan se agachó para entrar dentro de una carpa vacía que se encontraba junto al ahumador de carne de Benny Johnson. El dueño de BBQ Joint llevaba todo el día ahumando un *brisket* con el que se le estaba haciendo la boca agua. Se enjugó la frente con el dorso de la mano y respiró hondo, inhalando humo y estrés a partes iguales. Aquel era tan buen escondite como cualquier otro, pues la mantendría alejada de las multitudes y las quejas constantes de su madre durante un segundo que parecía caído del cielo. Se recolocó la placa laminada con forma de narciso que llevaba colgada del cuello y escudriñó los terrenos del festival desde aquella posición privilegiada. Todo parecía estar saliendo como la seda.

«Apenas unas horas más», le dijo su cerebro.

—¿Es una buena señal que nadie esté llamándote a gritos o preguntándote dónde hay una alargadera? —Nia Bennett apareció a su lado, con las gafas de sol sobre la cabeza y dos botellas heladas de limonada en las manos. Entonces frenó en seco—. Perdón, ¿se suponía que estabas escondiéndote?

Nia siempre era muy oportuna y se daba cuenta de las cosas

obvias demasiado tarde. Llevaban siendo mejores amigas desde primer curso, cuando Morgan se había matriculado en la Escuela Primaria Morningstar, y, desde entonces, habían permanecido unidas. Habían sobrevivido a la complicada y traumática muerte de su mejor amiga en común, Sienna, así como a la de su madre, Rosie, y, en aquel momento, se estaban embarcando juntas en una aventura nueva: la boda de Nia con el mejor policía de Cinnamon Falls, Jesse Shaw.

Aquel día, Nia llevaba los rizos recién teñidos de un tono castaño miel recogidos en una coleta alta y sus aretes de oro destellaron bajo el sol cuando ladeó la cabeza con una sonrisa cómplice al comprender al fin la situación. Su vestido largo, cubierto de margaritas amarillas, ondeaba con la brisa, y el delantal, que llevaba el logo estampado de The Cinnamon Scoop, todavía mostraba una leve mancha de helado de canela seco a causa de los cucuruchos que llevaba sirviendo toda la mañana. Era preciosa de un modo que destilaba seguridad y naturalidad. Nunca tenía que esforzarse demasiado para obtener la atención de la gente o, dicho sea de paso, para ser aceptada. Morgan admiraba el hecho de que supiera con exactitud quién era y no malgastara energía en conseguir la aprobación de los demás.

—Ya no —refunfuñó ella mientras le quitaba una de las botellas de la mano y le quitaba el tapón con ganas—. Que nadie me esté buscando puede ser una buena señal o un indicio del apocalipsis. —Alzó la botella en dirección a su amiga como muestra silenciosa de agradecimiento—. Llevo desde el amanecer corriendo de un lado para otro como un pollo sin cabeza. Lo necesitaba.

—Lo has vuelto a conseguir —dijo Nia mientras miraba en torno al jardín con una sonrisa de orgullo—. Puede que este sea el mejor festival de primavera hasta la fecha.

Morgan iba a abrir la boca para desestimar el elogio de Nia cuando se percató de que había movimiento en el exterior de la carpa, lo que amenazaba con dejar al descubierto su escondite. Cerca de las casetas de los juegos, William Reed se había colocado

detrás de su hija, Angel, y la estaba ayudando a lanzar a canasta en la competición de baloncesto. Con una mano guiaba la de ella con cuidado mientras apoyaba el otro brazo musculoso en el marco de la caseta. Cuando la pelota de la niña voló demasiado alto y rebotó en el aro, Will le entregó otro dólar al empleado y dejó que lo intentara de nuevo. El gesto decidido de Angel hizo que se le derritiera el corazón.

Nia siguió la dirección de su mirada.

—Deberías ir a hablar con él.

Morgan soltó un bufido burlón y apartó la vista de golpe.

—¿Te has vuelto loca? Angel está en mi clase de primer curso.

—Más bien estaba en tu clase de primer curso —le clarificó su amiga—. Ahora está en segundo de primaria, por lo que tienes vía libre con su padre —añadió Nia con una sonrisa de medio lado—. Venga ya; tuviste que percatarte de cómo te miraba durante el evento de recaudación de fondos de primavera que se celebró la semana pasada.

—Estaba mirando la mesa de la comida —masculló ella.

—Créeme: no eran los *brownies* lo que lo tenía sumido en un trance.

Acalorada de pronto, Morgan dio un trago largo de limonada. Volvió a posar la vista en Angel, que se estaba riendo con los brazos estirados para recoger el unicornio azul que le estaba entregando el encargado de la caseta. Era demasiado bajita, así que Will le entregó el juguete a su hija con un ademán exagerado, haciendo una reverencia profunda. La pequeña levantó su premio por los aires mientras soltaba un grito de guerra victorioso.

Una mujer mayor se acercó en aquella dirección. Llevaba la melena burdeos peinada en suaves ondas y recogida a un lado con horquillas y mostraba una sonrisa de orgullo en la profundidad de los ojos. Eleanor Langford. Se alojaba en el Daffodil Inn desde el lunes y siempre iba vestida de forma impecable, como si la vida fuera su propia pasarela. Aquel día llevaba un kimono floral vaporoso con unos volantes exagerados que arrastraba por el suelo cuando

caminaba. Morgan podría distinguir una prenda a medida de Frankie Templeton con los ojos cerrados. Ella misma era como una valla publicitaria andante de The Velvet Fox Boutique.

Con una mano enjoyada, Eleanor se apretaba contra el pecho una delicada taza de té como si fuese una posesión muy preciada y Morgan quiso pensar que estaría llena de su dosis diaria de manzanilla. Pero, conociendo a la mujer, bien podría tratarse de vodka a palo seco. Angel le enseñó el premio y Eleanor ahogó un grito de alegría antes de unirse a la pequeña en un baile de la victoria consistente en sacudir las caderas.

—Tengo que acabar de ayudar a mi padre a desmontarlo todo. —Nia tecleó algo en su teléfono, devolviendo a Morgan al presente. Entonces, empezó a enumerar con los dedos—. Después me marcharé a casa para darme una ducha y echarme una siesta. En ese orden. Ya sabes lo mucho que me gusta seguir durmiendo a pesar de las alarmas, así que es posible que llegue un poco tarde para el Baile de los Pétalos y las Promesas.

—Espero que elegantemente tarde —le dijo ella mientras se alejaba.

—¡Por supuesto! —replicó su amiga—. Guárdame un bollo de canela y… —Se cubrió la boca con las manos—. Reserva un baile para ese saco de problemas alto y con patas —añadió, señalando sin demasiada sutileza a Will con la mano todavía sobre los labios.

Morgan resistió la tentación de hacerle un corte de mangas por si había algún niño observándolas. Lo último que necesitaba era que su madre se enterara.

El resto de la tarde transcurrió sin incidentes y, a pesar de ser el único responsable del dolor intenso y agudo que Morgan notaba entre los mofletes del trasero, el Daffodil Jubilee llegó al último acto: el Baile de los Pétalos y las Promesas.

El baile comenzó justo cuando el sol se ocultaba tras los árboles, cubriendo los campos de narcisos que se mecían al viento con un resplandor etéreo. La auténtica magia ocurría por la noche, bajo un cielo de estrellas resplandecientes que transformaban el patio en algo que parecía sacado de una de esas revistas de casas de lujo. Se recogían las carpas, las mesas y las sillas y se cubría la hierba mullida con una pista de baile improvisada. La música, que consistía en una mezcla de músicos locales y vinilos viejos de *soul*, se esparcía por todo el jardín y se entremezclaba con las risas espontáneas de las parejas de enamorados y el suave tintineo de las copas de cóctel.

«Puedes hacerlo —se dijo Morgan a sí misma—. No es más que otro festival. Se acabará en…». Miró la esfera de su reloj inteligente. El temporizador que marcaba el paso del tiempo en la esquina superior le indicó que tan solo habían transcurrido veintidós minutos desde el comienzo del baile, pero ella ya estaba harta. Respiró hondo con calma, tal como le indicaban las meditaciones nocturnas con las que se quedaba dormida, para tranquilizar los caballos galopantes que tenía en el pecho.

Por norma general, se habría regocijado de que fuera ese momento de la noche. En apenas unas horas, habría dejado atrás aquel día infernal que llevaba temiendo desde el comienzo del año nuevo. Podría volver a su vida normal y dormir en su propia cama sin que su madre controlara todos y cada uno de sus movimientos. Estaba segura de que eso era lo que Vanessa prefería. A aquellas alturas, ya estaba acostumbrada a la frialdad de su madre. Desde que se había mudado a su propia casa, en la otra punta del pueblo, nunca la llamaba para ponerse al día con ella a menos que se tratara de un asunto relacionado con el negocio. Morgan podría haberse fugado con un circo para ser la mujer barbuda y, aun así, su madre tan solo le habría soltado un «Qué bien» indiferente por teléfono.

No todo era malo en Vanessa Taylor. Mostraba su dedicación a través del trabajo. Para ella, el trabajo implicaba acción. La acción producía resultados y no tenía tiempo para los asuntos triviales del

corazón como el afecto.

Morgan subió al cenador que tendrían que haber derribado años atrás. Era tan antiguo como el terreno sobre el que se alzaba (tenía la pintura desgastada y desconchada a causa de los minerales del agua del río y clavos rebeldes que sobresalían por aquí y por allá), pero su madre estaba obcecada con conservar el «encanto retro» de la pensión, significara lo que significase eso.

Los arcos de los pies le dolían a causa de los zapatos de cuña de doce centímetros y el vientre le rogaba tener un descanso de la faja moldeadora en la que se había embutido a duras penas al principio de la noche. Le levantaba los pechos hasta la nariz a pesar de que llevaba un vestido sin tirantes, por lo que había merecido la pena hacer algunos sacrificios.

Se sentó en el banco de madera, se dio la vuelta y, con cuidado de no clavarse ninguna astilla, pasó el brazo por encima del borde para tener unas buenas vistas del río que fluía junto a ella con lentitud, manso e imperturbable, hasta llegar al océano, que se encontraba a kilómetros y kilómetros de distancia.

Un coro de grillos y ranas entonaba su balada nocturna, dándole una serenata, mientras los mosquitos se esforzaban por evitar sus rápidos reflejos. Hacía una temperatura inusualmente alta para ser abril y el calor era opresivo, pero el río cercano le ofrecía una brisa tan agradable como el beso robado de un amante.

No era capaz de distinguir en el horizonte dónde acababa el río y dónde comenzaba el cielo. Unas esferas blancas diminutas salpicaban el firmamento nocturno y creaban un caleidoscopio de constelaciones que, cuando iba al colegio, Morgan solía saberse de memoria. Ahora le parecían un mapa complicado que no era capaz de interpretar. Las estrellas se reflejaban en el agua como bancos de peces que brillaban en la oscuridad y se alejaban nadando de Cinnamon Falls. Deseó poder marcharse con ellos.

Dio un sorbo a la copa perlada de condensación que tenía en la mano: un margarita de fresa bien cargado tanto de puré de fresa como de tequila. Sorbió con fuerza, dispuesta a acabarse la bebida

de una sola vez. El trago contenía un trozo de fruta que salió disparado hacia el fondo de su garganta como un misil guiado por calor. Se dobló por la mitad y tosió de tal modo que se le llenaron los ojos de lágrimas. Al final, escupió la fresa que había estado dispuesta a matarla, la cual aterrizó con un ruido húmedo junto a unos zapatos de suela dura que se encontraban a la entrada del cenador.

Con los ojos llenos de lágrimas, miró de arriba abajo al hombre que estaba frente a ella. Los zapatos de vestir negros de piel de serpiente asomaban bajo unos vaqueros oscuros con vuelta en los bajos que se le pegaban a los muslos de un modo que hacía que salivara (y no por haber estado a punto de asfixiarse).

Menuda suerte la suya atragantarse cuando el hombre más apuesto de todo Cinnamon Falls estaba de pie frente a ella, sosteniendo el ramo más perfecto que hubiese visto jamás de narcisos color crema y amarillo, sus favoritos. William Reed era una clase de hombre apuesto que no había conocido nunca antes. En un pueblo pequeño, la mayoría de los hombres estaban comprometidos desde que llevaban pañales. Gracias a Dios, Will era un forastero recién llegado (procedente de Macon, según le habían dicho) y corría el rumor sospechoso de que estaba soltero.

Llevaba una camiseta negra de cuello redondo metida por dentro de los pantalones, que se sostenían con un cinturón de piel de serpiente a juego con los zapatos. Morgan, una mujer a favor de combinar colores intensos, apreciaba su esfuerzo. Una americana color ciruela, que casi brillaba bajo la luz de la luna, le colgaba de los hombros atléticos y podía admirar sus músculos bien definidos por los años de trabajo intenso y sudoroso en el jardín incluso a través de la tela pesada.

Su gesto pasó de la preocupación a la diversión mientras con los labios carnosos e increíblemente besables dibujaba una sonrisa que dejó a la vista dos hileras de dientes tan blancos que resultaban asombrosos. Llevaba las largas rastas recogidas en una coleta, dando protagonismo a su tez suave como la crema de mantequilla.

Arrugó la nariz respingona a causa de una carcajada inminente y sus ojos, amables y sonrientes, hicieron que a Morgan se le encendiera la piel por la vergüenza.

Con Will iba a lo seguro, sin complicaciones: una relación amistosa pero superficial. Desde luego, nunca había tenido las agallas para preguntarle por su situación sentimental. Ni siquiera parecía ser el tipo de persona a la que le gustasen las relaciones serias. Sin duda, un hombre tan guapo tendría una caterva de mujeres ansiosas por tener una oportunidad con él. No tenía intención de ser una de esas mujeres desesperadas por recibir una mirada o el atisbo de una sonrisa, a pesar de que, en realidad, podría presentarse para ser la presidenta de su club de fans.

Además, las amistades eran algo en lo que destacaba. Ese era su terreno. Las historias de amor caóticas y dignas de un cuento de hadas eran para los demás, para gente más blanda y menos complicada. Había hecho las paces con la idea de ser la amiga graciosa de la historia de amor de otras personas. Era más fácil así: mantener su enamoramiento enterrado en las profundidades del rincón más apartado de su corazón, allí donde guardaba todas aquellas cosas que no se atrevía a desear demasiado.

—¿Son para mí? —dijo con voz ronca. Se enjugó varias lágrimas que se le habían escapado y se incorporó mientras tomaba varias bocanadas de preciado aire.

Will bajó la vista hacia las flores olvidadas y colocó bien algunos de los pétalos aplastados.

—Sí… —respondió con timidez mientras un toque de rosa le teñía las mejillas—. Iba a… Perdona, ¿te encuentras bien?

—Sí —contestó Morgan mientras dejaba la copa a un lado—, pero no sabía que las fresas estuvieran tan sedientas de sangre.

Él sonrió de medio lado.

—Nota mental: las fresas quedan prohibidas. —Se metió la mano libre en el bolsillo de los vaqueros y comenzó a mecerse sobre los talones. Morgan señaló las flores—. Perdona —dijo por segunda vez.

Cuando dio un paso al frente en dirección a ella, el zapato se le

enganchó con algo que había en el suelo, así que se inclinó hacia delante y perdió el equilibrio. Sus frentes chocaron con una sacudida que la tomó por sorpresa y provocó que una oleada de dolor le recorriera el cerebro y la dejara conmocionada. Empezó a ver estrellas y soltó un «ufff» dolorido cuando el cuerpo sólido de Will se estrelló contra el suyo.

Mientras se tambaleaba hacia atrás, Morgan intentó desesperadamente agarrarse a la barandilla para recuperar el equilibrio. El banco de madera atravesó la tela del vestido color lavanda y las astillas se le clavaron en la piel suave de los muslos. A Will se le escaparon de las manos las flores, que se precipitaron por encima de la barandilla y acabaron flotando río abajo.

El hombre aterrizó sobre ella y la inmovilizó con sus fuertes brazos. Lo más probable era que, en circunstancias diferentes, Morgan hubiese agradecido y disfrutado de tener un encontronazo semejante con Will, pero, tal como siempre ocurría en su vida, las cosas tenían que salirle mal sin más.

—Lo siento muchísimo —dijo él sin aliento mientras se ponía en pie a duras penas. Le tendió la mano para ayudarla a levantarse y tiró de ella con tanta rapidez que tuvo que aferrarse a su pecho duro como una roca mientras se le nublaba la vista.

No se le pasó por alto el hecho de que tenían la cara a escasos centímetros de distancia y los labios perfectamente alineados. Si Morgan fuese la princesa de un cuento, su Príncipe Encantador se inclinaría hacia delante, listo para besarla, mientras el sonido de la música se intensificaba y los fuegos artificiales estallaban en la distancia, bañando sus cuerpos con explosiones de luces centelleantes. Pero no era Cenicienta.

Se sacudió la ropa y alzó la vista hacia él, muerta de vergüenza.

—Al menos vamos empatados en lo que a momentos incómodos se refiere.

Will la miró con un destello travieso en los ojos. Había pasado un año escolar desde que había dejado de darle clases a su hija, pero reconocería esa mirada a un kilómetro de distancia. Era la misma

que le dedicaba Angel cada vez que estaba a punto de poner la clase de primero patas arriba.

—A ver si podemos hacer que sean dos de dos. —Will le colocó un dedo debajo de la barbilla y dirigió sus labios hacia los de él.

El tiempo se detuvo.

El resto de los pensamientos ansiosos se le esfumaron de la cabeza. En aquel momento la estúpida fiesta, el dolor de pies o los muslos sangrantes le parecían asuntos triviales.

La melodía de las ranas alcanzó su punto álgido y, durante un breve instante, Morgan se preguntó si de verdad su vida estaba a punto de convertirse en algo sacado de una novela romántica. Will se acercó hacia ella con los ojos cerrados y las piernas se le volvieron de gelatina. Estaba a tan solo unos centímetros de distancia. A unos milímetros… A apenas el susurro de un aliento atrapado entre los labios expectantes de ambos.

Un grito, bestial y gutural, rompió el silencio de la noche, haciendo que una descarga eléctrica le recorriera la columna vertebral. Se separaron de golpe y el momento romántico se alejó volando con el viento de paso.

Miró a Will a los ojos, que estaban llenos de pánico, y, sin mediar palabra, salió corriendo del cenador, bajó los escalones de un salto y fue a toda velocidad hacia la pensión.

—¡Morgan! —exclamó él a su espalda—. ¡Espera!

Le llegaron fragmentos de las conversaciones mientras se abría paso entre la multitud de espectadores que observaban la escena con gesto de curiosidad y horror. Llegó al centro de la muchedumbre, hasta el punto en el que, semanas antes, se había erigido el laberinto de setos gracias a Will y su padre, dueño de Reed & Roots, la mejor empresa de paisajismo de Cinnamon Falls. Morgan había fingido no estar observando a Will desde la ventana del segundo piso mientras este trabajaba bajo el sol de abril, sudoroso y sin camiseta, anclando los setos al suelo de uno en uno para construir aquel complicado tapiz de vegetación.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a la gente que se había

congregado a la entrada del laberinto.

Caleb Brewster y un grupo de alumnos de último curso del Instituto de Cinnamon Falls se encontraban allí con el rostro tan pálido como el de un fantasma. Will llegó junto a ella sin aliento y empezó a buscar a su hija entre la multitud.

—¡Angel! —gritó por encima de la muchedumbre, que se volvía más ruidosa a cada segundo que pasaba.

Entonces Morgan recibió la peor noticia de la noche. Caleb sacudió el dedo índice en dirección al laberinto.

—Señorita Morgan, ahí dentro hay una persona… muerta.

Capítulo 2
Will

Ocho horas antes

Como cada mañana fresca de sábado, William Romeo Reed se encontraba enterrado hasta las cejas en la tierra del invernadero de su padre. La luz del sol se expandía por el cielo pálido y se reflejaba sobre el césped cubierto de rocío mientras un alegre coro de petirrojos entonaba una dulce canción. A su espalda, la puerta mosquitera chirriaba con cada soplo de brisa, que arrastraba el leve dulzor de la madreselva que se enroscaba en torno a la valla perimetral. Will se subió aún más las mangas, manchándose los brazos de tierra, y siguió trabajando con calma y satisfacción junto a la Brigada del Cultivo, media docena de chicos adolescentes procedentes del Instituto de Cinnamon Falls que necesitaban una válvula de escape: algo que hacer en lugar de meterse en problemas.

Con diferentes niveles de esfuerzo, arrancaban malas hierbas del terreno, más interesados en darse codazos los unos a los otros que en enterrar las manos en la tierra. El programa, organizado por la empresa familiar, Reed & Roots, no solo era para plantar tomates y arrancar malas hierbas. Era supervivencia. Y, en el caso de algunos de los chicos, aquella era la primera vez que veían algo crecer

gracias a ellos en lugar de a pesar de ellos.

Will acababa de apilar una hilera de cajas de tomates cuando oyó las palabras arrastradas de su padre, que le llegaron flotando desde el terreno colindante.

—Eso de ahí —dijo Calvin, señalando un grupo de tallos altos y elegantes coronados por unas flores en forma de campana en tonos suaves de rosa y morado— es dedalera. Preciosa, ¿verdad? Atrae a las abejas, los colibríes y toda clase de animales polinizadores. Pero, oídme bien, no la toquéis. Si no se manipula de forma adecuada, resulta venenosa.

Will se limpió las manos en las perneras de los pantalones estilo cargo y observó cómo algunos de los chicos daban un paso atrás al unísono, impresionados pero recelosos. Calvin pasó a hablar del caudal de riego y Will cruzó la mirada con la de Caleb Brewster, que se mantenía alejado del grupo.

Para tener dieciséis años, era alto, delgado y enjuto, con la complexión de una mala hierba. Llevaba el ceño fruncido de forma permanente, tallado en el rostro como si fuera una máscara con la que hubiese llegado a sentirse demasiado cómodo. Su tío, el anterior jefe de policía de Cinnamon Falls, Vernon Prescott, solía lucir el mismo gesto. Después de que lo hubiesen arrestado, despedido y condenado por el papel que había desempeñado a la hora de encubrir los asesinatos de Sienna y Rosslyn Rose, Caleb había ido de mal en peor. Había pasado de ser el niño mimado de Cinnamon Falls a ser el paria del pueblo. En clase los jóvenes susurraban a sus espaldas y también a su cara. Algunos decían que Caleb acabaría igual que su tío, que era algo que venía de familia.

Los rumores parecían tener cierto peso, dado que había hecho amistades nuevas en Atlanta que habían aparecido por el pueblo con coches tuneados y cadenas gruesas. Will llevaba suficiente tiempo en el negocio de la vida como para saber que los chicos así no iban a ninguna parte por las vistas. Caleb estaba metido en algo hasta las cejas y él estaba haciendo todo lo posible por sacarlo de ahí.

Tampoco ayudaba el hecho de que, el invierno anterior, la madre

del joven, Rhonda, prácticamente lo hubiese acorralado en Bones Barber Shop con las pestañas llenas de lágrimas para rogarle que buscara algo, lo que fuera, que mantuviera a su hijo a salvo y alejado de los problemas. Y, de ese modo, Caleb había acabado formando parte de la Brigada del Cultivo.

Durante las primeras sesiones, apenas había pronunciado una sola palabra. Sin embargo, Will se había fijado en la intensidad con la que prestaba atención y en el hecho de que permanecía junto a las plantas más tiempo que los demás. Sabía que todavía quedaba algo en su interior a lo que apelar, algo real.

—¿Qué pasa, Caleb? —le dijo.

El chico se encogió de hombros mientras daba golpecitos a un terrón de tierra con la punta de la bota.

—Nada —contestó.

A Will tampoco le gustaba conversar a primera hora de la mañana, por lo que no se lo tomó como algo personal.

—¿Tienes algún plan para hoy? —le preguntó mientras se apoyaba sobre la pala.

—Son las siete de la mañana —se quejó Caleb—. Ahora mismo en lo único en lo que puedo pensar es en volver a la cama.

Will soltó una risita.

—Deberías pasarte por el Daffodil Jubilee. ¿Te acuerdas de ese terreno que nos ayudasteis a cultivar el otoño pasado? Es una locura lo mucho que han florecido las plantas.

El rostro de Caleb permaneció inescrutable, pero Will detectó un breve destello de orgullo en sus ojos. Los demás chicos se reunieron en torno a ellos, curiosos.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Jeremiah English mientras se ponía de puntillas por la emoción—. ¿Nosotros también podemos asistir? —El chico era el más joven del grupo y los ojos todavía le brillaban, llenos de posibilidades.

—Sí —contestó Will, sonriendo—, pero tendréis que encontrar algo decente que poneros. No aparezcáis por allí como si os acabarais de levantar de la cama. ¿Tenéis traje?

Caleb se encogió de hombros.

—Tengo algunas cosas de mi tío.

—¿Un traje para ir a ver flores? —Cari Weathers soltó un bufido burlón—. No pienso ponerme una pajarita ni nada por el estilo.

—No solo se trata de las flores. Hay música en directo, puestos de comida, fotomatones… Asiste todo el pueblo. Al final de la velada se celebra el Baile de los Pétalos y las Promesas. El traje lo necesitaréis para eso.

Los chicos intercambiaron miradas traviesas. Will sabía lo que significaban: chicas.

—¿Qué va a ponerse usted, señor Reed? —preguntó Caleb.

Will no titubeó.

—Algo morado.

Sus carcajadas resonaron a través del campo silencioso. Sobre ellos, un pájaro salió disparado de una rama, asustado. Will puso los ojos en blanco. Caleb sonrió de medio lado.

—¿Morado? ¿Qué pasa, intenta ir a juego con alguien?

Al principio no contestó. Pasó la vista por el campo, donde la luz del sol se filtraba entre los narcisos y la brisa creaba suaves olas entre las flores doradas. En su mente, visualizó a Morgan Taylor riendo y con la cabeza ladeada, probablemente vestida con algún vestido vaporoso de seda morada que haría que el corazón le diese un vuelco. Tenía la esperanza de que aquel fuese el día en el que al fin pudiera pedirle una cita.

—Tal vez —contestó finalmente, más para sí mismo que para el grupo, mientras una sonrisa le torcía los labios—. Vosotros preocupaos por aparecer y nada más, ¿de acuerdo?

Todos ellos estiraron el brazo para chocarle el puño y se dispersaron para ayudar a Calvin con los últimos sacos de compost. Will se quedó rezagado un momento más, observándolos. Sobre todo a Caleb. Se había esforzado mucho por mantener al chico cerca y evitar que se precipitara por el borde de algo que no podría deshacer.

Si darles a aquellos muchachos algo de lo que enorgullecerse

podía cambiar el futuro de uno de ellos, cada una de las articulaciones doloridas que tenía en el cuerpo habría merecido la pena. Se dirigió hacia el cobertizo para recoger las herramientas mientras pensaba en qué zapatos se pondría para que combinaran con la americana.



Aquella tarde, en su habitación del Daffodil Inn, estaba tan nervioso que el estómago amenazaba con hacerle vomitar el desayuno. ¿Cuándo había sido la última vez que había estado tan alterado? Durante el nacimiento de Angel.

Se sacudió los nervios y le dio a su reflejo una charla motivacional silenciosa frente al espejo que llegaba hasta el suelo mientras su hija lo contemplaba, aburrida. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama doble extragrande de la habitación que compartían y lo miró de arriba abajo con escepticismo antes de seguir garabateando en la *tablet* que, desde que su madre se la había comprado las últimas navidades, se había convertido en su tercer brazo. A él no le había hecho demasiada gracia, sobre todo teniendo en cuenta que Tanya y él habían acordado que Angel se criaría sin pantallas. No había nada de malo en que dibujara de manera tradicional, con lápiz y papel: los artistas llevaban siglos haciéndolo. Sin embargo, no podía decir que no a la mirada de su hija, que suplicaba poder quedársela. Le aterrorizaba la idea de que pudiera acabar resentida con él durante la adolescencia, especialmente por haberlo hecho todo él solo.

No merecía la pena luchar algunas batallas para obtener la victoria. Tenía suficiente con saber que su niña, sana y sonriente, había podido pasar las navidades con su madre al menos una vez. Para ser sincero, no había vuelto a pensar en ninguna mujer desde que Tanya y él habían decidido separarse justo después del tercer cumpleaños de su hija. Además, había estado bastante ocupado con

la pequeña.

Pero Morgan Taylor era diferente.

Cuando la había visto el primer día de escuela de Angel mientras saludaba a todos los alumnos nuevos, había sido como si el tiempo se hubiera ralentizado. Su personalidad magnética, aquella sonrisa que hacía que se le plegaran las rodillas y su sentido del humor afilado como un cuchillo hacían que sintiera cosas que creía haber olvidado. Aquel año había mantenido las distancias y la había admirado desde lejos (con énfasis en la parte de «admirar»). Pero ahora que Angel estaba en segundo curso y con una profesora diferente iba a hacer el esfuerzo de conocer mejor a la «señorita Morgan» de la que su hija hablaba tan bien.

A lo largo del último año, se habían dado innumerables ocasiones en las que podrían haber charlado sobre algo que no hubiese sido Angel. Sin embargo, cada vez que estaba cerca de ella, era como si su cerebro aprovechase la ocasión para desconectarse.

Se prometió a sí mismo que aquella noche sería la noche definitiva. Había escogido su conjunto con mucho cuidado el día anterior con la esperanza de ir a juego con Morgan, la obsesa del color morado. Tenía que hacerlo bien: impresionarla, llamar su atención…, lo que fuera con tal de que lo sacara del cajón de la amistad en el que llevaban jugando desde que se habían conocido. Había algo en ella, en el modo en el que su nombre sonaba entre sus labios y en la forma en la que siempre parecía mirarlo de arriba abajo, que hacía que creyera que entre ellos estaba ocurriendo algo; algo que merecía la pena explorar.

—¿Qué te parece?

Se giró hacia Angel mientras se preparaba para su veredicto mordaz. Su hija tenía una peculiaridad: nunca decía una sola mentira; ni siquiera una mentira piadosa para no herir los sentimientos de su padre. La americana morada oscura que había llevado a limpiar y planchar a la tintorería específicamente para el Baile de los Pétalos y las Promesas le había llegado en perfectas condiciones gracias a Marsha Pickens de Cinna Sudz. Estaba

bastante guapo, al menos según sus propios estándares, pero los de su hija eran otra historia totalmente diferente.

Angel se quitó los auriculares rosa fucsia con forma de unicornio de las orejas y le echó un buen vistazo. Will sintió un dolor en el pecho. Cada vez se parecía más a su madre.

El vestido de fiesta rosa claro que llevaba casaba muy bien con su piel oscura como el ébano, y le resaltaba los ojos marrones. Los apliques de mariposas en 3D le otorgaban a la prenda un aire etéreo y de ensueño. Cuando la niña le había mandado una fotografía del vestido exacto que quería para el baile, él había accedido con una sonrisa forzada. Le había costado una fortuna, pero Angel era una buena chica, lo mejor que le había ocurrido jamás, y se había jurado a sí mismo que siempre le daría todo lo que quisiera. Dentro de lo razonable, por supuesto. Recordaba haberle dado los detalles de la tarjeta de crédito a Frankie Templeton de The Velvet Fox con los ojos cerrados.

Las horquillas de mariposas rosas que llevaba prendidas de los laterales de los moños hacían que pareciera una princesa de jardín salida de un cuento de hadas. Will estaba mejorando a la hora de peinarla. Estaba acostumbrado a las líneas rectas y al zumbido de las maquinillas de afeitado, pero se estaba tomando su tiempo para aprender a hacer algunos peinados nuevos. Sobre todo moños. Se sentía agradecido por la paciencia de su hija.

No le daba miedo admitir que le costaba ser padre soltero y saber si estaba dándole demasiado o no lo suficiente. Era consciente de que intentaba compensar en exceso el hecho de que la madre de Angel no estuviese muy presente en su vida, pero esas eran las cartas que le habían tocado. Las excusas eran la herramienta de los hombres incompetentes y Will no era uno de ellos.

Sin demasiado interés, Angel le dedicó un gesto de aprobación con los pulgares arriba.

—Estás bien, viejo.

Will puso los ojos en blanco. La semana anterior, su hija había escuchado a hurtadillas una conversación que había mantenido con

el abuelo de la niña en la que, bromeando, él lo había llamado «viejo» por quejarse del dolor de rodilla. Desde entonces, se había puesto muy pesada con el tema.

—Ya estamos otra vez con eso de «viejo» —refunfuñó él mientras volvía a girarse hacia su reflejo—. Si yo soy viejo, tu abuelo es todo un anciano.

—Dos cosas pueden ser ciertas al mismo tiempo —contestó ella mientras hacía una floritura en el aire con el dedo índice.

Su habilidad para ser sarcástica en el momento oportuno era impecable. Sin embargo, Angel había sido una niña adelantada desde que Will tenía memoria. Con diecinueve meses ya solía mantener conversaciones con él y, en cuanto había comenzado a ir al colegio, había sido imposible impedir que hablara con cualquier cosa que tuviera pulso. En su familia, era una broma recurrente decir que Angel no se había encontrado con un solo desconocido en toda su vida, y Will no tenía ninguna duda de que saldría de aquel festival de primavera con algún amigo nuevo. Había entablado amistad con la señora Eleanor, una anciana (aunque solo en edad) que, al igual que ellos, llevaba toda la semana alojándose en la pensión, y sabía que se moría de ganas por bajar al piso de abajo para buscarla.

—¿Estás listo ya? —le preguntó la pequeña con un suspiro que indicaba que su paciencia se estaba agotando.

El Daffodil Jubilee había coincidido con la semana de vacaciones de primavera de Angel y, dado que se habían alojado en la pensión, poder estar con Eleanor permitía que su hija tuviera algo que hacer que no fuera jugar con la *tablet*. Su vínculo hacía que se sintiera menos idiota por no haberla inscrito en algún campamento de ciencias o en clases de natación, tal como habían hecho el resto de los padres de la Escuela Primaria Morningstar.

Will tenía que ganarse la vida, y Wesley y Vanessa Taylor pagaban una suma decente por mantener los terrenos de la pensión en condiciones prístinas hasta la llegada del festival. Los Taylor habían sido muy amables al ofrecerle una habitación en la que alojarse mientras trabajaba en los terrenos y cuidar de Angel

mientras él estuviera en la barbería. Cada día, por la mañana, hacía diligentemente el trayecto de treinta minutos en coche hasta el pueblo para cortarle el pelo a la gente, y regresaba a la pensión para arrancar hierbajos y cortar el césped con su padre bajo el sol de las últimas horas de la tarde.

Las jornadas eran largas; de hecho, agotadoras. Pero, cuando regresaba por las tardes a la pensión y Angel le contaba las aventuras que había tenido con Eleanor aquel día, todos los sacrificios merecían la pena.

En aquel momento, la parte más dura había llegado a su fin. Los narcisos estaban en plena floración y el laberinto, instalado. Habían cortado las hectáreas de césped y habían arrancado y esparcido un tratamiento para las malas hierbas. Si se le permitía decirlo, el jardín había quedado espectacular. La velada se preveía perfecta.

—Ve —cedió mientras señalaba la puerta con la barbilla—. Ve a buscar a tu amiga. Nos vemos abajo en un minuto.

Angel se puso en pie de un salto y arrojó la *tablet* sobre la cama. Junto a la puerta, se puso los zapatos: un par de bailarinas de charol blancas. Antes de alejarse demasiado, se giró hacia él.

—Estás guapo, papá. —Le dedicó una sonrisa resplandeciente y cerró la puerta tras de sí.

Will sacó pecho un poco más. Sí que estaba guapo, y tenía la esperanza de que eso fuera suficiente para llamar la atención de Morgan. En cuanto dispusieran de un minuto a solas, se precipitaría hacia ella con un ramo de narcisos recién cortados y pasarían el resto de la noche bailando lento y abrazados. O, al menos, así era como ocurría en su cabeza.

La puerta se cerró tras él con un chasquido suave. Ya no había forma de volver atrás.

Bajó al piso inferior y atravesó la bulliciosa cocina en dirección a la puerta trasera. Eddie Rutherford, que era el proveedor del *catering* del festival, estaba gritándole instrucciones a alguien a quien no podía ver. Dentro, había un gran ajetreo mientras los camareros se cruzaban los unos con los otros a gran velocidad para

dejar y recoger bandejas repletas de *hors d'oeuvres* para la gente que había asistido a la fiesta.

Una joven con el uniforme negro estándar pasó junto a él a duras penas en el estrecho pasillo, cargada con una amplia bandeja de plata que le cubría la cara. Por debajo, le asomaban unas trenzas rubias. Will se apartó justo a tiempo de evitar chocarse con ella. Llegó hasta la puerta trasera sin más percances y se adentró en la noche primaveral.

El aire era fresco y fragante, pues el aroma de los narcisos en flor se arrastraba por el césped. La luz del sol se estaba desvaneciendo, dando paso al suave color índigo de las últimas horas de la tarde. Unas guirnaldas de lucecitas doradas titilaban sobre los terrenos como luciérnagas atrapadas en mitad de una danza.

La pensión estaba transformada. Bordeando el camino de piedra había mesas cubiertas con manteles de lino blanco y jarrones repletos de narcisos amarillos y blancos en el centro. La música flotaba desde unos altavoces ocultos entre los arbustos y el suave punteado de una guitarra acústica acompañaba el murmullo de las risas y el tintineo de las copas de cóctel y los cubiertos mientras los invitados tomaban los aperitivos.

—¡Señor Reed!

Will se detuvo cuando divisó a Caleb y a Jeremiah en una de las mesas. Llevaban las corbatas torcidas y las chaquetas les colgaban de los hombros enjutos. Ambos chicos se estaban metiendo comida en la boca como si llevasen días sin comer y, entre bocados, se sonreían el uno al otro. Se acercó a ellos y los saludó con un apretón de manos seguido de un abrazo.

—Qué guapos, chicos. —Le dio un tironcito a la camisa demasiado grande de Caleb—. Un poco arrugada, pero está bien.

—Es como si tu tío hubiera encogido y te hubiera dejado esa ropa —bromeó Jeremiah con la boca llena de algo que estaba masticado hasta acabar hecho papilla.

—¿Y tú de dónde has sacado esos zapatos? ¿De Payasos S. A.? —replicó Caleb, y sus carcajadas resonaron en la noche.

Will sintió una oleada de orgullo ante el simple hecho de que hubieran aparecido y estuviesen allí sentados con la cabeza bien alta.

Les dio a ambos una palmadita en la espalda.

—Chicos, os sabéis arreglar mejor de lo que esperaba —dijo, aunque sus ojos empezaron a vagar por el jardín.

Jeremiah sonrió de medio lado y le dio un codazo a Caleb mientras observaba a Will.

—Alguien está locamente enamorado —canturreó Caleb, lo que provocó otra ronda de carcajadas.

Will negó con la cabeza e intentó no sonreír mientras se alejaba de la mesa.

—Dejad hueco para la cena —masculló.

Con la risa de los chicos siguiendo su estela, se adentró entre la muchedumbre en busca de un solo rostro: el de Morgan. Recorrió el camino y pasó entre las parejas que iban ataviadas con sus mejores conjuntos primaverales: trajes de lino y vestidos floreados. A juzgar por la multitud, el Daffodil Jubilee era uno de los eventos favoritos de los habitantes del pueblo, tan solo superado por el Fall Fest. Al principio, cuando Angel y él habían llegado tres años atrás, Cinnamon Falls y todas sus tradiciones le habían parecido una tontería, pero se estaba encariñando con el pueblecito a pasos agigantados.

Descubrió a Morgan sentada en el cenador, sola, contemplando el río que fluía junto a ella. Mientras se dirigía hacia allí, se le aceleró el corazón.

El vestido color lavanda, suave como una mañana de primavera, se le adhería a las curvas como si se lo hubieran cosido al cuerpo, lo que estuvo a punto de provocar que Will se deshiciera por las costuras. No era llamativo como los que habían escogido las otras mujeres, llenos de pedrería ostentosa o purpurina. El escote sin tirantes le enmarcaba la clavícula como si fuera una obra de arte en un museo. Llevaba unas diminutas flores esculpidas repartidas de forma estratégica por el corpiño y bajando hacia sus amplias caderas

como si un jardín estuviera floreciendo desde su interior. Incluso los zapatos, unas sandalias de cuña cerradas con tiras, lograban que quisiera hacer algo ridículo, como ofrecerse a llevarla en brazos a través del jardín para que no se los manchara o desabrochárselos con los dientes.

Llevaba la melena recogida en un peinado consistente en una trenza complicada que le resaltaba los pómulos, lo que daba todo el protagonismo a sus ojos almendrados. Quería decirle todo lo que pensaba, pero estaba tan radiante que se quedó paralizado de golpe y el cerebro se le llenó de ruido blanco.

Como si las cosas no hubiesen podido ir a peor, se tropezó consigo mismo y chocó de frente con la mujer con la que soñaba despierto, lo que hizo que las flores que había pasado todo el invierno y la primavera cultivando (desde que eran bulbos hasta convertirse en flores) salieran despedidas por encima del borde del cenador. Y justo cuando la situación había alcanzado un nivel de humillación imperdonable, llegó el grito. El momento mágico que había planeado hasta el último detalle imaginable se esfumó en medio de la noche delante de sus narices.

Mientras seguía a Morgan, lo único en lo que podía pensar era en Angel. La divisó escurriéndose entre las piernas de los invitados a la fiesta, abriéndose paso entre el gentío que se estaba apiñando junto al laberinto. El alivio le recorrió el cuerpo como una ducha fría. No era su niña la que estaba herida. Podía volver a respirar. ¿Pero qué podría haber ocurrido? Le rodeó la cintura con un brazo para arrastrarla hacia atrás, lejos del caos.

Los ojos de su hija, desorbitados por el miedo, se posaron sobre los suyos.

—¡Papá! ¡He oído que se trata de la señora Eleanor!

«No». A Will se le cayó el corazón a los pies. Angel forcejeó para escaparse de entre sus brazos, contorsionándose y retorciéndose contra su cuerpo fuerte. Él la aferró con más fuerza y la inmovilizó a su lado.

—¡Déjame! —dijo ella con un hipido mientras las lágrimas se le

escurrían de los ojos y le golpeaba los brazos con los puños diminutos—. ¡Es ella! ¡Sé que lo es! ¡No he podido encontrarla por ninguna parte!

Will la dejó en el suelo, apoyó una rodilla en el suelo y se aseguró de agarrarla con fuerza del hombro para que no se alejara demasiado de él.

—Dime qué ha ocurrido —le dijo, tratando de mantener un tono de voz calmado en medio del caos absoluto que estaba estallando a su alrededor.

La multitud corría en estampida de un lado para otro. No quería que su hija se alterara más de lo que ya estaba. No dejaba de mirar en torno al gentío, pero no era capaz de divisar a Morgan. ¿Adónde había ido tan rápido?

—¡Es la señora Eleanor! ¡Ahí dentro! —exclamó Angel mientras señalaba en dirección al laberinto de setos por encima del hombro.

Will se sentía dividido. Por mucho que quisiera ver qué estaba ocurriendo, tenía que llevar a su hija a algún lugar seguro y lejos del alboroto. En ese momento ella era su única prioridad. La agarró de la mano, pero ella clavó los pies en el césped mullido.

—¡No pienso marcharme sin la señora Eleanor!

La atrajo hacia sí hasta quedar cara a cara frente a ella. La pequeña se limpió la nariz húmeda con el dorso de la mano. Tenía una mirada feroz y decidida.

—Quédate aquí —le aconsejó—. No te muevas. ¿Me has entendido?

—Pero… —protestó Angel mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Voy a buscar a la señora Eleanor, ¿de acuerdo? Volveré enseguida.

Su hija asintió justo cuando la madre de Morgan, la señora Vanessa, pasaba por allí a toda velocidad. Cuando vio a Angel y Will, frenó en seco.

—¡Will! ¡Gracias a Dios! —Se llevó las manos al pecho generoso —. ¿Pero qué está ocurriendo? ¡No consigo encontrar a Morgan por

ninguna parte!

—Voy a buscarla.

Señaló a su hija mientras suplicaba con los ojos de un modo que sabía que cualquier otro padre comprendería.

—Yo la cuido —le aseguró la madre de Morgan mientras estiraba el brazo para tomar a Angel de la mano—. Vamos adentro.

—Dos minutos —le prometió a la pequeña mientras le daba un beso en la frente.

Entonces entró corriendo al laberinto.

Capítulo 3
Morgan

En el pasado, Morgan había creído que lo peor de Cinnamon Falls era su tamaño. Recordaba que, cuando era más joven, solían aterrarle los árboles demasiado altos y las noches más oscuras que las sombras, iluminadas tan solo por los destellos de las luciérnagas que jugueteaban en los campos abiertos cercanos a la pensión. El cielo le había parecido interminable, pues se expandía más allá de los extensos terrenos de su hogar, hasta donde la vista alcanzaba. En esa época, todo le había parecido fuera de su alcance.

En aquel momento, se daba cuenta de que lo peor de Cinnamon Falls era su tasa de mortalidad. ¿Por qué siempre tenía que morir alguien? ¿Y por qué, de todas las noches posibles, tenía que ser justo esa?

Eleanor Langford la miraba fijamente con los ojos sin vida. El vestido de seda color naranja tostado se le pegaba al cuerpo delicado. Las mangas con ribetes de encaje le rozaban las muñecas y llevaba un broche enjoyado antiguo con forma de zorro prendido del pecho, justo encima del corazón. Los zapatos de tacón bajo, dorados y sencillos, yacían dispersos, a escasos centímetros de sus pies pálidos y llenos de venas.

Un dolor de cabeza le martilleaba tras los ojos con un palpitar sordo que parecía un eco de los latidos de su propio corazón. La

verdad es que la muerte tenía el peor don de la oportunidad.

—Venga ya —gruñó Morgan.

Se agachó hasta quedar cerca del cuerpo de la señora Eleanor y le suplicó en silencio que se quedara a este lado del éter, esperando que se incorporara con un estallido de carcajadas como si todo aquello no hubiese sido más que una elaborada broma. Sin embargo, no detectó ningún movimiento ni ningún aliento. Tan solo una quietud escalofriante.

En el pasado, mucho antes de que sus padres hubieran decidido comprarlo, Eleanor y su difunto esposo, Thomas Langford, habían sido los dueños del Daffodil Inn. Y, aun así, la mujer nunca había pasado página del todo. Todos los años regresaba como un reloj y, para consternación de su madre, se registraba justo una semana antes del festival.

En cuanto el nombre de Eleanor aparecía en la lista de reservas, Vanessa se ponía manos a la obra y empezaba a dar a gritos una serie interminable de órdenes. Había que barrer cada rincón, fregar todos y cada uno de los rodapiés y hacer que hasta la última mota de tierra o de polvo se desvaneciera en el aire.

Porque, de lo contrario, Eleanor podría detectarlo y hacer algún comentario al respecto. En voz alta. Tenía un ojo crítico y una lengua afilada de forma indiscriminada que, a menudo, acompañaban, a una ceja arqueada y unos brazos cruzados. Desde el momento en el que llegaba hasta que se marchaba, les ofrecía una lista infinita de opiniones que no le habían pedido sobre cosas que variaban desde los colores de la pintura hasta la disposición de los muebles.

A lo largo de los años, Morgan se había vuelto una experta en lidiar con sus estados de ánimo. Después de todo, era la hija de su padre, y la atención al cliente le corría por las venas. Se aseguraba de hospedarla siempre en la *suite* Jardín, la habitación que ofrecía las mejores vistas a los narcisos salvajes que cubrían el campo que se encontraba junto a la pensión y que había sido el lugar favorito de su marido. Durante sus últimos días, Thomas solía pedir a menudo que lo llevaran en coche hasta la pensión para poder

contemplar las flores, maravillado. Tras su muerte, Eleanor se aferraba a esos recuerdos mediante una estancia en el lugar que más había amado.

Cada mañana, Morgan la observaba mientras se tomaba la infusión de manzanilla en el porche trasero antes de pasear sin prisa entre las hileras de flores, agachándose para olerías o acariciar algún pétalo aterciopelado entre los dedos. A veces la oía hablando con ellas o, tal vez, con su esposo. No estaba segura, dado que nunca la interrumpía. Lo único que sabía era que las flores parecían encender algo en el interior de la mujer. Pero ahora lo habían extinguido, dejando atrás tan solo el caparazón de una anciana.

—Pssst —susurró. La mujer no se movió—. ¿Señora Eleanor? —volvió a susurrar. El cuerpo ni se inmutó. Morgan se inclinó hacia delante y le colocó un dedo bajo la nariz. No salió ni un solo aliento cálido—. No me hagas esto —masculló en dirección al cielo—; esta noche, no.

Estaba a punto de colocarle un dedo en el cuello para buscarle el pulso cuando el laberinto del jardín estalló ante ella. El seto se desgarró y, de entre la vegetación, emergió Will, dejando tras de sí una silueta humana recortada.

—He tomado un atajo —masculló mientras se sacudía las hojas que se le habían quedado pegadas a la americana del traje. Se quitó una ramita de detrás de la oreja y dirigió la atención hacia la señora Eleanor antes de pasar la mirada entre esta y Morgan—. ¿Está muerta? —preguntó. La nuez se le movió en la garganta mientras se acercaba.

Morgan asintió, y el peso de la verdad la empujó hacia atrás hasta quedar sentada en el suelo. Sintió el césped frío entre las palmas de las manos y la tierra dura que tenía bajo ella fue como un recordatorio insistente de que no estaba soñando. Aquello era real.

—¿Qué demonios ha ocurrido? —preguntó Will sin aliento.

—Caleb me ha dicho que sus amigos y él estaban intentando encontrar el centro del laberinto y que, cuando lo han logrado, la señora Eleanor estaba aquí tumbada, muerta.

—¿Crees que lleva aquí fuera toda la noche?

—Alguien la habría visto antes. ¿Qué voy a hacer? —masculló en voz alta para nadie en particular mientras la cabeza se le llenaba de pensamientos existenciales.

Si no solucionaba aquello en los siguientes minutos, en cuanto su madre la encontrara, ella misma acabaría siendo la siguiente persona en la lista de defunciones. El laberinto del jardín había sido idea suya. Había esperado que fuera un éxito, no que le estallara en la cara. Aquello tan solo serviría para echar más leña al fuego y que Vanessa le dijera: «¡Te lo dije!».

—Voy a llamar a Jesse —sugirió Will—. Él sabrá qué hacer.

Jesse tan solo era detective y Morgan ya había sobrepasado ese punto. Lo que necesitaba era un físico: alguien que pudiera desentrañar la ciencia que se escondía tras los viajes en el tiempo para poder regresar a quince minutos atrás, cuando todo iba bien en el mundo. Se llevó las piernas al pecho y apoyó la frente contra las rodillas, preparándose para la larga noche que, inevitablemente, se avecinaba.

—Hola, colega. Sé que es tarde; siento despertarte. Ah, ¿no estabas durmiendo? Bien. Escucha: estoy en el Daffodil Inn con Morgan —oyó que decía Will. Alzó la vista y vio que tenía el teléfono móvil pegado a la oreja. Su voz sonaba grave y pastosa a causa de la tensión—. Tenemos un problemilla por aquí. —Se frotó la nuca y se metió una mano en el bolsillo—. Sí. Y creo que está muerta… —Will la miró, preguntándole en silencio—. No; no tiene pulso. Recibido. Gracias, colega. Nos vemos en un momento. —Volvió a girarse hacia Morgan—. Jesse viene de camino. Me ha dicho que no toquemos nada y que despejemos la zona todo lo posible.

«¿Que despejemos la zona?».

—¿Y qué pasa con la fiesta? —No pudo evitar derramar las lágrimas que se le escapaban de los ojos. Meses de planificación acababan de irse al garete en apenas unos segundos. El festival estaba arruinado.

Él la miró con un gesto tan amable que quiso convertirse en un

charco de agua.

—Creo que se ha acabado, Morg.

Morgan era consciente de que, lógicamente, tendría que ponerle fin al Daffodil Jubilee antes de tiempo, pero se sentía como si se estuviera arrancando el corazón del pecho. ¿Cómo iba a darles la noticia a sus padres? Todo su arduo trabajo reducido a unos vecinos aterrorizados y un cadáver.

Will se inclinó para ayudarla a levantarse y le ofreció una mano unida a un antebrazo surcado de venas. Ella se la tomó y, antes de que pudiera recuperar el equilibrio, volvía a estar en pie de nuevo, sosteniéndose contra sus pectorales que, bajo su camisa, parecían losas de hormigón. En circunstancias normales le habría encantado quedarse allí, a apenas un suspiro de distancia de un hombre extremadamente atractivo, pero la velada estaba resultando ser de todo menos normal.

—¿Estás bien? —le preguntó él mientras la miraba a los ojos y le apoyaba una mano en la zona lumbar para que conservara el equilibrio.

Desde luego, no estaba bien. Negó con la cabeza.

—Creo que no puedo hacerlo.

—Estaré a tu lado —le prometió Will. Apartó unas ramas enmarañadas y la guio a través del agujero con forma de hombre que había dejado en los setos—. Ten cuidado con la cabeza —le advirtió.

Juntos, atravesaron otras cinco aberturas de bordes irregulares (Will se aseguró con ahínco de que ni ella ni su vestido se quedaran enganchados) hasta llegar al borde exterior del laberinto.

—Empiece por el principio. —La jefa de policía Noelle Raines se cruzó de brazos mientras echaba un vistazo en torno a la cocina rústica de la pensión, observándolo todo.

Morgan se preguntó qué pensaría Raines mientras pasaba los ojos por las vigas de roble reutilizadas que recorrían todo el techo y que habían sido cortesía de la restauración que habían llevado a cabo varios años atrás en la granja Old Man Milton. A Morgan siempre le había encantado cómo la cálida mezcla de materiales naturales lograba que la estrecha cocina pareciera más amplia: aquel era el toque mágico de su madre.

Había comida sobre cada centímetro de las encimeras de mármol, que estaban atestadas con decenas de bandejas apiladas de los *hors d'oeuvres* cuidadosamente preparados de Eddie Rutherford: exquisitos *crostini* de *brie* e higos, brochetas de ensalada estilo *wedge* para los preocupados por su alimentación, bocaditos de jalapeño envueltos en beicon para dar un toque picante, tablas individuales de charcutería presentadas en adorables tarritos de cristal que Eddie denominaba «tarcutería», bocaditos de gambas con ajo y palmesano y rollitos de tomates secos y albahaca. Todo ello poniéndose feo poco a poco en las bandejas amontonadas, a la espera.

Morgan y Eddie habían pasado las dos últimas semanas agonizando con respecto al menú. En aquel momento, Eddie estaba apoyado contra la jamba de la puerta con la piel teñida de un tono verde enfermizo. Aquel era su primer gran evento como propietario de Rosie's Diner tras el trágico asesinato de Rosie. No habría sido un festival de Cinnamon Falls sin sus galardonados bollos de canela. Eddie se había asegurado de incluirlos como postre, cortándolos en espirales que se pudieran comer de un solo bocado.

Eran casi las diez de la noche y, aun así, la jefa Raines todavía iba ataviada con el uniforme. Morgan se preguntó si se lo habría quitado en algún momento tras haber tomado juramento del cargo. Aquella había sido la única ocasión en la que la había visto sonreír.

—¿Dónde está Jesse? —le preguntó. Raines no era la policía más amigable de la zona y necesitaba ver un rostro familiar; a alguien que pudiera calmar sus miedos y evitar que no dejara de darle vueltas a la cabeza de forma descontrolada.

—En el laberinto —contestó la mujer de forma brusca—. Por el principio, por favor —insistió sin mirar a Morgan en ningún momento. Tenía el bolígrafo apoyado sobre el bloc de notas con una paciencia automática.

Vanessa, que estaba sentada en el banco que había junto a la isla de estilo rústico, respiró hondo, temblorosa. Tenía las manos apretadas con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Tanto Morgan como su padre, Wesley, la flanqueaban por ambos lados, manteniéndola erguida. Vanessa no era la clase de persona preparada para las sorpresas. Cualquier inconveniente impredecible podía lograr que cayera en picado en una espiral de pánico. Para su familia, una muerte en su propiedad era un problema nivel de alerta máxima. Las consecuencias serían aún peores.

La cobertura de la noticia… Los rumores… Las pérdidas…

Su familia… Podrían perderlo todo.

«No pienses así —se dijo a sí misma—. Piensa en positivo». Sin embargo, lo único que sentía en el interior era un abismo negro de fatalidad creciéndole en el estómago. Le ardía la piel, unos puntitos le nublaban la visión y se sentía como si las paredes se movieran, cerrándose cada vez más y más sobre ella.

—Estábamos cerca del escenario —comenzó a decir Vanessa en voz baja pero con firmeza.

Wesley intervino, asintiendo.

—Estábamos hablando con Sterling Tate, el nuevo alcalde. Nos ha llevado aparte para felicitarnos y hablarnos de los grandes planes que tiene para el pueblo. Entonces, la gente ha empezado a gritar y… —Miró a Vanessa y, aunque se le movieron los músculos de la garganta, no le salió ningún sonido—. No ha llegado a terminar de contárnoslos.

La jefa Raines alzó la vista brevemente.

—¿Y no han visto nada?

—Nada —reiteró su madre—. Sterling estaba en medio de una frase cuando hemos oído el grito. —La voz se le quebró—. No…

sabíamos que había alguien herido. Y mucho menos que se trataba de Eleanor.

Raines escribió algo más.

—Hablaremos con el alcalde Tate. Háblenme de la víctima.

—Era una huésped habitual de la pensión —afirmó Wesley. Sacudió la cabeza, como si tuviera que unir las partes de la respuesta dentro de su cerebro—. Venía todos los años para el festival.

La jefa de policía arqueó las cejas.

—¿Ah, sí? ¿Cuánto tiempo llevaba aquí más o menos antes de esta velada?

—Cinco noches. Desde el lunes. Su marido y ella eran los propietarios de la casa antes de que nosotros la compráramos y la convirtiéramos en una pensión. Le gustaba venir de vez en cuando para recordar el pasado.

Vanessa soltó un gruñido y Raines se percató de inmediato.

—¿No le caía bien? —preguntó mientras movía el bolígrafo sobre la página con mayor rapidez. Morgan estiró el cuello para ver qué estaba escribiendo, pero se encontraba demasiado lejos como para distinguirlo.

Su madre soltó el aire entre dientes.

—Era muy… exigente —contestó Vanessa, buscando las palabras adecuadas—. Pero la recibíamos como a cualquier otro huésped.

—Ajá —fue lo único que dijo la otra mujer a modo de respuesta.

Vanessa miró a Wesley con gesto de súplica y después a la jefa de policía.

—¿Y ahora qué? Tenemos el patio lleno de gente. ¿Qué hacemos?

Raines se metió el bolígrafo en el bolsillo de la camisa y cerró el bloc de notas con movimientos lentos y controlados.

—Va a tener que dar por concluido el evento, señora Taylor. Les daré algo de tiempo para que saquen de aquí a esta gente. Les ayudaremos guiando el tráfico y todo eso. Por la mañana, regresaremos para hablar con el resto del personal y lo retomaremos

a partir de ahí.

«No. —Morgan tenía que poner fin a aquella pesadilla—. Despierta —se dijo a sí misma». Para ellos, aquella era la velada más importante del año. Por norma general, los beneficios obtenidos esa noche les permitirían sobrevivir a la temporada baja de invierno hasta que llegara la siguiente primavera. No podían «dar por concluido el evento» sin más. Eso acabaría con el negocio. Tenía que haber alguna otra opción.

Morgan abrió los puños y se miró las palmas de las manos, en cuya piel se había dejado marcas en forma de media luna con las uñas. Se puso en pie tan rápido que la habitación le dio vueltas.

—Voy a buscar a Jesse —anunció. Entonces, salió de la estancia antes de que nadie pudiera detenerla.

Capítulo 4
Will

Tras asegurarse de que Angel estuviera en el piso de arriba, enterrada bajo las sábanas, Will vio que Jesse Shaw estaba aparcando su coche patrulla en el camino de acceso de gravilla. Un instante después, con gesto sombrío, llegó Grace Whitfield en su Caprice negro medianoche. Los invitados merodeaban por la zona, boquiabiertos por la escena que se estaba desarrollando ante sus ojos mientras la grababan con los teléfonos móviles. Tras la llegada de la forense, todas las dudas que podrían haber albergado se desvanecieron: alguien había muerto durante el Daffodil Jubilee.

Una sensación aciaga se le asentó en las entrañas y Will fue consciente de que las cosas habían empeorado. Cinnamon Falls acababa de recuperar la normalidad tras la muerte de Rosie. Por la mañana, cada detalle se compartiría a través de mensajes en conversaciones grupales y junto a las cajas registradoras. Lo de aquella noche alimentaría los cotilleos durante los siguientes seis meses.

Todo le parecía surrealista. En un instante estaba con Morgan, con su cuerpo suave pegado al suyo, y, al siguiente, estaba contemplando el cuerpo sin vida de una mujer a la que su hija adoraba más que a cualquier otra persona. El júbilo de la velada se había disuelto en un frío que le había puesto los pies en la tierra y

que todavía no había remitido.

Un viento gélido se abrió paso entre los campos y le recordó que no hacía demasiado que el invierno había llegado a su fin.

Los Taylor no se merecían aquello. Vanessa y Wesley eran buena gente. Les habían abierto sus puertas tanto a él como a Angel sin dudarlo y les habían regalado una semana de comodidades y cuidados que no habían vuelto a experimentar desde que se habían marchado de Macon.

Lo habían tratado como a uno más de la familia.

Lionel cocinaba todo lo que Angel le pedía, algo de lo que ella se había aprovechado sin ningún tipo de vergüenza, y la señora Vanessa los mimaba a ambos, asegurándose de que sus necesidades estuvieran cubiertas antes de que él tuviera tiempo de pedir nada. La señora Eleanor había sido la compañera inseparable de su hija durante toda la semana y le había enseñado a alzar la voz, a ir con la cabeza bien alta y a pensar por sí misma. De la noche a la mañana, la pequeña se había vuelto más descarada, pero a él no le había importado. Hacía tiempo que no la había visto divertirse tanto.

Eleanor no se merecía haber muerto la noche que más había atesorado.

Con los zapatos de tacón tambaleándose a cada paso, un grupo de mujeres con vestidos color pastel atravesó el jardín mientras se levantaban las faldas para evitar la hierba húmeda. Hacía rato que la fiesta había llegado a su fin, pero las consecuencias apenas habían comenzado.

Will apretó la mandíbula. El peor sentimiento del mundo no era el dolor, sino la impotencia. Y no tenía intención de quedarse de brazos cruzados, vestido con ropa formal y pegajosa, cubriéndose la boca con una mano para cuchichear y especular como todos los demás.

No sabía cómo, pero iba a descubrir lo que había ocurrido. Por Angel. Por los Taylor. Y por la señora Eleanor también. Sin importar lo que pudiera tardar.

Mientras se dirigía corriendo hacia el laberinto, pasó junto al recién nombrado alcalde, Sterling Tate. El hombre iba vestido con

una americana a medida color gris claro y unos chinos azul marino de corte entallado, informales pero cómodos. Un pañuelo amarillo con un bordado de narcisos le colgaba con holgura del bolsillo de la chaqueta. No lucía corbata sobre la impecable camisa blanca y llevaba el último botón desabrochado, lo que le daba un aire desenfadado.

Will sabía lo que era ser el forastero en un lugar donde todo el mundo estaba tan unido como en Cinnamon Falls. Con tono tranquilo, el político estrechó muchas manos y calmó muchos miedos mientras guiaba a los invitados a través del camino de gravilla en dirección a sus respectivos coches. Era la primera vez que se veía al alcalde fuera del ayuntamiento. Desde que habían desenmascarado al alcalde Lyons, prácticamente había vivido allí. Se suponía que aquella noche iba a ser su gran debut; la oportunidad de que todo el pueblo pudiera ver a su nuevo comandante en jefe.

Corría el rumor de que el gobierno estatal le había dado el puesto para que «arreglara» el pueblo. Harold Bones, jefe de Will, propietario de Bones Barber Shop y la fuente principal de rumores de la localidad, decía que el alcalde Tate solía trabajar en Atlanta como una especie de experto en responsabilidad gubernamental: era la persona a la que llamaba la gente para hacer limpieza en un lugar tras una tragedia, especialmente si se trataba de una tan siniestra como un asesinato. Mientras pasaba junto a él, Will se preguntó cómo lidiaría con otra muerte en Cinnamon Falls.

El alcalde Tate condujo a una pareja de ancianos hasta su coche con un gesto agradable. Bajo presión, seguía pareciendo elegante y tranquilo. ¿Le habría puesto alguien al día?

—Alcalde late —lo llamó Will mientras le tendía una mano. El hombre se dio la vuelta y le dedicó una sonrisa despreocupada y ensayada mientras le tomaba la mano para estrechársela con firmeza.

—¡Buenas noches! —dijo con voz resonante—. ¿Necesitas ayuda para llegar hasta tu coche, hijo?

Will negó con la cabeza.

—Me alojo aquí. Mi padre es Calvin Reed. Somos los propietarios de Reed & Roots.

Un destello de reconocimiento atravesó el rostro del alcalde.

—¡Ah, sí! He conocido a tu padre esta tarde. Lo he felicitado en persona por el diseño del jardín. Los parterres de narcisos están perfectos. Un trabajo precioso.

Will asintió.

—Se lo agradezco. Nos esforzamos mucho. También lo ayudé a diseñar el laberinto de setos… Aunque supongo que esa parte ya no marcha tan bien.

Tate sacudió la cabeza mientras metía las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Al inicio de la jornada ha sido todo un éxito. A los niños les estaba encantando. Una lástima lo que ha ocurrido. Tengo entendido que la Policía lo tiene todo bajo control, que ahora tan solo es cuestión de despejar la zona.

Will había estado en lo cierto. El hombre no tenía ni idea de lo trágica que se había vuelto la velada. La persona enviada a arreglar las cosas tenía mucho que arreglar.

—Eleanor Langford debería seguir entre nosotros, celebrando el festival. Le encantaba este lugar.

El alcalde se quedó paralizado. El destello de alarma que le atravesó los ojos fue rápido e inconfundible, como si fuese un hombre que acabase de ver una mecha ya encendida. Dio un paso rápido hacia atrás.

—Bueno, debería ir a hablar con las fuerzas del orden y ofrecerles mi apoyo. Si me disculpas, señor Reed…

Tate no esperó a que le respondiera. Dio media vuelta, sacó su teléfono móvil y empezó a dar órdenes. Recorrió el camino de gravilla a toda velocidad en dirección a la entrada, donde apareció una camioneta negra a la que se subió. Will lo observó mientras se marchaba, pero aquella mirada extraña se aferró al borde de sus pensamientos.

Desde la entrada del laberinto, alzó la vista en dirección a su

dormitorio. Todo se había torcido demasiado rápido.

El interior de la habitación se encontraba a oscuras y las cortinas estaban corridas, lo que significaba que había muchas posibilidades de que Angel estuviera fingiendo estar dormida. Su hija era curiosa y solo era cuestión de tiempo que se acercara lentamente a la ventana o se arrastrara al piso de abajo por las escaleras traseras para obtener un asiento en primera fila para aquella conmoción. Cada segundo que pasaba sin que movieran el cadáver de la señora Eleanor era demasiado. Tarde o temprano, Angel iba a descubrir que no se había equivocado: su persona favorita ya no estaba. La idea de romperle el corazón hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas. ¿Cómo iba a explicárselo?

Volvió a adentrarse en el laberinto y siguió el camino que había memorizado durante la instalación hasta llegar al centro.

—No te muevas, por favor —le dijo Grace, extendiendo una mano enguantada frente a ella, a medida que se acercaba. Estaba agachada junto al cadáver de la señora Eleanor, estudiándolo con detenimiento.

Grace y su hermano mayor, Gage Whitfield, regentaban la empresa funeraria Whitfield Family Mortuary. Por lo poco que sabía de ella, se tomaba todo muy en serio siempre. Llevaba la larga melena recogida en una coleta muy apretada y una linterna frontal, apoyada sobre la frente. Sobre unos vaqueros y una camiseta, vestía un abrigo negro largo con bolsillos profundos que, con toda seguridad, estarían repletos de las herramientas propias de su oficio. Will se mantuvo alejado de la escena, respetando el perímetro invisible que la mujer había trazado, para darle todo el espacio que necesitara.

Jesse estaba de pie detrás de ella, con los puños cerrados sobre las caderas. Se miraron a los ojos e hicieron un gesto con la cabeza, dedicándose un saludo silencioso y lúgubre. Cuando Morgan le había dicho que la señora Eleanor estaba muerta, la única persona a la que había pensado en llamar había sido Jesse. Ser buen amigo de un detective era de mucha ayuda. Jesse y él habían estrechado lazos

después de que hubiera comenzado a cortarle el pelo de manera semanal al policía. Un cliente reticente se había convertido en un amigo de confianza y, en noches como aquella, Will se sentía especialmente agradecido por tenerlo en su vida. Jesse estudió a la mujer que yacía sobre la hierba.

—Parece que se trata de Eleanor Langford.

Grace disparó el *flash* de la cámara, que iluminó la zona y los cegó durante un instante.

El vello de la nuca se le erizó. Sintió la presencia de Morgan antes de que apareciera a su lado. Puso empeño en hacer contacto visual, pero ella no giró la cabeza en su dirección. Había estado llorando. Mientras atravesaba el seto, se enjugaba los ojos húmedos. Sin pensarlo, Will alzó una mano frente a ella para evitar que se acercara más.

—No tan rápido, amiguita —le advirtió Grace al mismo tiempo.

Tras garabatear algo en su bloc de notas, Jesse se llevó el bolígrafo a los labios. Ladeó la cabeza y volvió a mirar bien a la mujer.

—¿Era huésped en la pensión? —preguntó la forense.

Hizo estallar otro fogonazo de la cámara y Will temió que el destello repentino de luz fuese a borrarle la memoria.

—Sí —contestó Morgan. Se pasó una mano por las trenzas que se le habían soltado del peinado que llevaba. Will se percató de que, en algunas, llevaba mechas de un color morado eléctrico—. Se registró el lunes. Siempre la alojamos en la *suite* Jardín.

Morgan señaló la habitación que sobresalía del lateral del edificio. Las puertas francesas, que comunicaban con un balcón privado, estaban abiertas de par en par y las cortinas ondeaban con la brisa. En las profundidades del dormitorio, una luz seguía encendida, resplandeciendo desde el interior.

—¿Siempre? —preguntó Jesse.

—Viene todos los años y se queda durante el Daffodil Jubilee —le explicó Morgan.

—¿Es posible que se haya caído? —preguntó su amigo mientras

pasaba la vista por turnos entre la señora Eleanor y el balcón.

Los cuatro estiraron el cuello en aquella dirección. La distancia era grande y, con una caída tan larga, sin duda se habría roto alguna extremidad.

—Imposible. —Morgan fue la primera en hablar—. Alguien habría visto a una mujer precipitándose por el borde.

—¿Qué ha ocurrido exactamente? —dijo Jesse con una voz nasal que Will no le había oído utilizar nunca antes.

«¿Es esa su voz de policía?», se preguntó.

Parecía como si hubiese sido el día anterior cuando su amigo se había visto envuelto hasta las cejas en un caso de asesinato que había sacudido los cimientos de Cinnamon Falls. Para cuando las cosas se habían calmado, Asad Lyons, el querido y veterano alcalde del pueblo, y Vernon Prescott, jefe de policía, habían sido desenmascarados por su corrupción en el caso de asesinato de Sienna Rose y su madre, Rosslyn, cariñosamente conocida como «Rosie», la antigua dueña de Rosie's Diner.

No había sido solo un pequeño escándalo, sino todo un terremoto, de esos que partían por la mitad la confianza de las personas y las dejaba rebuscando entre los escombros de lo que creían haber sabido sobre su agradable pueblecito. Aquello había sacudido a toda la comunidad de un modo tan severo que la gente acababa de comenzar a respirar tranquila de nuevo y a cotillear sobre los dramas vecinales más insignificantes en lugar de sobre tapaderas y veredictos del juzgado.

—¡Se supone que eso es lo que tienes que descubrir! —replicó Morgan—. Un instante estaba ahogándome con una fresa y, al siguiente, estaba corriendo entre la multitud porque alguien había gritado como si lo estuvieran asesinando.

—¿Quién? —graznaron Grace y Jesse a la vez. Will miró en dirección al cielo por si se había extraviado algún pájaro.

—No lo sé —contestó ella con los labios fruncidos—. Ha sido Caleb Brewster el que me ha indicado que entrara al laberinto. —Morgan cruzó los brazos sobre el pecho mientras pasaba la vista

entre la forense y el policía—. ¿Dónde está Nia?

Jesse se enderezó ante la mención del nombre de su prometida. El *flash* se disparó de nuevo cuando Grace volvió a ponerse manos a la obra. Will tosió para romper el silencio que, a cada segundo que pasaba, se volvía más atronador.

—En casa, durmiendo —contestó Jesse—. El festival la ha dejado agotada. Pero, volviendo con este asunto…

—No veo pruebas de ningún crimen, agente Shaw —lo interrumpió Grace, muy seria—. Tendría que volver a examinarla en la mesa de la morgue para saber más, pero no veo heridas defensivas ni hematomas de ningún tipo que se encuentren fuera de lo normal. Tal vez haya muerto por la edad.

—¿Así que ha decidido estirar la pata justo esta noche? —preguntó Morgan.

Will volvió a toser, cubriéndose la boca con el puño para ocultar una carcajada. No era gracioso en absoluto, pero Morgan tenía el don de lograr que casi cualquier situación se convirtiera en un espectáculo cómico.

—El momento es desafortunado, pero no es como si pudiéramos elegir cuándo morir —comentó Grace.

Jesse habló a través de la radio que llevaba en el hombro.

—Que venga Gage con la camilla. Vamos a llevar el cadáver a la morgue.

Unos segundos después, aparecieron Terrance Chambers y Gage Whitfield. Terrance era el compañero de Jesse en el Departamento de Policía de Cinnamon Falls. El hombre delgado asomó la cabeza y se agachó para pasar por los agujeros que Will había dejado en el laberinto.

—No vamos a poder pasarla por aquí —les informó—. Tendremos que cortar el seto antes de poder moverla.

—Will conoce el camino —comentó Morgan de manera espontánea.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —le preguntó Jesse a Grace, que se estaba quitando los guantes con un ruido húmedo.

Ella asintió. Will y Morgan se hicieron a un lado mientras Terrance y Gage atravesaban el seto y flanqueaban el cuerpo de Eleanor por ambos lados.

—¿Listos? —dijo su amigo.

Los dos hombres asintieron al unísono. Jesse pasó las manos por debajo de los brazos de la mujer mientras su compañero sostenía la parte central del cuerpo y Gage, las piernas. En un solo movimiento, la colocaron de medio lado.

—¡Esperad! —exclamó Grace mientras disparaba la cámara en varias ocasiones—. Olvidad todo lo que he dicho —les anunció.

Mientras se agachaba, se sacó un guante nuevo del bolsillo trasero y estiró el brazo para alcanzar algo que se encontraba justo debajo del cuerpo de Eleanor. Un jadeo se le escapó de entre los labios.

Retiró la mano. El guante de látex blanco estaba resbaladizo por la sangre que resplandecía bajo la luz plateada de la luna. Sostenía una diminuta taza de té de cerámica, cuyo delicado estampado de espirales quedaba oculto por una mancha carmesí oscura. El rostro de Morgan se torció en un gesto de confusión y después de reconocimiento. Se llevó una mano a la boca. La taza se balanceaba en el dedo meñique de Grace, que la sostenía en el aire, examinándola.

—Voy a llevarme esto al laboratorio, pero no es lo que la mató.

Se agachó de nuevo y, al mismo tiempo que ella, Will lo vio: un destello metálico. Grace apartó la tela empapada de sangre y dejó a la vista la empuñadura de un cuchillo de mango fino que la mujer tenía clavado con profundidad en la espalda. La forense se puso en pie lentamente, con el rostro pálido. Se giró hacia el grupo y habló con voz lúgubre.

—Agente Shaw, tiene entre manos un asesinato.

Capítulo 5
Morgan

Los tacones de Morgan retumbaban por toda la casa vacía, lo que contrastaba de una forma muy marcada con el caos del exterior. Allí fuera se había desatado un infierno. Se oían unas sirenas lejanas que se iban acercando mientras las luces rojas y azules cubrían las instalaciones. En el camino de acceso se agolpaban los agentes uniformados que estaban dirigiendo el tráfico, que había empezado a colapsar en la entrada.

En la cocina, sus padres seguían vestidos con la ropa del festival. Su madre se encontraba junto al fregadero, con los dedos cerrados con fuerza en torno a una botella de vino sin abrir, como si hubiera estado planteándose la idea de bebérsela entera. Justo cuando Morgan entraba, se dio la vuelta y, con un silbido dramático, la cola de su vestido negro con un hombro descubierto, adornado con pedrería, ondeó con tuerza en torno a su figura con forma de botella de coca cola. Su padre estaba sentado en el extremo de la isla alargada con los ojos vidriosos, la corbata suelta y las palmas de las manos apoyadas sobre la mesa como si las necesitara para mantenerse erguido.

Ninguno de los dos dijo nada. Morgan no estaba muy segura de que la estuviesen viendo realmente frente a ellos, pues estaban demasiado ocupados calculando cuánto daño sufriría la reputación

de la pensión como un refugio seguro y pacífico ahora que se había convertido en la escena de un crimen.

La jefa de policía, Raines, se había marchado. Eddie Rutherford también. Daphne, la *border collie* de la familia, atravesó las baldosas con diseño de ajedrez de la cocina para llegar hasta ella, haciendo resonar las patas sobre el suelo. Ya era demasiado grande como para que Morgan pudiera levantarla en brazos, así que, en su lugar, se agachó hacia el suelo y la aferró contra ella. A juzgar por cómo temblaba, la perra estaba aterrorizada. Le dio besos suaves en lo alto de la cabeza mientras le aseguraba que todo iba a salir bien a pesar de que ella misma no se lo creía. Le rascó detrás de las orejas y le acarició el suave pelaje blanco y negro. El animal movió la cola de un lado a otro antes de posarla sobre las baldosas.

—He tenido que dejar que saliera del sótano, ya que no dejaba de llorar —masculló su madre mientras señalaba a Daphne. Vanessa miró a su hija con los ojos vidriosos por las lágrimas—. ¿Puedes creer que no sea capaz de encontrar por ninguna parte el maldito sacacorchos? —Cerró el cajón más cercano de golpe, haciendo que la cubertería de plata del interior se sacudiera—. ¿Qué te han dicho sobre Eleanor?

—Grace no sabrá nada con certeza hasta que no la lleve a la morgue —contestó ella mientras se preguntaba si debería contarles todo. La verdad le reposaba sobre el pecho, pesada como una piedra. Decidió que el silencio era peor que las malas noticias—. Ha… encontrado algo —añadió. Su padre al fin alzó la vista y posó la mirada de acero sobre ella—. Una taza de té bajo el cuerpo de Eleanor.

Vanessa pestañeó como si su hija estuviera hablando con algún código secreto.

—Siempre iba por ahí con una. Las encontraba allá dondequiera que fuera.

—Y un cuchillo —les informó Morgan mientras se aferraba todavía más a Daphne—. A Eleanor la han… asesinado.

Su madre se quedó paralizada. La botella que tenía en la mano

se le escurrió hacia un lado, pero consiguió atraparla justo a tiempo y la dejó sobre la encimera con un golpe seco.

—No —susurró. La palabra se le escapó de los labios como si la hubiera sorprendido. Se llevó las manos de golpe a la boca y después al pecho—. No, no, no. —Sacudió la cabeza y retrocedió como si aquella noticia fuese un ente físico que se dirigiera corriendo hacia ella. El rostro se le quedó lívido—. ¿Aquí, en esta casa? —Estaba empezando a alzar la voz mientras el pánico se abría paso con uñas y dientes hacia la superficie. Se giró hacia la ventana y descorrió la cortina.

—Vanessa… —comenzó a decir su padre.

Sin embargo, su esposa prosiguió, frenética.

—Tenemos que sacar a todo el mundo de la propiedad ahora mismo. —La ventana que se encontraba sobre el fregadero era el punto perfecto desde el que poder contemplar todo el patio trasero. Si fuese de día, la vista alcanzaría hasta el río—. Antes de que llegue Elaine Matthias y aparezcamos en el periódico de mañana con el titular: «Muerte en el Daffodil Inn». —Se giró hacia Wesley con los ojos abiertos de par en par—. ¡Dime que esto no está ocurriendo! ¡Dime que la velada no está arruinada!

Morgan agachó la cabeza.

—Mamá, ha muerto una mujer. Tenemos que…

—Sí, eso ya lo sé —dijo su madre entre dientes—. Y, créeme, no hay nadie más desolado que tu padre y yo. ¡Pero eso no significa que vayamos a quedarnos de brazos cruzados mientras esa gente me pisotea las flores! ¡Las están destrozando! —dijo, inquieta. Daphne enterró el hocico bajo las piernas de Morgan mientras su madre seguía refunfuñando—. La tal Raines ha asustado tantísimo al fotógrafo y al del *catering* con sus preguntas que los hemos tenido que mandar a casa. —Con la mano, hizo un gesto en dirección a las pilas de comida intacta que tenían trente a ellos—. ¿Sabes cuánto tuvimos que pagar por esos *crostini* de *brie*? ¿Y por las gambas? ¡Las gambas, Wesley!

—¿Tienes que preocuparte ahora mismo por las gambas? —

preguntó Morgan, incrédula.

—No se trata de las gambas… —intervino Wesley.

—¡Lo que me preocupa es la pensión, Morgan! —subrayó su madre mientras las lágrimas se le agolpaban en los ojos—. Tu padre y yo llevamos toda la vida trabajando para convertir este sitio en un lugar respetable, ¡en algo duradero que nos sobreviviera a nosotros y también a ti! ¿Sabes lo frágil que es la reputación en un lugar como este?

Su padre se puso en pie con lentitud.

—Vanessa… —le advirtió con un tono autoritativo en su voz grave de barítono. Daphne alzó las orejas.

—No, Wesley, tiene que oír esto. —Su madre se giró hacia ella con los ojos entrecerrados—. Toda nuestra vida está en este sitio y, ahora, ¡ha habido un asesinato en nuestro jardín delantero!

Técnicamente, había ocurrido en el patio trasero, pero a Morgan no le pareció que aquel fuese el momento de indagar en cuestiones semánticas. Pasó la vista entre sus padres, que tenían el rostro arrugado por el miedo y la decepción, como si fuera culpa suya. ¿Por qué todo era siempre culpa suya?

—¿Creéis que quería que ocurriera esto? —La voz se le quebró bajo la presión que se estaba formando en su interior.

—No, cielo, claro que no —comenzó a decir Wesley.

Vanessa abrió la boca para hablar, pero, en su lugar, frunció los labios. Volvió a girarse hacia la ventana y observó las luces que brillaban sobre el césped. El silencio cubrió la cocina. Morgan habría preferido escuchar la voz que no dejaba de refunfuñar en el interior de la cabeza de su madre que ser tratada con esa frialdad. Se preparó para que, aunque no llegara a decirlo nunca, su madre acabara culpándola. Además, había sido ella la que se había abierto paso hasta el interior del laberinto.

Vanessa se frotó las sienes en círculos lentos y prosiguió.

—Tiene que marcharse todo el mundo. Quiero que este sitio se quede vacío.

Morgan se cruzó de brazos.

—¡No podemos despachar a todos los huéspedes sin más! ¿Qué quieres que les diga a Zara y los Pruitt? «¡Gracias por haber venido! ¡Siento lo del cadáver! ¡No se olviden de la reseña de cinco estrellas!».

—Morgan… —le advirtió Wesley, que volvió a ponerse la americana y le tendió la mano a su hija—. Ya nos preocuparemos por los huéspedes en otro momento. Ahora vamos a despejar el recinto y a ayudar a toda esa gente a llegar al coche.

Morgan cedió y le tendió la mano. Él tiró de ella para ponerla en pie. Era mejor que se marcharan para disipar la tensión. Una sola palabra más de su madre en aquel tono de «Estoy muy decepcionada contigo» y le estallaría una vena, y ya habían vivido demasiada tragedia por una sola noche.

Vanessa tomó dos puñados de gambas y se los metió en la boca mientras volvía a rebuscar entre los cajones. Morgan supuso que andaba en búsqueda y captura del sacacorchos. La mujer no levantó la vista cuando les dijo:

—Y decidles que no pasen por encima de mis parterres.

Daphne fue trotando a su lado mientras su padre y ella se dirigían hacia la puerta. Wesley la abrió y Morgan salió en primer lugar. El aire la recibió con un frescor primaveral pronunciado que le enfrió las mejillas. Sin embargo, bajo el frío se escondía algo más pesado: un trasfondo que se aferraba al caos como si la noche estuviera conteniendo el aliento.

Poco a poco, los invitados salían a la calle, murmurando entre ellos como abejas en una colmena sacudida. Algunos estaban llorando y otros susurraban mientras estiraban el cuello para asomarse al laberinto con esa mezcla de curiosidad y miedo que solo aparece cuando a otra persona le pasa algo terrible.

Morgan respiró hondo y puso el gesto que reservaba para las reuniones obligatorias del colegio y las recaudaciones de fondos.

—Lo sentimos muchísimo —dijo, dirigiéndose a la multitud—. Por favor, regresen a casa con cuidado. Pronto tendremos más información. Por ahora tenemos que dejar que la Policía haga su

trabajo.

—¿Saben qué es lo que ha ocurrido? —gritó alguien entre el gentío.

Junto a ella, su padre se puso tenso.

—No —mintió el hombre—. No sabemos nada.



Horas más tarde, Morgan salió por la puerta lateral y plantó ambos pies sobre el jardín. Cuando los movió, sus dedos se regocijaron, libres de las ataduras de unos apretados zapatos de tacón alto. Enterró los talones a mayor profundidad y la hierba suave y fresca recibió su presencia de buen grado. La oscuridad la envolvió mientras la luz de la luna resplandecía de forma hechizante sobre el río, que fluía con lentitud.

En aquel momento, las risas y la música de antes se habían desvanecido y habían sido reemplazadas por los ruidos nocturnos de la naturaleza. Los sapos croaban sin cesar mientras las cigarras y los grillos se sumaban a su orquesta. Cuando cambió el peso de pie para sacar el móvil, el sensor de movimiento se encendió y la bañó con un resplandor cálido pero solitario. Las secuelas provocadas por aquella velada frenética quedaron a la vista.

Parecía como si un desastre natural hubiese arrasado con el Daffodil Inn, su hogar de la infancia. El laberinto, anteriormente impecable, en el que Will y su padre tanto habían trabajado, estaba cubierto de cinta policial amarilla. La pista de baile improvisada estaba rodeada de sillas abandonadas, volcadas y en diferentes estados de colapso. Los manteles de color pastel manchados que cubrían las mesas altas ondeaban con la brisa. Vasos, cubertería y platos hechos añicos resplandecían entre la hierba aplastada bajo las huellas de las botas que iban de un lado para otro.

Si no hubiesen sido las dos de la madrugada, habría gritado. Se tragó a la fuerza el nudo que tenía en la garganta. Se rodeó el

cuerpo con los brazos, pero, aun así, las lágrimas se le escaparon. Llorar siempre hacía que se sintiera débil, como si hubiese permitido que alguien viera las grietas que tenía en el interior. Había crecido siendo fornida en un pueblecito en el que ser más gruesa que un palo estaba mal visto. Debería ser la reina de vivir bajo presión.

Desbloqueó el teléfono y se encontró con un aluvión de notificaciones: etiquetados, mensajes, videos y menciones. Un video estaba siendo tendencia, destinado a convertirse en algo viral: una lenta panorámica de la cinta policial con música dramática y una leyenda que rezaba «Fiesta asesina en el jardín».

Alguien había comentado: «Vaya con la hospitalidad sureña».

Otro comentario: «No pienso volver a este sitio. Me han arruinado la velada».

Se quedó sin aliento. No se veía capaz de leer las reseñas de la pensión. Una mala publicidad implicaba malas reseñas, las malas reseñas implicaban falta de reservas y la falta de reservas implicaba…

Justo cuando empezaba a nublársele la visión, una voz se coló entre todo el ruido.

—¿Morgan?

Se dio la vuelta a toda velocidad mientras pestañeaba con fuerza para deshacerse de las lágrimas y se guardó el móvil. Will estaba a un par de metros de distancia. Daphne estaba junto a él, jadeando con la boca abierta y la lengua colgando.

Llevaba una camiseta fina bajo una chaqueta de estilo utilitario que se le ceñía al torso amplio. Con una mano sujetaba la correa rosa fucsia de la perra mientras, con la otra, sostenía una botella de cerveza medio vacía. Debía de haber sacado al animal a dar un paseo nocturno, que eran sus favoritos. Pensó que todos necesitaban un momento de soledad para recuperarse de tanto drama.

—Hola —dijo mientras intentaba aclararse la garganta sin que resultase evidente. Daphne se acercó a ella a toda velocidad, emocionada. Se agachó para acariciarle la cabeza y, entonces, el

animal se tumbó a sus pies—. Pensaba que Angel y tú os habríais marchado después de todo lo que ha ocurrido.

—No me parecía bien irme sin comprobar cómo estabas —contestó él mientras metía la mano libre en el bolsillo de la chaqueta —. Además, es tarde. No me atrevería a despertar a mi hija ahora mismo. —Will señaló a la perra—. La he visto husmeando por ahí y he supuesto que le vendría bien un amigo.

—Le gusta pasear por la noche —comentó Morgan.

Él se colocó junto a ella y se quedó en silencio un instante mientras el croar de los sapos llenaba el silencio. Morgan lo agradeció. En ese instante, no necesitaba palabras vacías de consuelo. Necesitaba a alguien con quien compartir todo aquello.

Deseó que Nia estuviera allí, pues su mejor amiga siempre sabía qué hacer. Había resuelto el asesinato de Rosie por pura determinación. Había recibido un poco de ayuda de Jesse, pero ella se había negado a detenerse incluso cuando eso le había costado el negocio familiar. Habían tardado un año entero, pero habían conseguido reconstruirlo y, en aquel momento, The Cinnamon Scoop era un negocio más fuerte que nunca. Morgan quería creer que lo mismo era posible en el caso de sus padres, pero no podía concentrarse en ninguna salvación futura que quedase fuera de vista. No tenía tiempo para eso. En aquel preciso instante, lo único que existía era el desastre que se desplegaba ante ella.

—La pensión está condenada —dijo al fin en voz alta. Will esperó y ella prosiguió—. A mi madre tan solo le importan los narcisos. Mi padre está muerto de vergüenza y yo solo… —Se rodeó el cuerpo con los brazos.

«Estoy intentando no llorar», pensó.

—Lo estás llevando mejor que la mayoría —respondió Will—. Te he visto antes ahí fuera —añadió, señalando el porche delantero—. Creo que lo estás haciendo lo mejor posible, dadas las circunstancias.

Morgan sacudió la cabeza mientras se apretaba el torso aún más fuerte con los brazos.

—Siento como si todo fuera culpa mía —masculló.

Él asintió con lentitud. Morgan fingió no darse cuenta de cómo la luz de la luna se reflejaba sobre su tono de piel oscuro y cómo, desde donde se encontraba, sus labios dibujaban la forma perfecta de un corazón.

—Nada de lo que ha ocurrido esta noche es culpa tuya, Morgan. Esto no recae sobre tus hombros.

—Me siento muy… culpable —contestó ella.

Will dio un largo trago a la cerveza y soltó un suspiro.

—Sí, eso lo entiendo —dijo tras un instante. El tono de su voz hizo que Morgan se girara para mirarlo. Ya no estaba sonriendo—. De adolescente, era el que siempre metía la pata: me saltaba las clases, me metía en peleas… Hacía todo tipo de locuras. Estuve a punto de destrozar el negocio de mi padre.

—«Locuras» —masculló ella mientras los pensamientos le daban vueltas en la cabeza. ¿Quién había sido Will antes de llegar a Cinnamon Falls? ¿Llegaría a descubrirlo en algún momento?

—Volvía loco a mi padre, que siempre me estaba comparando con mi hermano.

Morgan arqueó una ceja. ¿Había dos como él?

—Déjame adivinar: tu hermano es neurocirujano y su esposa, enfermera. Tienen un hijo perfecto y un *golden retriever* que se llama Biscuit.

A sus pies, Daphne soltó un gruñido.

—Parecido. —Will se echó a reír—. Él es cardiólogo y su mujer, contable. Tengo dos sobrinos, Jayden y Jordan, que son gemelos y nunca sacan menos de un sobresaliente. Y tienen dos peces: Epi y Blas.

Morgan soltó un bufido burlón.

—Cómo no.

A Will se le curvó la comisura de los labios en una leve sonrisa y dio otro trago de cerveza.

—Se suponía que la empresa de paisajismo de mi padre pasaría a mis manos, pero, cuando me desvié del camino del hijo ideal, dejó

de mencionar el asunto. —Morgan se percató de lo tensa que tenía la mandíbula mientras proseguía—. Fui a una escuela de barbería y empecé a cortar el pelo. Supuse que, si no iba a continuar el negocio familiar, podía forjarme mi propio camino, ¿sabes lo que quiero decir?

Morgan conocía mejor que nadie las complicaciones propias de los negocios familiares.

—De pequeña, lo único que quería era ser normal por una vez, así que convencí a mis padres de que me dejaran asistir al colegio público en lugar de que me educara en casa una mujer que seguía llamando «Marthasville» a la capital de Georgia. —Will soltó una carcajada a modo de respuesta—. Sin embargo, en mi clase de primer curso había dos Morgan, así que empecé a vestir de morado para diferenciarme. No quería ser «la otra Morgan» o la chica cuyos padres regentaban la pensión. Tan solo quería… —Se mordió el labio — que me vieran como soy y no como todo el mundo quiere que sea. Yo misma, sin más. —Los ojos le escocían por las lágrimas y se obligó a contenerlas. Ya había llorado suficiente por una sola noche —. Solía creer que mi madre estaba hecha a prueba de balas. De algún modo, siempre encontrábamos la manera de salir adelante; incluso durante las temporadas bajas. —Morgan pestañeó rápidamente, oponiéndose a la oleada de emoción que le subía por la garganta—. No sé si podremos luchar para salir de esta —susurró —. Las reseñas, los medios de comunicación, la Policía… ¿Cómo te recuperas de algo como un asesinato?

Will dejó la botella en el suelo y se giró hacia ella por completo.

—Se nos ocurrirá algo. A ti y a mí. Tu familia me ha hecho un favor y un Reed siempre paga sus deudas. Trabajaremos juntos en ello, descubriremos quién ha hecho esto y limpiaremos el nombre de tu familia. No estás sola.

Alzó la vista hacia él y, durante un breve instante, el miedo, la presión y el peso aplastante de la responsabilidad desaparecieron.

—¿Por qué estás siendo tan amable conmigo? —le preguntó en apenas un susurro.

—Porque te veo —contestó él—. Aunque a veces quieras tirar la toalla, en el fondo sabes que no lo harás. Y, para mí, eso es importante.

Aquellas palabras la asaltaron como una ráfaga cálida de viento. Sonrió por primera vez en lo que le parecieron días. Entonces, él le tendió la mano.

—Eh… No he llegado a entregarte esas flores y tampoco hemos bailado.

Morgan soltó una carcajada mientras el corazón le latía dentro del pecho con un sonido envolvente.

—No hay música.

Will se llevó un dedo a los labios mientras la orquesta nocturna de la naturaleza los envolvía.

—Sí la hay.

Esperó con paciencia mientras Morgan pasaba la vista entre él y su mano extendida. Estaba actuando como si aquella noche no hubiese sido un desastre, como si tuvieran tiempo para un baile cuando todo estaba arruinado…

—Manda callar a tu cerebro —intervino él mientras una sonrisa le asomaba entre los labios—. Todo lo demás puede esperar.

Morgan colocó la mano sobre la suya. Entonces, como si estuviera tirando de un hilo invisible, Will la atrajo hacia él. Le rodeó la cintura con los brazos y ella apoyó la cabeza en su pecho, aferrándose a la única cosa firme en un mundo que parecía estar derrumbándose bajo sus pies.

Él empezó a mecerse y Morgan lo imitó. Bajo las estrellas titilantes y el aroma de los narcisos aplastados, bailaron, corazón con corazón, acompañados por la improvisada orquesta de la naturaleza.

Capítulo 6
Will

Domingo

Will se despertó sobresaltado, con una sensación de inquietud en las entrañas. Nunca hacía caso omiso de una corazonada. Algo iba mal. Se quedó tumbado en la cama, quieto, aguzando el oído para intentar detectar el sonido que lo había despertado del sueño. En su lugar, lo único que oyó fue silencio y, cuando había de por medio una humana diminuta, el silencio siempre era algo sospechoso.

Abrió los ojos de uno en uno, recibiendo la luz del amanecer que estaba comenzando a filtrarse a través de las finas cortinas de la ventana. Se incorporó y se estiró para desprenderse de la tensión de la espalda hasta que notó un crujido satisfactorio. Estaba ansioso por volver a casa y recuperar tanto su colchón tamaño extragrande como la pared que separaba su dormitorio del de Angel. Por mucho que estuviera disfrutando de pasar un tiempo en estrecha compañía de su pequeña, tenía ganas de disfrutar de cierta privacidad.

Cuando echó un vistazo al otro lado de la habitación, descubrió rápidamente que Angel no estaba roncando en la cama que se encontraba frente a la suya. La colcha estaba apartada a los pies como si se hubiera marchado a toda prisa. Atravesó la habitación en dos pasos rápidos y descubrió que las sábanas estaban frías como el

hielo.

Con el sueño calándole todavía la profundidad de los huesos, se dirigió hacia el baño contiguo.

—¿Melocotoncito? —La llamó desde el otro lado de la puerta cerrada.

Ella no contestó, aunque podría deberse a que tenía una relación de amor-odio con el apodo que le había dado su abuela materna cuando tan solo era un bebé. Cuando Tanya había llegado a casa desde el hospital con la niña, la pequeña iba envuelta en una mantita rosa. La madre de Tanya, una mujer de Georgia de pura cepa, había empezado a llamarla «mi dulce melocotoncito» de forma afectuosa y en referencia al propio estado, conocido como «el estado del melocotón». El apodo se había quedado. Sin embargo, Tanya y su madre, no.

Deslizó la puerta corredera para abrirla.

Vacío.

La noche anterior le había costado varias horas conciliar el sueño. El grito se había repetido en su cabeza en bucle, seguido por los llantos desgarradores de Angel y la escalofriante declaración de Grace esperando entre bastidores. Tenía que encontrar a su hija. Si él todavía estaba atormentado, no sabía cómo se estaría sintiendo ella.

Salió de la habitación a toda velocidad, teniendo cuidado de no resbalarse con la alfombra fina que se extendía de un lado a otro del pasillo. Con las antiguas láminas de madera crujiendo bajo su peso, bajó los escalones de dos en dos hasta llegar a la planta a pie de calle.

Encontró a Angel sentada en el salón principal con su pijama rosa a juego y sin un calcetín. Daphne, que estaba echa un ovillo junto a su hija, masticaba dicho calcetín entre los dientes mientras la pequeña garabateaba en su iPad. En la mesita que había junto a ella, había una taza de té abandonada con apenas un dedo de infusión. Tenía el mismo diseño que la que Grace había encontrado la noche anterior.

Angel y la señora Eleanor habían compartido una rutina matutina: ver el amanecer mientras disfrutaban juntas de una manzanilla. Después, solían pasear por los campos de narcisos. Will se preguntó cuánto rato llevaría su hija esperando a que llegara la mujer. La punzada que sintió en el corazón lo dejó sin aliento. Se pellizcó el puente de la nariz para contener las lágrimas. Podría llorar más tarde.

A veces deseaba tener pareja, alguien en quien apoyarse y que pudiera tomar la iniciativa a la hora de abordar una conversación sobre la muerte. Durante el embarazo de Tanya, se había quedado despierto hasta tarde para leer libros sobre paternidad, pero ninguno de ellos había contado con un capítulo titulado: «Cómo decirle a tu hija de siete años que su mejor amiga no va a volver».

Aquel no era el momento de lamentarse por la falta de ayuda. Tenía que ser fuerte por Angel. Si le preguntaba por Eleanor, le contaría lo que sabía dentro de unos límites razonables. Pero, si no lo hacía… Bueno, no tenía un plan para lo que eso significaba.

Su hija no alzó la vista mientras se acercaba a ella. Cuando carraspeó para hacer notar su presencia, Daphne alzó las orejas hacia el techo. El animal se dio la vuelta y colocó las patas sobre el respaldo del sofá mientras pasaba la larga cola sobre la pantalla de la *tablet* de Angel, bloqueándole la visión.

—Muévete, Daffy —se quejó la pequeña mientras intentaba agarrar la cola del animal, con lo que tan solo logró que la moviera con mayor rapidez y no pudiera alcanzarla.

Will se agachó para darle a la perra unas cuantas caricias matutinas y ella le pasó felizmente la lengua por el antebrazo a modo de pago por semejante gesto amable. Angel seguía sin darse la vuelta. Se dio cuenta de que tenía los auriculares de unicornio bien puestos, así que le dio una palmadita en el hombro.

—Buenos días, cielo —dijo Will, otorgándole a su tono de voz toda la gravedad de la que fue capaz.

Ella se quitó los auriculares y guardó el boceto en el que estaba trabajando antes de alzar la vista hacia su padre.

—Estaba pensando en comer tortitas —dijo con toda la naturalidad del mundo, como si no se hubiesen pasado toda la noche rodeados de cinta policial.

Se dio cuenta de que no se encontraba bien, ni mucho menos, pero era evidente que todavía no quería hablar de ello. A pesar de su edad, Angel no tenía problemas para expresar su opinión, ya fuese buena, mala, injustificada o solicitada. Will se preguntaba de forma constante si crecer sin su madre había dejado algún tipo de agujero en su vida. Y ahora se preguntaba si perder a la señora Eleanor le afectaría de algún otro modo. Una cosa era perder a un ser querido, pero otra muy diferente era perder a alguien que formaba parte de tu familia por elección: un amigo.

—Vamos a hacer las maletas. Después, si quieres, podemos ir a The Toasted Pecan —le ofreció él.

Ella lo miró con legañas en los rabillos de los ojos.

—¿Todavía preparan esas tortitas de canela con sirope de miel?

A veces se parecía tanto a su madre que le revolvía el estómago. Tanya podría haberles ahorrado mucho sufrimiento si no hubiese…

—Y con mantequilla de arce —añadió, manteniendo un tono de voz calmado a pesar de que quería derrumbarse. Deseaba poder deshacerse del dolor de su hija, hacer retroceder los relojes hasta la noche anterior, cuando aún era una princesa hada de jardín con su carísimo vestido de mariposas. Tal como se sentía en aquel momento, habría comprado veinte vestidos más si eso hubiese hecho que la pequeña sonriese aunque solo fuera un poco—. Puedes comer toda la nata que quieras.

En el rostro de Angel se dibujó una sonrisa triste. Pero, para Will, incluso media sonrisa era una victoria.

Tomó la taza de té y se dirigió a la cocina mientras su hija subía corriendo al piso superior con Daphne pisándole los talones. La señora Vanessa estaba sentada a la mesa de la cocina y sostenía una taza humeante de café con gesto inexpresivo. La taza de cerámica le temblaba un poco entre las manos, traicionando la quietud que la mujer se esforzaba por mantener.

Atravesó la sala, metió la delicada taza de té en el lavavajillas y lo cerró con cuidado. El electrodoméstico se cerró de golpe con un sonido inusualmente fuerte en medio del silencio pesado de las primeras horas de la mañana. Will se apoyó contra la encimera.

—Vamos a marcharnos —dijo en voz baja—. A Angel le apetece comer tortitas.

Vanessa alzó la vista y pestañeó. Will se percató de que todavía llevaba el maquillaje de la noche anterior sobre la cara arrugada. Se preguntó si habría dormido algo o si se habría pasado toda la noche en vela, clavada al suelo de la cocina.

—Claro —dijo ella tras un instante—. Estoy esperando a que llegue la Policía. La jefa Raines dijo que vendrían a primera hora. Gracias por haberte quedado. Y por todo. Sé que adoraba a Eleanor.

—Así es —contestó con la voz pastosa—. Yo también. —Hizo una pausa mientras se frotaba la nuca—. Ha sido muy buena con nosotros, señora Vanessa. No me tomo eso a la ligera. Gracias por abrirnos sus puertas a pesar de todo lo que está ocurriendo.

La mujer asintió y le dedicó una sonrisa tibia.

—No hay de qué, Will. Angel y tú seréis bienvenidos siempre que queráis.

Antes de que pudiera responder, unos pasos atronaron sobre sus cabezas y prosiguieron por las escaleras. Daphne llegó primero. Después el señor Pruitt apareció en el umbral de la puerta. Su esposa iba pisándole los talones, arrastrando por las lamas de madera del suelo la maleta de ruedas llena.

—Vamos a dejar ya la habitación —anunció el señor Pruitt, un hombre enjuto a mediados de la sesentena. A toda velocidad, se caló la gorra marrón de repartidor de periódicos sobre las orejas grandes y sacó la barbilla hacia afuera de un modo que hacía que pareciera que estaba perpetuamente molesto con la situación. Jamás relajaba la profunda arruga que tenía entre las cejas y que, con toda probabilidad, se le había formado en algún momento durante la presidencia de Nixon. Llevaba los pantalones caqui planchados a la perfección y remangados sobre unas deportivas de suela de goma.

Junto a él, la señora Pruitt se recolocó la correa del bolso enorme de cachemira con los labios fruncidos en un gesto de desaprobación. Llevaba una chaqueta de lana rosa sobre una blusa blanca abotonada hasta el cuello. De una cadena fina de oro colgaba un crucifijo que le reposaba sobre las clavículas. Llevaba el cabello canoso apartado de la cara con una cinta de pelo fina y no había ni un solo mechón fuera de su sitio. Escudriñó la cocina desde detrás de unas gafas bifocales como si esperara que el polvo (o el pecado) fuese a aparecer de un salto desde algún rincón. Will echó un vistazo al reloj con forma de gallo que había en la pared. Acababan de dar las seis de la mañana.

Vanessa se puso en pie de golpe.

—Ay, no se apresuren, por favor. Lionel llegará en cualquier momento para preparar el desayuno y estaré más que encantada de invitarlos a la noche…

—No será necesario, Vanessa. —La señora Pruitt se aferró al brazo de su esposo como si fuese a salir flotando—. No te ofendas, pero no queremos pasar ni un solo minuto más aquí. Pensé que esta sería una buena experiencia para nosotros, pero he de decir que no ha sido más que una pesadilla. —Resolló mientras alzaba la barbilla hacia el techo—. ¿Un asesinato? ¿Qué clase de sitio es este? ¡Y que, aún encima, nos interrogara la Policía!

—Se ha pasado toda la noche llorando —añadió el señor Pruitt.

La mujer se llevó la mano a la frente.

—Estoy sufriendo una gran agitación emocional —balbuceó—. No puedo… No puedo pasar aquí ni un solo segundo más.

—Tenemos que ponernos en marcha —dijo su marido de forma brusca, evitando hacer contacto visual.

Will contempló la conversación en silencio. El señor Pruitt tenía los hombros cuadrados con indignación, mientras que Vanessa los tenía hundidos por la derrota. La pensión había pasado de pintoresca a maldita de la noche a la mañana. No podía culparlos, pero ver el gesto de la señora Taylor desmoronarse hizo que sintiera una punzada de dolor en el pecho.

—Lo entiendo —dijo Vanessa mientras se le quebraba la voz a pesar de los esfuerzos—. Buen viaje.

Desaparecieron por el pasillo. Will oyó que la puerta principal se abría y se cerraba, dejando tras de sí un frío persistente.

La dueña del negocio exhaló con fuerza y bajó la vista hacia el café que reposaba sobre la mesa, ya frío.

—Es la tercera cancelación de la mañana —murmuró—. Incluso me da miedo mirar el correo electrónico. Estoy segura de que habré recibido más mensajes de odio.

Will cambió el peso de pie. Después, se acercó a ella y le tocó el brazo con delicadeza.

—Esto no es culpa suya. La Policía se va a hacer cargo de todo. Saldrán adelante.

Ella levantó la vista con los ojos vidriosos.

—¿Eso crees?

Él le sostuvo la mirada.

—Es más fuerte de lo que cree.

Pasaron unos segundos antes de que la mujer asintiera.

—Dile a Angel que, si quiere, puede quedarse con la taza de té —dijo mientras la sacaba del lavavajillas y la enjuagaba.

—Le encantará —comentó Will con voz suave.

Cuando se disponía a marcharse, se detuvo en el umbral de la puerta y volvió la vista atrás hacia la mujer que los había tratado a su hija y a él como si fueran parte de la familia. Vanessa volvió a dejarse caer sobre el banco y centró la vista de nuevo en la taza que tenía frente a ella como si fuese a desvelarle el futuro. Will subió las escaleras con paso arduo mientras el peso del dolor y las preguntas sin responder le pisaban los talones.

A pesar de la hora temprana de la mañana, The Toasted Pecan ya estaba muy concurrido, repleto de clientes habituales que

cuchicheaban sobre las noticias de la noche anterior con un café de por medio. En la televisión anclada a la pared que había junto a la barra, un titular recorría el tercio inferior de la pantalla. Will estaba demasiado lejos como para leerlo, pero, a juzgar por cómo todo el mundo había girado la cabeza hacia él al entrar, estaba seguro de que hablaba sobre el Daffodil Inn. No era ningún secreto que en Reed & Roots se habían encargado del cuidado de los terrenos antes del Daffodil Jubilee. En Cinnamon Falls, los rumores se esparcían a la velocidad de la luz y todo el mundo hablaba sobre el cadáver que habían encontrado en el laberinto.

Angel escogió uno de los reservados que había cerca de la ventana a pesar de que Will habría preferido una mesa al fondo del restaurante. Por costumbre, se sentó mirando hacia afuera, pues siempre se aseguraba de no darle la espalda a la puerta. Era algo que le había enseñado su padre. Tal vez él pudiera romper el hielo y hablar con Angel, que apenas había dicho nada desde aquella mañana. Justo cuando estaba a punto de sacar el teléfono móvil para hacer la llamada, vio que Clarissa Hargrove, la propietaria de aquel restaurante de estilo casero, se dirigía hacia su mesa.

Era la personificación humana de la palabra «reconfortante»: una mujer rolliza y educada que irradiaba calidez. Llevaba el pelo arreglado en una perfecta melena corta gris que encajaba a la perfección con su rostro redondeado. Se movía por el local como si tuviera todo el tiempo del mundo, saludando a los clientes habituales por el nombre y entablando conversación con cada uno de ellos sobre pequeños detalles de sus respectivas vidas. Conforme se acercaba, sus rasgos suaves se iluminaron al ver a Angel.

—¿Quieres lo de siempre? —le preguntó Will a su hija, que había comenzado a garabatear en la esquina del mantel infantil de papel con la cera roja que le habían entregado.

Ella asintió.

—¿Puede ser con extra de nata, por favor?

De ningún modo iba a decirle que no.

—Claro que sí, melocotoncito.

Will vio que la amplia sonrisa de Clarissa se transformaba en un gesto solemne mientras se aproximaba a ellos. Se preguntó cuánto tiempo tendría que lidiar con esa clase de cosas.

—Me he enterado de lo que ocurrió en el festival. ¿Estáis los dos bien? —Pasó los ojos entre Will y Angel, que estaba demasiado ocupada rellenando la sopa de letras del menú infantil como para entretenerse con charlas. Will deseaba poder tener algo con lo que distraerse también en lugar de tener que entablar una conversación que ocultaba un intento de desenterrar algún que otro cotilleo.

—Bien —contestó con una sonrisa educada.

En el sur, las charlas insustanciales eran una moneda de cambio y él tenía la cuenta en negativo. A pesar de que llevaba algo más de tres años viviendo en Cinnamon Falls, seguían considerándolo un forastero, hecho al que atribuirían su falta de modales.

—Me alegro de verte de nuevo, Angel —dijo Clarissa—. ¿Cómo te encuentras esta mañana?

—Hola, señora Hargrove —respondió la niña a regañadientes—. En esta ocasión, mi padre va a pedir el desayuno por mí porque la señora Eleanor no ha podido venir conmigo hoy —le informó, como si a esas alturas no se hubiera enterado ya medio pueblo.

—Ya veo —contestó Clarissa mientras las mejillas se le teñían de rojo y le dedicaba a la pequeña una sonrisa triste—. Todos estamos un poco afligidos por eso. Si no recuerdo mal, lo primero que solíais tomar era una infusión de manzanilla, así que te traeré eso, cariño. ¿Ya sabéis lo que vais a comer?

Will comenzó:

—¿Podría traer unas tortitas de canela con extra de nata para esta pequeña? —Angel asintió con gesto de aprobación—. Yo tomaré el combo de desayuno con salchichas.

Su hija fingió meterse un dedo en la garganta y tener arcadas.

—Esperaba que pidieras el beicon.

—Me lo imaginaba —contestó él, bromeando. Parte del motivo por el que se pedía las salchichas era precisamente para poder disfrutar de la comida sin tener que compartirla. De todos modos, le

dedicó a Clarissa una mirada cómplice que significaba que les añadiera un extra de beicon para compartir.

Angel salió del reservado y anunció que iba al baño. Will se dispuso a acompañarla, pero ella lo frenó de inmediato.

—No soy un bebé —dijo con desdén—, puedo ir sola.

—Muy bien, señora —respondió él.

Clarissa se rio con disimulo mientras ambos observaban a la pequeña abrirse paso por el local.

—Es la monda —comentó—. Una auténtica diva. La última vez que estuvo aquí hizo que todo el restaurante acabara partiéndose de risa. Aunque no esperaba verla con alguien como Eleanor Langford.

Will arqueó una ceja.

—Entiendo que no era una gran admiradora suya.

—Es posible que tu hija sea la única persona de Cinnamon Falls que sí lo era. —El tono de voz de Clarissa adquirió esa clase de neutralidad ensayada y cautelosa que uno adopta cuando intenta evitar un escándalo, pero quiere contar lo que sabe de todos modos —. No me gusta hablar mal de los muertos, pero, por aquí, no se apreciaba demasiado a Eleanor. —Se sacudió algo invisible del delantal—. Hacía mucho tiempo que había quemado todos los puentes.

Will empezó a prestar más atención.

—¿De verdad?

Sabía que a la madre de Morgan no le había caído demasiado bien, pero no había creído que todo el pueblo tuviese algo en contra de aquella mujer. Con él, siempre se había mostrado agradable, pero era posible que no la conociera tanto como la conocían los habitantes de toda la vida de Cinnamon Falls.

Clarissa le dedicó una mirada significativa.

—Digamos que Eleanor era capaz de hacerte sentir muy pequeño si no cumplías con sus expectativas. Era todo perlas y pose, pero ¿la lengua que se escondía detrás de esas sonrisas? Afilada como un cúter. Thomas la tenía atada en corto, pero, tras su muerte, todo fue cuesta abajo. Verás, puedo entender el dolor. Perdí a mi Willbur hace

casi diez años. Pero eso no significa que puedas ir por ahí tratando de malas maneras a gente amable y trabajadora. —Will no dijo nada a modo de respuesta. Supuso que la mujer tenía mucho más que añadir—. Discutí con ella una vez que vino aquí un domingo durante la hora punta del *brunch* y me exigió que bajara la música, alegando que le estaba dando dolor de cabeza. ¿Sabes que llamó a la Policía? Si no lo hubiera conocido de toda la vida, Wade me habría puesto una multa. Yo llevaba celebrando los *brunch* con *jazz* de los domingos más tiempo del que ella llevaba viviendo aquí. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Así era Eleanor: un puñado de opiniones indeseadas que no temía expresar. Pregúntale a Vanessa; sé que Eleanor y ella discutieron unas cuantas veces. Eleanor tenía todo el dinero del mundo, pero ni un solo rastro de humildad. Odio decirlo, pero aquí nadie lamenta que ya no esté.

Will resopló, pues eso era algo que le costaba creer. La Eleanor que conocía era amable y generosa.

—Vivió aquí la mayor parte de su vida; tiene que haber alguien que vaya a echarla de menos.

—Bueno, tal vez los de la biblioteca —dijo la mujer, pensativa, con un gesto desdeñoso.

Will sintió que había abierto un grifo y ya no había manera de que Clarissa dejara de hablar. Miró por encima del hombro en busca de Angel, pero la pequeña seguía en el baño.

—¿La biblioteca? —repitió.

—Todos los años, como un reloj, donaba dinero al Fondo de los Amigos de la Biblioteca. Hace unos años incluso financió la reforma. Pusieron su nombre en una placa y todo. Estoy segura de que sigue allí. De lo único de lo que hablaba era del hecho de que había conseguido que pusieran su nombre en un edificio. ¡Qué diablos! Cualquiera con los fondos necesarios podría conseguir eso.

Cuando Angel le dio a Will una palmadita en el hombro y se metió en el reservado junto a él, Clarissa se calló.

—Voy a ponerme manos a la obra con vuestro pedido. Enseguida vuelvo con la infusión —dijo con tono alegre antes de alejarse.

Will tomó nota mental del hecho de que Eleanor tenía una larga lista de enemigos. Pero ¿la odiaban lo suficiente como para matarla? Necesitaba una segunda opinión, pero, antes, tenía que hablar con alguien que había estado presente durante los últimos instantes de la vida de Eleanor.

Le mandó un mensaje de texto a Caleb Brewster:

Llámame.

Su mirada vagó hasta la ventana mientras los engranajes de su cerebro empezaban a girar.



Cuando llegaron las tortitas, Angel sonrió al fin. Will deseó poder capturar aquel momento para siempre. El extra de nata estaba colocado de tal forma que dibujaba una cara sonriente. Mantuvo la boca cerrada mientras su hija ahogaba las tortitas en sirope de arce. El subidón de azúcar que experimentaría después de comer valdría la pena a pesar del bajón posterior. La niña dio vueltas a la comida en el plato y tomó un bocado pequeño. Después, tomó otro antes de dejar el tenedor, que se hundió en la montaña de nata hasta desaparecer por completo.

—¿De verdad está muerta la señora Eleanor?

Will se quedó petrificado en medio de un trago de café. Ahí estaba: el momento que había llegado demasiado pronto. Se enorgullecía de nunca mentirle a su hija. Eso significaba que estaba al tanto de muchas más cosas de las que una niña de segundo curso debería saber, pero quería ser siempre sincero con ella, incluso aunque él mismo acabara herido en el proceso. No había nada que le importase más que Angel. Merecía saber la verdad.

—Sí, melocotoncito —dijo al fin—. Está muerta.

Angel frunció el ceño y apartó el rostro de él como si, en su cabeza, estuviera intentando solucionar una ecuación complicada.

—¿Acaso no era una señora simpática?

Will pensó en la Eleanor Langford que conocía: ruidosa, elegante y amistosa. No había tratado a su hija como a una niña, sino como a una compañera, como a una igual. A pesar de lo que le había contado Clarissa, Angel no era la única devastada por lo que le había ocurrido a la mujer. Él también lo estaba.

—Era una señora muy simpática —contestó con tono amable.

—Entonces, ¿por qué querría matarla alguien? —preguntó la niña.

El café caliente se le fue por el otro lado, por lo que la garganta le ardía cuando replicó con voz ronca:

—¿Quién ha dicho que la mataron?

—Vi a la señorita Grace antes de que me obligaras a irme a la cama. Una vez vino a clase durante las jornadas de orientación profesional y nos dijo que trabajaba en el sitio en el que están todas las personas muertas. Que les saca fotos y cosas así. Jason Richardson le preguntó si tenía que acudir a las escenas de los crímenes. Yo no sabía a qué se refería, pero veo *Andrew Guy, investigador privado* con el abuelo y también se lo oí decir en una ocasión.

—No lo sé, Angel —contestó él, estupefacto—, pero el tío Jesse y la Policía lo averiguarán. Cómete las tortitas.

—Pero, papá —gimoteó su hija—, ¿cómo van a saber…?

—Escucha, melocotoncito: a veces, a la gente buena le pasan cosas malas —le explicó con la esperanza de calmar sus preocupaciones—. No es trabajo nuestro comprender por qué. Eso se lo vamos a dejar al tío Jesse. Por ahora vamos a cuidar de la gente que nos rodea, ¿de acuerdo? Come.

Angel tomó el tenedor a regañadientes.

—Está bien —dijo con un suspiro.

Will le otorgó un instante y la observó mientras daba vueltas a las tortitas sobre el sirope sin tomar un solo bocado.

—Esta última semana habéis pasado mucho tiempo juntas —le dijo con tono amable—. Cuéntame otra vez a qué sitios habéis ido.

Recordaba que la mujer le había pedido permiso antes de salir a callejear con su hija, pero, al parecer, se le habían pasado por alto muchos pequeños detalles.

—Hemos ido a todas partes. —Angel se animó—. En primer lugar, a la biblioteca. La señorita Aisha me deja tomar los libros prestados a mí sola. Tengo que esperar a la marca verde y a que la máquina haga «¡Bip!». Entonces es cuando sé que el libro aparece como prestado. Después, fuimos a ese sitio con tantos zorros para recoger el vestido de la señora Eleanor para el festival.

—Un momento…, The Velvet Fox es donde te compré el vestido. ¿Quieres decir que podría haber encargado uno más barato y…?

Angel soltó una risita disimulada.

—El señor Frankie hizo uno especialmente para mí —dijo con una sonrisa resplandeciente. Will negó con la cabeza. Una vez más, su hija lo había engañado para que le comprara una prenda cara. Cuando alcanzara la adolescencia, iba a suponer todo un desastre para sus bolsillos—. ¡Incluso me dejó ponerme brillo de labios con purpurina! —La sonrisa de su hija se apagó de inmediato—. Se suponía que no tenía que contarte eso.

—Un momento… —La interrumpió Will.

Angel prosiguió al mismo tiempo que él.

—Fuimos a hablar con el señor Hartley en ese edificio grande y blanco. —La pequeña se dio unos golpecitos en los labios con el dedo índice, pensativa—. Oh, la señora Eleanor también me llevó a que la peinaran. Después de eso, fuimos a visitar a un señor llamado Thomas y a una niñita que vivían bajo tierra. Tuvimos que hablar en voz muy baja y la señora Eleanor se puso muy triste.

—¿Triste en qué sentido?

Ella se encogió de hombros.

—Me dijo que ella también tenía una hija, pero que ya no la tenía. No sonrió demasiado y tuvimos que quedarnos sentadas y quietas durante mucho rato.

A Will se le contrajo el pecho. Las personas que vivían bajo tierra tenían que ser el difunto marido de Eleanor y su hija. La mujer debía

de haberla llevado al cementerio. No había sido consciente de lo mucho que Angel sabía sobre Eleanor.

—Le gustaba mucho estar contigo —dijo Will mientras le quitaba una migaja de tortita de la mejilla.

Ella bajó la vista.

—Era como tener una abuela divertida. Me caía muy bien.

Will le estrechó la mano con suavidad.

—Lo sé, melocotoncito. A mí también.



Si Will pasaba alguna vez por Main Street con Angel en el asiento del copiloto, la parada en The Cinnamon Scoop era obligatoria. Tras la conversación que habían mantenido sobre Eleanor, su hija no tocó las tortitas que había rogado comer, pero siempre sabía cómo animarla: un Shirley Temple de vainilla. Dos bolas del emblemático helado de vainilla de la tienda cubiertas por una generosa ración de sirope de cereza y coronadas por un refresco gaseoso que siempre hacía que su hija se tapara la nariz. Necesitaba un momento de calma para hacer la llamada que llevaba temiendo hacer toda la mañana y Nia siempre sabía cómo animar a la pequeña.

La campanilla del techo tintineó cuando Angel entró en el fresca heladería. El local estaba vacío excepto por Nia, que se encontraba detrás del mostrador, tarareando para sí misma mientras ordenaba los diferentes acompañamientos del expositor de cristal.

—¿Es una broma? —exclamó la mujer—. ¿No es esa mi chica favorita del mundo mundial?

—¡Tía Nia! —dijo Angel con una sonrisa resplandeciente. Salió corriendo hacia la barra y se sentó en uno de los taburetes.

—¿Dónde habías estado, cielo? —preguntó ella con la mano sobre el sirope de cereza—. ¿Lo de siempre para la reina? —preguntó con voz pomposa.

El dedo índice de la niña volvió a hacer acto de presencia.

—Con extra de cerezas, por favor —le indicó.

Nia le guiñó un ojo a Will.

—Ahora mismo, majestad.

Mientras Angel y la mujer charlaban, Midnight, la gata Bombay de la familia Bennett, saltó al taburete que se encontraba junto a la niña.

—¡Midnight! —dijo la pequeña con un gritito—. ¡Hacía siglos que no te veía!

Mientras su hija molestaba al animal con preguntas sobre su paradero, Will se hizo a un lado para llamar a Tanya. Tenía tres llamadas perdidas y dos mensajes esperándole en el buzón de voz. No necesitaba ser adivino para saber que, al igual que todo el mundo, la madre de su hija habría visto las noticias de la mañana.

Contestó al primer tono.

—¿Te has vuelto loco, Will? ¿Dónde está mi niña? ¡Haz que se ponga! ¿Por qué no me contestaste anoche?

Will se pellizcó la nariz con los dedos para controlar el dolor de cabeza instantáneo.

—¿Quieres hablar con ella o quieres regañarme a mí?

—Voy a empezar contigo —contestó ella—. ¡Porque deberías saber que mi hija no tendría que estar en la escena de un crimen! ¿Por qué no me devolviste las llamadas? ¡Me he pasado toda la noche preocupada!

—Eran las dos de la madrugada…

—¿Pero tú te estás oyendo? ¡Dicen que hubo un asesinato! ¡Por lo que sabía, podrían haberte asesinado a ti! —Estaba seguro de que habría deseado justo eso más de una vez en su vida—. ¿Qué demonios estabas haciendo con Angel en la escena de un asesinato?

—No vio nada —mintió él—. La metí en la cama antes de que llegara la Policía y lo precintara todo.

—Tiene siete años. ¡Ni siquiera tendría que saber qué aspecto tiene la Policía! —gritó Tanya.

Will cerró los dedos con fuerza en torno el teléfono.

—¿De verdad quieres hablar conmigo sobre eso? —Apretó los

dientes y bajó el tono de voz para que Angel no pudiera oírlo. Tanya no contestó, pero podía oír su respiración entrecortada al otro lado de la línea—. ¿Necesitas que te recuerde el día que me otorgaron la custodia individual cuando te quedaste dormida al volante mientras ella iba en el asiento trasero? ¿O es que esa ocasión se te ha olvidado?

—Eso no es justo, Will. Estoy…

—Lo que no es justo es que yo tenga que hacer todo esto solo. Lo que no es justo es que sea yo el que tenga que explicarle a nuestra hija, la de ambos, que su persona favorita ya no está viva. Hice lo que pensaba que era lo mejor, ¿de acuerdo? Lo de anoche fue una locura y que cuestiones todos y cada uno de mis actos no hace que sea más fácil. Mi trabajo es protegerla y eso significa que soy yo el que decide lo que hace y dónde va hasta que tú recuperes la estabilidad.

En aquel momento Tanya estaba llorando. Podía oír sus llantos y gimoteos a través del teléfono. Nadie en todo el planeta podía lograr que reaccionara del mismo modo que ella. Sabía que su ira era una emoción secundaria. Bajo ella, estaba increíblemente decepcionado por la persona que Tanya Jackson había resultado ser. Habían albergado muchos sueños y ella los había destruido todos en el momento en el que había puesto a Angel en peligro.

—Ya no soy la misma persona, Will —dijo ella con un sollozo ahogado.

—Espero que así sea —contestó él de forma seca. Ya había oído lo mismo en el pasado.

Se quedaron en silencio un instante y Will se preguntó si habría hablado demasiado. Estaba enfadado, sí, pero nunca había pretendido hacerle daño a Tanya. Era la madre de su hija y tan solo quería lo mejor para ella, de modo que pudiera estar presente para Angel. Fueran cuales fuesen los sentimientos que hubiesen albergado el uno por el otro, se habían esfumado tiempo atrás, pero, en el fondo, todavía la quería. Era parte de la familia.

—Necesito verla —declaró la madre.

—Va a ser la primera semana de clases tras las vacaciones de primavera. No puedo sacarla de su rutina ahora mismo. La llevaré a Macon, a casa de tu madre, este fin de semana, ¿de acuerdo?

—Está bien —contestó Tanya—. ¿Puedo hablar con ella?

—¡Melocotoncito! —Will llamó a su hija por encima del hombro y le tendió el teléfono. Angel se bajó del taburete de un salto con Midnight apretada contra el pecho—. Ven a saludar a tu madre.

Capítulo 7
Morgan

Morgan se despertó con el sonido tranquilo de música R&B antigua. Incluso con la puerta cerrada, podía oír a una mujer cantando con tono meloso y desesperado sobre su dulce enamorado. Eso solo podía significar una cosa: su madre estaba borracha. Y un domingo, nada más y nada menos.

Vanessa Taylor era una criatura de costumbres. Los domingos se despertaba temprano y se vestía de punta en blanco. Si podía evitarlo, jamás se perdía una sola misa. Aquel debía de ser uno de los días en los que había decidido quedarse en casa, lo que era comprensible. Si su madre se hubiera acercado a menos de dos metros del tabernáculo de All Saints, la congregación la habría avasallado a preguntas incesantes y entrometidas en el aparcamiento. No podía culparla por no querer enfrentarse a un puñado de feligreses indiscretos y criticones. Además, tenían cosas más importantes en las que centrarse que en la opinión de los demás. Como, por ejemplo, en salvar el negocio.

Morgan todavía estaba enfrentándose al hecho de que la noche anterior había sido real. Habían asesinado a Eleanor Langford y la reputación del Daffodil Inn pendía de un hilo.

Deseaba poder deshacer los acontecimientos de la velada. La parte sobre el cadáver, no la de bailar lento con Will bajo las

estrellas. Todavía podía sentir sus brazos fuertes estrechándola en un abrazo. Podría haberse quedado allí para siempre. Pero ¿podría haber vivido una de esas cosas sin la otra? Esa era la parte irónica de su vida: por cada cosa mágica que experimentaba, había un desastre a la vuelta de la esquina, esperando para devolverla de golpe a la realidad.

—Gracias, mundo cruel —masculló en voz alta.

Se suponía que aquel día tenía que regresar a su apartamento. Si todo hubiera salido según sus planes, habría estado allí a primera hora tras haber salido pitando de la pensión. Sus padres habrían disfrutado de un exitoso fin de semana y las reservas habrían inundado el sistema *Online* a lo largo de las semanas siguientes. Estarían celebrándolo con café recién molido, unos rollitos de canela y tal vez algunas de las sobras del evento de cada año. Ella habría cumplido con su deber anual como hija y podría haber regresado a su tranquilo apartamento de dos dormitorios sin tener que preocuparse por nada.

El ambiente de la casa estaba cargado. Podía sentirlo. Lo más probable era que el día acabase resultando peor que la noche anterior. A medida que la música iba subiendo de volumen, que era la manera que tenía su madre de indicarle que saliera de la cama, Morgan supuso que ya había esperado y retrasado lo inevitable durante tiempo suficiente.

Se quitó de encima la manta, se dio la vuelta de inmediato para volver a hacer la cama y se aseguró de meter bien las sábanas en las esquinas, tal como le había enseñado su madre. Ahuecó los almohadones y les dio un golpe en el centro para que se mantuviesen erguidos. Estiró la colcha para que no hubiera arrugas hasta que la habitación tuviera exactamente el mismo aspecto que en la página web.

La habitación Flor Silvestre era su favorita. Antes de que sus padres hubieran comenzado a reformar la pensión, había sido su dormitorio de la infancia. Los tonos suaves amarillos y lavanda junto con las vistas laterales de los campos de narcisos habían logrado

que sintiera que era su propio mundo secreto. Tenía una ventana saliente con un acogedor rincón de lectura que era el mejor lugar para echarse una siesta durante los largos días de verano. Sus padres habían decidido mantener la ventana saliente y habían sustituido la pintura por un papel pintado floral recargado pero elegante. Aun así, bajo todo aquello, seguía siendo su lugar favorito.

Rebuscó en su equipaje un par de *leggings* y una camiseta. En menos de diez minutos entró y salió del baño aseada y lista para trabajar. No necesitaba que el volumen de la música volviera a subir.

Con cuidado de no despertar a los Pruitt que se encontraban en la habitación contigua, Morgan cerró la puerta del dormitorio con cuidado. La habitación Rayo de Sol, que se encontraba al final del pasillo, hacía honor a su nombre. Las paredes eran de un color amarillo mantequilla y unos narcisos pintados a mano recorrían todo el borde del techo. Morgan había escogido personalmente los muebles pintados de blanco, incluidas la espaciosa cómoda y la mecedora. Varios años atrás, su madre había decidido añadir unos bajoplatos florales de la tienda de segunda mano sobre el armazón de latón de la cama porque Eleanor había asegurado que las paredes estaban «demasiado vacías». Al llegar, la señora Pruitt había dicho que la habitación era «encantadora y romántica», lo que había hecho que Morgan se sintiera mucho mejor con respecto a las elecciones de diseño de su madre, que eran de cierto mal gusto.

El señor y la señora Pruitt eran unos amantes de las flores que estaban celebrando la segunda luna de miel de su segundo matrimonio, y a la mujer no le avergonzaba contarlo. Aquella peculiar pareja había vuelto a tener contacto tras el cuadragésimo reencuentro del instituto y entonces ambos se habían dado cuenta de que, después de todo, estaban enamorados. El señor Gilbert Pruitt, un anticuario jubilado que vestía tirantes, era un hombre tranquilo y curioso que siempre se guardaba alguna flor en el bolsillo para añadirla a su libro de recortes conjunto, al que denominaban «El sendero de los Pruitt». Por otro lado, la señora Marlene Pruitt, el tipo de mujer que viste las blusas abotonadas hasta el cuello, era

más habladora, aunque no con mucha diferencia. No hacían nada el uno sin el otro.

De camino al piso inferior, Morgan dejó a la izquierda el dormitorio de Will y Angel, la habitación Azulejo. En la puerta, su padre había pintado a mano dos pájaros azules que revoloteaban sobre el pomo de latón con gesto triunfal. Era la única habitación con camas dobles y una decoración totalmente azul: papel pintado *toile* en color azul pálido con muebles blancos. El baño privado tenía un cabezal de ducha con efecto lluvia y, por las mañanas, ofrecía las segundas mejores vistas del amanecer.

La puerta estaba ligeramente entreabierta y, cuando Morgan terminó de abrirla con el pie, la encontró vacía. A pesar de que vería a Angel en el colegio, le habría encantado tener la oportunidad de despedirse. Quería tener la ocasión de darle las gracias a Will por toda su ayuda. O tal vez tan solo se tratara de una excusa para volver a verlo tras la noche anterior.

En el poco tiempo que habían pasado juntos durante la velada, había descubierto más cosas sobre él de las que nunca había sabido. Antes tan solo había sido el padre apuesto de Angel con el que todas las profesoras babeaban cuando iba a recoger a su hija a la escuela. Tenía un aire de confianza tranquilo y sereno que lo convertía en alguien misterioso, peligroso e irresistible. Morgan había leído suficientes novelas románticas como para saber que los padres solteros eran los más sexis, pero la vida le había demostrado una y otra vez que ella no era la protagonista.

Pasó junto al dormitorio de Eleanor Langford, que se encontraba justo al lado de la escalinata. La *suite* Jardín: la favorita de todo el mundo. Contaba con una cama de tamaño extragrande con dosel cubierta por sábanas retro con estampado de narcisos y unas paredes pintadas de un suave tono savia cubiertas con obras de arte de motivos botánicos. Era la única habitación que tenía una bañera con patas. También era la única del piso superior que ofrecía un balcón privado desde el que se podían ver en su totalidad los campos de narcisos. Era perfecta para darse un largo baño, para

escribir en un diario o para manifestar una vida nueva. Aunque Morgan no sabía lo que era eso, por supuesto.

Aflojó el paso y, en contra de su buen juicio, echó un vistazo al interior, esperando encontrar a un grupo de agentes catalogando todas las pertenencias de la mujer para obtener pruebas. En su lugar, la encontró vacía, como si Eleanor acabara de marcharse para dar un paseo matutino. Abrió la puerta un poco más, dejando a la vista la opulencia de la estancia. Sin importar cuántas veces las viera, jamás superaría las imponentes vistas del jardín.

A través de las puertas francesas, divisó las hileras de narcisos que se desperezaban bajo el sol matinal, engañosamente serenos tras los pisotones que habían recibido la noche anterior. Algunas zonas del jardín habían quedado aplastadas, aunque no sabía si bajo los zapatos de los invitados asustados o los de los policías descuidados. A pesar de que algunos narcisos estaban aplastados, Morgan seguía encontrando impresionante la belleza de la escena que se extendía ante ella.

La cama de Eleanor estaba hecha a la perfección. Varios vestidos florales colgaban del armario antiguo de castaño que se alzaba contra la pared más alejada y que formaba parte de la casa original: el único mueble demasiado pesado como para moverlo durante las reformas. Con el paso del tiempo, la madera de castaño había envejecido de maravilla y se había oscurecido, y en el punto exacto en el que la luz procedente de las puertas francesas incidía sobre ella, resplandecía con un cálido tono dorado. Las puertas del armario, que tenían un motivo de narcisos tallado, estaban abiertas, como si la mujer estuviera justo allí, decidiendo qué ponerse aquel día.

Morgan las abrió por completo. Las bisagras chirriaron con un suspiro y dejaron a la vista unos estantes hechos a mano que contenían todos los productos de belleza de Eleanor: un surtido de maquillaje, brochas, rímel, polvos, perfume, desodorante y laca. También había un bolso con abalorios abierto, cuyo contenido estaba desparramado: un *ticket* del almacén general, un tarjetero que

contenía una pila de tarjetas de crédito y un móvil antiguo con tapa. Hacía siglos que Morgan no veía uno de esos.

Desde las paredes con revestimiento de madera del mueble podía desplegarse un pequeño banco para crear un tocador improvisado. Detrás del banco había un cubículo del tamaño de un niño pequeño oculto tras una portezuela. Así había sido cómo, de pequeña, Morgan había permanecido escondida durante horas mientras Lionel, el cocinero de la pensión, la buscaba por toda la casa. Seguía siendo la campeona reinante del juego del escondite.

Dentro del dormitorio, todavía sobre la cajonera, había una cesta de bienvenida abierta que Vanessa disponía para todas las personas que se alojaban en la pensión. Con detallismo y meticulosidad, su madre solía preparar un regalo único para cada huésped, basándose en las preferencias que indicaban en la reserva. La de la señora Eleanor incluía *pretzels* bañados en chocolate de Guy's Grocery, una variedad de infusiones de manzanilla artesanales gentileza de Hailey Hamilton, de Cinnamon Grove, varios productos de tocador fácilmente olvidables que Morgan solía comprar al por mayor en el almacén general de Sylvester James (un cepillo de dientes, champú y acondicionador), y un tarrito de mermelada de fresa, cortesía de los fértiles terrenos de la granja Old Man Milton. Según Morgan, aquellas eran las mejores frutas del sur.

En la mesilla de noche había una foto en la que la señora Eleanor aparecía con el que Morgan supuso que sería su difunto esposo cuando ambos eran mucho más jóvenes. La imagen granulada y en blanco y negro los mostraba embelesados, sumidos en un beso tan íntimo que se sintió como si se estuviera entrometiendo. Eleanor tenía los labios fruncidos y los ojos cerrados con ese gesto de alivio absoluto que muestran las mujeres cuando han encontrado a su media naranja. El que Morgan suponía que era su marido parecía estar en medio de una carcajada y sus respectivos cuerpos estaban entrelazados en un momento intenso de pasión.

—Maldita sea… —masculló Morgan.

No sabía si alguna vez llegaría a experimentar algo así. El

momento robado que había pasado bailando entre los brazos de Will podría considerarse bastante romántico si eras fan de que los mosquitos te picaran en los tobillos y de los ronquidos serenos de una *border collie* con asma.

Morgan se asomó al baño y lo encontró igual que el resto del dormitorio de la señora Eleanor: con señales de vida, como si tan solo se hubiera marchado un breve instante y estuviera a punto de regresar en cualquier momento.

De pronto, al oír los característicos silbidos de su madre mientras subía las escaleras, Morgan salió a toda prisa de la habitación, justo a tiempo de encontrarse en el escalón superior con Vanessa, que cargaba con una cesta de toallas limpias recién sacadas del cuarto de la colada. Llevaba la larga melena recogida en un moño despeinado en el que todavía lucía las horquillas de pedrería de la noche anterior. ¿Acaso no había parado en toda la noche?

La mujer alzó la vista hacia ella, respondiendo a su pregunta. Todavía llevaba los ojos enmarcados con delineador negro y, aunque estaba algo emborronada, la sombra de ojos con purpurina seguía intacta. Tenía sombras oscuras bajo los ojos castaños y almendrados, y Morgan sintió como si se estuviera mirando en un espejo.

—¿Has quitado ya la ropa de tu cama? —le preguntó su madre con los labios fruncidos y sin andarse con rodeos.

¿No podía recibir siquiera un «buenos días» antes de que empezara a darle órdenes?

—Buenos días a ti también —masculló ella mientras la rodeaba para seguir bajando las escaleras.

—¡Espera! —le dijo a su hija, haciendo que frenara de golpe—. Lionel está en la cocina, no vayas a molestarlo para que te prepare el desayuno. Necesito que decida qué hacer con toda la comida que sobró.

—Tan solo iba a…

—Cuando llegue, Tiana tiene que lavar la ropa blanca, así que asegúrate de que tu cama esté deshecha. No necesito oír a esa

chica soltando un puñado de excusas sobre por qué no están limpias esas sábanas.

—No estoy muy segura de que eso tenga importancia…

—Tu padre ha ido a hablar con el señor Reed para que arregle los narcisos y quite el maldito laberinto —añadió.

—Ma, no creo que puedas hacer eso…

—Y Daphne se muere por dar un paseo, pero yo no tengo tiempo para estar haciendo el tonto con esa perra. Ya sabes lo mucho que le gusta ir de un lado para otro. Hoy tengo demasiadas cosas que hacer.

—¿Tienes intención de despertar a toda la casa? —preguntó Morgan mientras gesticulaba a su alrededor, refiriéndose a la música que sonaba a todo volumen.

—Will, Angel y los Pruitt han dejado la habitación esta mañana, antes de que saliera el sol. Zara se ha marchado hace un rato. Estamos los tres solos.

Vanessa pasó junto a ella pisando fuerte y recorrió el pasillo hacia el armario de la ropa blanca. Era evidente que no estaba de humor para mantener una conversación sobre nada que no fuera el trabajo.

«Claro que no», pensó ella. Sacudió la cabeza, incrédula. ¿Estaba su madre intentando ignorar el hecho de que habían asesinado a Eleanor? Seguir adelante con el negocio como si nada parecía contraproducente, sobre todo teniendo en cuenta que, en aquella situación, nada era normal. Sus vidas habían cambiado para siempre. Morgan deseaba desesperadamente preguntarle a Vanessa si estaba bien. Pero los años de intentarlo le habían enseñado que su madre no era dada a compartir lo que su corazón estuviese sintiendo. Lo enterraba todo bajo las tareas y una lista de cosas pendientes que eran más importantes que cualquier distracción como las emociones.

La mujer dejó la cesta en el suelo y comenzó a doblar las toallas en rectángulos perfectos. Cuando giró la vista hacia ella, vio que su hija seguía junto a las escaleras, estudiándola.

—¿Me has oído? —dijo con un suspiro mientras se preparaba para repetir la orden de que se pusiera en marcha.

Morgan se sentía como si volviera a tener dieciséis años y estuviera de nuevo bajo el control de su madre. Mientras Vanessa siguiera viva, las cosas tendrían que hacerse a su manera y nada más importaba.

—Te he oído, ma. Alto y claro. —Contestó ella.

Bajó al piso inferior para buscar a Lionel con la esperanza de que pudiera prepararle una de sus famosas tortillas sin que su madre se enterara.



La tortilla granjera era el mejor plato de la carta de desayunos de la pensión. Lionel siempre preparaba unos huevos perfectos y esponjosos y el crujiente salado del beicon coronado con la explosión del sabor ahumado de la salchicha hizo que Morgan bailara una jiga sobre el banco. Daphne seguía el tenedor con la precisión de un francotirador entrenado por el Ejército, a la espera de que se le cayera algo.

Lionel era uno de los mejores amigos de su padre. Habían sido compañeros de trabajo en el club de campo Cinnamon Crest desde muy jóvenes y habían seguido unidos a medida que iban ascendiendo. Cuando Wesley le había contado que iba a abrir su propia pensión, se había llevado al amigo en el que más confiaba para que le acompañara en aquella aventura. Lionel llevaba tanto tiempo formando parte de la historia de los Taylor que Morgan lo consideraba su tío: alguien a quien podía acudir y que la escucharía de verdad para comprenderla y no para replicarle o regañarle.

Procedente de la ventana abierta que había sobre el fregadero, una brisa cálida recorrió la cocina: una señal de que el verano estaba en camino. Para ser una mañana soleada de domingo, Lionel estaba tan callado que resultaba sospechoso. Por norma general,

habría hecho algún comentario sobre el tiempo, sobre los narcisos dorados o incluso sobre lo experta que era Daphne a la hora de robar la comida que se le caía. El hombre de piel caramelo estaba trabajando en silencio con los labios apretados en señal de concentración y las cejas, cuidadosamente arqueadas, fruncidas.

Morgan observó cómo se le sacudían los horribles pendientes de diamante que llevaba en ambas orejas mientras, sobre la isla, cortaba en trozos grandes una bandeja de gambas al vapor.

Cada pocos minutos, lanzaba a un lado una gamba para que Daphne la atrapara a la velocidad de la luz.

—Puedes decirlo. —Morgan fue la primera en romper el silencio mientras dejaba el tenedor sobre la mesa.

—¿El qué? ¿Que habéis consentido a la perra hasta decir basta? —Lionel sacudió la cabeza y lanzó otro trozo de gamba a un lado. El animal chasqueó la boca una vez y se relamió el hocico expectante. ¿Estaba tragando siquiera?

—Perdona, pero eres tú el que le está dando gambas para desayunar —señaló ella.

—Pero es que está ahí quieta, con cara triste… Cuando he llegado esta mañana, no tenía ni agua en el cuenco ni comida. Dejasteis a mi niña sin nada, como si estuviera muerta.

Morgan puso los ojos en blanco.

—Fue una noche dura, ¿de acuerdo?

Lionel señaló las bandejas de comida refrigerada que su madre le había dejado para que obrara un milagro con ellas.

—Me doy cuenta.

—¿Qué está diciendo la gente? —preguntó ella, avergonzada, moviendo de un lado para otro los pocos trozos de tortilla que le quedaban. Seguía siendo pronto, apenas acababan de dar las ocho de la mañana, pero los cotilleos nunca dormían demasiado—. Desde anoche no he tenido las agallas de mirar. Estoy segura de que hoy Elaine Matthias lo habrá puesto en primera plana.

Lionel negó con la cabeza.

—Nada bueno; eso seguro. Tiana me llamó anoche, después de

marcharse del festival —comenzó a decir él, bajando la voz por si su madre rondaba por allí.

Tiana era la limpiadora a tiempo parcial. Dos días a la semana y un par de horas los domingos por la tarde, limpiaba la pensión en profundidad. Era varios años más joven que ella y soñaba con ser actriz de Hollywood. Morgan no sabía demasiado sobre sus dotes actorales, pero sí sabía que tenía un don para el dramatismo y que la exageración era su mejor habilidad. Estaba segura de que fuera lo que fuese lo que le hubiera contado al cocinero era información incorrecta.

El hombre prosiguió.

—Me dijo que encontraron a la pobre señora Eleanor muerta entre los campos de narcisos y que la gente se peleaba por salir de aquí.

—Al menos una parte te la contó bien —contestó Morgan—. El jardín está destrozado.

—Vanessa tiene que estar que trina con respecto a eso.

Intercambiaron una mirada significativa. Dudaba que su madre fuera a superarlo en algún momento.

—¿Crees que habrá visto ya las cosas que dicen en internet? —preguntó ella.

Lionel torció los labios.

—Oh, sí que las ha visto. Esta mañana está en modo sargento instructor. No pienso interponerme en su camino y te recomiendo que hagas lo mismo.

En ese momento, sonó el timbre. Daphne soltó un par de ladridos de advertencia y tanto ella como Morgan se dirigieron hacia la entrada principal.

Abrió la puerta, lista para explicarle a quien quiera que fuera que el Daffodil Inn estaba cerrado. Estaba preparándose cuando reconoció a Nia, que sostenía dos cafés helados y una bolsa de Rosie’s Diner. Morgan sabía que contendría los bollos de canela de Rosie, que eran sus favoritos.

Su amiga le tendió el café como ofrenda de paz.

—Te he pedido uno con crujiente de canela por encima y otro con espuma fría endulzada porque no sabía qué versión de ti iba a encontrarme esta mañana.

Morgan soltó una carcajada breve y rota mientras Nia entraba en la pensión. Daphne la olisqueó con vigor.

—No hacía falta que vinieras —consiguió decir. A pesar de que se esforzó por mantener la compostura, se le quebró la voz.

—Claro que hacía falta, eres mi mejor amiga —contestó Nia de forma sucinta. Dejó la comida sobre la mesa del recibidor y se colocó las gafas de sol en la cabeza. Después, la estudió con los ojos marrones—. ¿Dónde iba a estar si no?

—Es domingo, normalmente tienes que trabajar en la heladería…

—He hecho que Niles se encargue del resto de mi turno. Además, he visto todo lo que se está comentando en internet. Sé cómo es eso, así que tenía que venir a verte.

Morgan apretó los labios e intentó respirar a pesar de la presión que notaba en el pecho. No se dio cuenta de lo mucho que se había estado conteniendo hasta que no estuvo cara a cara con la persona a la que había necesitado ver durante toda la noche.

—Todo se ha… ido a la mierda y no sé qué hacer —comenzó a decir Morgan, a quien las palabras le salían demasiado rápido para el ritmo de su respiración. El pecho le subía y bajaba y la nariz le escocía por las lágrimas.

Cuando Nia le abrió los brazos, titubeó unos segundos antes de acercarse a ella dando tumbos y aceptar el abrazo. Una vez que estuvo allí, todo se vino abajo. El dolor, el miedo, la vergüenza y el alivio salieron de su cuerpo mientras abrazaba a su amiga.

—He intentado mantener la compostura. No quería llorar delante de mamá o del resto de la gente —dijo con un hipido—. O delante de Will.

Nia la condujo hasta el salón y se acomodaron en el sofá mullido con las manos entrelazadas.

—Puedes derrumbarte conmigo —dijo su amiga en voz baja mientras volvía a atraparla en un fuerte abrazo.

Morgan le apoyó la cabeza sobre el hombro y dejó que cayeran las lágrimas. A sus pies, Daphne gimoteaba con suavidad mientras le tocaba las piernas con las patas. Entonces subió al sofá de un salto y le enterró la cabeza bajo los brazos. Se quedaron así un rato, hasta que Morgan pudo recuperar el aliento.

—Gracias por venir —dijo al fin, mientras se apartaba con una sonrisa avergonzada.

Nia empujó el café hacia ella y fingió no darse cuenta de que llevaba la sudadera empapada por sus lágrimas.

—Tú lo habrías hecho por mí —contestó—. Y me siento como una amiga de mierda por haberme perdido el baile de anoche. Estaba agotada. Y ahora come, que sé que la señora Vanessa nos va a poner a trabajar.

Morgan se percató de que no le había preguntado ni por la señora Eleanor ni qué planeaba hacer su familia. Sencillamente, había ido a apoyarla y eso era más importante para ella de lo que Nia llegaría a comprender jamás.

El teléfono de la pensión comenzó a sonar en la cocina.

—¡Vanessa! ¡Es para ti! —gritó Lionel en dirección al piso de arriba.

—Pasa la llamada a mi despacho —respondió ella a gritos mientras bajaba las escaleras.

Morgan se dio cuenta de que la ropa de su cama estaba en la cesta que su madre llevaba pegada al costado. La mujer entró en el salón con los labios preparados para regañarle. Probablemente por haberse olvidado de las sábanas. Pero entonces se fijó en la invitada que acompañaba a su hija en el sofá. Los ojos se le iluminaron.

—Nia, cielo, me alegro de verte de nuevo. —Estiró el brazo y dio un trago al café que Morgan no se estaba bebiendo—. ¿Es para mí?

—Todo tuyo —contestó Morgan mientras sonreía con los dientes apretados y la esperanza de que su madre no se diera cuenta de que había estado llorando apenas unos minutos atrás. Vanessa Taylor pensaba que las lágrimas eran algo inútil, que las lágrimas nunca le servían de nada a nadie. Lo único que servía de algo era

hacer cosas. Lo importante era lograr algo. Una lista completada de tareas pendientes le causaba una felicidad mayor de la que jamás lograrían ofrecerle los diamantes.

La mujer dio media vuelta y se dirigió hacia la cocina mientras daba otro largo trago de la bebida que había pertenecido a su hija. Daphne la siguió con obediencia, probablemente con la esperanza de que volvieran a echarle gambas.

—¿Quién es? —Oyó que preguntaba su madre con un tono de molestia en la voz—. Si es un periodista o algo así, puede besarme el…

Lionel interrumpió su diatriba.

—Ha dicho que se llamaba Max Greaves.

Morgan nunca había oído a su madre sonar tan fría como cuando exigió:

—Cuelga. Ahora mismo.

Capítulo 8
Will

Will abrió la capota del coche para sentir el sol sobre la piel, cálido como la miel. Parecía que se avecinaba otro día bonito en Cinnamon Falls. Unos rayos de sol suaves y dorados se filtraban a través de las ramas que dibujaban arcos sobre Main Street y cubrían la acera de zonas cambiantes de luz. Sobre su cabeza, los gorriones intercambiaban canciones desde sus puestos sobre los cables telefónicos y sus alegres trinos se superponían al suave murmullo de los neumáticos sobre el asfalto. Los escaparates de las tiendas brillaban bajo el resplandor matutino y las pizarras mostraban los platos especiales del día, recién escritos: señales de que la vida del pueblecito seguía adelante con decisión.

Robó un sorbo de la bebida de Angel. Era demasiado dulce para su gusto, pero la cremosidad fría del helado de vainilla lo calmó por dentro. Tanya siempre tenía el don de sacarlo de quicio, pero esa no era excusa para el modo en el que le había respondido. Por mucho que quisiera echarle en cara el pasado, sabía que se estaba esforzando al máximo para volver al buen camino. Y, a pesar de lo que había ocurrido entre ellos, seguía siendo la madre de su preciosa niñita.

—No tendría que haberle hablado de ese modo —masculló en voz alta.

Angel, que estaba en el asiento trasero, ocupada dibujando en su iPad, no alzó la vista. Will la observó a través del retrovisor. Estaba muy concentrada, sombreando lo que parecía el toldo que se encontraba en el exterior de The Cinnamon Scoop. Él apenas era capaz de dibujar monigotes, y mucho menos edificios. Su hija tenía una mente increíble y cada día estaba más y más impresionado con ella.

Los momentos como ese hacían que deseara que Tanya estuviera allí, junto a él, para ver a su hija floreciendo. Había algo mágico en contemplar a aquel ser que habían creado juntos mientras hacía nuevos descubrimientos y aprendía lecciones de vida valiosas. El bebé diminuto que en el pasado había podido mecer con un solo brazo se estaba convirtiendo en una jovencita y su madre se lo estaba perdiendo todo.

Will frenó con suavidad frente a Bones Barber Shop. Su hija levantó la mirada.

—¿Tienes algún cliente? —le preguntó.

—El tío Jesse —contestó él—. Seré muy rápido.

Angel puso los ojos en blanco.

—Siempre me dices lo mismo. ¿Puedo ir a ver si Braxton está aquí al lado?

Por norma general, los domingos, el nieto de la señora Guy siempre echaba una mano en la tienda de comestibles de su abuela. Se había vuelto muy amigo de su hija tras haber ido a cortarse el pelo a la barbería del señor Bones meses atrás.

—Por supuesto. Pero, si no está, vuelve de inmediato. No vayas a molestar a la señora Guy con la teoría del color y esa idea de hacer que las cosas sean «estéticamente agradables».

Hacía poco que Angel se había obsesionado con el diseño de interiores. Había tenido que disculparse diez veces con la señora Taylor cuando su hija le había preguntado por qué había escogido decorar por completo una de las habitaciones de la pensión en tonos azules.

La niña suspiró con dramatismo y echó la cabeza hacia atrás,

apoyándola en el reposacabezas.

—Está bien —resopló.

Will se aseguró de observarla mientras recorría la calle vacía hasta la tienda de comestibles dando saltitos y con los rizos rebotando en el aire. Por el momento, Main Street estaba tranquila. Miró el reloj de pulsera. Acababa de pasar el mediodía, hora en la que todo el mundo estaría buscando algo que comer tras haber salido de misa.

Mientras esperaba a que llegara Jesse, abrió la barbería. Bones no trabajaba los domingos, pero a Will no le importaba aquella calma, pues necesitaba tiempo para pensar. Encendió todas las luces y comenzó a preparar su puesto de trabajo. Limpió el asiento con un desinfectante e hizo lo mismo con las herramientas. Desmontó varios pares de maquinillas y roció también las hojas. Estaba a punto de sacar el champú y el acondicionador por si Jesse necesitaba un lavado rápido cuando le empezó a sonar el móvil.

Se apresuró a contestar con la esperanza de que no fuese la señora Guy rogándole que fuese a recoger a su hija, que era demasiado entusiasta. Al mirar la pantalla, vio que se trataba de Elijah, su hermano. Por norma general, habría dejado que saltara el buzón de voz. No es que no le gustara hablar con él, es que todas las conversaciones acababan girando en torno a él y su vida perfecta. Era como si quisiera restregarle a Will en las narices que haber tomado el buen camino de pequeño realmente había dado sus frutos. Su tono condescendiente y sus cumplidos con doble sentido, que siempre camuflaba como preocupación, eran recordatorios sutiles de que Will podría haber hecho más con su vida.

—Hola —contestó, sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro.

—¿Cómo estás, hermano? —le preguntó Elijah—. ¿Tienes un segundo?

Will se apartó el móvil de la oreja. ¿Desde cuándo le pedía su hermano permiso para hablar? Por norma general, iniciaba la conversación sin que él pudiera decir una sola palabra. El doctor

Elijah Reed hacía que toda la gente de su vida tuviera que adaptarse a sus propios horarios. Había dejado muy claro que su tiempo era el único que importaba.

Al mirar el reloj, Will se dio cuenta de que tenía unos diez minutos antes de que llegara Jesse. Tiempo suficiente para meterle prisa a su hermano y que colgara el teléfono.

—Tengo un cliente en unos minutos —contestó—. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa contigo? Esa es la pregunta. —Elijah sonaba como si tuviera una sonrisa en los labios—. Me dijiste que, en Cinnamon Falls, nunca ocurría nada malo. ¿Has visto las noticias de esta mañana? Alguien ha muerto en ese festival de flores.

—En el Daffodil Inn, cielo —oyó Will de fondo. Se trataba de Renee, su mujer, corrigiéndole con una carcajada.

¿Es que siempre tenía que estar presente cuando hablaban por teléfono? Era incapaz de recordar la última vez que Elijah y él habían estado solos, sin Renee.

La mujer siempre se había mostrado cordial con él y aún más con Angel. Dado que era la niñita de la familia, a Renee le encantaba colmarla de zapatos de diseñador que le quedarían pequeños en dos meses o joyería de oro auténtico que la pequeña siempre acababa perdiendo durante el recreo. Como contable con un médico por marido, Renee Reed tenía una vida perfecta.

Su cuñada era distinguida y eficiente. Dirigía una casa repleta de calendarios sincronizados, encimeras resplandecientes y pantalones bien planchados. Estaba muy lejos de ser la clase de mujer que a Will le parecería atractiva o, cuando menos, interesante. Era demasiado rígida, demasiado fría: era la esposa perfecta para su hermano.

Apretó la mandíbula.

—La verdad es que no tiene gracia, Eli. Ha muerto una mujer. Angel y yo estábamos allí.

—No pretendía… —comenzó a decir Elijah, cuyo tono pasó de juguetón a adusto. Oyó un ruido y después unos pasos bajando escaleras. Entonces, volvió a hablar, esta vez con seriedad—. No

pretendía que sonara así, hermano. ¿Angel se encuentra bien? ¿Y tú?

Will soltó el suspiro que le había estado aprisionando el pecho.

—No lo sé. La señora Eleanor era su amiga. Ahora bebe infusiones de manzanilla por influencia suya… Esta mañana no ha hablado demasiado, pero ya conoces a mi melocotoncito… Se recuperará.

—Dale un poco de helado y volveréis a ser mejores amigos —bromeó Elijah.

Aquello hizo que él se riera también, dado que eso era exactamente lo que había hecho. Tal vez su hermano lo conociera mejor de lo que había creído.

Se produjo un instante de silencio antes de que Elijah soltara un suspiro pesado. Will se preparó para el verdadero motivo de la llamada.

—Hermano, tengo que preguntarlo. No estuviste… involucrado en esto, ¿verdad? Tan solo quiero decir que… Papá no va a tener que preocuparse por…

Will apretó la mandíbula con tanta fuerza que oyó los huesos crujiéndole en el interior de la cabeza. A pesar de todos los años que habían pasado, su hermano seguía considerándolo la oveja negra de la familia.

—Tengo que colgar —consiguió decir con los dientes apretados.

Se negaba a dignificar su pregunta con una respuesta. Por un instante, se preguntó para sus adentros qué tendría que hacer para demostrarle a su hermano que había dejado atrás aquellos años.

—Venga, hermano, tenía que comprobarlo… —le suplicó Elijah.

La campanilla del techo tintineó. Jesse entró en la barbería, agarrando de la mano a Angel, que lo estaba interrogando sobre la señora Eleanor, haciéndole una pregunta detrás de otra.

—Te he dicho que tengo que colgar.

Nunca en toda su vida había tenido tantas ganas de poner fin a una llamada.

Ignoró la vibración del móvil cuando su hermano intentó llamarlo

de nuevo y deseó que tuviera los modales necesarios para disculparse, pero conocía a Elijah Reed mejor de lo que él se conocía a sí mismo: aquel hombre no se disculpaba con nadie porque, según él, nunca se equivocaba.

Angel ralentizó el ritmo lo suficiente como para que Jesse pudiera intervenir.

—Todavía nos queda mucho trabajo por delante, así que todavía no lo sé —dijo. Había hincado una rodilla en el suelo para estar a la altura de aquella niña insaciable de siete años—. La Policía está trabajando duro para descubrir lo que le ocurrió a la señora Eleanor.

—¿Y tú estás trabajando duro? —Especificó la pequeña mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Claro que sí. Yo soy el mejor —declaró Jesse.

Angel hizo un puchero, sacando el labio inferior.

—No sé por qué murió de repente. Nos estábamos divirtiendo mucho. ¿Crees que estaba enfadada conmigo? Mi padre dice que, a veces, hago demasiadas preguntas…

A Will se le encogió el corazón dentro del pecho. Con ojos tristes, Jesse pasó la mirada entre él y su hija.

—¡Jamás! —contestó mientras tomaba a la pequeña en brazos y la levantaba por los aires—. Tu papá y yo estamos muy orgullosos de ti.

A modo de respuesta, ella soltó un gritito agudo y su risa hizo que el corazón de Will recuperara el ritmo de golpe. Las luces arcoíris incrustadas en los zapatos de Angel parpadearon alegremente mientras ella sacudía los pies con entusiasmo.

Una lección de paternidad que tenía que recordarse a sí mismo una y otra vez era que su hija escuchaba todo lo que decía incluso cuando él creía que no le estaba prestando atención. El modo en el que ella se mostraba ante el mundo era un reflejo directo de cómo la trataba él. Quiso golpearse a sí mismo por todas las veces que había jugado con ella al «juego del silencio» mientras iban de camino a casa.

—Gracias, tío Jesse.

Angel se sonrojó y Jesse la dejó de vuelta en el suelo. Entonces, giró sobre sí misma para mostrarles su conjunto del día: un vestido largo y con volantes de color naranja. Su hija había dicho que las mangas abullonadas le daban un toque elegante y… bueno, eso había sido suficiente para que él lo añadiera al carrito de la compra.

Will le hizo un gesto para que se acercara y Angel lo hizo, arrastrando los pies. Él la tomó en brazos y se la colocó sobre un lado de la cadera. Estaba creciendo tan rápido que, con el tiempo, no sería capaz de cargar con ella de ese modo. No quería pensar en el futuro. Por el momento, seguía siendo su niñita.

—Eres la mejor niña del mundo, ¿me oyes? —La pequeña asintió y su labio inferior delató el hecho de que estaba conteniendo las lágrimas. Will estaba perdiendo la determinación, así que cambió de tema enseguida—. ¿Has encontrado a Braxton? —preguntó mientras señalaba con la barbilla en dirección a Guy's Grocery.

Ella se retorció para escabullirse de sus brazos al oír el nombre de su amigo.

—Sí. Y le he dejado los lápices de colorear buenos que me regaló la tía Renee. ¡Tengo que irme!

—¡Tienes treinta minutos, jovencita! —le dijo Will mientras ella salía corriendo hacia la puerta—. Pídele las cosas por favor a la señora Guy y dale las gracias. ¡No olvides los modales!

Su hija levantó los pulgares hacia arriba y él observó cómo sus rizos rebotaban mientras cruzaba la calle antes de desaparecer de nuevo en el interior de la tienda de comestibles.

Jesse se acercó a él y le dio un apretón de manos seguido de un abrazo antes de acomodarse en la silla de barbero. Con una floritura, Will lo envolvió con el peinador de plástico.

—Me ha acorralado en la puerta —bromeó su amigo mientras señalaba por encima del hombro—. He estado a punto de enseñarle la placa y el carnet.

—No se anda con tonterías —contestó Will, agradecido de que Jesse estuviera ahí para ayudar a su hija a salir adelante en un momento difícil.

Tener una comunidad de personas que se preocupaban por ellos era lo único que lo mantenía a flote en el océano que era la vida como padre soltero. La mayoría de los días pendía de un hilo tan fino como la seda dental. Sin embargo, otros días, como aquel, le resultaba un poco menos aterrador gracias a que otras personas le cubrían las espaldas.

—Está muy grande, colega —comentó su amigo mientras él le peinaba el pelo demasiado largo. Tal como había sospechado, necesitaba que se lo lavara.

Will soltó un bufido burlón. «Grande» no era la palabra adecuada para describir en quién se estaba convirtiendo Angel. Aquella pequeña era una fuerza de la naturaleza.

—A veces se me olvida que no es más que una niña —admitió Will—. Va tan adelantada para su edad que me cuesta no compartirlo todo con ella. Me siento como si fuera mi igual.

Jesse se giró hacia él con gesto serio.

—Colega, necesitas más conversaciones adultas en tu vida. Es una niña de siete años, no tu psicóloga.

—Es mi mejor amiga. Lo compartimos todo el uno con el otro. Por eso todo este asunto de Eleanor me está reconcomiendo vivo. Hoy no ha hablado demasiado de nada, y de normal habla por los codos y, al mismo tiempo, me deja la cartera temblando.

Ante la mención a Eleanor, la sonrisa se desvaneció de los labios de Jesse.

—Gracias por atenderme un domingo. Raines nos va a hacer trabajar horas extra. Tenía que sacar tiempo para un corte de pelo antes de que me doble las horas de esta semana.

—Necesito saberlo, colega —dijo él, prácticamente suplicando—. ¿Qué nueva información hay?

Sabía que Jesse respetaba el código implícito de la barbería. Dado que estaban solos en el local, podían hablar con libertad a sabiendas de que nada de lo que dijeran saldría de entre aquellas cuatro paredes. En aquel momento, más que nunca, estaba apelando al vínculo que habían establecido entre ellos. No podría

soportar otro día teniendo que ver a Angel acribillando a todo el mundo, incluida ella misma, a preguntas que no podían contestar.

Jesse sacó el brazo de debajo del peinador para mirar el reloj de pulsera.

—De hecho, Chambers y Wade deberían estar en la pensión ahora mismo. —Will le colocó la cabeza sobre el lavabo. Se puso una cantidad considerable de champú en las manos y comenzó a esparcirle el producto—. Raines me está presionando para que informe a la familia y ponga en marcha la investigación. Necesita resolverlo rápido.

—¿Hablaste sobre ella con alguien de la pensión?

Le enjuagó el champú y repitió los mismos pasos con el acondicionador. Entonces, hizo que Jesse se incorporara y comenzó a secarle el pelo para cortárselo.

—Eso fue lo primero que hizo Raines anoche. También hablamos con ese chico… El tal Caleb Brewster. No sabía que habías empezado un club de jardinería en el Instituto de Cinnamon Falls.

—Sí, hace un tiempo. Al principio tan solo estaba Caleb, pero entonces reclutó a un puñado de sus amigos. Son buenos chicos, me recuerdan a mí mismo cuando tenía su edad.

Jesse soltó un gruñido.

—Me sorprende que un adolescente como Caleb aceptase unirse nada más y nada menos que a un club de jardinería.

Will soltó un suspiro.

—Yo también era un chico inquieto, ¿sabes? Lo único que me calmaba de verdad era tener las manos enterradas en la tierra. Aprendí mucho sobre cómo controlar mis emociones al trabajar con mi padre. Estamos en un pueblo pequeño, pero sabía que habría bastantes chicos que, como yo a esa edad, estarían perdidos. Tan solo necesitan que alguien los empuje en la dirección correcta. Parece una locura, pero quería ofrecerles algo que pudieran sostener entre las manos, algo a lo que, para poder cultivarlo, tuvieran que dedicarle tiempo. El simple hecho de que no te muestren mucho amor no significa que tú no puedas mostrarlo. —Jesse asintió con un

gruñido antes de que él prosiguiera—. Plantamos esos narcisos justo después del Fall Fest, cuando la tierra estaba fría. Así, los bulbos tuvieron tiempo de echar raíces antes de que el suelo se congelara en invierno. Florecieron justo a tiempo para el festival. Nunca había visto a un puñado de chicos tan felices por unas flores, así que tuve que hacer algo bonito por ellos. Les dije que se arreglaran y vinieran a la fiesta para ver su trabajo en directo. Mi padre incluso les imprimió un certificado.

—Espera un momento. ¿Me estás diciendo que un puñado de adolescentes problemáticos conocía bien la pensión?

Will dio un paso atrás conforme las piezas del puzle encajaban.

—No le harían daño a nadie.

Jesse se abrió de brazos.

—Escucha, colega: como amigo, he de decir que hiciste algo increíble. Lo más probable es que hayas evitado que tomen un camino peligroso. Pero, como detective, voy a necesitar los nombres de todos y cada uno de los integrantes, pasados y presentes. No es nada personal, pero tengo que seguir todas las pistas.

Will se quedó mirándolo fijamente mientras un conflicto se desataba en su interior. Por un lado, quería proteger a sus chicos a toda costa. Quería creer que eran inocentes, pero… ¿y si no lo eran?

Entonces pensó en Angel, que estaba al borde de no volver a hablar nunca jamás si Jesse no descubría qué era lo que le había ocurrido a la señora Eleanor. Y rápido. Si su amigo necesitaba descartar a la brigada, entonces cooperaría. Sabía que era una pérdida de tiempo, pero eso era lo que mejor se le daba a la Policía: perder el tiempo. Le mandó un mensaje de texto a Caleb para que lo llamara lo antes posible. Iba a encontrar las respuestas a su manera.



Will pasó junto a la furgoneta roja de Wesley Taylor mientras se dirigía hacia el invernadero de Reed & Roots. Se saludaron de un

modo amistoso con la mano, pero, a juzgar por el gesto tenso del hombre, supo que fuera lo que fuese que acabase de ocurrir con su padre no había sido nada bueno.

Condujo el cupé por el improvisado camino de acceso circular, cuyo césped había quedado reducido a tierra tiempo atrás por años de huellas de neumáticos y botas pesadas. Al otro lado del patio vio a su padre, que llevaba puestos los cascos sobre las orejas y estaba transportando sacos de tierra hacia el invernadero como si fuese cualquier otro día de la semana. Calvin Reed nunca dejaba de trabajar; ni siquiera los domingos por la tarde. Él era el pilar central de Reed & Roots Landscaping, el negocio familiar que había levantado desde cero con poco más que una camioneta oxidada, una cortadora de césped manual, unas tijeras de podar y una determinación de hierro.

Elijah y Will habían crecido en medio de todo aquello, aprendiendo los nombres de las plantas y el ritmo de las estaciones antes que a montar en bicicleta. Habían pasado los domingos cargando mantillo y cortando setos con su padre. Años más tarde, el hombre había expandido el negocio hasta Cinnamon Falls e, incluso cuando Will se había desviado del camino del hijo ideal, Calvin se había mantenido firme y había protegido el negocio como si fuera algo sagrado, trabajando más allá de la edad a la que solían jubilarse la mayoría de los hombres. Will sabía que su padre se pasaría el resto de la vida con una mano enterrada en la tierra.

Angel y él salieron del coche y atravesaron el enorme patio para llegar hasta donde estaba. El invernadero de Reed & Roots se alzaba como un gigante silencioso al fondo de la propiedad familiar. Era una estructura alargada y abovedada de cristal opaco y vigas de acero desgastadas por el tiempo que chirriaban cuando el viento soplaba con demasiada fuerza.

Dentro, el calor los asaltó al instante. El aire estaba cargado de humedad y perfumado por las matas de tomate y el olor penetrante de las hierbas frescas. El aroma era embriagador en el mejor de los sentidos: era como estar en medio de un recuerdo primaveral.

Hileras de bancales elevados se extendían a lo largo de toda la superficie del edificio, cada uno de ellos señalado con pequeñas estacas de madera, que estaban etiquetadas con la letra meticulosa y pulcra de su padre.

Había una estantería con semilleros debajo de unas luces de cultivo que zumbaban levemente y bañaban de un tono lavanda los brotes diminutos que estaban empezando a surgir de entre la tierra. Allí encontró a su padre, que estaba vigilando sus nuevas plantas con ojo avizor mientras tarareaba lo que parecía una canción antigua.

Angel se acercó corriendo y dio un salto junto a él mientras ponía los dedos en forma de garras con un rugido. Su abuelo dio un paso atrás y se quitó los cascos de la cabeza.

—¡Melocotonero! ¿Qué estás…?

Cuando se dio la vuelta, vio a Will en el umbral de la puerta, con una mano metida en el bolsillo delantero.

—Alguien quería venir a ver a su abuelo antes de que volviéramos a casa. —Con un gesto de la cabeza, señaló a su hija, que estaba ocupada con los brotes de las plantas, inspeccionándolos con detenimiento.

—¡Qué sorpresa tan agradable! —exclamó Calvin.

—Acabo de cruzarme ahora mismo con el señor Taylor, que se marchaba —dijo, señalando por encima del hombro—. ¿Qué ha pasado?

Su padre suspiró mientras pasaba la vista entre él y Angel. Tomó uno de los brotes y se lo tendió a su nieta.

—¿Puedes sacarme esta planta al campo? Está lista para que la plantemos.

Sin dudarlo, la pequeña se la quitó de las manos y salió por la puerta trasera, encantada de estar ayudándolo.

—¡Sí, justo ahí! —le dijo el hombre desde el umbral mientras la guiaba por el campo—. Cúbrela con mucha tierra. Ahora saldré para regarla contigo. —Se giró hacia su hijo y sacudió la cabeza. Por si acaso, bajó la voz—. Wesley quiere que salve su jardín. Yo le he

dicho que los narcisos son flores perennes. No puedo hacer que vuelvan a brotar como si fueran nuevas y no hubiera pasado nada. Tendremos que empezar desde cero —refunfuñó—. A ver, lamento mucho lo de esa mujer, lo de la pensión y todo eso, pero no soy mago.

Su padre tenía razón. En un año, los narcisos brotarían de nuevo. Pero era evidente que Wesley Taylor no podía esperar un año entero. Quería que lo arreglaran ya. Por mucho que pudiera entender el punto de vista del hombre, su padre estaba en lo cierto: no se podía meter prisa a la naturaleza. Calvin volvió a negar con la cabeza mientras mascullaba, más para sí mismo que para Will.

—¿Puedes creerte que algo se ha comido la dedalera de la hilera del fondo?

—¿Algún animal? —le preguntó él.

—Algo la ha arrancado. La semana pasada estaba creciendo perfectamente. Fuera lo que fuese, no llegaría muy lejos, eso seguro. Esa planta no podría ser más peligrosa.

Will soltó un gruñido evasivo y se frotó la nuca sin saber muy bien qué pensar. Entre la Brigada de Cultivo los fines de semana, las entregas entre semana y los animales nocturnos curiosos, el jardín era un hervidero constante de actividad. Podría haber sido cualquier cosa. Su padre se cargó al hombro otro saco de tierra antes de dirigirse hacia la puerta.

—En fin…, Wesley me ha contado que tienen algunas ofertas rondando. No tardarán en vender por una miseria, sobre todo después de lo que pasó anoche.

Will soltó un bufido burlón.

—Los Taylor nunca venderían el Daffodil Inn.

Calvin se recolocó el saco y abrió la puerta con el pie. Will divisó a Angel en el campo, esperando a su abuelo con las manos en las caderas.

—Todo el mundo tiene un precio, hijo.

Capítulo 9
Morgan

El detective Terrance Chambers tenía un trabajo: recoger las pertenencias de Eleanor del dormitorio del piso superior y después regresar a comisaría. Mientras Morgan acompañaba a Nia a su coche, oyó por casualidad a la mismísima jefa de policía Raines dándole esa orden a través de la radio del coche patrulla.

Treinta minutos más tarde, encontró al parlanchín del agente en la cocina, zampándose un cuenco humeante de los *linguini* con gambas de Lionel. Daphne estaba posada a sus pies, expectante, mientras barría el suelo con la cola a causa de la emoción. Gracias a la ubicación del salón principal en la que se encontraba, ni el cocinero ni Chambers podían ver que los estaba escuchando, pues estaban demasiado ensimismados en su propia conversación.

La última vez que había visto a Terrance Chambers había sido durante la reapertura de The Cinnamon Scoop apenas seis meses atrás y, la vez anterior, el hombre la había metido al calabozo por interferir con una investigación, pero esa era una discusión para otro momento. Desde entonces, se había asegurado de mantenerse alejada de él.

—Y eso es lo que no dejo de decirle a Raines —dijo con la boca llena de *linguini*—. Según lo que nos contaron las personas con las que hablamos anoche, cualquier habitante de Cinnamon Falls habría

matado a esa mujer a cambio de cinco dólares.

Lionel chasqueó la lengua.

—Eleanor no era tan mala —contestó sin dejar de mirar una salsa cremosa que removía cada pocos segundos. Con el cucharón, sirvió un poco en el cuenco tendido del policía y prosiguió—. Como ya te he dicho, era muy amable conmigo y con todo el personal. También adoraba a Angel. Llevaba a esa niña a todas partes.

Chambers respondió con un gruñido.

—Tiene sentido. Es probable que Angel le recordara a la hija que perdió. Nos han contado que las cosas cambiaron tras la muerte de Bella. —Sorbió la pasta con tanta fuerza que Morgan hizo una mueca de desagrado.

—Algo así cambiaría a cualquiera —dijo el cocinero mientras bajaba la potencia de las llamas de la salsa y dejaba que hirviera a fuego lento. Puso una tapa sobre la olla y volvió a la isla para comprobar el estado de la masa que estaba preparando y que estaba fermentando en un cuenco.

—Tienes razón —concedió Chambers—. Tenemos la esperanza de hablar con alguien que la conociese de verdad; alguien que pudiera arrojar algo de luz sobre con qué personas ha estado tratando. Pero no parece que tuviera… demasiados amigos por aquí.

—Eso sin duda. La verdad es que Eleanor no era la clase de persona dada a las amistades.

—Hemos oído que Vanessa tampoco la apreciaba demasiado.

Lionel se detuvo y se quedó inmóvil. El silencio se amplificó. Morgan contuvo la respiración.

Chambers siguió comiendo sin apartar los ojos del cuenco en ningún momento. Los ruidos que hacía al sorber inundaban la cocina. Morgan no sabía si se trataba de algún tipo de táctica especial de detective o si de verdad tenía la osadía de cuestionar las intenciones de su madre en su propia cocina.

—Pero Raines habló con el alcalde y nos contó la misma historia: que estaban hablando cerca del escenario antes del grito, así que descartamos a los Taylor de inmediato.

Morgan volvió a respirar.

—Bueno, Jo único que sé es que Eleanor iba todas las semanas a arreglarse el pelo a Cinna Cuts —apuntó Lionel. Ella se acercó un poco más—. Me apuesto algo a que Ethel Lawson sabrá qué se traía entre manos. Harold Bones y ella se enteran de más cotilleos que los de la prensa rosa.

Chambers le tendió al chef el cuenco vacío.

—Eso haré. Gracias, colega.

Lionel lo tomó y lo dejó en el fregadero junto con la montaña de platos que había que fregar.

—¿Qué opinas? ¿Más sal?

—No; están perfectos —contestó Chambers—. Tendría que enviar a Alexis aquí para que le dieras algunas clases.

Los hombres prosiguieron su conversación sobre la falta de dotes culinarias de la esposa del policía, pero Morgan no tenía interés en ella. El desgarbado agente salió de la cocina y entró en el pasillo, donde la encontró fingiendo estar quitando el polvo.

—En principio, debería dejar de molestaros pronto —dijo mientras hacía como si se quitara un sombrero imaginario frente a ella—. ¡Nos vemos este fin de semana en el partido de *pickleball*! —le gritó a Lionel antes de dirigirse al piso superior para unirse a su compañero, Bud Wade, que llevaba trabajando solo desde que habían llegado treinta minutos antes.

—¿*Pickleball*? —dijeron Vanessa y Morgan al mismo tiempo.

Su madre subió las escaleras del sótano y se unió a ellos en la cocina.

—Se suponía que eso era un interrogatorio policial privado —replicó el cocinero con gesto inexpresivo.

—Venga ya…, ¡estás en mi casa! —Su madre tomó asiento en el banco y ella se sentó a su lado—. No podía quedarme de brazos cruzados más tiempo. ¿De verdad ese hombre ha tenido las agallas de mencionarme o solo han sido alucinaciones mías?

—Ha dicho que te descartaron de inmediato. No creo que tengas nada de lo que preocuparte —contestó el hombre.

Vanessa puso los ojos en blanco.

—¿Ha dicho cuánto tardarían?

Morgan se encogió de hombros.

—Esa parte no la he oído.

—Pero sí has oído todo lo demás —se mofó Lionel.

Vanessa le dio un codazo a su hija.

—Sube a ver qué es lo que están haciendo. Saben que eres amiga de Jesse. Hablarán contigo.

—Ese hombre me arrestó hace dos años. ¡No pienso subir ahí arriba para que lo intente de nuevo! —replicó ella—. ¡Ya has oído lo que ha dicho sobre ti! ¡No quiero darle más ideas con respecto a los Taylor!

—Ay venga ya —dijo Vanessa, restándole importancia con un gesto de la mano—. Si hubiésemos querido matar a Eleanor, llevaría mucho tiempo enterrada en ese jardín.

La puerta se abrió con un chirrido y su padre entró en la cocina justo a tiempo de oír el final de la frase de su esposa. Parecía haber envejecido diez años desde la última vez que lo había visto. Tenía los hombros encorvados bajo la cazadora verde y los ojos apagados, como si le hubieran arrancado toda la esperanza. Entró con paso pesado en la cocina, haciendo resonar las botas sobre las baldosas. Atravesó la estancia con un suspiro, abrió el frigorífico, agarró una cerveza y la abrió con el borde de la encimera con una fuerza ganada a base de práctica. Dio un largo trago.

—Ni siquiera quiero saber de qué estás hablando —masculló en voz baja y tensa.

Vanessa lo miró desde su asiento con la preocupación recorriéndole el rostro.

—¿Ha sido una conversación difícil? —le preguntó.

Wesley no respondió de inmediato. Al menos no con palabras. Se encogió de hombros con poco entusiasmo y se giró hacia la puerta trasera.

—Si me necesitáis, estaré en el cenador.

Eso no era buena señal. Daphne se levantó y corrió tras él a

grandes zancadas y con la cola agachada, como si pudiera sentir que la necesitaba en ese momento. Morgan lo contempló hasta que atravesó el umbral de la puerta y salió al exterior. Había un toque de vacuidad en el modo lento y rígido en el que se movía. Fuera de lo que fuese de lo que hubiera hablado con el señor Reed, la conversación no había ido bien. Vanessa no insistió: con los labios fruncidos en una línea fina, se quedó mirando fijamente la puerta como si él fuese a cambiar de opinión y regresar.

Lionel colocó la masa fermentada en un molde para pan y lo metió en el horno. Puso un temporizador en el reloj y salió al exterior detrás de su amigo, dejando a Morgan y a su madre para que pudieran mantener su propia conversación. No sabía qué era peor: el silencio controlado de sus padres o su sufrimiento.

—Morgan —dijo Vanessa con un suspiro pesado—. Necesito que te quedes unos días más. Al menos hasta que se marche el último huésped. Tu padre y yo tenemos que decidir qué va a ocurrir con la pensión y no puedo estar en todas partes al mismo tiempo. Eres la única persona en la que confío para que todo marche bien por aquí.

Morgan se quedó paralizada.

—Sabes que no puedo —contestó—. A los de administración les costaría varios días encontrar a alguien que me sustituyera. Mañana es el primer día tras las vacaciones y tengo que reforzar todo lo que hemos estado aprendiendo. Tengo muchas programaciones didácticas amontonadas y objetivos de comportamiento que supervisar…

Vanessa exhaló y se giró un poco, aunque no lo suficiente como para mirarla a los ojos.

—¿Tan difícil es sustituirte un par de días? Después de todo, no es como si estuvieras enseñando Química Avanzada. Tan solo son los colores primarios y los sonidos de los animales. Todo el mundo puede hacer eso.

Morgan nunca había recibido una bofetada, pero las palabras de su madre fueron como si se la hubiera dado con la mano abierta. La cara se le sonrojó, ardiendo primero por la humillación y luego por la

rabia.

—¿Eso es lo que crees que hago? —Se apoyó los puños sobre los muslos y se clavó las uñas acrílicas en las palmas de las manos.

—Ahora mismo, la pensión necesita toda la ayuda posible…

La pensión. Todo giraba siempre en torno a la maldita pensión. No, no todo el mundo podía hacer lo que ella hacía. Se necesitaban tiempo, verdadera habilidad y mucha paciencia, algo que se le estaba agotando rápidamente.

—Tengo un título, mamá. De una universidad auténtica. Me pasé cuatro largos años aprendiendo a enseñar a los niños a leer, a identificar retrasos en el aprendizaje y a gestionar clases con alumnos en todos los extremos del espectro emocional y del comportamiento. Tengo certificados. Escribo programaciones didácticas. Pero, adelante, cómo no, reduce todo mi esfuerzo a los puñeteros sonidos que hacen los animales —espetó con más veneno en la voz de lo que había esperado.

Su madre se dio la vuelta al fin.

—Ya sabes que eso no es lo que quería decir.

—Pero eso es lo que has dicho —contestó de malas maneras—. Siempre haces lo mismo. Crees que mi trabajo no importa por el simple hecho de que no me quedé aquí ni dediqué mi vida a doblar sábanas. Pero sí que importo, mamá. A esos niños les importa lo que hago.

—La pensión es…

Morgan levantó una mano.

—No lo digas —la interrumpió, alzando la voz. Sentía que estaba perdiendo el control, pero no podía contenerse—. Déjame adivinar: «La pensión es nuestro legado», «La pensión es lo más importante» —la imitó—. ¡La pensión, la pensión, la pensión! ¿Sabes qué? Si me dedicaras a mí la mitad del tiempo que le dedicas a esos puñeteros narcisos, ¡tal vez no estaríamos manteniendo esta conversación!

Vanessa abrió los labios, sorprendida, mientras cerraba los dedos con fuerza en torno al borde de la mesa.

—Tu padre y yo…

—Desde que tenía dieciséis años, me he esforzado para construir una vida más allá de estos libros de reservas. Adoro a mis alumnos. Adoro mi trabajo. Por una vez, me gustaría ser lo más importante. —Para su propia decepción, la voz se le quebró en la última palabra—. Solo por una vez.

El silencio cayó sobre ellas, espeso y asfixiante. Los únicos sonidos que se oían eran el del tictac del viejo reloj de pared y la respiración entrecortada de Morgan, que tenía el pecho agitado.

Su madre alzó las manos en el aire, dándose por vencida.

—No puedo lidiar con esto ahora mismo. Vamos a dejar este asunto para otro día.

Se levantó del banco y dejó a Morgan sumida en sus pensamientos desbocados. ¿Por qué tenía que luchar con uñas y dientes para obtener una fracción del respeto de su madre? Pero, por otro lado, su familia ya estaba enfrentándose a bastantes cosas… ¿Por qué no podía dejar sus sentimientos a un lado, ser una hija solícita y quedarse sin discutir?

¿Y por qué se sentía como si se estuviera ahogando?



Tras un cuenco de *linguini* demasiado salados y una rebanada del pan de ajo recién horneado de Lionel, Morgan había dominado al monstruo enfadado y hambriento de su estómago y volvía a ser persona, pero las palabras hirientes de su madre todavía resonaban en su cabeza.

Sentada con las piernas cruzadas en la mecedora doble del porche de la pensión, se mecía en la brisa fresca de últimas horas de la tarde. El sol se había retirado tras una cortina de nubes negruzcas, lo que creaba un resplandor ambarino que se expandía por el horizonte. La envolvió el silencio pacífico del atardecer, que tan solo se veía interrumpido por el susurro de los árboles que tenía sobre la cabeza y el sonido distante de los grillos que se preparaban

para su sinfonía nocturna.

Había olvidado lo tranquila que era la pensión, muy diferente a su apartamento de Juniper Heights, donde, a través de los conductos de ventilación, se oían constantemente el murmullo de las conversaciones de los demás o los portazos incesantes.

Allí, tan solo le hacían compañía el viento y los ronquidos de Daphne.

Morgan nunca había sido fumadora, pues todos los anuncios sobre cáncer de garganta de su infancia le habían asustado bastante. Sin embargo, si quisiera adquirir el hábito, escogería aquel preciso instante para comenzar. Fingió llevarse un cigarrillo a los labios e inhaló. Después, expulsó el aire con un gran soplido y vació los pulmones. Ya se sentía mejor.

Una furgoneta negra con los cristales tintados llegó rodando por el camino de acceso. La gravilla crujió bajo los enormes neumáticos y Daphne levantó las orejas mientras observaba el vehículo que se acercaba. Se incorporó de inmediato, aunque se mantuvo cerca del suelo mientras pasaba los ojos a toda velocidad de un lado a otro. Morgan metió dos dedos bajo el collar del animal: una medida de seguridad por si salía disparado hacia quienquiera que estuviera a punto de salir del coche.

Un hombre con los hombros del tamaño de un oso salió de dentro y abrió la puerta de atrás. Daphne soltó un gruñido grave y profundo. Del asiento trasero se bajó Zara Wells, que resplandecía como si acabaran de sacarla de la portada de una revista. Se oyó un portazo, seguido del repiqueteo rítmico de unos tacones aproximándose.

Aquella belleza menuda y de piel morena vestía un minivestido muy ajustado que brillaba como el aceite bajo la luz de un porche. Llevaba un maquillaje inmaculado y el cabello recogido en un moño lustroso que dejaba a la vista la elegante curva de su cuello y que resaltaba sus ojos almendrados. Morgan tenía que admitir que era despampanante. Pero no solo se trataba de su aspecto. Era una *influencer* y compartía aspectos selectivos de su vida con miles de

personas a través de internet. Tan solo llevaba dos días en la pensión, pues había llegado el viernes, justo antes del comienzo del festival; aun así, su presencia parecía abrumadora.

Detrás de su belleza se ocultaba un misterio. Morgan no sabía demasiado sobre lo que era ser muy deseada, pero sí sabía que las mujeres con ese aspecto no acudían a pueblos tranquilos como Cinnamon Falls por las vistas.

—Hola, Morg —dijo Zara con voz suave mientras subía las escaleras del porche.

Morgan soltó a Daphne, que comenzó a olisquear a la recién llegada. Ella extendió los brazos y dejó que el animal llevara a cabo su investigación canina.

—Hola. ¿Acabas de volver?

La otra mujer asintió mientras se sentaba en el asiento vacío que había junto a ella. Desprendía un aroma cítrico, como el Caribe: sal marina, brisa del océano y mangos maduros.

—Había una fiesta en la azotea de Prime Society: barra libre, solo *influencers* entre los invitados… En Asheville están llevando a cabo una campaña para renovar su imagen como destino de lujo y pagan a chicas como yo para que aparezcan, beban champán y hagan que parezca irresistible. —Se quitó los tacones y estiró las piernas—. Lo único que tenía que hacer era publicar tres historias y etiquetar al local. Una manera fácil de ganar cinco de los grandes. Suficiente para un bolso nuevo.

Morgan pestañeó.

—¿Te han pagado cinco mil dólares por… ir a una fiesta?

Se había equivocado de profesión.

Zara se encogió de hombros.

—No es mi tarifa habitual, pero así es el negocio. Mi cara vende un estilo de vida. ¿Crees que publico semejante cantidad de conjuntos de ropa por diversión? —Se soltó la melena y dejó que le cayera en torno a los hombros en ondas suaves—. Pero ayer, en cuanto publiqué desde aquí, la gente se volvió loca. Cómo no.

Morgan se puso rígida.

—¿Qué quieres decir?

La mujer sacó el teléfono del bolso y comenzó a pasar el dedo por la pantalla.

—La gente está comentando como loca sobre la pensión. «¿No es ahí dónde murió alguien?». «¿Estás a salvo?», «Cancela el viaje, amiga. Tal vez seas la siguiente». He recibido como seis mensajes privados pidiéndome que hiciera un directo para contarles el chisme de lo que pasó. —A Morgan se le puso el estómago como una piedra y se preparó para lo peor—. Pero no lo he hecho. —Zara bloqueó el teléfono y volvió a meterlo en el bolso—. No pienso destrozar de ese modo a tu familia.

—¿En serio? —preguntó ella con un resoplido de incredulidad.

La otra mujer la miró de reojo.

—Tu familia y tú me habéis tratado mejor que la mitad de los patrocinadores con los que trabajo y ni siquiera me estáis pagando por alojarme aquí. Para serte sincera, este asunto no tiene nada que ver con vosotros. Sí, una persona murió aquí, pero podría haber ocurrido en cualquier parte. Es solo que a la gente le encantan los escándalos. —Hizo una pausa y después, con una carcajada, añadió —: Dale tres días y la gente estará volviéndose loca por cualquier otra cosa. Confía en mí; la capacidad de concentración de las redes sociales está básicamente al mismo nivel que la de un pez.

Morgan soltó el aliento que había estado conteniendo.

—Estaba segura de que te habrías lanzado al drama. No te habría culpado por ello.

Zara se llevó las manos al corazón y extendió los dedos.

—Puede que sea materialista y vanidosa, pero no soy despiadada. Tan solo tenéis que esperar a que pase la tormenta. La semana que viene, nadie se acordará de esto. Recuperaréis la normalidad enseguida.

Morgan sintió que se le aflojaban los nudos del pecho.

—Gracias, Zara.

—No hay de qué. —La mujer bostezó y se puso en pie antes de recoger sus tacones—. Estoy a punto de caerme redonda. La barra

libre ha sido una locura y tengo que grabar un «Desmaquíllate conmigo».

Morgan la observó mientras se alejaba hasta que el destello de su vestido desapareció en el interior. A pesar de todo el brillo y el *glamour*, Zara acababa de consolarla más de lo que ni siquiera ella misma sabía.

Capítulo 10
Morgan

Lunes

A pesar de ser madrugadora por naturaleza, Morgan podría haberse pasado toda la mañana en la cama. El sobrecolchón de la cama de la pensión le envolvía el cuerpo, dando apoyo hasta al último centímetro dolorido del mismo y arrullándola hasta sumirla en un sueño profundo. Había estado soñando que Will y ella se encontraban peligrosamente cerca de hacer «el baile horizontal» y, si usara solo la mitad del cerebro que Dios le había dado, habría utilizado uno de sus muchos días de ausencia por enfermedad, habría llamado al colegio para informar de que no iba a asistir y habría seguido con su sueño. Pero, como buena hija de su madre, se vistió para ir a trabajar con la bruma fría de la primera luz del alba. El trabajo y las responsabilidades siempre eran lo primero; su placer, ya fuera en su subconsciente o en la vida real, era lo último.

Habían pasado tres dolorosos años desde la última vez que había intimado con alguien y no era porque no lo estuviera intentando. Había estado distraída.

Con el influjo de nuevos habitantes que Cinnamon Falls había recibido en los últimos años, las aulas estaban cada vez más llenas. El año anterior había tenido dieciséis alumnos de primero muy

apacibles. Aquel año tenía a veinticuatro pequeños revoltosos y alborotadores. Cada día era como estar en un psiquiátrico, pero ella siempre contaba con un plan de batalla.

Después de que su padre insistiera con mucho empeño, habían llegado a un acuerdo y Morgan se había comprometido a quedarse una noche más en la pensión. Por suerte, se había llevado en la maleta un conjunto que, si entrecerrabas un ojo, podría pasar por ropa de trabajo informal. Planchó con diligencia las arrugas de la blusa color lavanda con cuello vuelto y quitó las de la falda de poliéster morado a base de sacudirla. No se atrevió a aplicarle calor a esa hora de la mañana. No confiaba en que no fuera a acabar desplomándose sobre la tabla de planchar quedándose dormida.

Fue corriendo al baño para hacerse algo en el pelo. Se miró fijamente en el espejo mientras se recogía todas las trenzas en una coleta. Todavía tenía los ojos enrojecidos y cansados. Probó a sonreír y utilizar su voz de profesora.

—¡Buenos días! —se dijo a sí misma, canalizando todo el entusiasmo que pudo aunar en una sonrisa forzada que le pareció apagada y poco creíble. En cuanto cruzara las puertas de la Escuela Primaria Morningstar, todo el mundo sabría que algo iba mal.

Se enorgullecía de estar siempre de subidón de forma natural; de ser una persona que irradiaba felicidad a través de los poros sin importar las circunstancias. Por eso le encantaba dar clase a alumnos de primer curso: porque los niños no tenían preocupaciones. Cada día le ofrecían un nuevo motivo para estar agradecida y darse cuenta de que la vida no era algo tan serio. Pero, aquel día, iba a tener que fingir. Se preguntó durante cuánto tiempo.

Se colocó una cinta de color morado oscuro en torno a la coleta y se la ató en lo alto de la cabeza con un lazo. Se puso unas sandalias planas del mismo color y se sintió satisfecha con el reflejo que le devolvió el espejo. Era lo mejor que podría lograr aquel día.

Echó un último vistazo a su habitación y comenzó a arrastrar el equipaje por el pasillo. Al pasar, intentó no mirar la puerta cerrada de la habitación Vistas al Jardín. Bajó por la escalinata la maleta,

que golpeaba cada escalón mientras descendía.

Cuando llegó al final de las escaleras, Daphne se acercó a ella moviendo la cola con tanta rapidez que Morgan pensó que iba a desprendérsele del cuerpo. Se agachó para rascarle las orejas.

—Buenos días, Daffy —le dijo mientras el animal se estiraba sobre las patas traseras. Soltó un largo bostezo y chasqueó los labios, señal de que estaba hambrienta.

—Ah, no, de eso nada —dijo su madre desde la cocina—. Acabo de darte de comer No empieces a fingir que tienes hambre solo porque tu hermana esté aquí.

La perra gimoteó, le dio la espalda a Morgan y se dirigió hacia la cocina. Ella la siguió.

En ese momento se oyó el timbre y Daphne soltó un ladrido amenazador. Morgan le echó un vistazo a su reloj. Acababan de dar las seis de la mañana. ¿Quién podría visitar la pensión a esa hora? Al salir al pasillo, distinguió una figura a través del cristal templado que atravesaba la puerta principal de un lado a otro.

—Me apuesto algo a que es la Policía —refunfuñó su madre—. ¿Qué pasa? ¿Se les ha olvidado algo? ¡Ayer me pusieron la casa patas arriba! Más les vale que sea una disculpa en persona por haberme destrozado el jardín. Como mínimo, una cesta de fruta…

Morgan abrió la puerta, esperando ver a Jesse o tal vez incluso a la jefa de policía Raines. En su lugar, se encontró con un hombre desconocido y tremendamente apuesto que llevaba una bolsa de viaje de cuero cruzada sobre el pecho.

Era el tipo de hombre cuyo aspecto le hacía parecer digno de estar en una revista de viajes en lugar de en el porche de una pensión de campo que se encontraba en medio de una investigación policial. Llevaba el cabello castaño alborotado como sí acabara de pasarse los dedos por el pelo mientras subía las escaleras y clavó sus penetrantes ojos azules en los de ella con una fijación sorprendente. Podría haber cortado vidrio con la mandíbula, y la camisa blanca y planchada a la perfección, cuyas mangas llevaba remangadas hasta los codos para dejar a la vista unos antebrazos

surcados de venas, le daba un aspecto elegante y un aire de seguridad despreocupada. Era alto, así como atlético y delgado gracias a, según supuso ella, el *lacrosse* o tal vez el fútbol. Un moreno cálido le cubría la piel, como si acabara de regresar de unas vacaciones en alguna isla tropical. Echó un vistazo detrás de él en dirección al Oldsrnobile color canela que se encontraba en el camino de acceso. ¿Conducía aquella tartana?

Morgan pestañeó, desconcertada durante un instante. La sonrisa del hombre era relajada y educada y dejaba a la vista dos hileras de dientes rectos y de un blanco cegador. Daphne intentó sobrepasarla, abriéndose paso entre sus piernas.

El desconocido pasó la vista entre ellas y su sonrisa se ensanchó.

—¡Un *border collie*! —exclamó mientras hincaba una rodilla en el suelo.

La perra arrojó toda su peso contra Morgan para intentar llegar hasta el hombre apuesto y estuvo a punto de lograr que se le plegaran las rodillas.

—¡Daphne! —gritó ella, pero el animal ya estaba en el porche, lamiendo con alegría el rostro del desconocido.

—¡Buena chica! —elogió él a la perra revoltosa con esa voz nasal que los hombres suelen reservar para los bebés adorables.

Morgan agarró a Daphne del collar y la apartó del hombre a duras penas.

—Lo siento. Es que está emocionada.

Él se enderezó y volvió a ponerse erguido. Morgan se dio cuenta de que medía bastante más de un metro ochenta. Poseía la clase de altura sobre la que los hombres solían mentir en las aplicaciones de citas. El aliento se le atascó en la garganta. En Cinnamon Falls un desconocido, sobre todo si se trataba de uno apuesto, era como un ovni.

—Me disculpo por lo temprano de la visita —comenzó a decir él con un tono de voz abaritonado, grave y calmado. Se llevó una mano al corazón—. Soy Cameron Shore, el sobrino de Eleanor Langford. ¿Está aquí por casualidad?

A Morgan le dio un vuelco el corazón dentro del pecho y la boca se le quedó seca.

No lo sabía.

—Siento mucho aparecer sin previo aviso y tan pronto por la mañana —insistió él—. La he estado llamando, pero no me ha contestado. Por norma general, suele llamarme los domingos para ver cómo estoy, pero no he sabido nada de ella desde la semana pasada. He pasado por su casa, pero entonces se me ha ocurrido comprobar en su lugar favorito. —Cameron tosió con el puño en la boca y sacudió la cabeza como si estuviera intentando evitar ponerse en lo peor—. Tan solo estoy preocupado por ella, nada más. Está empezando a entrar en años y solo… —Morgan detectó en su forma de hablar un leve gangueo; una especie de acento que no podía ubicar. Él cerró los ojos un instante y las pestañas, injustamente largas, le rozaron las mejillas sonrosadas—. Tan solo necesito verla, ¿sabes?

Morgan dio un paso atrás de forma instintiva y el corazón se le aceleró por motivos que nada tenían que ver con la investigación. ¿Cómo podía decirle que la misma mujer a la que estaba buscando había muerto apenas unos días atrás?

—Bueno, ¡no te quedes ahí de pie! ¡Deja pasar al hombre! —dijo Vanessa a sus espaldas.

Morgan se sobresaltó y salió del trance en el que se había sumido.

—Lo siento —dijo mientras apartaba tanto su equipaje como a Daphne para hacerle hueco a Cameron en el estrecho recibidor. Empujó con demasiado ímpetu y la puerta golpeó con fuerza la pared, lo que hizo que una foto se cayera de su lugar habitual. El hombre se abalanzó hacia delante para agarrarla antes de que chocara contra el suelo y la atrapó con la elegancia despreocupada de un atleta entrenado. Morgan pensó que tal vez se dedicara al béisbol—. Lo siento —consiguió decir de nuevo mientras se apretaba el marco contra el pecho.

—No pasa nada —contestó Cameron mientras una sonrisa le

tiraba de los labios. Se miraron el uno al otro a los ojos.

Entonces siguió a Daphne, que lo condujo hasta la cocina. Morgan cerró la puerta principal y volvió a colgar la fotografía de su gancho correspondiente.

Su madre estaba ocupada preparando una taza de café recién hecho para su nuevo visitante. El hombre se sentó en la isla de la cocina mientras la perra olisqueaba en torno a él con curiosidad.

—Yo soy Vanessa y esta es mi hija, Morgan. El Daffodil Inn es el negocio familiar.

—Es precioso —contestó Cameron mientras pasaba la vista por la cocina—. A mi tío Thomas le encantaba.

La cafetera terminó de preparar el café. Normalmente a aquellas horas Morgan habría necesitado una taza o dos para poder arrancar, pero en aquel momento estaba muy despierta. Vanessa le pasó la bebida a Cameron.

Su madre fijó la vista en ella y, en silencio, discutieron quién sería la que le diera la noticia. Morgan no era la propietaria del Daffodil Inn, así que se cruzó de brazos, desafiante.

Vanessa puso los ojos en blanco y respiró hondo.

—Cameron, siento muchísimo decirte esto, pero Eleanor no está aquí.

A él se le borró la sonrisa.

—Oh, ¿ya se ha marchado?

«De verdad que no tienes ni idea», pensó Morgan.

Su madre empezó a juguetear con sus propios dedos.

—Eleanor… falleció, Cameron. La noche del sábado. La encontramos en el laberinto de setos durante el festival de primavera anual que celebramos. La Policía ya ha estado aquí y todo eso. Siento muchísimo tu pérdida —le dijo.

El hombre se quedó paralizado con la mirada fija en el suelo durante un minuto incómodo. Alzó la vista hacia ella con ojos suplicantes.

—¿Có…? ¿Cómo? ¿Han dicho algo sobre qué le pasó?

Vanessa negó con la cabeza.

—Nada. Vinieron ayer a recoger sus pertenencias. Dijeron que estaban teniendo problemas para ponerse en contacto con sus familiares, así que es una suerte que hayas venido…

—¿Se llevaron sus cosas?

—Despejaron toda la habitación. —Su madre señaló en dirección al piso superior con la barbilla—. Estoy segura de que, dado que ahora estás aquí, te entregarán sus pertenencias.

—¿Eso cree?

—Por supuesto. Morgan puede dejarte en la comisaría de camino al trabajo. —Vanessa escupió aquella última palabra con más veneno del necesario, teniendo en cuenta que acababa de hacer añicos el corazón de Cameron.

El hombre pasó la mirada suplicante hacia Morgan.

—Bueno, tengo clases y… —comenzó a decir.

—Tonterías —la interrumpió su madre—. Es amiga del detective a cargo del caso, Johnson. Él podrá darte más información al respecto que nosotras.

—Jesse —la corrigió Morgan, poniendo los ojos en blanco.

—Es lo mismo —replicó Vanessa mientras desestimaba el comentario de su hija con un gesto de la mano—. Sube tus cosas arriba, a la *suite* Jardín, y haré que Lionel empiece a prepararte el desayuno. —Su madre salió de la cocina y llamó al chef a gritos—. ¡Lionel!

—¿La *suite* Jardín? —preguntó el hombre, aturdido.

—En el piso de arriba, a la derecha —contestó Morgan.

—¡Lionel! —Volvió a gritar su madre desde las profundidades de la casa.

—No podría… —dijo Cameron—. Puedo ir a un hotel y…

Ella lo interrumpió.

—Estás en Cinnamon Falls. Esto es el hotel.

La última vez que Morgan había estado en una comisaría de policía, la habían esposado y la habían metido a pasar la noche en una celda de detención junto con Nia. El lugar era aséptico a un nivel inquietante. Todavía era capaz de sentir la losa de hormigón sobre la que había dormido aquella noche.

Angie, la recepcionista, acababa de regresar a su mesa y estaba soplando una taza humeante de cartón cuando Cameron y ella entraron. Morgan observó cómo la mujer se escaldaba con un sorbo ardiente al ver al hombre acercarse hacia su mesa con paso garboso.

—Cameron Shore —dijo mientras le tendía la mano.

Boquiabierta, Angie se ahuecó los rizos caídos y se la estrechó.

—Angela Robinson —respondió con un destello coqueto en los ojos.

En todos los años que hacía que conocía a Angie, Morgan jamás había visto a aquella mujer tranquila tan animada. No podía culparla; Cameron era atractivo como un muñeco Ken: agradable a la vista y con un aire de misterio bullendo bajo la superficie. Por mucho que quisiera hincarle el diente, tenía que recordar que acababa de perder a su tía. Sería algo del todo inapropiado, sobre todo teniendo en cuenta que la mujer había fallecido en el local del negocio de su familia.

—Es el sobrino de Eleanor Langford —le informó Morgan. Angie la miró, sorprendida de que hubiese alguien más en la sala—. ¿Está Jesse?

—Eh… —contestó ella mientras comenzaba a teclear en su ordenador.

Justo en ese momento, Jesse atravesó la puerta. Morgan se percató de que el detective de Cinnamon Falls llenaba el uniforme más que antes. Supuso que se trataba del peso que siempre se gana cuando estás en una relación sentimental.

No podría estar más feliz por Jesse y Nia. Ambos habían sido el primer amor del otro y, a pesar de que su amiga había pasado seis años lejos de Cinnamon Falls y había salido con otro hombre, había

encontrado el camino de vuelta a su hogar y con Jesse. Él se había alegrado mucho de poder recuperarla. Sin ella, había sido insufrible: solía andar por los rincones lloriqueando y haciendo pucheros a todas horas de un modo que había logrado que Morgan empezara a perder la paciencia más de lo que ya la había perdido.

Tras haber sido ascendido a detective, caminaba de un modo diferente. Cargaba con una bolsa de plástico pesada que seguro que contendría las sobras de la noche anterior y varios aperitivos para ayudarlo a sobrevivir el resto del día.

Cuando pasó a su lado en el vestíbulo, frenó en seco mientras pasaba la vista entre ella y la nueva incorporación a su pequeño pueblo.

—¡Agente Shaw! —Angie dio una palmada con las manos, encantada—. ¡Justo el hombre que necesitábamos!

Jesse ladeó la cabeza tal como hacía Daphne cuando estaba confundida.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Muy serio, Cameron dio un paso al frente y le tendió la mano.

—Cameron Shore. Eleanor Langford es… era mi tía.

Jesse contempló al hombre que tenía enfrente y lo miró de arriba abajo lentamente.

—Un placer conocerle. Soy el detective Shaw. ¿Por qué no charlamos en mi despacho? Mi compañero debería llegar enseguida.

Le señaló el camino con un gesto y Cameron lo siguió a regañadientes. Entonces, cuando se dio cuenta de que Morgan no iba a acompañarlos, frenó en seco.

—Gracias —dijo por encima del hombro.

Ella le contestó con un gesto de la mano. Ojalá pudiera ser una mosca en la pared durante esa conversación. ¿Qué habría descubierto Jesse sobre Eleanor? ¿Habría alguna novedad? Y, lo que era más importante: ¿cuándo podría su vida volver a la normalidad?

Cuando los dos desaparecieron tras la pared que conducía al resto de la comisaría, Angie al fin abandonó su personaje.

—¡Tienes que avisarme antes de traer a un supermodelo! —dijo

con una carcajada mientras se acomodaba en su silla de oficina—. ¡He estado a punto de abrasarme el esófago!

—¿Cómo crees que me he sentido yo? ¡Apenas he podido mantener la vista fija en la carretera!

—Por lo menos, al fin ha aparecido alguien —comentó Angie—. Jesse lleva desde el sábado por la noche intentando localizar a algún familiar de la señora Langford. No pensaba que tuviera familia, y mucho menos que fuese a tener un sobrino tan atractivo.

—Bueno, pues ya está aquí —contestó ella. Miró el reloj. Eran casi las ocho de la mañana y estaba a punto de llegar tarde.

—Sí, ya lo creo —respondió la otra mujer mientras estiraba el cuello para poder ver más allá de la pared y poder echar otro largo vistazo al recién llegado a Cinnamon Falls.

Capítulo 11
Will

De pie en la cocina, con las piernas cruzadas y sosteniendo una taza caliente de té en una mano, Will estaba atento a la televisión de pared del salón y, de vez en cuando, echaba un vistazo a la olla que había en el fuego y en la que estaba cociendo huevos.

En la pantalla los *flashes* se dispararon cuando la jefa de policía Noelle Raines subió al podio del ayuntamiento. Llevaba el uniforme azul marino planchado a la perfección y los accesorios metálicos resplandecían bajo las luces fluorescentes. Jesse estaba a su izquierda con los brazos cruzados mientras pasaba los ojos entre los asistentes, barriendo la multitud con la vista de izquierda a derecha. Su corte de pelo parecía impecable a través de la cámara, que estaba alineada a la perfección con su cabeza. Mentalmente, Will se dio una palmadita en el hombro por su buen trabajo. A la derecha de Raines se encontraba el alcalde, Sterling Tate, que tenía los brazos cruzados a la espalda y un gesto firme en la cara. El detective Terrance Chambers estaba de pie junto a Jesse con postura relajada pero mirada seria.

La jefa de policía ajustó el micrófono para colocarlo a su altura y el silencio se posó sobre la bulliciosa multitud.

Junto a Will, la tostadora expulsó dos trozos de pan blanco, lo que hizo que volviera a centrar la atención en los huevos que estaba

cociendo. Giró el botón para apagar el gas y apartó la olla del fuego. En la distancia, se interrumpió el sonido del grifo del baño. Angel todavía se estaba arreglando. Con toda probabilidad, intentando decidir qué cinta de pelo quedaría mejor con su vestido. Eso significaba que todavía disponía de unos pocos minutos de soledad.

Toqueteó el mando para bajar el volumen del aparato hasta que se convirtió en un murmullo grave y puso los subtítulos. No necesitaba que su hija oyera aquello.

—Gracias a todos por venir a pesar de haber avisado con tan poca antelación —dijo la jefa de policía Raines. Su voz sonaba tranquila y ensayada—. El sábado 11 de abril, en torno a las once y media de la noche, se encontró a una mujer inconsciente en el laberinto de setos del Daffodil Inn. La víctima ha sido identificada como Eleanor Langford, residente del pueblo desde hace mucho tiempo y antigua propietaria de la hacienda.

Will apretó la mandíbula. Lo había vivido en persona; había visto el cadáver de Eleanor con sus propios ojos. Pero había algo en el hecho de escuchárselo repetir en voz alta a los agentes de policía que hacía que le pareciera más real. Dio otro sorbo de agua templada mientras se le revolvía el estómago. A lo largo de su vida, había experimentado una cantidad considerable de situaciones peligrosas, pero ninguna como un asesinato a sangre fría. Eso era algo totalmente diferente, un nivel nuevo de maldad del que no conseguía hacerse a la idea.

—La señora Langford no era más que una huésped que asistía al festival de primavera anual, el Daffodil Jubilee. Los servicios de emergencia acudieron de inmediato, pero, a pesar de todos sus esfuerzos, la señora Langford fue declarada muerta en el lugar de los hechos. Al principio, dada la avanzada edad de la víctima y la ausencia de señales inmediatas de enfrentamiento, sospechamos que las causas de la muerte eran naturales —prosiguió Raines—. Sin embargo, tras la autopsia realizada por la funeraria Whitfield Family Mortuary y los resultados de toxicología recibidos desde el laboratorio criminalístico de Asheville el domingo por la noche,

podemos confirmar que la señora Langford recibió una puñalada mortal. Además, las pruebas han revelado la presencia en su organismo de digitalis, más conocida como dedalera, en el momento de la muerte. Rasándonos en dichos hallazgos, los investigadores creen que el envenenamiento podría haber contribuido o precedido al apuñalamiento. Ahora mismo, a la espera del informe completo de la forense y los resultados de la investigación en curso, estamos tratando el asunto como un homicidio.

Gritos ahogados surcaron la audiencia. Entre la multitud, alguien exclamó:

—¡Dios, ten piedad!

Los periodistas comenzaron a garabatear mientras sus murmullos se volvían cada vez más fuertes.

Un millón de pensamientos lo asaltaron de golpe: su hija, Morgan, el señor y la señora Taylor, Eleanor o la idea de que alguien le hubiese puesto veneno a su taza de infusión (una infusión que su hija había estado bebiendo todos los días). O su padre, Calvin, mencionando que algo se había comido su planta de dedalera. Se estremeció al pensar lo siguiente: ¿y si, en su lugar, alguien la había robado? ¿Y por qué matar a la señora Eleanor?

Will estiró el brazo para dejar la taza en la encimera y no acertó con el borde. La taza cayó el suelo y se hizo añicos con el impacto. En voz baja, soltó una palabrota, recogió los fragmentos más grandes con las manos y tomó la fregona que había en el armario cercano para fregar el líquido. Mantuvo la atención puesta en la televisión y escuchó con detenimiento mientras se ponía manos a la obra.

—Vamos a abrir la línea telefónica de colaboración ciudadana —dijo Jesse mientras se colocaba junto a Raines, dentro del encuadre de la cámara—. Y animamos a cualquiera que tenga información, sobre todo a aquellos que asistieron al Daffodil Jubilee, a que acuda a nosotros.

Eso hizo que Will se acordara de Caleb. Abrió su conversación y vio que el chico no le había contestado. Le envió otro mensaje:

Llámame.

La cámara se centró en Elaine Matthias, que se estaba levantando de su asiento entre el resto de la prensa. La editora jefe de *The Cinnamon Chronicle*, una mujer canosa y muy aguda, no se contenía cuando se trataba de la Policía de Cinnamon Falls, sobre todo tras el escándalo de corrupción de Lyons.

—Jefa Raines —comenzó a decir mientras se subía por la nariz las gafas de montura redonda—, ¿qué es exactamente lo que está haciendo para asegurar que los habitantes de Cinnamon Falls estén seguros? Nos encontramos ante el segundo homicidio en dos años. ¿Deberíamos preocuparnos? —Apuntó su vieja grabadora en dirección al micrófono y se mantuvo a la espera.

Will notó la tensión subiéndole por el cuello y ni siquiera le estaban haciendo a él la pregunta. Elaine estaba en lo cierto, pero no tenía ni idea de qué explicación podría dar la Policía a esa pregunta. Contuvo la respiración mientras esperaba a que Raines contestara.

Chambers se inclinó hacia delante y se colocó frente a su jefa para alcanzar el micrófono. Se oyó el chirrido del acople, lo que hizo que la audiencia hiciera una mueca y se tapara los oídos.

—No hay ninguna prueba de que exista una amenaza presente para la comunidad.

Raines podría haberlo partido en dos con la mirada y lo apartó con un codazo.

—Este parece ser un incidente aislado. Aun así, vamos a aumentar las patrullas en torno a las principales zonas de reunión y…

Elaine no cedió.

—Con todo el respeto, jefa, asesinaron a una mujer durante uno de los principales festivales de nuestro pueblo. Había niños jugando dentro del laberinto a apenas unos metros de distancia. ¿De verdad espera que esta noche durmamos tranquilos, creyendo que Cinnamon Falls es ahora mismo un lugar seguro?

A través de la pantalla, Will pudo detectar la inquietud en la postura de Raines, pero la voz no le tembló ni siquiera bajo presión. Se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos hasta que casi no se le veían mientras remarcaba cada palabra con el dedo.

—Señora Matthias, puede dormir tranquila sabiendo que, en todo momento, estamos redoblando nuestros esfuerzos. Mis agentes investigarán. Seguiremos las pistas. Localizaremos al responsable. Así es como hacemos justicia en nombre de Eleanor. Así es como mantendremos la seguridad de este pueblo.

—No ha dicho «nuestro pueblo» —masculló Elaine antes de dejarse caer sobre su asiento.

Raines se crispó y los dedos que tenía en torno al podio se le pusieron blancos.

—¿Disculpe?

—Usted también vive aquí, jefa Raines —espetó la otra mujer—. Actúe como tal.

Will oyó que el suelo de madera crujía, lo que anunciaba la llegada de Angel. Apagó la tele de golpe y la pantalla se quedó en negro justo cuando la pequeña entraba en la cocina. El vestido de su hija de aquel día era una prenda gris de manga corta con falda plisada de volantes. Llevaba los rizos apartados de la cara con una cinta de pelo decorada con gemas coloridas. Dejó su mochila de unicornio sobre la encimera, sospechando del silencio repentino.

—¿Qué estabas viendo? —le preguntó mientras miraba la televisión—. ¿*Andrew Guy*?

—El tiempo —mintió él con rapidez.

Peló los huevos que eran para Angel y le puso abundante mantequilla a su tostada. Sacó una servilleta y comenzó a empaquetarlo todo en un recipiente reutilizable. Sacó del frigorífico la fiambrera para la hora de la comida y le tendió ambas cosas.

—Vas a tener que desayunar en el coche, melocotoncito. —Rodeó la isla de la cocina y se agachó para darle un beso en la frente y recolocarle en su lugar un rizo suelto—. Si salimos ya, tal vez seamos los quintos en la fila para dejarte en el colegio en lugar

de ser el coche número cincuenta.

Angel le echó una carrera hasta la puerta principal.



En el carril que utilizaban los padres para dejar a sus hijos en la Escuela Primaria Morningstar, Will esperó impaciente tras el Pinto de Amanda Jenkins, que vibraba, mientras tamborileaba los dedos sobre el volante. El diminuto aparcamiento con forma de semicírculo estaba repleto de camionetas, todoterrenos, padres con prisas y, por último, el Pinto traqueteante de Amanda. Ni siquiera había sido consciente de que todavía fabricaran aquel modelo y, mucho menos, de que fueran a vender uno que se sacudiera como la hoja de un árbol antes del invierno.

Los cuatro hijos de la mujer salieron del asiento trasero, uno detrás del otro, con una galleta glaseada en una mano y la mochila en la otra.

Amanda, con sus piernas largas y su actitud desafiante, también bajó del vehículo y Will deseó que Angel no se diera cuenta de que el aliento se le había atascado en la garganta. Tosió con el puño sobre la boca y apartó la vista a toda velocidad de la mujer que tenía frente a él y que iba vestida con dos prendas diminutas de tela vaquera cuyas costuras parecían sobrevivir a duras penas. Amanda se dio la vuelta y saludó a Will con la mano, dejando a la vista sus treinta y dos dientes y más piel que un recién nacido. Él echó un vistazo al salpicadero digital. Tan solo eran las siete y media de la mañana.

—¡Buenos días, Will! —dijo ella con voz cantarina mientras sacaba un lado de la cadera para lucir unas curvas que no necesitaba exhibir.

En ese momento, Will supo con exactitud cómo debía de sentirse un pez al boquear.

Lo peor de Cinnamon Falls era su tamaño. Las mujeres solteras

podían olisquear a un recién llegado como si fueran sabuesos. Siempre se había considerado guapo, por supuesto, pero en aquel pueblecito no habría importado que hubiese tenido un rostro que solo sirviera para la radio por su falta de belleza y apenas tres dientes buenos: alguien habría coqueteado con él.

En las tiendas chocaban con él supuestamente por accidente o, por algún motivo misterioso, siempre necesitaban un barbero nuevo para sus hijos. Por norma general, en cuanto descubrían que no estaba interesado, solían dejarlo tranquilo. No tenía el código moral más adecuado para hacer negocios, pero nunca había sido un mujeriego: se requerían demasiadas mentiras y, además, tenía una memoria lamentable.

Por otro lado, antes de poder plantearse siquiera mantener una relación física con una mujer, anhelaba que hubiera una conexión, algo más profundo que una cita con licor fuerte y sábanas arrugadas. Con treinta años, deseaba algo tangible; algo a lo que pudiera aferrarse; algo estable. Además, no solo era su corazón lo que estaba en juego.

Soltó una palabrota en voz baja, alzó la mano a modo de respuesta y le dedicó a Amanda un gesto seco de la cabeza. Gracias a Dios, Angel, que estaba demasiado ocupada con su cuaderno de bocetos, no se había percatado de aquella interacción. No tenía ganas de explicarle por qué no podía tener unos zapatos de tacón con plataforma rojos como los de la señora Jenkins.

Quiso fundirse con el asiento cuando se dio cuenta de que Morgan estaba justo enfrente del Pinto de Amanda, jugueteando con algo que llevaba en la falda. Aquel día lucía una camisa con cuello vuelto de color lavanda recogida dentro de una falda ancha con un hibisco morado en la parte frontal. Había alzado la vista justo a tiempo de presenciar la interacción entre Will y Amanda, pero, si le había dado algún tipo de importancia, no se le reflejaba en el rostro.

Parecía distraída, como si hubiese estado dándole vueltas a alguna idea que había desaparecido en cuanto sus miradas se habían encontrado. Amanda pasó la vista entre Morgan y él y una

sonrisa cómplice se le posó en los labios. Una chica joven que se encontraba en el asiento delantero se inclinó hacia delante, lo que hizo que las trenzas rubias le enmarcaran el rostro, y gritó:

—¡Venga, mamá! ¡Vamos a llegar tarde!

Amanda se metió en el Pinto y se alejó de allí. Will avanzó lentamente con el coche y frenó frente a Morgan. Ella se agachó junto a la puerta y pasó un brazo a través de la ventanilla bajada de Angel.

—¡Señorita Morgan! —exclamó la pequeña mientras se apresuraba a soltarse el cinturón de seguridad—. ¡Hacía una eternidad que no la veía!

—Veinticuatro eternidades, para ser más exactos —bromeó Morgan con aquella sonrisa relajada que siempre lograba que a Will le diera un vuelco el corazón dentro del pecho.

Morgan estaba espectacular. Sin duda, el lavanda era su color. Hacía que la piel de ébano le brillara con un resplandor que tan solo podía comparar con el amanecer de una mañana de primavera. No sabía si tenía a alguien especial en su vida; en las conversaciones que mantenían o cada vez que compartían un momento de coqueteo, ella jamás mencionaba a nadie, pero, por el bien de sus propios sentimientos, tenía que asegurarse. No quería admitir lo destrozado que acabaría si resultaba que tenía a un hombre en alguna parte o que no estaba interesada en conocerlo más a fondo.

Angel se soltó el cinturón y le dio a su padre un beso apresurado antes de salir del coche.

—¡Que tengas un buen día, melocotoncito! —le dijo él mientras salía corriendo por la acera en dirección al edificio.

La pequeña se dio la vuelta de golpe.

—¡No me llames así en público, papá! —Dio un golpe con el pie en el suelo y miró a su alrededor, avergonzada.

Sabía que odiaba cuando la llamaba «melocotoncito», pero tan solo le quedaban unos pocos años más de poder avergonzarla en el colegio y pensaba aprovechar ese tiempo…

—¡Te quiero, melocotoncito mío! —Will frunció los labios y, para

rematar, hizo el ruido de un beso. Angel se cubrió las orejas y entró corriendo al colegio.

—Esa niña acabará metiéndote en una residencia —dijo Morgan con una carcajada mientras sacudía la cabeza.

—Y, cuando estire la pata, me aseguraré de perseguirla como fantasma —contestó—. Siento no haberme despedido ayer por la mañana. Las cosas estaban un poco… agitadas.

—No pasa nada, sé que tienes que cuidar de Angel. ¿Cómo se encuentra?

Will suspiró mientras cerraba los dedos con fuerza en torno al volante. ¿Cómo se encontraba su hija? Esa era la pregunta que llevaba reconcomiéndolo desde que se habían marchado de la pensión.

—Está muy callada —se limitó a decir, consciente de que aquello ni siquiera rascaba la superficie.

Lo cierto era que el silencio de la pequeña lo asustaba. Nada, ni siquiera ver la televisión hasta tarde, las torres altísimas de tortitas o esos bolígrafos de gel tan caros podían hacer que reaccionara. Aquello le partía el corazón. La luz de su interior había menguado y no tenía ni idea de cómo volver a reavivarla. Estaba desesperado por arreglarlo, por hacer que el mundo volviera a ser seguro para ella. No solo tenía miedo, también se sentía culpable. Y agotado… Sentía una soledad que le calaba los huesos y que lo asaltaba a altas horas de la noche cuando estaba doblando sus calcetines diminutos y preguntándose si estaba haciendo lo suficiente por ella, si él mismo podría llegar a ser suficiente algún día.

Quería gritar hasta que dejaran de funcionarle los pulmones. Quería que alguien le prestara atención y no se limitara a juzgarlo sin más. Quería que alguien escuchara las palabras que le costaba pronunciar a causa del orgullo: «Lo estoy pasando mal». Lo que de verdad quería y necesitaba era alguien en quien poder apoyarse, alguien que comprendiera lo que era cargar con el peso de las necesidades de todos los demás mientras enterrabas las tuyas propias.

Sin embargo, Morgan no necesitaba oír todo eso. No con todo con lo que estaba teniendo que lidiar. No podía arrojarle su propio dolor a los pies y esperar que ella lo recogiera. Ya tenía bastante entre manos. Aun así, el simple hecho de estar cerca de ella hacía que sintiera que no estaba completamente solo.

—¿Will? —preguntó ella mientras chasqueaba los dedos frente a sus ojos—. ¿Estás bien?

La voz de Morgan atravesó su neblina mental como si fuera un faro en medio de una tormenta. Pestañeó y volvió a centrar la vista en ella. Parecía preocupada y era preciosa y real. En ese instante se dio cuenta de lo mucho que deseaba pasar más tiempo con ella. Quería saber qué era lo que la hacía reír y cuáles eran sus deseos más profundos.

Volvían a estar solos al fin. Era su oportunidad. O lo decía en ese momento o se alejaría de Morgan con más arrepentimientos.

Respiró hondo y carraspeó.

—¿Tienes algún plan el miércoles por la noche?

Con un anhelo repentino, observó a Morgan mientras se mordía el labio inferior, pensativa. Con cada agónico segundo que pasaba, sentía una mayor presión en el pecho.

—Creo que no; tendría que consultarlo con la agenda —contestó ella.

Will agarró con tanta fuerza el volante que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Me apuntarías para las ocho y media?

Morgan se inclinó con los ojos almendrados entrecerrados y un deje juguetón en la voz.

—¿Me está pidiendo una cita, señor Reed?

Una sonrisa se apoderó del rostro de Will. No era capaz de recordar cuándo había sido la última vez que había sonreído desde el sábado por la noche.

—Eso depende. ¿Me está diciendo que sí, señorita Taylor? Cuando ella le dijo que sí, Will se guardó su número de teléfono en el móvil.

—¿Tienes mucho trabajo hoy? —le preguntó Morgan, caminando junto a su coche mientras él avanzaba por el carril para dejar a los niños.

—Tengo algunos clientes más tarde —contestó él—. No puedo dejar de pensar en lo que Clarissa Hargrove me contó sobre Eleanor. Ayer, después de dejar la pensión, la pequeña y yo nos pasamos por The Toasted Pecan. —Morgan se acercó un poco más—. Me dijo que a nadie del pueblo le importaba Eleanor, excepto a los de la biblioteca. Voy a pasarme por allí para ver si puedo conseguir algo de información sobre quién podría haber hecho esto.

Ella se mordió el labio inferior, pensativa.

—Buena idea. —Sonó la campana del colegio y la profesora echó un vistazo por encima del hombro mientras los alumnos comenzaban a entrar en el edificio—. ¿Me contarás lo que descubras?

Él asintió.

—Por supuesto.

—¡Nos vemos!

Morgan se despidió de él con un gesto de los dedos y acompañó al interior a los estudiantes rezagados.

Will esperó hasta estar lejos del aparcamiento de la Escuela Primaria Morningstar y haber recorrido la mitad de Main Street para alzar un puño en el aire.



La biblioteca de Cinnamon Falls olía a papel viejo y a abrillantador de muebles de limón, aromas que resultaban reconfortantes y nostálgicos a partes iguales. El edificio cuadrado de ladrillo se alzaba tranquilo en un extremo de Main Street, a apenas unas manzanas de la comisaría y el ayuntamiento.

Will no conseguía sacarse de la cabeza las palabras de Clarissa. ¿Nadie del pueblo echaría de menos a la señora Eleanor Langford excepto un puñado de bibliotecarios? ¿Quién había sido Eleanor en

realidad? No sabía demasiado sobre resolver asesinatos, eso era asunto de Jesse, pero sí sabía que la mujer que había conocido estaba a años luz de la que Clarissa le había descrito.

Si podía descubrir más cosas sobre ella, tal vez pudiera descubrir cómo había muerto. Y, si podía descubrir cómo había muerto, tal vez Angel pudiera encontrar algo de paz. Podría recuperar a su hija y los Taylor podrían recuperar su negocio y su reputación. El pueblecito encantador del que se había enamorado volvería a ser como antes: un lugar mágico en el que su hija y él podían permanecer sanos y salvos. Había encontrado su propia comunidad y estaba dispuesto a hacer todo lo posible para protegerla.

Will cruzó las puertas dobles justo cuando salía una mujer mayor, que hizo una pausa para mirarlo de arriba abajo sin ningún pudor. Él le hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo, lo que le granjeó un guiño de ojos coqueto antes de que las pesadas puertas de madera de roble se cerraran tras él. Echó un vistazo a su alrededor. Había un anuncio de las autoridades de Cinnamon Falls e incluso una placa dedicada a una tal Edwina Rutherford, que, antes de morir, había sido la bibliotecaria jefe durante cuarenta años. Sin embargo, no había ninguna mención a Eleanor Langford.

El interior de la librería estaba iluminado tenuemente por unas ventanas altas con paneles a rombos que proyectaban una luz fragmentada sobre las baldosas desgastadas. El aire estaba en calma, como si toda la estancia estuviera conteniendo la respiración. Los techos altos con vigas de madera otorgaban al espacio una quietud propia de una catedral.

Con sus pisadas resonando de forma ligera, Will se adentró más en el edificio. La sección infantil estaba ubicada a la izquierda y señalizada con un arco de madera tallada que rezaba: LA AVENTURA COMIENZA AQUÍ. Mal pegada al arco con cinta adhesiva había una marioneta de un dragón que colgaba a duras penas y cuya lengua estaba lanzando una llamarada roja. De refilón, vio unos dibujos hechos con pinturas de dedos que se estaban secando en un cordel que se extendía de un lado a otro de la sala.

A su derecha, al fondo de un pasillo estrecho flanqueado por pósteres descoloridos en los que aparecían famosos del pasado implorando a los niños que leyeran, se encontraba el archivo. Hacia allí se dirigía. Pero, antes, se detuvo para tomar nota del tablón de anuncios que se encontraba en la pared más alejada. Sobre él se extendían folletos coloridos que parecían formar un mosaico: ayuda para preparar los impuestos, yoga para personas mayores y clases particulares para después del colegio.

Le llamó la atención uno en particular:

CLUB DE DIBUJO PRIMAVERAL PARA ARTISTAS EN CIERNES.
REUNIONES QUINCENALES LOS SÁBADOS A LAS 10 H
SE PROPORCIONAN TODOS LOS MATERIALES.
PARA MÁS INFORMACIÓN, CONSULTE A LOS BIBLIOTECARIOS.

Will dibujó una sonrisa con los labios. A Angel le encantaría algo así. Su cuaderno de bocetos ya estaba repleto de dibujos de hadas, animales con tutu, bocetos de narcisos e incluso edificios. Había uno del patio del Daffodil Inn en el que la pequeña había trabajado sin descanso. Incluso había dibujado a la gata de su tía Nia, Midnight, con una mirada amenazante.

Arrancó el folleto de su lugar y lo llevó al mostrador principal. Una chica con trenzas de color azul eléctrico y un pin que decía CINNAMON FALLS LEE prendido de la identificación alzó la vista y le sonrió.

En la placa vio que se llamaba Quinn.

—¿Necesita ayuda? —le preguntó mientras cerraba de golpe el enorme libro de tapa blanda que estaba leyendo.

Él asintió y le mostró el folleto.

—¿Siguen abiertas las inscripciones? Mi hija está en segundo curso y le encanta dibujar.

A Quinn se le encendieron los ojos redondos.

—¡Por supuesto! Nos quedan varias plazas. ¿Cómo se llama? La

añadiré a la lista.

—Angel Reed —respondió.

La joven tomó un portapapeles que tenía debajo del mostrador y pasó varias páginas antes de garabatear el nombre de Angel en una lista que parecía consistir en otros seis niños. Will le dio sus datos de contacto.

—Le darán un cuaderno de dibujo, lápices de colorear y, si lo desea, ayuda personalizada. En mayo hacemos una exposición primaveral y, en esta ocasión, contaremos con el nuevo alcalde. El mejor dibujo colgará de su oficina durante el resto del mandato.

Will podía imaginarse a Angel alzando su creación en el aire con una sonrisa tan resplandeciente como el sol.

—Esto la va a emocionar mucho.

Quinn le tendió un papel con la hora y el lugar de las reuniones.

—¡Nos vemos el próximo sábado!

Con un gesto de agradecimiento, volvió a colocar el folleto en su sitio.

—Una última cosa —añadió él—. ¿Podría indicarme dónde se encuentra la placa de Eleanor Langford? Me han dicho que le tenía mucho cariño a este sitio.

La sonrisa de Quinn se desvaneció de inmediato.

—Eleanor significaba mucho para nosotros. Nos hemos quedado destrozados esta mañana cuando nos hemos enterado de la noticia. Su placa se encuentra en el archivo, en la puerta. Solía pasarse horas en esa sala. Todavía me parece increíble que ya no esté entre nosotros.

—Siento su pérdida —comentó Will, que odió no poder ofrecerle más que palabras de consuelo y miradas de pena.

Mientras se dirigía hacia el archivo, deseó que la paz de aquel lugar le diera un momento para poner orden entre sus pensamientos.

La sala se encontraba en el rincón más alejado, más allá de la sección de no ficción. Will pasó junto a una vitrina cerrada con llave que contenía libros antiguos y raros, así como fotografías en color

sepia de los primeros tiempos de Cinnamon Falls y el documento descolorido de la fundación del pueblo, que se enrollaba sobre sí mismo y tenía los bordes descoloridos y amarillentos.

Sobre el cristal esmerilado de una puerta había una placa de latón que rezaba:

COLECCIÓN DE ARCHIVOS DE CINNAMON FALLS.

Y, debajo, otra:

FINANCIADA POR LOS AMIGOS DE LA BIBLIOTECA,
ELEANOR LANGFORD Y RONALD HARTLEY.

Al otro lado de la puerta, Will vio a una mujer que vestía una chaqueta color crema abotonada hasta la barbilla y que estaba sentada tras un mostrador alto de madera de roble. Llevaba la melena recogida en un moño apretado y unas gafas de montura cuadrada reposando sobre la punta de la nariz. Llamó con suavidad al cristal y ella alzó la vista sin sonreír. Se recolocó las gafas con un gesto experto antes de permitirle entrar.

—Si desea usar la sala de los archivos, regístrese, por favor —le indicó ella con tono educado pero cortante.

La mujer señaló un archivador de tres anillas que estaba abierto. La hoja superior mostraba la fecha de aquel día. Por el momento, Will era el único visitante.

La placa dorada que había sobre el mostrador resplandecía, mostrando su nombre: Elizabeth. Will se dispuso a entablar conversación con la esperanza de que eso los llevara a hablar de Eleanor. Sin embargo, ella lo interrumpió antes de que pudiera decir nada.

—Hay varias normas en el archivo —comenzó Elizabeth de forma robótica—: nada de bolígrafos, comida o fotografías. Y no tiene permitido, bajo ningún concepto, tocar ningún material sin los guantes proporcionados.

Al borde del mostrador había una caja de guantes de algodón

blancos y nuevos. Will se puso un par. Elizabeth observó todos sus movimientos, no con gesto suspicaz, sino con los ojos de una maestra bien entrenada en ese arte.

—Si necesita ayuda para encontrar algo, tiene un directorio en la pared.

Will supuso que tendría que arreglárselas él solo. Se dio la vuelta y respiró hondo. La sala de los archivos se extendía tras el mostrador, iluminada tenuemente por lámparas de latón que proyectaban un leve resplandor. Hasta donde le alcanzaba la vista, las paredes estaban cubiertas por archivadores de madera y estanterías de metal repletas de cajas de documentos y libros enormes encuadernados en cuero. Apoyada en una de las paredes había una escalerilla corrediza con un cartel que decía: NO UTILIZAR SIN AYUDA DEL PERSONAL.

El único sonido que se oía era el tictac del reloj de pared y el cortante pasar de las páginas de la lectura de Elizabeth. Will se dio cuenta de que allí hacía más frío que en el resto de la biblioteca. El aire también le pareció más cargado.

Mientras se adentraba con cautela en aquella quietud y se abría paso hacia las profundidades de la sala, notó cierta tensión sobre los hombros.

Se sintió atraído por la estantería metálica que contenía tomos gruesos encuadernados en cuero. Los lomos de los libros estaban desgastados, tenían grabados con pan de oro y cada uno estaba etiquetado con su año correspondiente. En la pared había un cartel de madera laminada:

ARCHIVOS DE *THE CINNAMON CHRONICLE*.

Se quedó allí parado un instante, pensativo. ¿Por dónde podría empezar? ¿Qué estaba buscando siquiera?

Se acordó de una fotografía que había en la repisa de la chimenea del salón principal del Daffodil Inn. La madre de Morgan, Vanessa, mecía a su hija bebé entre los brazos mientras miraba a

cámara con una sonrisa de oreja a oreja. En la esquina izquierda de la imagen se leía el año: 2000.

Pero ¿qué había sido del Daffodil Inn antes de que los Taylor hubieran llegado o de que los propietarios hubieran sido Eleanor y su esposo, Thomas? Tenía que haber algún tipo de registro del momento en el que la finca había cambiado de propietario. Will juntó las manos, pensativo.

«¿Cuánto tiempo lleva en pie ese lugar? ¿Veinte años? ¿Treinta? ¿Más?», se preguntó.

Pasó los dedos enguantados por la primera década del siglo XXI, los noventa, los ochenta, los setenta y se detuvo. Su preciosa niñita tenía siete años, así que escogió la edición de 1977 de *The Cinnamon Chronicle*. Con un gruñido, sacó del estante el pesado tomo, cuyo cuero chirrió como el de un sillín de bicicleta. Con un gesto de la mano, sacudió el polvo que se levantó en el aire al abrir el libro sobre la mesa de lectura.

Las páginas amarillentas crujían bajo sus dedos mientras escudriñaba las fotografías granulosas de desfiles del pueblo, debates electorales para la alcaldía e inauguraciones. El pasado cobró vida a través de destellos de nombres que había oído mencionar de pasada a Harold Bones y de lugares que ya no existían. No estaba seguro de qué estaba buscando; tan solo que se trataba de algo, lo que fuera, que pudiera arrojar un poco de luz sobre la mujer que se encontraba en el centro del caos del Daffodil Inn.

Se detuvo en un articulito. El titular que se encontraba casi al final de la página le llamó la atención: INVERSOR LOCAL COMPRA PROPIEDAD JUNTO A LA ORILLA DEL RÍO. El artículo era breve, poco más que un par de párrafos enclavados entre un anuncio de fertilizante para el jardín y otro de un desayuno con tortitas por cinco dólares.

«La extensa franja de terreno que recorre la orilla del río Cinnamon, admirada desde hace tiempo por sus vistas y las flores silvestres que crecen en primavera, ha sido oficialmente adquirida por Thomas Langford, procedente del norte de Georgia. Langford

anunció que planea construir una casa privada en la propiedad. El terreno fue vendido en una subasta municipal a principios de primavera».

Bajo el texto, había una fotografía en blanco y negro, granulosa y descolorida, pero Will tan solo pudo distinguir a un hombre de pie frente a una hilera de árboles con un puñado de planos enrollados bajo el brazo. Sonreía con orgullo. Will se acercó un poco más. El fondo de la imagen mostraba el terreno tal como había sido en el pasado: sin narcisos, tan solo una suave pendiente hasta la orilla del río con un bosquecillo de árboles y matorrales detrás.

Volvió a echar un vistazo en torno a la estancia y se dio cuenta de que uno de los cajones del archivador que tenía al lado sobresalía. Estaba ligeramente abierto, como si alguien hubiese estado investigando algo y lo hubiesen llamado para hacer otra tarea. Se acercó y leyó el cartel que había sobre el mueble:

PROPIEDAD DE LA SOCIEDAD HISTÓRICA DE CLNNAMON FALLS.

Abrió del todo el cajón y encontró decenas de carpetas separadas y etiquetadas por año con documentos con encuadernación en espiral. La única que estaba abierta era una de 2020. Will sacó el documento de la carpeta con cuidado y lo llevó a una de las mesas de estudio de madera que se encontraban en el centro de la sala. El tomo era más pesado de lo que había esperado e hizo una mueca cuando cayó sobre la mesa con un golpe. No tenía las agallas suficientes para mirar a Elizabeth, pero estaba seguro de que lo estaba observando con mucha atención.

DECLARACIONES FINANCIERAS DE LA CAMPAÑA
ELECTORAL DE 2020 A LA ALCALDÍA

.

Tras pasar la primera página, se dio cuenta enseguida de que las cuentas que estaba leyendo eran las de la campaña electoral más reciente de Asad Lyons. El registro era exhaustivo y todos los donantes aparecían en una lista junto con su dirección, el nombre de

su empresa y la cantidad que habían aportado.

«¿Por qué querría alguien investigar ahora mismo al alcalde Lyons?», se preguntó Will. Lo último que sabía era que el exalcalde se estaba pudriendo en una celda, a la espera del juicio. Aquellos datos eran inútiles y seguían sin darle ningún tipo de información sobre Eleanor.

Frustrado, estaba a punto de volver a dejar el tomo en su lugar cuando se dio cuenta de que había unas leves marcas en los márgenes. Se puso en pie y acercó el libro un poco más a la luz que pendía sobre su cabeza. Había dos nombres rodeados con unos círculos dibujados a lapicero que apenas eran visibles a menos que la luz incidiera en el punto exacto: Northbridge Management Group y Cedar Creek Solutions, LLC.

Ambas empresas habían donado cantidades considerables para la campaña de Lyons: siete mil quinientos y diez mil dólares respectivamente. Aquellos nombres no le decían nada, pero para alguien sí tenían algún tipo de importancia. La suficiente como para hacer una nota que pudiera encontrar otra persona.

Se giró hacia Elizabeth:

—¿Sería posible que me llevara este tomo durante varios días?

La mujer señaló otro cartel que estaba a su lado.

—Todos los materiales del archivo deben permanecer en la biblioteca. —Will asintió con la cabeza. Era de esperar. La mujer se levantó de su asiento, se puso un par de guantes y se acercó a él con una hoja de papel y un sello—. Llevamos un registro de circulación para control interno, así que tengo que sellarlo.

Le dio la vuelta al tomo con cuidado, anotó el título y, junto a él, selló la fecha de aquel día. Mientras escribía su nombre con letra pulcra junto a ella, Will echó un vistazo por encima de su hombro a la lista de usuarios que habían consultado el libro con anterioridad.

El nombre que aparecía sobre el suyo, inscrito con fecha de dos semanas antes del Daffodil Jubilee, era el de Eleanor Langford.

Justo en ese momento empezó a sonarle el teléfono, lo que hizo que el corazón le diera un vuelco en el pecho. Se apresuró a

responder y presionó el lateral a través de los vaqueros para quitarle el sonido. La bibliotecaria lo miró con desagrado.

Se llevó el aparato al oído.

—Hola. Estoy en la biblioteca. ¿Qué ocurre?

Jesse respondió:

—¿En la biblioteca? No sabía que supieras leer.

Will echó un vistazo por encima del hombro. Elizabeth lo estaba fulminando con una mirada tan ardiente como un millar de soles.

—Nada de teléfonos —gesticuló con los labios.

—¿Qué ocurre, colega? Estás a punto de hacer que me asesinen —gruñó mientras se encogía aún más en su asiento.

—¿Podríamos vernos en Redfern a las ocho? Tengo noticias.

—No puedo. Tengo a Angel —le recordó Will. Le daba envidia que sus amigos solteros y sin hijos pudieran ir donde quisieran sin pensárselo dos veces. Echaba de menos ese tipo de vida despreocupada, pero no cambiaría a su hija por nada del mundo, incluyendo las copas baratas de aquella taberna.

—Llévala a mi casa. Estoy seguro de que a Nia le encantaría hacer de canguro —le ofreció Jesse.

Will chasqueó los labios.

—¿Sabe Nia que le estás endosando algo así?

—Esta noche va a echarme de casa —respondió su amigo—. Al parecer, se trata de un asunto ultrasecreto para la boda. Morg estará con ella, así que pueden convertirlo en una noche de chicas.

Will se puso en pie, se quitó los guantes con cuidado y miró la hora en el reloj. Era poco después de mediodía y tenía que prepararse para su primer cliente.

—Si a ella le parece bien, estupendo. De lo contrario, tal vez tengamos que dejarlo para otra ocasión.

Se produjo un breve silencio y, entonces, Will oyó un zumbido al otro lado de la línea.

—Me ha contestado con un mensaje escrito en mayúsculas —dijo Jesse—. Creo que está más emocionada de lo que va a estarlo tu hija.

—Acabaré con mi último cliente justo antes de que Angel salga de clase. ¿Nos vemos en tu casa en torno a las cinco?

—¡Caballero! —Elizabeth tenía las cejas fruncidas a causa de la frustración, harta de Will.

Él salió corriendo del archivo antes de acabar siendo la siguiente persona en morir en Cinnamon Falls.

Capítulo 12
Morgan

Morgan apenas podía mantener la concentración. Entre la discusión con su madre, la aparición de Cameron y el hecho de que Will le hubiese pedido una cita, la cabeza le daba vueltas. Ni siquiera se había tomado la segunda taza de café y casi era mediodía. Tendría que estar poniendo nota a los deberes de sus alumnos mientras disfrutaba de un poco de calma durante el recreo. Frente a ella tenía una pila de papeles, listos para recibir alguna anotación de su bolígrafo rojo de confianza o una estrella dorada y resplandeciente.

De vez en cuando, los gritos de sus alumnos se filtraban a través de la ventana abierta que tenía junto a ella, lo que la sacaba de sus pensamientos, que parecían regresar a Will cada pocos minutos, reproduciendo en bucle la conversación que habían mantenido por la mañana.

¿Una cita? ¿Con Will? En plan… ¿a solas? ¿Ellos dos? No podía imaginárselo. Necesitaba que alguien cuerdo la aconsejara, así que sacó el teléfono móvil para mandarle un mensaje a Nia.

M: ¿Vamos a Redfern Tavern esta tarde?

Nia le contestó casi de inmediato.

N: Vamos a escoger mi segundo vestido, ¿no te acuerdas?

El teléfono volvió a vibrar cuando recibió otro mensaje.

N: Además, le he prometido a Will que cuidaríamos de Angel.

Morgan estuvo a punto de salir disparada de su asiento cuando oyó que llamaban a la puerta del aula. El teléfono se le escapó de las manos y repiqueteó sobre el escritorio. Cuando alzó la vista, se encontró con la señorita Shanice, la otra profesora de primer curso, que mostraba una sonrisa de preocupación.

Shanice Brooks era una profesora joven, recién salida de la universidad, con grandes sueños y una melena aún más abultada. Morgan llevaba evitándola desde que al comienzo del curso escolar había sugerido que impartiera una sesión formativa sobre gestión del aula para todo el colegio.

No era ningún secreto que Morgan estaba a cargo de la clase más disciplinada de la Escuela Primaria Morningstar. A pesar de que, para todos los demás, tan solo se debía a que «no es más que primero», ella sabía que existía esa diferencia. Tenía el historial que demostraba que, más adelante, los alumnos que salían de su clase siempre destacaban.

Era consciente de que todavía le quedaba un largo camino por recorrer en el sistema educativo, pero, en el fondo, sabía que enseñar a niños era su vocación. Nunca había estado tan segura de nada y no iba a permitir que los comentarios de su madre la hicieran dudar de ello.

—Toc, toc —dijo Shanice desde el otro lado de la ventanilla rectangular que había sobre la manilla de la puerta.

Morgan echó un vistazo al reloj de la pared del fondo. Llegaba tarde. Salió corriendo y se encontró con un pasillo repleto de niños de primer curso que la estaban mirando.

—¿No te has olvidado de algo? —preguntó la otra profesora mientras señalaba la manada de pequeños recién llegados del recreo con una pátina de sudor sobre la cara y tierra manchándoles la ropa y apelmazándoles el pelo.

—Mierda —dijo ella en voz baja.

En todos los años que llevaba enseñando, jamás se había olvidado de ir a recoger a su clase. Con una sonrisa forzada en el rostro, buscó mentalmente una excusa, pero sabía que sus alumnos eran demasiado listos para cualquier cosa que se le pudiera ocurrir. La perfecta señorita Morgan se preparó para recibir una buena regañina.

—¡Señorita Morgan, se ha olvidado de nosotros! —la acusó una vocecita procedente del fondo de la fila.

La cháchara prosiguió sin pausa. La mejor manera de empezar a dirigirse a una marabunta de humanos diminutos y revoltosos era disculpándose.

—Lo siento, chicos, no he… —comenzó a decir.

Ellos no aceptaron aquella ofrenda de paz. Le arrojaron preguntas y acusaciones más rápido de lo que podía responderlas.

—¡Estábamos quemándonos ahí fuera!

Entonces llegaron las peticiones, que no tardaron en convertirse en exigencias.

—¡Necesito agua!

—¡Tengo tanta sed que podría morirme!

—¿Y cómo podrías hablar si estuvieras muerta?

—¡No digas «muerta»!

—¡Mi mamá dice que es una palabra fea!

Morgan se sentía como si tuviera pelotas de tenis rebotándole dentro de la cabeza. Las voces de los niños se estaban transformando en la discusión con su madre. El grito del sábado por la noche le atravesó el cerebro y todo ello se fusionó en una sola voz que repetía como un eco: «¡Es todo culpa tuya!».

El corazón le palpitaba contra los oídos y sintió una presión que le crecía en el pecho hasta que juntó las manos con una palmada

atronadora que silenció aquel caos de inmediato, tanto en su interior como en el exterior.

—Si podéis oírme, dad una palmada —ordenó mientras soltaba aire entre dientes.

Resonó una sola palmada.

—Si podéis oírme, dad dos palmadas —pidió de nuevo.

En esa ocasión, los niños aplaudieron dos veces. Entonces, con voz calmada, Morgan dijo:

—Labios sellados y manos a la cadera.

En silencio, los niños se posaron un dedo sobre los labios, se llevaron la otra mano a la cadera y se regañaron los unos a los otros hasta que formaron una fila recta.

Los alumnos de la señorita Shanice se quedaron mirándolos fijamente, maravillados.

Por encima del hombro, Morgan señaló en dirección al aula.

—Adentro —les dijo.

De uno en uno, en fila, fueron entrando en la clase. Se oyó el ruido de las sillas arañando las baldosas conforme los niños fueron ocupando sus asientos habituales. Después, esperaron a que les dieran más indicaciones.

—Gracias, Shanice —dijo Morgan mientras se giraba hacia la otra profesora, que estaba boquiabierta—. Te pido disculpas por llegar tarde. No estaba pendiente de la hora. No ocurrirá de nuevo.

Mostrando todos los dientes, la mujer le devolvió una sonrisa con aire de disculpa.

—De verdad, no hay problema. Nos encanta estar con los de la clase A.

Shanice abrió la puerta del aula y sus alumnos entraron en tropel mientras un aluvión de gritos de felicidad resonaba por el pasillo. Cerró la puerta tras los pequeños y se acercó a ella.

Morgan hizo lo mismo, no sin antes lanzarles a sus estudiantes una mirada severa. Shanice frotó sus manos arregladas, mientras pasaba la vista por el suelo, buscando qué decir, y Morgan supo lo que se avecinaba.

—Eh… Me he enterado de lo que ha ocurrido en la pensión. Me sorprende que hayas vuelto al trabajo. Todos creíamos que te tomarías unos días libres y que yo tendría que encargarme de ambas clases durante un tiempo, pero la señora Alston nos ha dicho que no has pedido sustitución…

«¿Todos?», se preguntó Morgan. ¿Acaso el claustro entero se había reunido en la sala de descanso para cuchichear a sus espaldas?

—Shanice, estoy bien, de verdad. —No estaba segura de a quién estaba intentando convencer, si a su compañera o a sí misma—. No es para tanto.

La otra mujer le apoyó una mano en el hombro con suavidad. Ella bajó la vista hacia sus uñas perfectas de forma ovalada y con manicura francesa.

—Me apuesto algo a que para tus padres sí es para tanto.

Morgan retrocedió y le apartó la mano de golpe.

—No menciones a mis padres —le advirtió con una furia que no había sido consciente de albergar. En aquel momento, sus padres eran un tema sensible, un moratón demasiado inflamado.

—No pretendía ser insensible, tan solo quiero ayudar. Sé que debe de ser difícil lidiar con esto. Ve a estar con tu familia. El trabajo puede esperar.

Morgan volvió a mirar a sus alumnos a través de la ventanilla y pensó en los comentarios de su madre: «Los colores primarios y los sonidos de los animales». Entonces pensó en los objetivos de desarrollo que estaba a punto de superar. No podía parar en ese momento bajo ningún concepto. Si tenía que renunciar a alguna cosa en su vida, no iba a ser a esos niños. Además, le vendría bien tener esa distracción, algo a lo que aferrarse, porque el resto de su mundo se estaba desmoronando.

—No, no puede esperar —contestó antes de volver a entrar en el aula.



A la hora de la salida, Morgan no fue capaz de pasar frente a la oficina principal sin que le bloqueara el paso un obstáculo cubierto de pedrería con la forma de la señora Alston, la ayudante de administración de la escuela.

—El director Alien quiere verte, cielo —dijo con las manos extendidas, ofreciéndose a guardarle sus posesiones con una sonrisa cálida pero de lástima.

Morgan titubeó.

—¿Ahora mismo? —Echó un vistazo a su pulsera de actividad—. Tengo diez minutos antes de que la fila para recoger a los niños empiece a dar la vuelta a la esquina. Si puede esperar…

Por encima de la montura de las gafas, la señora Alston le dedicó una mirada firme que hizo que supiera que aquel asunto ni podía ni iba a esperar.

—Vamos —le dijo la mujer mientras le indicaba con un gesto que pasara a la oficina principal.

Morgan suspiró y le entregó sus cosas.

En una vida pasada, aquella mujer debía de haber sido una sargento instructora. No dejaba que nadie vagueara, ya fueran alumnos, profesores o padres. Usaba un perfume de lavanda tan fuerte que podría tener su propio código postal. Aquel día llevaba las uñas pintadas de un verde lima deslumbrante que hizo que Morgan se preguntara en qué consistiría su vida después del trabajo. Había oído que se pasaba las noches y los fines de semana en el casino de Asheville, pero jamás se atrevería a decirlo en voz alta.

La oficina principal era un lugar sumido en el caos. Los teléfonos estaban sonando a un volumen ensordecedor, pero nadie los contestaba. En el aire reinaba el zumbido de la fotocopiadora vieja que había en un rincón. Las paredes estaban cubiertas de carteles de cartulina sobre la temporada de la gripe, las reuniones del AMPA y los horarios de comida. Al borde de un mostrador había un tarro de

cristal tentador repleto de piruletas: una forma de sobornar a los visitantes que se comportaran bien. A juzgar por la capa de polvo que estaba acumulando encima, hacía tiempo que no se daban muchas.

El señor Wallace, el profesor de Matemáticas de cuarto curso, estaba cerca de la fotocopiadora, esperando a que terminara de imprimirse lo que necesitaba. Le dedicó un gesto seco con la cabeza antes de encogerse de hombros. Si sabía algo sobre su reunión inesperada, no iba a compartirlo con ella.

Siguió a la señora Alston mientras esta se abría paso como una general experimentada entre un mar de cachivaches. Tras pasar por delante de los dos cubículos de secretaría, la mujer llamó con cuidado a la puerta cerrada que se encontraba tras ellos. No esperó a que le dieran permiso para pasar.

Cuando Morgan entró al despacho, el director Alien estaba en medio de una llamada telefónica. El hombre señaló el sillón de cuero con botones que se encontraba frente a su mesa. La señora Alston salió de la estancia y Morgan se sentó con las rodillas rígidas y el corazón acelerándose más con cada segundo que pasaba.

Mientras esperaba, repasó todas las posibles infracciones dignas de despido que había cometido en los últimos años. ¿Se habría chivado alguno de sus alumnos sobre su interpretación sarcástica de *La pequeña oruga glotona*? Siendo sinceros, ¿cómo era posible que ese bichillo comiera tanto? ¿O se trataba de la vez que había calentado sus sobras de salmón en la sala de descanso del profesorado? El llamado «escándalo de la pescadería» había durado tres semanas sin que nadie confesara el crimen, que seguía sin resolverse. Morgan pensaba llevárselo a la tumba.

Bajó la vista hacia la carpeta de papel manila que el director tenía sobre el escritorio. En la etiqueta podía leerse su nombre con letras mecanografiadas. El documento era grueso, más o menos la mitad de la largura de su dedo índice. Tener una carpeta tan grande tras seis años de enseñanza no podía ser algo bueno.

El director Alien puso fin a la llamada y colgó el auricular con un

chasquido suave. Incluso sentado en su sillón orejero, lucía su amplia constitución gracias a los hombros. Se pasó las manos por la barba muy corta que, en los últimos tiempos, mostraba más canas que pelo oscuro. Su mirada, normalmente amable, estaba ensombrecida por algo más profundo. Morgan se preparó para las malas noticias mientras él se quitaba las gafas y se quedaba mirándola largo y tendido.

—Gracias por pasarte por aquí. —El hombre cruzó las manos sobre la carpeta. Cuando prosiguió, la sonrisa no le llegó a los ojos —. Sé que la hora de salida es una locura, así que voy a ser breve. —Morgan sintió un nudo en el estómago y lamentó haber engullido la ensalada de gambas que había comido—. Esta mañana he visto la rueda de prensa de la jefa de policía Raines. No tenía ni idea de que tu familia estuviese tan involucrada en lo ocurrido.

Todo el mundo lo sabía, incluido su jefe. Su temperatura interna aumentó con rapidez y se agarró con fuerza al reposabrazos.

—Ha sido duro —masculló tras despegar la lengua del paladar.

—Lo cierto es que no puedo imaginármelo —dijo él con tono amable—. Y no voy a fingir que sí puedo. Pero quiero que sepas que este colegio, tus compañeros…, todos nos preocupamos por ti. Por eso te pido que te tomes libre el resto de la semana…

—¿Es por el asunto del recreo? Porque ya le he explicado a Shanice que…

Él alzó una mano.

—No se trata de Shanice, aunque ha estado insistiéndome para que te obligue a tomarte unos días libres. Has sido una piedra angular para esta escuela, Morgan, pero, ahora mismo, no tienes que hacerte la heroína.

—No he dejado por escrito ninguna programación para un posible sustituto —replicó ella con tono débil mientras enumeraba sus diferentes pensamientos con los dedos—. Es el primer día tras las vacaciones. Tenemos que hacer un repaso antes de continuar con…

—Nosotros nos encargaremos de todo —le aseguró él con una

leve sonrisa—. Márchate para estar con tu familia.

Morgan negó con la cabeza.

—Los niños necesitan organización. Si no estoy ahí… —Antes de que se diera cuenta, los ojos se le llenaron de lágrimas—. No pue… no puedo marcharme sin más —tartamudeó. La fuerte emoción que le estaba creciendo en el pecho la tomó desprevenida.

El último lugar en el que quería estar era el Daffodil Inn.

El director Alien frunció los labios y le tendió un pañuelo de papel.

—Eres una de las mejores profesoras de Morningstar. Acudes todos los días, estás totalmente presente y preparada. Eso es lo que hace que seas increíble en tu trabajo. Pero lo cierto es que no puedes cuidar de los demás si antes no cuidas de ti misma. Tienes demasiadas cosas entre manos y queremos ayudarte para que puedas ser la mejor versión de ti misma. —Tomó la carpeta que tenía enfrente—. Aquí tengo seis años de recomendaciones y cartas tanto de padres como de alumnos.

El hombre abrió la carpeta. En la parte superior había una cartulina con un dibujo del planeta Tierra. Morgan reconoció de inmediato la representación que Angel había hecho de ella en la cima del mundo. Sobre su cabeza podían leerse las palabras: «La mejor profesora del mundo».

La presión que había sentido en el pecho se desbordó y la presa que había construido para contener sus sentimientos se quebró al fin. La carpeta no estaba llena de quejas por escrito o advertencias: eran todo elogios. Aun así, que le dijeran que tomara un poco de distancia era como recibir un puñetazo en la tripa.

Mientras lloriqueaba sobre el escritorio, el director Alien mantuvo un tono de voz calmado y cálido. Le tendió la caja de pañuelos de papel.

—Tómate un tiempo. Nosotros nos encargaremos de todo.

Morgan se tragó el nudo que tenía en la garganta y asintió.

—Gracias por no despedirme.

—Ni se me ocurriría. Nos vemos la semana que viene a primera

hora, señorita Morgan.

Ella le estrechó la mano que le tendía, le dedicó una sonrisa forzada y salió de allí.

En la oficina principal, el señor Wallace estaba intentando desatascar la fotocopiadora mientras miraba con frenesí el reloj de la pared. Cuando pasó a su lado, se incorporó y le dedicó la misma sonrisa de lástima que le había dedicado la señora Alston.

Sus pertenencias la esperaban en el escritorio de la secretaria.

—Te he metido una botella de agua —dijo la mujer mientras le daba una palmadita a su bolsa del almuerzo—. Parecía como si estuvieras a punto de desmayarte.

Morgan se rio con suavidad.

—Gracias.

La señora Alston le hizo un gesto para que se fuera.

—Vete ya, antes de que te vean los niños.

Mientras atravesaba el aparcamiento, se dio cuenta de lo extraño e ilegal que le parecía marcharse del colegio antes de que lo hubieran hecho todos los autobuses. A pesar de que le habían dado permiso, era como si estuviera haciendo pellas. El viaje en coche hasta el Daffodil Inn era corto, pero jamás se había sentido tan lejos de casa.



Aquella tarde, Morgan llegó a casa de Jesse y Nia con su archivador de dama de honor y dos botellas de vino. Antes de que pudiera subir los espaciosos escalones de cemento, su amiga abrió la puerta de par en par.

—Por favor, dime que traes alcohol.

Ella le mostró una bolsa de plástico que contenía dos botellas nuevecitas de *pinot noir*. Aliviada, Nia dio un paso atrás para dejar que entrara.

Morgan se dio cuenta de inmediato de que, desde la última vez

que habían estado allí todos juntos para celebrar el compromiso de la pareja, Jesse había redecorado. Había reemplazado los sofás de cuero castaño que la madre de Jesse denominaba «mobiliario de fraternidad universitaria» por un sofá modular gris suave con botones que hacía que el salón pareciera más elegante.

Las fotografías de Jesse que antes adornaban la repisa de la chimenea también habían desaparecido y habían sido sustituidas por imágenes de Nia y él en diferentes destinos vacacionales, sonriendo de oreja a oreja con el amor danzando en los ojos de ambos. En las fotografías también aparecían los padres de él, recorriendo lugares de todo el mundo con las manos entrelazadas. Había una de la graduación de Niles. En otra, Morgan se reconoció a sí misma, tomada del brazo de Nia durante la reinauguración de The Cinnamon Scoop. El amor emanaba de cada rincón de aquella casa. Intentó no vomitar.

—Ambas botellas son para mí —anunció—. Te dejaré dar un trago si me lo pides amablemente.

Jesse, que estaba en el sofá, soltó una carcajada. Morgan lo saludó con una colleja. Él se llevó una mano a la zona con gesto de ofensa fingida mientras ambos se echaban a reír.

—Así que ha sido un mal día, ¿eh? —le preguntó Nia mientras ella sacaba las cosas en la cocina.

—Ni te lo imaginas —masculló mientras negaba con la cabeza.

Antes de que pudiera desahogarse de sus penas con su mejor amiga, Jesse las interrumpió y dijo:

—Disfruten mucho, señoritas. Yo me retiro a mi guarida.

—Lo tienes bien amaestrado —comentó Morgan con una mano en la cadera—. Me gustan los hombres que saben que tienen que marcharse cuando están hablando los adultos. —Jesse puso los ojos en blanco y ella levantó un dedo—. No tan rápido, señor agente.

Él gruñó.

—Pensaba que iba a irme de rositas…

—¿Cuáles son los últimos avances en la investigación? Desde que Chambers vino a recoger las cosas de Eleanor, no hemos sabido

absolutamente nada. ¿Y qué ha pasado esta mañana con Cameron?

—Un momento… ¿Quién es Cameron? —preguntó Nia, que estaba de puntillas, rebuscando copas de vino en un armario.

—Mira, Morg, es complicado. La verdad es que no puedo hablar de…

Morgan lo interrumpió con un gesto desdeñoso de la mano.

—A estas alturas todo el mundo ha visto las noticias. ¿Qué debería decirle a mi familia? ¿A qué vamos a tener que enfrentarnos? Tienes que contarme algo, Jay.

Jesse miró a Nia antes de responder y ambos mantuvieron un intercambio con lenguaje no verbal. Morgan se apoyó los puños en las caderas.

—¿Ahora se las da de policía conmigo?

Los miró a ambos. Los consideraba sus mejores amigos. ¿Acaso Jesse quería mantenerla al margen de aquello? Ella también merecía saberlo.

—Te prometo que, en cuanto sepa algo, serás la primera en enterarte. Por ahora tómatelo con calma, ¿vale? Mantente alejada de internet. De todos modos, son todo mentiras. Lo solucionaremos, ¿de acuerdo?

Morgan entrecerró los ojos y pasó el dedo entre ambos.

—Lo habéis practicado, ¿verdad?

—Claro que no —contestó Jesse, resoplando.

En cuanto ella se giró hacia Nia, el policía se escabulló por la puerta lateral y se perdió de vista. En el garaje tenía una butaca reclinable propia de un chico de fraternidad, una televisión tan grande como la pared y su posesión más preciada después de su prometida: su Cap rice del 87. Harvey Briggs se lo había regalado por haber demostrado que era inocente del asesinato de Rosie. El único coche igual en todo Cinnamon Falls era propiedad de Grace Whitfield. Aquello le recordó algo: no iba a olvidarse de contarle a su mejor amiga que, el sábado por la noche, la forense había actuado de un modo demasiado amistoso con Jesse.

Nia abrió el vino a duras penas y sirvió una cantidad generosa

para ambas.

—No creas que no sé cuándo me están sobornando con vino tinto para que me calle —comentó ella.

Sacó el archivador y se acomodó en una de las sillas de la mesa de la cocina. Extendió algunas paletas de colores, diferentes centros de mesa y varias opciones de vestidos.

Se giró hacia su amiga y entrechocaron las copas. El alegre tintineo le levantó el ánimo de inmediato.

—¡Vamos a ponernos manos a la obra!

Nia apartó las muestras.

—No hasta que no me hayas contado lo que ha ocurrido hoy. ¿Quién es el tal Cameron?

—El sobrino de Eleanor. Ha venido a la pensión esta mañana. En torno a las seis. ¡Y es guapísimo! Una melena espectacular, hombros anchos, dientes perfectos, unos ojos azules y brillantes para morirse… ¡Angie y yo hemos estado a punto de pelearnos por ver quién se quedaría con él!

—Espera… ¿Dices que ha aparecido sin previo aviso a las seis de la mañana? —le preguntó Nia con una ceja arqueada por el escepticismo.

—¡Su puñetera tía murió hace apenas dos días! —respondió Morgan—. Si se tratara de Marjorie o Walter, saldrías pitando para ir a buscar a tus padres.

Su amiga asintió.

—En eso tienes razón. ¿De dónde ha salido?

Morgan se encogió de hombros.

—No lo sé; no le he preguntado. Lo he llevado a comisaría directamente.

Nia arqueó las cejas todavía más.

—¿Tú, la persona más suspicaz que conozco, no ha preguntado de dónde venía el apuesto desconocido de dientes perfectos?

—Parecía conmocionado. Tan solo quería ser de ayuda, no pretendía meterme en sus pantalones.

—¿Y por qué no? —preguntó su amiga con voz chillona—.

¿Cuándo fue la última vez que disfrutaste de un poco de acción?

—¡Baja la voz! —La mandó callar ella—. Necesito que los padres de Jesse sigan pensando que, entre nosotras dos, la buena e inocente soy yo.

—Están de crucero en las Bermudas —contestó Nia con un gesto desdeñoso de la mano—. No volverán hasta dentro de dos semanas.

—Desde que os comprometisteis, no han vuelto a pisar esta casa —comentó Morgan, riéndose, mientras daba un golpe en la mesa.

—Estaban ansiosos por deshacerse de él —replicó su amiga con una carcajada—. ¿Y qué opina Will del tal Cameron?

La simple mención de su nombre hizo que se le encendiera la piel. O tal vez se le estuviese subiendo el vino a la cabeza. No estaba segura. Apoyó las manos con fuerza en los laterales de la mesa.

—Me ha pedido que salgamos juntos. En plan… una cita auténtica —admitió con la mirada agachada para no tener que ver el gesto bobalicón de Nia, que soltó un gritito teatral y estuvo a punto de volcar la silla.

Mientras se erguía, el vino casi se le derrama de la copa.

—¡Por fin! ¡Ya era hora, amiga! Ya verás cuando se lo cuente a Jesse… Me debe cincuenta dólares y ¡quiero el dinero en efectivo en mis manos esta misma noche!

—¿Habéis estado apostando a nuestra costa? —le preguntó ella, incrédula.

—Era una apuesta amistosa —le aclaró Nia—. Yo aposté a que Will te lo pediría antes del Fall Fest y ¡he ganado por goleada!

—Sois patéticos —dijo con un bufido.

—No te pongas así. —Su amiga le hincó el dedo en el costado—. Sabía que no podría resistirse cuando te viera con ese vestido en el Baile de los Pétalos y las Promesas.

Morgan no fue capaz de ocultar su sonrojo.

—No empieces a hacer planes de boda. Lo más probable es que tan solo esté siendo amable.

—Dime que no piensas eso de verdad. —Nia se serenó y adoptó

un gesto serio. Morgan no tenía agallas de decir en voz alta lo que había estado temiendo. Su amiga le tomó la mano entre las suyas—. ¡Eres preciosa, Morg! Eres muy inteligente y, además, la persona más divertida que conozco. En serio. Tienes un corazón sincero… ¡Eres una auténtica joya! Will es capaz de ver lo que vemos todos y por eso te ha pedido una cita. Te puedo asegurar que no es solo porque sea un tipo educado.

Morgan no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas. Ojalá aquello fuese cierto.

—Es solo que a veces me siento como si siempre fuese el segundo plato, el personaje secundario, la amiga graciosa, la ayudante…

—Ya no —la interrumpió Nia. Acercó su silla a la de su amiga y le enjugó la lágrima que le estaba corriendo por la mejilla—. Ahora la historia es tuya.



El timbre resonó por toda la casa, lo que las arrancó del debate que estaban manteniendo sobre escotes en forma de corazón. Nia aseguraba que tenía los hombros anchos y que quería algo que le cubriera los brazos. Morgan no comprendía por qué quería ponerse una camiseta de manga larga como vestido para el banquete en el que se suponía que iba a ser el mejor día de su vida. Por suerte, con su beneplácito, su amiga había acabado escogiendo algunas opciones mejores y había pedido cita al día siguiente en The Velvet Fox para probarse algunos vestidos más adecuados.

—Ya voy yo —dijo Morgan mientras atravesaba el salón para abrir la puerta.

Allí se encontró con Will y Angel, que llevaba un cuaderno de dibujo en una mano y un Shirley Temple de vainilla en la otra.

—¡Nia! —Angel pasó corriendo junto a Morgan en dirección a la cocina—. Tu hermano nunca me prepara la bebida como tú. No le

pone suficiente cereza —dijo con un puchero mientras le tendía el vaso de plástico para que lo inspeccionara. La niña estaba en lo cierto. La bebida, que de normal adquiría un color rojo cereza oscuro, estaba de un mísero tono rosa.

Nia chasqueó la lengua.

—No es tan listo como nosotras. Veré qué tiene por aquí el tío Jesse.

—Solo he venido a dejarla —comentó Will mientras le tendía dos bolsas de papel grasientas—. No sabía si habríais comido algo, así que, de camino, he pedido dos hamburguesas en The Golden Grille. —Le tendió a Morgan ambos paquetes—. Esta noche Jesse va a arrastrarme a Redfern Tavern, así que reza por mí.

—La última vez que estuvimos allí, estuve a punto de agarrar una infección por estafilococos —dijo Nia mientras se acercaba para darle un abrazo—. Gracias por la cena. Tu amigo está en su cueva —añadió mientras señalaba la puerta lateral.

—Gracias —consiguió decir Morgan al fin. Le sudaban tanto las manos que daba gracias de que no se le cayeran las bolsas al suelo.

Jesse salió del garaje.

—Me ha parecido detectar un poco de testosterona por aquí —bromeó mientras saludaba a Will con un apretón de manos seguido de un abrazo amistoso—. ¿Estás listo?

El otro hombre asintió y se giró para marcharse.

—¡Adiós, melocotoncito! —dijo por encima del hombro.

Desde la cocina, Angel puso los ojos en blanco. Morgan fingió no ver el momento en el que Jesse sacaba algo de dinero de la cartera y se lo ponía a su prometida en la mano antes de marcharse. Después, le dio un beso en los labios y salió detrás de Will.

Morgan sacó los recipientes de la comida de las bolsas y los repartió entre todas.

Angel abrió el cuaderno de dibujo y le dio la vuelta para que ella pudiera verlo.

—Hoy he dibujado esto en el colegio.

—¿En clase o durante el recreo? —le preguntó Morgan, usando

su voz de profesora.

La niña alzó el dedo índice en el aire.

—Me acojo a la quinta enmienda —respondió.

Morgan se giró un poco para poder ver mejor el dibujo y reconoció el lugar de inmediato. Era una perspectiva aérea del patio trasero del Daffodil Inn: el laberinto de setos, los narcisos e incluso el río. Dentro del laberinto había dos figuras: una mujer y una niña. Una de ellas era inconfundible: Angel. En cuanto a la otra…

—¿Sois la señora Eleanor y tú?

Angel asintió con solemnidad.

—Me dijo que siempre podría encontrarla donde se ocultan las cosas.

Parecía como si hubieran extraído todo el oxígeno de la habitación. Nia y Morgan intercambiaron una mirada de inquietud y algo implícito quedó pendido del aire.

—¿Se trata de uno de esos juegos de encontrar un objeto escondido? —preguntó Nia mientras sostenía el cuaderno a contraluz y giraba la cabeza de un lado a otro, intentando aliviar la tensión del ambiente.

A Angel no le pareció gracioso.

—Da igual —dijo con tono taciturno. Tras bajarse de la silla de un salto, se dirigió hacia la salita de estar y encendió la televisión—. Tía Nia, ¿puedes buscarme la serie de detectives que ve el abuelo? —preguntó—. *Andrew Guy, investigador privado*.

—Claro, cielo —contestó ella.

Morgan sacó una foto del dibujo, cerró el cuaderno y se la envió a Will con un mensaje de texto.

M: La última obra de arte de Angel. Ha mencionado encontrar a Eleanor donde se ocultan las cosas. ¿Sabes a qué se refiere?

W: Ni idea. Veré si puedo sonsacárselo.

M: ¿Me contarás lo que descubras? Suena un poco críptico….

W: ¿Deberíamos volver? ¿Se encuentra bien?

Morgan echó un vistazo a la pequeña, que le estaba ordenando a Nia que subiera el volumen de la televisión. En la pantalla, un hombre mayor con gabardina asomaba la cabeza por una esquina y se llevaba una lupa al ojo antes de que la pantalla se fundiera en negro.

Morgan respondió:

M: Parece estar bien. Está viendo *Andrew Guy*.

W: Bien. Se estará quieta el resto de la velada.
Gracias por cuidar de mi melocotoncito
esta noche. Volveremos pronto.

M: Nos vemos entonces.

Capítulo 13
Will

Will había estado en Redfern Tavern con Jesse en una única ocasión. No era su lugar preferido ni para comer ni para beber, ya que el sitio era una pocilga. Valoraba poder disfrutar de una hora feliz barata como cualquiera, pero ponía el límite en las moscas de la fruta y las barras pegajosas.

Entró dispuesto a contener la respiración todo el tiempo que pudiera aguantar, pero Redfern Tavern no olía como Redfern Tavern. Nada más atravesar el umbral de la puerta, frenó en seco y arrugó la nariz ante el aroma a limpiador de limón y a algo ligeramente floral que llegó flotando hasta él. Por norma general, el viejo *pub* olía a humo de cigarrillo, aceite viejo y cerveza aguada. Pero aquella noche casi olía a… —Will olisqueó el aire— fresco.

Ni siquiera parecía el mismo lugar. Los suelos pegajosos y los estantes cubiertos de polvo habían desaparecido. El maltrecho grifo de la cerveza estaba tan pulido que casi estaba desgastado y los reservados que se alineaban en la pared del fondo tenían velas pequeñas titilando en el centro de la mesa. Incluso la vieja gramola del rincón resplandecía como si alguien hubiese limpiado al fin las huellas mugrientas del cristal por primera vez en más de una década.

Le dieron una palmadita en la espalda. Jesse, que estaba detrás

de él, le dedicó una sonrisa y lo condujo hasta dos asientos vacíos que había junto a la barra. Will entrecerró los ojos.

—Esto está demasiado limpio.

—La verdad es que sí —convino su amigo mientras subían las piernas a los taburetes para sentarse. Habían arreglado el cuero agrietado habitual y los asientos incluso parecían más robustos, como si hubiesen cambiado la madera desvencijada.

—¿Nuevos dueños o algo así? —preguntó él mientras volvía a echar un buen vistazo a su alrededor.

De la pared habían colgado una pizarra en la que podían leerse los especiales de la semana. Aquel día, la cerveza de barril estaba a mitad de precio junto con varios cócteles especiales. Incluso disponían de una carta *premium* con licores de primera calidad y algunos aperitivos selectos: alitas de pollo de varios sabores que iban desde suaves basta infernalmente picantes, bocaditos de *pretzel*, patatas fritas caseras con parmesano, pepinillos fritos y nachos.

—¿Sirven comida en este sitio? —preguntó Jesse en voz alta.

—Ahora sí.

Detrás de la barra, la delgada camarera dejó de juguetear con su teléfono móvil y les acercó dos cartas. Will se esforzó mucho por concentrarse en los pendientes que llevaba en los hoyuelos en lugar de en el sujetador *push-up* rosa fucsia del que llevaba prendida la placa identificativa con su nombre: Amber.

—El jefazo quiere probar una carta nueva —les explicó—. Atraer a una clientela diferente. ¿Os interesa alguna cosa? —preguntó, manteniendo la vista fija en Will durante lo que, para su gusto, fue demasiado tiempo.

Ajeno a la situación. Jesse intervino.

—La verdad es que a mí sí. No te lo tomes a mal, pero ¿por qué está tan limpio este sitio?

—No hay problema. No eres el primero en preguntarlo —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Como os he dicho, el jefazo está de visita. Un tipo que se llama Max Greaves. Al parecer, es el dueño de

todos los locales de esta zona comercial y está tomando medidas drásticas para que todos los negocios estén en orden. Rick, mi jefe, nos llamó y nos dijo que nos pagaría las horas extras para que dejáramos el *pub* impecable antes de que llegara Max. Jamás nos había ofrecido algo así, por lo que no pensaba dejar pasar todo ese dinero ni en broma. Frotamos a fondo la cocina, despidió a Benny, el Microondas, que llevaba trabajando ahí atrás toda una eternidad, y ha contratado a un cocinero de verdad.

—Así que un cocinero de verdad, ¿eh? Entonces, ¿qué nos recomiendas? —preguntó Jesse.

—Los nachos están buenos, pero las alitas están aún mejor —comentó ella mientras se inclinaba sobre la barra, dejando su sujetador completamente a la vista. De pronto, Will sintió mucho interés por el color de las paredes.

Se decidió por unas patatas fritas con una cerveza de barril suave y Jesse pidió alitas estilo Buffalo y un cóctel. Tenía la esperanza de que la comida estuviera tan buena como aseguraba Amber, ya que estaba muerto de hambre y era difícil estropear unas patatas fritas.

En cuanto la camarera se alejó para comenzar a servirles las bebidas, Will se giró hacia Jesse.

—¿Y bien? ¿Qué pasa? Me has dicho que tenías novedades.

—Antes, vamos a hablar de las tuyas. He oído que le has pedido una cita a Morgan. —Jesse le dedicó una sonrisa taimada—. Solo has tardado dos años.

—¿Cómo sabes…?

Morgan debía de habérselo contado a Nia. ¿Significaba eso que estaba emocionada por la cita? ¿O nerviosa? Si era sincero consigo mismo, él también lo estaba. Sabía que disfrutarían de una buena conversación y abundantes risas; eso lo daba por sentado. Recordó el baile lento bajo las estrellas del sábado por la noche y lo suave que le había resultado el cuerpo de Morgan contra el suyo. En ese momento, había querido consolarla, pero, echando la vista atrás, ¿podría haberse convertido en algo más? ¿De verdad lo veía como algo más que un amigo?

—Ya sabes que me lo ha contado Nia, colega —admitió Jesse—. Además, me has costado cincuenta pavos —gruñó.

—Te lo tienes merecido —replicó Will, riendo y sacudiendo la cabeza—. Pero volvamos contigo. Cuéntame lo último que sepas sobre Eleanor.

Jesse miró a su alrededor de forma furtiva para escudriñar el local. En términos generales, estaban solos. En uno de los reservados de un rincón alejado del bar había una pareja cómodamente sentada. Al fondo del local, tres mujeres estaban sumidas en su propia conversación, riendo entre copas de vino. Por último, en la mesa más cercana a la ventana, se había sentado un hombre solitario que estaba contemplando la acera con gesto perdido. Nadie les estaba prestando la más mínima atención.

—Supongo que por eso me has arrastrado hasta Redfern Tavern, ¿no?

Jesse asintió mientras Amber les pasaba las bebidas a través de la barra y les dedicaba una sonrisa rápida antes de desaparecer a la otra punta de la barra. Su amigo dio un largo trago y luego se acercó a él.

—En el pueblo había demasiados ojos y demasiados oídos; necesitaba un lugar neutral.

—¿Y bien? —insistió él.

—Esta mañana he tenido un visitante. Cameron Shore, el sobrino de Eleanor.

Will frunció el ceño mientras rememoraba las breves conversaciones que había mantenido con la mujer durante su estancia en la pensión.

—Eleanor nunca me mencionó a ningún familiar —dijo, encogiéndose de hombros—. Me dijo que había perdido a su marido y Angel no dejaba de preguntarme si no podíamos ayudarla a buscarlo. De hecho, fue Clarissa Hargrove la que me contó que también había perdido a una hija. Supuse que por eso le tenía tanto cariño a la mía. —Jesse asintió mientras lo escuchaba—. ¿Y qué ha pasado con el sobrino? —preguntó.

—Morgan lo ha traído a la comisaría esta mañana y…

El cerebro de Will se paró de golpe.

—Un momento… ¿A quién ha llevado Morgan a dónde?

Su amigo le dedicó una sonrisa traviesa.

—Tan solo tengo que mencionar su nombre y ya te conviertes en un sabueso.

Will le dio un puñetazo juguetón en el brazo.

—¡Estoy hablando en serio, colega!

—¡Y yo también! —contestó Jesse con una carcajada mientras se frotaba el brazo. Volvió a reírse antes de dar otro trago a su bebida —. De todos modos, no debería contarte esto, pero, al parecer, apareció por el Daffodil Inn esta mañana, temprano, buscando a su tía. No sabía que la habían… —La voz se le fue apagando. Will apretó la mandíbula al recordar la mirada de Morgan de aquella mañana, que había logrado que pareciera que estaba persiguiendo fantasmas—. Me ha dicho que era de Maryland, que eran familia política y que, cuando no supo nada de ella, decidió venir para ver si se encontraba bien. Pero, más allá de eso, nada útil. Ningún dato sobre su vida más allá de lo que ya sabíamos gracias a los cotilleos del pueblo y los trabajadores de la pensión.

—¿Eso es todo? —le preguntó Will con un tono de voz plano a causa de la incredulidad.

El policía asintió.

—Hemos registrado su casa, hemos investigado su situación financiera y hemos revisado sus registros telefónicos, pero no hemos encontrado nada turbio. No tenemos ningún hilo del que tirar más allá de las típicas disputas tontas entre vecinos. Nash nos ha informado de que, solo el año pasado, recibió más de quince llamadas de Eleanor por los chicos que quedaban en Barkwood Bridge a altas horas de la noche. Solía usar a los agentes que estaban de patrulla como si fuesen sus cuerpos de seguridad personales.

—¿Quince? —repitió Will mientras arqueaba las cejas.

Jesse asintió.

—Principalmente el tal Brewster con esos amigos suyos que tienen coches modificados estilo *lowrider*. Ya sabes cómo son las cosas por aquí: todos los estudiantes de último curso se compran su primer coche antiguo y se dedican a pasearlo de un lado para otro en plena noche. Incluso yo he hecho carreras por Main Street en un par de ocasiones. —Jesse carraspeó—. Antes de conseguir la placa, por supuesto.

Will no podía imaginarse al formal Jesse Shaw rompiendo la ley de ningún modo, pero todo el mundo tenía un pasado. Era consciente de que, si las carreras por Main Street eran la peor parte de su actividad criminal, a su amigo le horrorizaría ver sus antecedentes juveniles.

El policía soltó un suspiro y después se pasó una mano por la cara.

—No consigo hacerme a la idea de que alguien apuñalase a Eleanor, colega. Acercarse a alguien de ese modo… —Se dio un golpe en la palma de la mano con el puño—. Eso es algo personal. ¿Quién podría haber hecho algo así? Estoy… comenzando a pensar que el Cinnamon Falls en el que crecí, que era un lugar seguro, está empezando a desaparecer.

Will se reclinó y pasó los dedos por las gotitas de condensación de su copa.

—Todavía queda gente buena.

—Ahora cuesta saber quién es quién —comentó Jesse en voz baja—. Parece como si todo el mundo fuera sospechoso.

Will volvió a inclinarse hacia delante y miró a su amigo a los ojos.

—En tal caso, tenemos que descubrir la verdad. Le debemos eso.

Jesse asintió, pero la arruga que se le había formado entre las cejas no se desvaneció.

Y, hablando de la verdad…, Will no podía seguir conteniéndose. Tenía que contarle al policía lo que había descubierto en la biblioteca incluso aunque solo fuese una coincidencia; incluso aunque no tuviera relación con la muerte de Eleanor.

—Escucha; hoy he ido a la biblioteca y…

Justo en ese instante, el teléfono de Jesse comenzó a moverse sobre la barra del bar, vibrando con insistencia.

Lo estaba llamando Grace Whitfield. Su amigo alzó un dedo en el aire, se llevó el teléfono a la oreja y contestó con un escueto:

—Agente Shaw.

Will lo observó con detenimiento, tomando nota de cada cambio en su postura corporal. Esperó un instante mientras Jesse hablaba con Grace y soltaba un gruñido cada pocos segundos, aunque no podía saber si era de aprobación o de descontento. El policía frunció el ceño. Se apretó el teléfono todavía más contra la oreja, cerró los ojos un instante y exhaló. Eso no era bueno.

Will sintió un retorcijón en las entrañas.

Jesse se pellizcó el puente de la nariz y soltó un suspiro cargado de frustración.

—Entonces, ¿qué es lo que tenemos entre manos? —preguntó. Se produjo una pausa cuando sus miradas se encontraron y ese fue el momento en el que Will supo que algo iba terriblemente mal—. Está bien —contestó en voz más baja—. Voy a llamar a Chambers para decirle que se reúna conmigo en la morgue. Estoy a unos veinticinco minutos.

Su amigo colgó y se metió el teléfono en los vaqueros. Le hizo un gesto a Amber y le pidió que les pusiera la comida para llevar.

—¿Qué ha ocurrido?

Jesse se tomó un instante demasiado largo para recuperar la compostura. Casi fue como si se estuviera preparando para algo horrible.

—Era Grace. Ha descubierto algo. —Will esperó, pues no quería presionarlo. Cuando el policía volvió a hablar, lo hizo en voz baja—. Acaba de terminar de procesar la ropa que vestía Eleanor la noche que murió. Había un gemelo entre la ropa interior, como si se hubiera caído.

A Will se le aceleró el pulso.

—¿Cómo que un gemelo? Eleanor llevaba un vestido.

—Exacto —contestó Jesse sin mirarlo.

—¿Qué clase de gemelo?

—De oro. Pesado y caro.

Will exhaló con lentitud.

—Así que, quienquiera que hiciera esto… iba vestido para la ocasión.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral, se le puso la piel de gallina y se le erizó el vello conforme su cerebro iba asimilando lo que estaba ocurriendo.

—Alguien perfectamente integrado —gruñó Jesse con los dientes apretados—. En nuestra puñetera cara. Voy a ir allí con Chambers a ver qué podemos descubrir.

Will asintió mientras el pulso se le aceleraba a cada segundo que pasaba. No era necesario que Jesse dijera nada, pues podía interpretar su gesto. Estaba enfadado. El asesino no era un desconocido cualquiera. Era alguien de dentro.

Capítulo 14
Morgan

Martes

La lluvia había parado poco antes del amanecer, pero el cielo todavía parecía tener un tono morado, con un borrón lavanda y gris que se asemejaba a una acuarela abandonada. Morgan abrió la ventana de la habitación Flor Silvestre, lo suficiente para que entrara un poco de aire, con la esperanza de que la brisa barriera el dolor que se le había asentado en el pecho.

No había dormido bien. Se había pasado toda la noche dando vueltas, entrando y saliendo de un sueño superficial y ansioso mientras la voz de Angel la perseguía cada vez que daba la vuelta sobre la almohada: «Me dijo que siempre podría encontrarla donde se ocultan las cosas». Aquellas palabras le resonaban en la cabeza como una cancioncilla infantil.

¿Era una advertencia? ¿Una pista? ¿La imaginación desbocada de una niña? ¿O acaso Eleanor le había confiado algo más a Angel? ¿Qué chantres significaba? No lo sabía, y eso era lo peor de todo… No saberlo.

Todavía podía visualizar la confusión en los ojos de la pequeña cuando ni ella ni Nia habían comprendido aquella frase y el modo en el que había encorvado los hombros como si estuviera avergonzada;

como si hubiera hablado de más y se hubiera arrepentido de inmediato. Después de eso, se había retraído por completo y se había mostrado callada, distante e inaccesible. Ni siquiera habían podido arrancarle una sonrisa al ofrecerle un *sundae* de tres bolas o un refresco de cereza. Le había dado vueltas a la nata hasta que se había convertido en sopa, sin probar bocado.

Will no había exagerado el día anterior al decir que Angel llevaba callada desde el sábado. «Callada» no le parecía la palabra adecuada en absoluto. Era como si la luz le hubiera menguado tras los ojos.

Tras sacar las piernas por el borde de la cama, apoyó las manos sobre las rodillas y se tragó el nudo que se le estaba formando en la garganta.

«¿Y si lo he empeorado? ¿Y si estaba intentando decirme algo importante y yo le he restado importancia?».

Aquella idea le dejó un agujero en el pecho más profundo de lo que había esperado. Los niños cargaban con las cosas de un modo extraño y confuso. Tendría que haberlo sabido; tendría que haberse esforzado más.

Se presionó los ojos con las palmas de las manos. Aquel día sus sentimientos no eran lo más importante; tenía que dejarlos de lado, al menos por el momento. Nia la necesitaba: la cita para probarse vestidos era un par de horas. Sería una breve escapada a un lugar alegre. Se lo debía. Tenía un día ajetreado por delante y no disponía de tiempo para pensamientos vagos y confusos. Aun así, la inquietud persistió en su interior como la neblina matutina.



Para cuando llegó a su apartamento en Juniper Heights, una pequeña comunidad ubicada entre Cinnamon Falls y Asheville, el cielo se había iluminado lo suficiente como para arrojar un resplandor dorado sobre los tejados. Juniper Heights no era gran

cosa: un barrio pequeño que se alzaba en una loma boscosa con calles sinuosas; la clase de lugar en el que las casas estaban apiñadas por necesidad.

El edificio de Morgan se alzaba al fondo de un callejón sin salida flanqueado por arbustos de enebro descuidados. Era un lugar tranquilo, aunque no tanto como Cinnamon Falls. Sin embargo, todavía no había encontrado su propia identidad: los trabajadores jóvenes pasaban por allí antes de marcharse a Asheville y los estudiantes subalquilaban las habitaciones mientras decidían qué hacer con sus vidas. Era el lugar al que Morgan se había mudado tras graduarse de la universidad y, desde entonces, vivía allí.

Sus sandalias resonaron contra el suelo mientras abría la puerta y entraba al interior. El aire estaba estancado, aferrado todavía al tiempo pasado, a antes del Daffodil Jubilee.

Su apartamento era pequeño pero encantador, y cada detalle estaba seleccionado a su gusto o, al menos, al de la persona que había sido antes del sábado por la noche. Cojines en tonos lavanda apilados de forma ordenada sobre un sofá de terciopelo color índigo. Una pared con una galería de citas enmarcadas sobre temas como el vino o los libros y algunas frases graciosas de sus series de televisión favoritas. Junto a la ventana, había un escritorio en el que un arcoíris de bolígrafos alineados como soldados reposaba junto a su agenda y su portátil. Todo era para ella o, más bien, para la versión de sí misma en la que había creído antes del sábado.

En aquel momento todo le parecía extraño, como si hubiera entrado en una sala de exposiciones creada para imitar a Taylor Morgan. Se detuvo en el umbral de la puerta del dormitorio. Su cama seguía sin hacer desde el viernes. La americana que se ponía para trabajar colgaba del respaldo de la silla de su tocador y un par de tacones yacían allí cuando se los había quitado sin miramientos.

Recorrió la habitación a toda velocidad en dirección al armario. Metió un vestido en una bolsa de viaje, un par de tacones con cintas, varios conjuntos más y algunos productos de aseo adicionales.

Miró su reflejo en el espejo y, durante un instante, no reconoció del todo a la mujer que le devolvía la mirada: ojos cansados y labios fruncidos con fuerza por la preocupación. Intentó sonreír, pero el gesto no perduró.

Cerró la bolsa con cremallera, se la colgó del hombro y apagó la luz. Después, salió de su apartamento sin mirar atrás.



The Velvet Fox se encontraba en la esquina entre Rosewood y Maple, justo al lado de Inkwell & Ivory, la tienda de papelería de Delilah Marks, especializada en diarios hechos a mano y tarjetas con flores prensadas. Al otro lado estaba Moonlight's Howl, la herboristería regentada por Rowan Bell.

El exterior de The Velvet Fox era engañoso: precioso ladrillo encalado y un letrero en una vidriera de colores con el logo de un zorro travieso guiñándoles un ojo a los transeúntes. La verdadera magia se encontraba en el interior.

Una campanita de plata que había sobre la puerta tintineó suavemente para anunciar la llegada de Morgan, Nia y su madre, Marjorie.

Lo primero que asaltó a Morgan fue el aroma a agua de rosas. Unos sillones de terciopelo salpicaban la planta abierta, que estaba flanqueada por espejos dorados antiguos que reflejaban una luz suave. Vestidos de todo tipo flotaban como nubes sobre los percheros: algunos eran modernos y elegantes y otros tenían metros y metros de tul y brillos.

En el rincón del fondo se alzaba una plataforma circular rodeada por tres espejos de cuerpo entero. De las vigas a la vista colgaban lámparas de araña de cristal y, en el centro de todo ello, se encontraba Frankie «Fox» Templeton, un hombre ataviado con un traje muy cuidado, que estaba colocando un vestido en un maniquí con la reverencia de un escultor. Era alto y elegante, llevaba el pelo

entrecano peinado hacia atrás y, como si fuera una pulsera, una cinta métrica enrollada en torno a la muñeca. Con la edad se había vuelto aún más atractivo, haciendo honor a su apodo: «el zorro plateado».

—Vaya, vaya —ronroneó sin alzar la vista y con la boca llena de alfileres—, pero si es la famosa novia de Cinnamon Falls que lucha contra el crimen.

Marjorie pasó junto a Nia con orgullo y se apoyó las manos en las caderas estrechas.

—Y, si no hubiera sido por mi niña, el asesinato de Rosie seguiría sin resolver.

Con una sonrisa de medio lado, el hombre al fin se dio la vuelta para mirarlas.

—Ah… Marjorie Bennett, siempre es un placer. Dime: ¿has venido aquí en busca de opinión o a recordarme que me rompiste el corazón en los noventa?

La madre de Nia se echó a reír sin inmutarse.

—Frankie, te lo dije entonces y te lo repito ahora: estoy enamorada de Walter Bennett.

—El chico de los helados —replicó él con gesto inexpresivo.

—Estoy segura de que, a lo largo de todos estos años, te has enamorado de una buena cantidad de mujeres.

El hombre estiró el brazo para tomar la mano de la señora Bennett y le besó el dorso.

—Ninguna tan preciosa como tú.

Nia carraspeó con una sonrisa sarcástica.

—No me he tomado un día libre para esto. Tenemos una cita para probarme vestidos para el banquete, Frankie. Morgan me dijo que apartaría unos cuantos para mí.

Él dirigió la vista hacia Nia para examinarla.

—Preciosa como su madre —masculló mientras la miraba de arriba abajo—. Y peleona.

—Como buena Bennett —respondió Nia con una sonrisa.

Morgan siguió al trío hacia las profundidades del local y se sentó

mientras el propietario preparaba los vestidos para su amiga.

—Por petición de Morgan, te he escogido algunas opciones. —De detrás de una cortina, sacó un perchero con ruedas lleno de vestidos —. Varias prendas retro y otras con cortes más modernos. Sé que a las mujeres Bennett les encanta la tradición.

Marjorie se dirigió a un perchero con vestidos para la madre de la novia.

—¿Y qué hay para mí, Frankie?

—Solo lo mejor para la mejor —contestó él con un ronroneo grave.

Mientras la señora Bennett ocultaba el sonrojo tras las manos, Nia hizo ademán de vomitar.

—Esto es asqueroso.

—Venga ya, ¿cómo crees que has llegado hasta aquí? —dijo Morgan con una carcajada. Entonces, le dio la vuelta a la etiqueta de un traje pantalón blanco con unas franjas de tela de rejilla. Abrió los ojos de par en par—. Deja que siga hablando. Tal vez pueda coquetear con él para que te haga un descuento.



Siete vestidos y tres trajes pantalón más tarde, Nia se decantó al fin por una posible opción y, a pesar de que tenía un escote en forma de corazón, era impresionante. El corpiño era entallado, estilo corsé, y llevaba unas delicadas costuras verticales que esculpían su diminuta figura. El escote era sutil pero pronunciado y le enmarcaba las clavículas. La tela de satén fruncida caía sobre un lado de la cadera y descendía con suavidad hasta el suelo de un modo elegante pero con un ligero toque teatral.

Morgan, que durante un instante se quedó sin palabras, la observó fijamente mientras Frankie la hacía girar frente al espejo. A Marjorie se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Estás… preciosa —dijo a duras penas.

Para rematar el conjunto, el hombre le puso en la cabeza un velo que le caía sobre los hombros desnudos.

—Tienes que elegir este —dijo Morgan sin aliento—. Está hecho para ti.

—Unas cuantas modificaciones aquí… —Frankie pellizcó la tela y colocó un alfiler en la parte fruncida— y quedará perfecto. Podré empezar a arreglarlo la semana que viene.

—Muchas gracias, Frankie —dijo Nia mientras daba vueltas sobre la plataforma, haciendo que la cola se arrastrara por el suelo—. Será perfecto para el día de la boda.

—Lo que haga falta para la hija de Marjorie —contestó el hombre antes de dirigirse hacia la caja registradora.

Nia bajó de la plataforma y desapareció tras la cortina.

—Te ayudo a quitártelo —se ofreció Marjorie.

Morgan llamó la atención del propietario y se acercó a él.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo mientras se inclinaba sobre el mostrador de cristal.

—Por supuesto, cielo. Si se trata de los arreglos, me temo que no puedo adelantarlos más. —Pasó un dedo por la agenda en la que tenía apuntadas las citas—. Tengo varias clientas antes que Nia con las que todavía tengo una…

Morgan bajó la voz.

—Se trata de Eleanor Langford. Sé que era clienta habitual suya. Se alojaba en la pensión cuando…

Frankie se tensó ligeramente; lo suficiente como para que ella se percatara.

—Mmmm —respondió con un suspiro profundo—. Eleanor compró mi primera prenda personalizada. Era una de mis mejores clientas. La echaré mucho de menos; a ella y a esos volantes tan llamativos y de mal gusto. —Le colocó una mano sobre la suya—. He visto todas las críticas que está recibiendo tu familia en internet. La gente debería avergonzarse.

Morgan le dio las gracias en silencio por aquella muestra de compasión. Desde el sábado por la noche no había sido capaz de

volver a entrar en las redes sociales por miedo a lo que pudiera encontrar en sus mensajes directos. Tenía el teléfono en modo «No molestar» de manera constante. El silencio absoluto era mejor opción que discutir en los comentarios con gente que no conocía todos los hechos, y los hechos eran lo importante.

—La última vez que la vio, ¿le pareció que estuviese bien? ¿Le dijo algo extraño?

Frankie titubeó mientras presionaba las manos contra el cristal.

—La semana pasada vino dos veces —admitió—. Lina con la querida Angel. —Se llevó las manos al pecho—. Todo un icono en ciernes. Pero, durante la primera prueba de su vestido para el festival…, parecía agitada y nerviosa. No dejaba de mirar por encima del hombro. Le pregunté si todo iba bien.

—¿Y qué le dijo? —Él alzó la vista para mirarla con gesto inquieto —. No lo voy a meter en problemas —le aseguró ella—. Tan solo estoy intentando averiguar qué le ocurrió realmente.

Frankie miró por encima del hombro mientras las risas de Marjorie y Nia les llegaban flotando desde detrás del mostrador. La mirada se le suavizó.

—Me dijo que creía que la estaban siguiendo.

Un escalofrío se arrastró por la columna de Morgan.

—¿Le dijo quién?

El hombre negó con la cabeza.

—No. —Soltó un suspiro—. Le rogué que acudiese a la Policía, pero pensaba que nadie la creería o que a todo el mundo le daría igual.

Morgan dio un paso atrás.

—¿Por qué pensaría algo así?

Frankie frunció los labios.

—Ya sabes la reputación que tenía. Lo más probable es que hubieran pensado que se lo merecía; que era cosa del karma por todos los encontronazos que había tenido con la gente a lo largo de los años —prosiguió el dueño del local—. Pero, por cómo lo dijo…, parecía tener miedo de verdad. Eleanor era un hueso duro de roer,

pero eso la asustó.

—Gracias, Frankie —respondió Morgan, que se sentía más triste que antes.

Independientemente de lo que la gente pensara de ella, Eleanor no se merecía que la apuñalaran y la dieran por muerta. Al parecer, si quería salvar el negocio de sus padres, tendría que descubrir quién la había matado. Y rápido.



Morgan entró en el camino de acceso de gravilla del Daffodil Inn con la tensión a flor de piel. Aparcó, apagó el motor y apoyó la cabeza contra el volante. No sabía cuántos días podría seguir en la pensión, andando con pies de plomo en torno a su familia mientras los huéspedes pudieran oírlos.

La rueda de prensa de la mañana anterior no había ayudado a mejorar su tensa relación. El Departamento de Policía de Cinnamon Falls había declarado de forma oficial que la muerte de Eleanor había sido un homicidio. Otro asesinato en Cinnamon Falls y, en aquella ocasión, en su propia puerta. ¿Sobrevivirían a aquella situación? No estaba segura y era esa inseguridad la que alimentaba los pensamientos ansiosos que no dejaban de darle vueltas en la cabeza.

Pasó la vista por el exterior del Daffodil Inn: las tejas desgastadas, el porche que rodeaba la casa y el jardín de narcisos que asomaba desde el patio trasero. Tenía el mismo aspecto de siempre: una fotografía congelada en el tiempo.

Cuando se fijó en el coche elegante de lujo que había aparcado junto a la furgoneta de su padre, sintió una presión en el pecho.

Una vez en el interior, apenas había cruzado la puerta principal cuando la recibió el olor a colonia de hombre. Era un aroma único, con una explosión persistente a cítricos y especias cálidas y embriagadoras. Olía a caro, como una de esas tiendas de ropa del

centro comercial de Asheville en las que solo había tres percheros de vaqueros y el zumbido constante de la música flotando hacia el pasillo.

Junto a la isla de la cocina había un hombre desconocido con los brazos extendidos por toda la superficie de la encimera como si fuera el dueño del lugar. Estaba de espaldas a ella, por lo que no podía verle la cara. El gesto de su padre dejaba traslucir que estaba preocupado. Y su madre parecía a punto de disparar rayos láser por los ojos.

El hombre iba ataviado con una camisa de vestir blanca y bien planchada. Debajo de uno de los puños asomaba un Rolex de oro. La chaqueta de su traje gris carbón estaba pulcramente doblada sobre el banco de la isla. Los pantalones a medida le llegaban justo por encima de los mocasines de diseñador. Lucía el lujo con aire despreocupado.

Wesley alzó la vista hacia Morgan y una sonrisa inquieta se le dibujó en el rostro. Daphne, que estaba colocada entre sus piernas, se acercó corriendo a ella y vaciló entre olisquearla con curiosidad y darle lametazos juguetones. De forma ausente, Morgan la acarició mientras se adentraba más en la cocina, pasando la vista entre sus padres y el desconocido.

Se colocó junto al fregadero, al lado de su madre, que estaba retorciendo un trapo para secar los platos a su espalda. En aquel momento, los tres Taylor se encontraban frente al hombre y Morgan al fin pudo verle bien la cara.

Llevaba el pelo negro como la tinta peinado hacia atrás con precisión, con cada mechón bien fijado y la cantidad suficiente de brillo como para indicar riqueza, pero no vanidad. Tenía los rasgos angulares: pómulos afilados, mandíbula cuadrada y ojos de un color gris tormenta. Era guapo del mismo modo que los bebés son adorables por naturaleza, como si en ningún momento de su vida se le hubiera considerado poco atractivo.

El hombre posó los ojos en ella y le dedicó una sonrisa tranquila y cortés.

—Tú debes de ser Morgan —dijo con voz tan suave y melodiosa como ponerse una bata de seda. Extendió la mano al otro lado de la isla y ella se la estrechó como mero acto reflejo. Su apretón era firme, pero no agresivo. No tenía ni callos ni padrastros a la vista. Tenía las manos de un hombre que tomaba las decisiones, no de quien las ejecutaba—. Maximillian Greaves —se presentó. Morgan frunció el ceño, echando la vista atrás a toda velocidad. ¿Dónde había oído aquel nombre antes?—. Ahora mismo les estaba diciendo a tus padres lo impresionado que estoy con el Daffodil Inn —prosiguió—. Su historia y su ubicación son algo difícil de encontrar. Y las vistas… —Señaló por encima del hombro, en dirección a la ventana, donde el patio trasero se abría a una estampa digna de la portada de una revista con el río perezoso y el jardín dorado—. Increíbles. —Junto a ella, su madre suspiró en voz alta—. Tus padres y yo estábamos hablando sobre una posible oportunidad; algo que sería beneficioso para todos.

A juzgar por la actitud de su madre, no se trataba de algo beneficioso para todos y el único que había estado hablando había sido él. La idea se le coló en la mente como la primera lluvia de la estación.

—¿Ha venido para comprar la pensión? —preguntó mientras aferraba a Daphne con más fuerza.

Max volvió a sonreír y Morgan tuvo que contenerse para no devolverle la sonrisa. Su buen aspecto podía dejarte desarmado en el peor de los sentidos.

—Estoy aquí para ofreceros una solución a vuestra… situación. Con la inversión adecuada, el Daffodil Inn podría convertirse en un paraíso turístico.

Dio una palmadita en el asiento del banco que estaba a su lado y Morgan se unió a él sin oponer resistencia. Alzó los brazos en el aire y unió los pulgares y los dedos índice para formar un rectángulo. Después, se lo acercó a la nariz y miró a través de él.

—Imagínatelo: un balneario a orillas del río, un refugio moderno y experiencias selectas para los huéspedes. Una renovación de todo

el terreno. Estoy pensando en llamarlo «Complejo Vacacional y Balneario Cinnamon Waters».

—La pensión no está en venta —dijo su madre con voz firme.

—Claro que no. Al menos, no oficialmente. Pero todo puede comprarse por el precio adecuado.

—Mi esposa tiene razón —intervino Wesley—. Además, estamos en un terreno histórico. Así lo declaró el alcalde Lyons… Max soltó una carcajada, impasible.

—¿Se refiere al mismo alcalde que ahora mismo se enfrenta a una condena a prisión por corrupción? Si lo tienen, me encantaría ver ese decreto.

Su padre titubeó al responder.

—Bueno, supongo que el nuevo alcalde acatará las recomendaciones de Lyons…

Max frunció los labios y miró a Wesley con escepticismo. Jamás había visto a su madre tan enfadada como en ese momento, excepto en aquella ocasión en la que, a los once años, Morgan había derramado una lata de pintura amarilla sobre las escaleras recién abrillantadas. Vanessa tenía los labios cerrados con tanta fuerza que casi le habían desaparecido. Su padre se revolvió en su asiento y no dijo ni una sola palabra. Con un brazo rodeaba la cintura de su esposa para mantenerla pegada a él. Morgan sabía que era para que no le diera un golpe en toda la boca al señor Greaves con el trapo que estaba estrujando.

—No pretendo pasarme de la raya —añadió Max con soltura—, pero sé reconocer una propiedad infravalorada cuando la veo. Esté de acuerdo o no, señora Taylor, Cinnamon Waters será una realidad. Los engranajes ya están en marcha. Preferiría hacer esto por el camino fácil y con la bendición de los propietarios, por supuesto. Le extendería un talón y le ahorraría a su familia el dolor de cabeza de tener que recuperarse tras una pesadilla de relaciones públicas como esta. Y, así, todos contentos.

El hombre se agachó para rascarle las orejas a Daphne, que le gruñó mientras le enseñaba los dientes afilados. Él apartó los dedos

justo a tiempo.

—Buena chica —susurró Morgan.

—Necesitaré una respuesta para el viernes —dijo Max. Morgan tragó saliva con fuerza. Max volvió a mirarla y se detuvo en ella un poco más de la cuenta. Cuando carraspeó, ella se percató de que estaba sentada sobre su chaqueta. Se puso en pie y le tendió la exquisita prenda a medida como si fuera una bomba.

—Los dejo para que hablen del asunto —dijo el hombre mientras hacía ademán de colgarse la chaqueta del hombro—. Ya saben dónde encontrarme.

Se sacó del bolsillo una tarjeta de presentación blanca y nuevecita. En la parte delantera aparecía su nombre estampado en negritas: Maximillian Greaves. La dejó sobre la mesa y le dio dos golpecitos con los dedos. Sin armar más escándalo, salió de la cocina y, finalmente, desapareció por la entrada principal.

La puerta se cerró tras él con un chasquido suave y un silencio pesado se posó sobre la sala. El único sonido que se oía era el de las patas de Daphne sobre las baldosas mientras caminaba de un lado para otro entre ellos, nerviosa. Morgan se cruzó de brazos y siguió contemplando la entrada principal tiempo después de que Max se hubiese marchado. Fue la primera en hablar.

—Tiene algo de razón.

Vanessa giró la cabeza de golpe hacia ella con los ojos desorbitados por la incredulidad.

—¿Perdona?

—El Daffodil Inn acaba de convertirse en la escena de un crimen. ¿O es que no has visto las noticias? El negocio no va a recuperarse de la noche a la mañana. Todos los huéspedes han cancelado y no hay reservas nuevas…

El teléfono de la pared comenzó a sonar. Vanessa descolgó el auricular y gritó «¡No haremos comentarios!» antes de volver a colgarlo de su gancho.

Morgan señaló el aparato.

—Los periodistas no van a dejar de llamar.

Wesley permaneció en una esquina, pasando la vista entre su esposa y su hija como si fuera un árbitro a la espera de tener la oportunidad de hacer sonar el silbato si las cosas pasaban a mayores.

—¿Cuánto os ha ofrecido? Al menos, podríamos salir de esta con algo en lugar de tener que enfrentamos a una «pesadilla de relaciones públicas» —comentó Morgan, haciendo el gesto de las comillas con los dedos para citar lo que Max había dicho.

—No puedo creerlo —espetó Vanessa mientras arrojaba el trapo en el fregadero con la misma rotundidad que si fuera el mazo de un juez—. ¿Quieres que vendamos nuestro legado? ¿Así, sin más?

—¿Nuestro legado? —repitió ella mientras cruzaba los brazos con más fuerza—. Querrás decir tu legado y el de papá. Este sitio nunca ha sido mío.

—Acabas de decir que «podríamos salir de esta» —señaló Wesley.

—¿No se te había comido la lengua el gato? —masculló Morgan.

—¿Que nunca ha sido tuyo? —preguntó su madre con un bufido burlón—. ¿Y por qué crees que ha sido así?

Morgan ladeó la cabeza, confusa.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que estábamos esperando al momento adecuado —intervino Wesley al fin con un tono de voz suave, amable y suplicante—. Queríamos contártelo tras el festival, pero… estamos pensando en jubilarnos, cariño. Íbamos a poner la pensión en tus manos.

El tiempo se ralentizó poco a poco hasta detenerse. La realidad la golpeó como un tren que hubiera descarrilado y se hubiera estrellado contra un muro de ladrillos.

—¿Que ibais a hacer… qué? —Morgan apenas podía respirar.

Vanessa dio un paso al frente y se colocó en el lado opuesto de la isla.

—Pensamos que había llegado el momento. Le hemos dedicado a este lugar casi treinta años. Queremos disfrutar del resto de nuestra

vida…, vivir de los frutos de nuestro trabajo. Tal vez vivir más cerca de la tía Joyce, en Charlotte, y…

—¿Y qué? ¿Pensabais que renunciaría a mi vida sin más para regentar la pensión? —Morgan pasó la vista entre sus padres, furiosa.

—Pensábamos que… —comenzó a decir su padre, probando suerte.

—¡No pensasteis! —intervino ella. La voz se le quebró a causa de una emoción desbordante—. ¡Lo disteis por sentado! ¡Ni siquiera lo hablasteis conmigo! ¡No puedo renunciar sin más! Tengo una carrera y alumnos que dependen de mí.

—Eso hemos oído —refunfuñó su madre.

Morgan soltó un gruñido.

—¡No me gradué en Educación para convertirme en propietaria de una pensión!

—Enseñas el alfabeto y haces pavos de papel para Acción de Gracias, no es que sea precisamente…

—¡No te atrevas a menospreciar mi trabajo! —le advirtió ella con voz temblorosa. Una furia incandescente le palpitaba en los oídos. Se estremeció mientras la ira se le esparcía por todo el cuerpo.

—¿Tal como haces tú con el nuestro? ¡Como si no trabajáramos día y noche para mantener las luces encendidas, para pagar a la gente y para que nos reserven las habitaciones! ¡Si no fuera por nosotros, no tendrías ese título tan elegante que nos echas en cara siempre que puedes! ¡Tendrías que estar agradecida de que tu padre fuera lo bastante previsor como para construir un legado que pudiera mantenemos a lo largo de todos estos años!

Morgan se levantó de la mesa y el banco de madera rozó la pared que se encontraba detrás de ella. Con el pecho agitado, se alejó de ambos mientras Daphne gimoteaba a sus pies.

—Guárdate el sermón para alguien que quiera oírlo.

Sin esperar a que le respondieran, atravesó la cocina y salió echando chispas en dirección al cenador por la puerta trasera, que se cerró tras ella con un portazo como si fuese un signo de

puntuación en una conversación que no iban a terminar.

Capítulo 15
Morgan

Cegada por la ira y hecha una furia, Morgan atravesó el patio trasero de la pensión en dirección al desvencijado cenador. Daphne la siguió corriendo, con la cola baja y las orejas en alerta, pues notaba la tormenta que se agitaba en su interior. La brisa primaveral del río no pudo enfriar el fuego que le ardía bajo la piel. Se dejó caer sobre el banco astillado sin preocuparse por la madera áspera que le raspó la piel de los muslos a pesar de los vaqueros.

Respiraba de forma entrecortada. Se aferró al borde del asiento para intentar calmarse, pero los pensamientos no dejaban de darle vueltas.

«Estamos pensando en jubilarnos». Aquellas palabras resonaban en bucle dentro de su cabeza como si fueran una broma cruel.

«¿Quieren que yo me encargue de la pensión?». Morgan soltó una carcajada sarcástica. ¿Qué esperaban? ¿Que se despidiera de sus alumnos con un abrazo y se guardara sus propios sueños en los bolsillos?

—¿Se trata de un caso de demencia precoz? —masculló en voz alta—. ¿Qué los llevó a pensar que aceptaría?

Su padre parecía verdaderamente sorprendido de que no se hubiera puesto a dar saltos de alegría ante el anuncio, como si se tratara de una oportunidad única en la vida. Su madre ya había

planificado todo el traspaso, como si a Morgan la hubiesen preparado para ello desde su nacimiento. Y tal vez hubiese sido así, delante de sus narices.

Unas lágrimas molestas hicieron que le escocieran los ojos cuando, con un vuelco en las entrañas, se dio cuenta de algo. ¿Acaso todo la había llevado hasta allí? Cada tarea, cada una de las vacaciones familiares que se habían saltado porque había «demasiado trabajo en la pensión», cada fiesta de cumpleaños interrumpida por cualquier emergencia… ¿Habían estado entrenándola para una vida que nunca había querido?

¿No eran capaces de ver que la pensión que tanto amaban le había arruinado la vida?

—Aman más este sitio de lo que me amarán a mí jamás —susurró mientras la voz se le rasgaba y se le hacía añicos.

Daphne gimoteó y le dio un golpecito en la pierna con el hocico húmedo antes de apoyarle la cabeza en la rodilla.

Se le cerró la garganta y se mordió el labio con fuerza mientras se ordenaba a sí misma no llorar. Los recuerdos la asaltaron de todos modos: sentada entre bastidores durante la obra de teatro de quinto curso, escudriñando al público en busca del rostro de sus padres hasta que al fin se daba cuenta de que no iban a aparecer; cada una de las veces que se convencía a sí misma de que en aquella ocasión sería diferente y nunca lo era. Siempre estaban demasiado ocupados, demasiado cansados o demasiado lo que fuera para mostrarle su apoyo. Odiaba saber que, después de tantos años de pruebas contundentes, seguía buscándolos entre la multitud, consciente de que no iban a estar allí.

Y ahora querían que se hiciera cargo de la pensión con orgullo como si fuese su sueño y no el de ellos.

El sonido de alguien hablando a voces la sacó de golpe de su espiral mental. Al otro lado del patio, vio que Max Greaves se daba la vuelta y se metía en el asiento del conductor de su coche de lujo. El motor cobró vida con un ronroneo y los neumáticos chirriaron cuando aceleró para salir del camino de acceso, rociando a Cameron

con una lluvia del polvo de la gravilla mientras se alejaba a toda velocidad.

Cameron se cubrió el rostro y se sacudió el polvo de la ropa. Alzó la vista y la vio, observándolo.

Morgan se puso tensa, apartó la cara y mostró un interés repentino en el veteado de la madera, pero era demasiado tarde. Unos segundos después, oyó el golpeteo de la cola de Daphne contra la madera mientras el hombre se acercaba.

—No pretendía entrometerme —dijo él mientras entraba en el cenador.

Llevaba una camiseta estilo Henley que se le pegaba al cuerpo lo suficiente como para dejar entrever que iba al gimnasio junto con un par de vaqueros con lavado medio y las rodillas tan desgastadas como si los hubiera tenido toda la vida. Su cabello era un caos de ondas oscuras, todavía húmedas tras una ducha reciente. Un toque del aroma de su *aftershave*, limpio y amaderado, flotó hacia ella con la brisa. Se apoyó contra un pilar con gesto despreocupado y cruzó un pie sobre el otro. Con sus ojos como el océano, la observó con una curiosidad comedida.

—No intentaba escuchar a hurtadillas, pero ha sido un poco difícil no oíros.

Morgan se enjugó los ojos rápidamente.

—Las paredes son finas —masculló mientras movía los dedos con nerviosismo—. No pretendía montar una escena. Solo ha sido una estupidez de drama familiar; siento que hayas tenido que oírlo.

—No tienes que disculparte —dijo mientras se sentaba frente a ella en el banco—. Sonaba como si hubiese pasado algo grave. ¿Estás bien?

Morgan soltó un bufido leve.

—Define «bien». Mis padres acaban de soltarme la bomba de que van a jubilarse. Habían supuesto que yo me encargaría de la pensión, como si ese siempre hubiese sido el plan. Un plan del que, al parecer, yo no sabía nada.

Cameron asintió, se cruzó de brazos y se recostó.

—Eso es mucho pedir.

—Y, además, ha aparecido ese tipo y se ha ofrecido a comprarnos la pensión como si fuera un par de zapatos. No sé… todo ha pasado demasiado rápido.

Morgan sacudió la cabeza. Se sentía más avergonzada que antes. Tan solo conocía a Cameron desde hacía un día, pero ahí estaba ella, contándoselo todo sobre los problemas de su familia.

—He… eh… he ido a hablar con el tal Max —dijo él mientras se frotaba la nuca con una mano—. He supuesto que tal vez podría conseguir más detalles sobre la oferta.

Morgan se irguió de inmediato.

—¿Que has hecho qué?

Él extendió una mano en el aire en gesto de rendición.

—Trabajo en el sector inmobiliario —le explicó—. Nada al nivel de ese tipo, claro está, pero he tenido suficientes encontronazos con grandes promotores como él como para saber un par de cosas.

—¿Y qué te ha dicho?

Cameron titubeó un instante antes de decir:

—Digamos que no le ha hecho demasiada gracia que le hiciera preguntas. Pero, teniendo todo en cuenta, su oferta es bastante generosa.

Morgan frunció el ceño.

—¿Te pones de su parte?

—Jamás —contestó él con tono amable pero firme—. Tan solo digo que si tus padres se plantean seriamente vender y necesitan ayuda y orientación con el trato, podría echarle un vistazo. He visto esta clase de ofertas torcerse y sé lo que este sitio significa mucho para ellos… y lo que significaba para mi tía. Odiaría que cayera en las manos equivocadas.

—¿De verdad nos ayudarías?

—Es lo mínimo que puedo hacer. Cuidasteis de mi tía Eleanor durante sus últimos días. —Se llevó una mano al pecho y agachó la vista—. Y nunca podré agradeceros vuestra hospitalidad lo suficiente. Además, ya tenéis bastantes cosas entre manos. Tanto si

tus padres deciden vender como si no, debería ser bajo sus propias condiciones. Y también las tuyas.

Ella le sostuvo la mirada más tiempo del necesario. Cameron no apartó la vista en ningún momento.

—Gracias… La verdad es que eso significa mucho para mí.

Él sonrió y las comisuras de los labios se le curvaron lo justo y necesario para hacer que a Morgan le diera un vuelco el corazón.

—No es nada —contestó.

La brisa volvió a soplar entre ambos, lo que calentó a Morgan de pies a cabeza.

—Estoy agotada. El día de hoy ha sido una locura —dijo con un suspiro—. Siento estar siendo un desastre de anfitriona.

—Ahora mismo no tienes que ser nada en concreto —respondió Cameron mientras entrelazaba las manos detrás de la cabeza. Un gesto distante se le posó sobre el rostro y suavizó la voz—. Puedes existir sin más.

La simplicidad de aquellas palabras la envolvió. Hacía años que nadie le decía algo así. Tal vez no se lo hubieran dicho nunca. No que fuera fuerte o responsable, sino que existiera sin más.

Sorprendida por su amabilidad, Morgan se relajó en medio de un silencio cómodo. Poco a poco, la presión del pecho y la espiral de pensamientos fueron desapareciendo. Y, por primera vez en el día, sintió que podía respirar. El gesto de Cameron, que tenía el rostro girado hacia el cielo, era indescifrable. No parecía estar angustiado por la pérdida. No podía creer lo sereno que estaba. Si hubieran declarado a su tía víctima de un asesinato, ella sería una mina emocional a punto de explotar. ¿Cómo era posible que estuviera tan tranquilo y calmado?

—Me han dicho que la apuñalaron —murmuró él en voz tan baja que Morgan apenas lo oyó. Se estaba mirando las palmas de las manos como si albergaran respuestas que él todavía no había descubierto—. Que se desangró en el suelo como si fuera ganado después de que alguien intentara matarla con… veneno. ¿Quién le haría algo así… a mi tía?

—Lo siento mucho, Cameron —fue lo único que Morgan fue capaz de decir.

Él asintió, pero no la miró a los ojos.

—Estoy muy enfadado —prosiguió con los puños apretados a los costados—. Siento como si me hubiera separado de mi propio cuerpo y estuviera flotando por encima de todo lo demás. —Posó en ella una mirada escrutadora—. ¿Tiene sentido lo que estoy diciendo?

—Lo tiene —contestó Morgan—. La conmoción puede hacer que sufras una experiencia extracorporal; como si las cosas le estuvieran pasando a otra persona.

Ella llevaba días sintiéndose así. Pero jamás había tenido las ideas tan claras como justo en ese momento.

No iba a permitir que la vida por la que había trabajado tanto se le escapara de las manos con tanta facilidad. Iba a pelear, tal como había hecho Nia. Nada, ni siquiera un hombre con un traje elegante y los bolsillos desbordados, iba a detenerla. Sobre todo con Cameron junto a ella. Si Max Greaves creía que los Taylor iban a hacerse a un lado y marcharse sin hacer ruido, le esperaba una sorpresa.

Dudó durante un breve instante y después se giró hacia él.

—Escucha: voy a solucionarlo.

Él frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Mi familia no va a irse a ninguna parte. He estado preguntando por ahí y voy a descubrir lo que le ocurrió a tu tía.

Cameron arqueó una ceja, escéptico.

—¿Hablas en serio?

—Hace casi dos años, Nia, mi mejor amiga, y yo descubrimos lo que les había ocurrido a nuestra amiga Sienna y a su madre, Rosie, que era la propietaria de la cafetería del pueblo y había sido como nuestra segunda madre cuando éramos pequeñas. Todo el mundo pensaba que la muerte de Sienna había sido un accidente, pero resultó no haber sido así. Lo demostramos. Sé que podemos hacerlo de nuevo.

El gesto del hombre era inescrutable.

—No… No sé qué decir.

—No sé quién podría haber querido hacerle daño a tu tía —prosiguió Morgan—, pero te prometo que voy a descubrirlo y, cuando lo haga, salvaré el negocio de mis padres.

Durante un instante insoportable, Cameron no dijo nada. Entonces, una sonrisa se le posó en los labios. No fue un gesto coqueto, sino algo más dulce mezclado con comprensión y una cierta aceptación.

—Eres increíble —dijo él de forma directa y rotunda. Sus ojos se encontraron de un modo que hizo que a Morgan le diera un vuelco el estómago y se le encendieran las mejillas—. Transmites un aire como de tener un tablón del asesinato.

Muy a su pesar, Morgan soltó una risotada.

—¿Un «tablón del asesinato»?

—¿Quiere decir que no tiene por aquí un corcho con hilos de colores, agente? —bromeó Cameron.

—Prefiero el término «detective *amateur*» —contestó ella con una sonrisa en los labios.

En aquel momento, el sol estaba más alto en el cielo y se colaba a través de los árboles. A sus pies, Daphne jadeaba. Morgan respiró hondo y rompió el silencio.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Por dejarme existir sin más —respondió.

Cameron posó una mano suave sobre la suya, lo que hizo que una descarga eléctrica le recorriera todo el cuerpo.

—Conmigo no tienes que fingir, Morgan.

Capítulo 16
Will

The Pit palpitaba gracias a las luces estroboscópicas y el ritmo pesado del bajo de una canción de rap que a Will le parecía en un idioma extranjero. El salón de juegos recreativos que se encontraba en el sótano bullía de ruido: el estrépito de las máquinas de Skee-Ball, los bolos al caer y ser recogidos y los chicos que se perseguían los unos a los otros con voces que competían con la música que le vibraba en el pecho. El sudor, la grasa de la freidora y la bravuconería juvenil se adherían a las paredes como si fueran papel pintado. Will recorrió aquel escondite adolescente que se encontraba junto a Redfern Tavern en busca de una persona concreta.

Bajó los escalones con paso fuerte y pasó bajo un cartel de SALIDA rojo y resplandeciente que arrojaba sombras en tonos neón sobre el grupo de jóvenes que se reunían en torno a una serie de máquinas de *pinball* antiguas, otras de ganchos, y reservados pobremente iluminados. Se abrió paso entre una multitud de chicos rociados con demasiado desodorante y una actitud desafiante. Lucían zapatillas deportivas de diseñador, vaqueros dos tallas más pequeñas y cadenas falsas tan gruesas como el collar de un perro.

Vio a Caleb casi de inmediato. Estaba encorvado en el rincón del fondo, medio oculto, con una chica a la que Will no reconoció y que estaba sentada en su regazo con una camiseta que, para su gusto,

dejaba su abdomen demasiado a la vista.

Desde el Baile de los Pétalos y las Promesas, Will le había escrito mensajes en dos ocasiones. No había obtenido respuesta. Pero ahí estaba, en medio de una jornada lectiva, sentado en un reservado de cuero agrietado y comiendo patatas fritas muy finas como si nada en el mundo le preocupase.

—¿Me estás ignorando a propósito o estás demasiado ocupado como para responderme? —le preguntó él.

Caleb alzó la vista y un leve destello de culpa le atravesó los ojos antes de transformarse en un gesto desafiante.

—No sabía que me estuvieras controlando.

Los adolescentes eran agotadores: por un lado, no querían que los trataran como niños, pero, por otro, su pose de adultos no era más que un disfraz. Caleb no tenía ni idea de cómo funcionaba la vida real y Will estaba más que dispuesto a darle un golpe de realidad.

La chica que estaba sobre el regazo del joven lo miró con la actitud desafiante en todo su esplendor y se apartó unas trenzas largas y rubias de la cara. Ya la había visto anteriormente, de eso estaba seguro.

—¿Eres su agente de la condicional o algo así?

A Will se le endureció la mirada al reconocer a la bija de Amanda Jenkins. Caleb se inclinó y le susurró algo al oído a la chica. Después, le dio una palmadita en el muslo y ella interpretó aquel gesto como su señal para marcharse. Will dio un paso atrás cuando pasó a su lado mientras ella le transmitía con los ojos un mensaje: no le gustaba que hubiese interrumpido su tiempo a solas.

Soltando aire por la nariz, intentó mantener la voz calmada.

—Tengo que hablar contigo.

El chico se recostó en el reservado y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No vi nada.

—Ni siquiera te he hecho una pregunta todavía —dijo mientras se sentaba frente a él—. Además, no es eso lo que he oído.

En realidad, Will no había oído nada. Lo único que sabía era que Morgan le había dicho a la Policía que la persona que le había indicado que entrara en el laberinto antes de encontrar a Eleanor había sido Caleb. Tenía que haber visto algo y, a juzgar por su reacción, estaba escondiendo algo.

El adolescente tensó la mandíbula.

—Tienes suerte de que te haya encontrado antes que Jesse —comenzó a decir—, porque, si estás involucrado de algún modo en esto…

—La Policía ya habló conmigo esa noche. Le digo lo mismo que les dije a ellos: no vi nada. ¿Por qué aparece por aquí como si fuera mi padre?

—No intento actuar como tu padre. —Will se esforzó por suavizar el tono, pero no dio marcha atrás—. Escucha, le prometí a tu madre que te cuidaría. Si viste algo aquella noche, necesito saberlo.

Caleb se pasó las manos por el rostro mientras miraba a la chica que había estado sentada en su regazo. Estaba sumida en una conversación con uno de los chicos junto a los que Will había pasado antes. Estaba siendo un poco sobona y mostraba una sonrisa llena de dientes. Caleb tenía fuego en la mirada. Se revolvió en su asiento y se giró hacia él.

—Yo no le pedí que hiciera eso —gruñó—. Se lo pidió ella.

Dio un largo trago del refresco que tenía enfrente antes de volver a dejarlo en la mesa con tanta fuerza que el líquido oscuro se derramó por el borde.

—No era necesario que me lo pidiera. Estoy verdaderamente preocupado por ti. Mira, no eres el único que perdió algo cuando tu tío cayó en desgracia. Pero no tienes por qué tirar a la basura el resto de tu vida.

Caleb puso los ojos en blanco.

—¡Suena como mi madre! ¡Siempre con estas mierdas sentimentales! Esto no tiene nada que ver con mi tío. Ojalá todo el mundo dejara de decir eso.

Will cerró la boca con fuerza. La tensión entre ambos se suavizó

por un instante, demasiado abrumadora. Tenía que ver la situación desde la perspectiva de Caleb. En el pasado, él también había sido aquel chico: enfadado e incomprendido; una persona dura en el exterior que, sin embargo, noche tras noche, cuando estaba solo, lloraba hasta quedarse dormido, deseando tener a alguien con quien poder hablar y que lo escuchara de verdad sin juzgarlo.

—Mira, Caleb, mi hija no me dice más de tres palabras seguidas a causa de lo que pasó aquella noche. El dolor con el que carga me está devorando por dentro. Estoy aquí para obtener respuestas por ella, no para contemplarte y mimarte o lo que quiera que sea que esté pasando aquí. ¿Quieres salir con esta gente? Estupendo. No voy a impedírtelo. —Con un gesto, señaló a los amigos del joven—. Pero el sábado mataron a una mujer, ¿entiendes? Y puede que fueras la última persona que la vio con vida. Dime lo que viste y puedes volver con…

—Se llama Kelsey —le informó.

—Con Kelsey —repitió Will mientras intentaba hacer contacto visual con el adolescente, que había comenzado a estudiar la mesa que tenía enfrente.

Caleb suspiró y se ajustó la capucha en torno a la cabeza.

—Vi a esa mujer, ¿de acuerdo? Me refiero a dentro del laberinto.

A Will se le aceleró el pulso.

—¿A qué hora?

El chico se encogió de hombros.

—No estaba mirando el teléfono. Estaba… ocupado.

—¿Ocupado? —repitió Will, arqueando una ceja con curiosidad.

—Absorto —le corrigió Caleb mientras le lanzaba una mirada cómplice—. No quería que me descubrieran enrollándome con mi chica, ¿de acuerdo? Ella estaba en su horario laboral. Mis padres estaban allí y a mi madre no le gusta que nos veamos, así que era el único momento que teníamos para…, ya sabe. Por eso no le dije nada a la Policía. No pensé que fuera para tanto.

—¿Pensaste que una mujer muerta no era para tanto? —preguntó Will, incrédulo.

—¡No estaba muerta cuando la vi! Tan solo parecía perdida, como aturdida. ¿Me entiende? Iba dando tumbos como si estuviera confundida. Pero, bueno, era un laberinto, así que no le di importancia. Tan solo esperamos a que pasara como el resto de la gente.

—¿Había alguien con ella? ¿Oíste algo?

—Tan solo vi algunas sombras. Personas que intentaban encontrar el centro antes de darse por vencidas a medio camino. No es que lo pusieran demasiado fácil con el diseño. Kels y yo nos perdimos bastantes veces antes de encontrarlo y, cuando lo hicimos, estaba ahí… tumbada. Kelsey gritó y fue entonces cuando apareció la señorita Morgan. —Will exhaló con lentitud, soltando el aire entre dientes—. Mire —dijo el chico con los ojos cubiertos de pánico—, le juro que yo no la maté.

Will le respondió, alzando las manos frente a él.

—Te creo, Caleb, pero no puedes esconderte cuando las cosas se ponen difíciles. Así es como se acaba en el mismo camino que…

«Que yo», pensó.

Una nube se posó a toda velocidad sobre el rostro de Caleb, que frunció los labios con fuerza.

—Que mi tío. Adelante, puede decirlo.

—No era eso lo que iba a decir. Además, no eres tu tío. —El chico lo miró y después pasó la vista hacia sus amigos—. Puedes decidir la clase de hombre que quieres ser. Toma las decisiones adecuadas para ti y para tu futuro —le recomendó—. Una última cosa… del jardín de mi padre desapareció algo de dedalera. ¿Sabes algo al respecto?

—No —contestó Caleb de inmediato mientras negaba con la cabeza.

—Está bien —respondió Will, que decidió no presionarlo más. Hizo una pausa y miró en torno a la sala bulliciosa. Ya había abusado demasiado del tiempo del chico. Se estiró hacia él para darle un apretón de manos seguido de un abrazo en señal de solidaridad y paz y salió del reservado. Antes de alejarse demasiado de él, añadió

—: Y la próxima vez que te mande un mensaje, contéstame.

Kelsey lo miró cuando pasó entre el grupo de chicos.

—¿Sigue en pie lo del sábado en el invernadero? —le preguntó Caleb.

Will asintió, sintiendo el corazón más ligero.

—A la misma hora y en el mismo sitio.

Mientras abandonaba el frescor del salón recreativo y se adentraba en el pegajoso calor primaveral, una sensación enfermiza se le retorció en las entrañas. A cada minuto que pasaba resultaba más evidente que alguien había ido a por Eleanor Langford, y ese alguien seguía ahí fuera.



Aquella noche, Will se encontraba tan distraído rememorando la conversación con Caleb que acabó quemando el pan de ajo. Cuando sacó los discos quemados del homo, una humareda negra salió tras ellos. El detector de humos que colgaba de la pared contraria tronó con una alarma ensordecedora mientras Angel, que estaba esperando pacientemente en la mesa de madera de la cocina, se colocaba las manos sobre las orejas.

Aquel sonido reverberó por todos los rincones del acogedor chalet de dos habitaciones de Will. La cocina, con sus armarios de color nogal con detalles en latón, era el centro de la casa. Las encimeras con diseño marmolado resaltaban la pared de azulejos en tonos azul gélido, lo que daba a la habitación una sensación de amplitud mayor de la que permitían sus especificaciones.

El salón estaba decorado con un sofá muy desgastado que había sido el receptor de todos los desastres provocados por Angel desde su nacimiento. Era lo único que se había llevado de Macon. Varias imágenes enmarcadas adornaban las paredes: las obras de arte de su hija y varias fotografías de ella en todas las diferentes etapas de su vida. Las habitaciones eran pequeñas pero cálidas, tal como a él

le gustaba.

Se apresuró a tomar un trapo de cocina para sacar el humo de la sala mientras tosía a causa del regusto acre del pan quemado.

—La cena está lista —le anunció a su hija con una sonrisa de oreja a oreja.

Ella puso los ojos en blanco y se dispuso a servirse un plato de espaguetis con albóndigas mientras Will permanecía bajo el detector, dispersando el humo obstinado.

Observó cómo la pequeña colocaba con cuidado un taburete junto a los fogones, se subía encima y se ponía pasta con salsa en el plato vacío con un cucharón. Sin mediar palabra, regresó a la mesa y colocó su *tablet* sobre el soporte. Will reconoció de inmediato la música del tema principal de *Andrew Guy, investigador privado*.

—Nada de *tablets* en la mesa —le recordó él, que todavía seguía dispersando el humo.

Su hija soltó un suspiro tan profundo que estuvo a punto de dejar que se la quedara. Puso en pausa la serie y lanzó el dispositivo sobre el cuaderno de dibujo, que estaba en el asiento contiguo.

Will negó con la cabeza, librando una lucha interna. Aquel estaba siendo otro día de silencio por parte de Angel y estaba empezando a perder la determinación. Por mucho que quisiera que siguiera unas normas, también tenía que hacer hueco para sus sentimientos.

«¿Tal vez debería darle un poco de espacio?», se preguntó. Su amiga acababa de fallecer y todavía era una niña pequeña. Tenía muchas emociones y no sabía qué hacer con ellas.

Quiso golpearse a sí mismo. Tendría que haberle hecho caso a su padre y, durante las vacaciones de primavera, haberla apuntado a un campamento para que hubiera estado en un lugar en el que habría podido correr con libertad y estar con otros niños de su edad. Pero Will necesitaba el dinero del trabajo del Daffodil Inn. Cortar el pelo le permitía ganarse la vida, pues había amasado una clientela compuesta por hombres y un par de mujeres. Pero su hija estaba creciendo y mantenerla cada vez le resultaba más caro. Tenía que tomar decisiones inteligentes con respecto al dinero. Sobre todo,

teniendo en cuenta que estaba haciendo todo prácticamente solo.

El detector se apagó al fin, así que puso al horno otra remesa de pan y, en esa ocasión, programó un temporizador. Se sirvió unos pocos espaguetis en un cuenco y se sentó a la mesa para cenar con su hija, que estaba moviendo la comida de un lado para otro, enrollando la pasta con el tenedor, pero sin llevársela a la boca.

—Come algo, melocotoncito —le suplicó él—. Apenas has tocado el desayuno —comentó al recordar que tan solo había mordisqueado la esquina de una tostada. ¿También se había puesto en huelga de hambre?—. Tienes que estar hambrienta.

—No —mintió Angel. Will podría haber oído cómo le gruñía el estómago desde el exterior de la casa.

—Ayer me pasé por la biblioteca. —Decidió alegrar el ambiente. Sacó su teléfono y le enseñó a la niña la foto que había tomado del folleto del club de dibujo—. Te apunté a este grupo de arte que se reúne los sábados. La bibliotecaria me dijo que el dibujo del ganador se colgará en el despacho del nuevo alcalde.

A Angel se le iluminaron los ojos un poquito. Se acercó el teléfono y comenzó a leer con lentitud, pasando los dedos por las palabras mientras las pronunciaba en voz alta.

—¿Tendrán también rotuladores? —susurró tras un instante. Will sonrió más de lo que había sonreído en los últimos días.

—De todos los colores que existen.

La niña se llevó el tenedor a la boca y le dio un mordisco a la albóndiga cubierta de marinara. Se manchó la nariz y se limpió la salsa con el dorso de la mano. Will reprimió las ganas de regañarle por no usar servilleta. La victoria era que hubiese comido; no pensaba perderla por librar otras batallas insignificantes.

Cenaron en silencio y, para él, eso era suficiente. En cuanto Angel estuvo satisfecha, él recogió los platos y ella desapareció con su cuaderno de dibujo en el salón, donde se hizo un ovillo en el reposabrazos del sofá, su lugar favorito.

Will guardó las sobras y enjuagó los platos y las cacerolas lo suficiente como para poder meterlo todo en el lavavajillas. Limpió los

fogones y barrió la cocina hasta dejarla como estaba de antemano. Después, se sentó junto a su hija en el sofá con un polo de cereza en la mano.

La pequeña rasgó el envoltorio con ganas y él se inclinó para echarle un vistazo a su última creación. Se quedó petrificado cuando se dio cuenta de que se trataba de una vista aérea del Daffodil Inn: la misma imagen que Morgan le había enviado el día anterior. Aparecía todo: el laberinto de setos, el río e incluso el cenador, que todavía hacía que se estremeciera de vergüenza. Entrecerró los ojos y se centró en un pequeño detalle del laberinto.

—¿Esas sois la señora Eleanor y tú? —preguntó con tono amable. Angel, cuyos labios se volvían más rojos a cada momento que disfrutaba del helado, asintió—. ¿Lo has dibujado de memoria?

La niña volvió a asentir.

—A la señora Eleanor le gustaba mucho el laberinto. Me dijo que siempre podría encontrarla donde se ocultan las cosas. —Hizo una pausa, pensativa—. ¿Podemos volver a la pensión, papá?

Aquellas palabras fueron como recibir un puñetazo en el vientre. A eso debía de ser a lo que se había referido Morgan.

—¿«Dónde se ocultan las cosas»? —Will negó con la cabeza, confundido.

—Ajá —contestó ella tras haberse terminado el polo en tiempo récord. Tomó un lápiz de colorear y comenzó a sombrear el cielo—. Eso fue lo que me dijo.

Will sintió que un escalofrío gélido le recorría la columna.

—¿Y por qué quieres volver a la pensión?

—Para ver si puedo encontrarla —contestó ella sin levantar la vista—. Me dijo que siempre estaría allí. Tiene que estar allí.

Y ahí estaba. Aquello fue lo que volvió a quebrar el dique que tenía en el interior. Angel seguía sin poder hacerse a la idea de que Eleanor había fallecido. Se armó de valor, sentó a su hija junto con el cuaderno de dibujo sobre el regazo y le dio un abrazo. Tosió para desprenderse de la emoción que le teñía la voz y dijo:

—Melocotoncito, la señora Eleanor ha muerto, ¿de acuerdo? Pero

te prometo que papá descubrirá lo que le pasó. Tienes mi palabra.

La pequeña lo miró con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Está bien —fue lo único que consiguió decir.

Will puso todo su empeño en no derrumbarse frente a ella. Por el bien de ambos, tenía que descubrir quién le había hecho aquello a Eleanor.



Horas más tarde, después de que Tanya hubiera llamado para darle las buenas noches a su hija, Will estaba tumbado en la cama, escuchando los ronquidos suaves y rítmicos de Angel a través de la pared que compartían sus respectivos dormitorios. La casa se había sumido en el silencio para lo que quedaba de noche, pero él no dejaba de darle vueltas a la cabeza y se negaba a sucumbir a las exigencias de su cuerpo cansado. El leve zumbido del humidificador no lo ayudaba demasiado a acallar las preguntas que le rondaban la mente.

«Me dijo que siempre podría encontrarla donde se ocultan las cosas». Recordó a Angel diciéndole eso en voz baja pero con certeza. ¿Qué había querido decir con eso la mujer? ¿Dónde se ocultaban las cosas? ¿A qué cosas se había referido? ¿Y por qué había estado investigando al alcalde Lyons?

Will se revolvió entre las sábanas frescas de algodón y se quedó contemplando el techo. Su dormitorio era la habitación más moderna de la casa y, más allá del dormitorio rosa de princesa de Angel, había sido el único lujo que se había permitido en un hogar que, por lo demás, era muy sencillo. La cama tamaño extragrande estaba apoyada con cuidado contra la pared del fondo y, aunque las sábanas estaban remetidas con una precisión militar, se estaban empezando a enredar por todas las vueltas que estaba dando.

Las paredes estaban cubiertas por altas estanterías que contenían una cuidada mezcla de libros de bolsillo gastados,

maquetas de coches en miniatura y macetas con plantas que daban a la estancia algo más de vida. Sobre la cómoda había una foto enmarcada de Angel y él durante el Fall Fest del año anterior. En ella, ambos aparecían sonriendo detrás de la nube de azúcar glaseado que les cubría los labios.

Will estiró la mano hacia la mesilla de noche para tomar el teléfono móvil y comprobó la hora. Acababan de dar las once y se preguntó si Morgan estaría durmiendo a esas alturas de la noche. Tan solo quedaban unas pocas horas para que fuera el día siguiente, que era cuando tenían su cita.

Aquella idea hizo que sintiera nervios en el estómago. Abrió un mensaje nuevo y se quedó mirando el cursor titilante hasta que aunó las agallas necesarias para escribir.

W: Hola, tan solo quería saber cómo iba todo. ¿Sigues despierta?

Recibió la respuesta de Morgan casi de inmediato.

M: Leyendo compulsivamente malas noticias antes de irme a dormir, como siempre. ¿Por qué sigues despierto?

Will sonrió y tecleó lo que de verdad estaba pensando.

W: Estaba pensando en ti.

Durante las vacaciones de primavera, se había acostumbrado a verla todos los días, sentada en los escalones del porche con las piernas cruzadas y Daphne a sus pies o charlando con los huéspedes sobre los planes para el festival mientras él cortaba los setos cerca de allí. Esos pequeños momentos ordinarios se habían entretejido en sus días de un modo tan silencioso que no se había dado cuenta hasta ese momento del consuelo que le habían proporcionado. Era muy consciente de que, aquel día, sus caminos no se habían cruzado

y Morgan llevaba toda la jornada entrando y saliendo de su cabeza. No solo por Angel o la pensión, sino por ella misma: su risa, el modo en el que se le arrugaban los ojos cuando intentaba ocultar una sonrisa o cómo pronunciaba su nombre con tal rotundidad que parecía que lo estuviera saboreando. Dejó los dedos suspendidos sobre la flecha para enviar el mensaje.

—¿Será demasiado? —se preguntó en voz alta. Presionó la tecla de retroceso hasta que el mensaje desapareció.

W: Yo también, jajaja.
¿Sigue en pie lo de mañana?

M: A las 8:30, ¿verdad?
¿Te importaría pasar a buscarme por la pensión? Voy a quedarme aquí el resto de la semana; hasta que aclaremos todo.

W: No hay problema. Allí estaré.

Se produjo una pausa antes de que ella le enviara otro mensaje.

M: Tengo muchas ganas.

El corazón le dio un vuelco ante la carita sonriente. Se quedó contemplando el mensaje demasiado tiempo y después tecleó:

W: Yo también. Buenas noches, señorita Morgan.

M: Dulces sueños, señor Reed.

Will dejó el teléfono bocabajo sobre la mesilla de noche, pero conservó la sonrisa. El sueño le llegó lentamente, pero con la garantía de que Morgan sería en lo primero en lo que pensaría a la mañana siguiente.

Capítulo 17
Morgan

Miércoles

La mañana del miércoles llegó con el dulce cantar de una tórtola que atravesó la ventana saliente de la habitación Flor Silvestre. Morgan se revolvió en la cama, aunque solo un poco, pues todavía no estaba preparada para enfrentarse al día. No podía recordar cuándo había sido la última vez que había podido dormir hasta tarde entre semana y, en aquel momento, su cuerpo ansiaba aquellos valiosos minutos adicionales de descanso.

Quería disfrutar de aquella tierra subconsciente de los sueños en la que en su mundo todo iba bien; en la que el Daffodil Jubilee había transcurrido sin percances y Eleanor seguía viva; en la que sus padres no le habían mentido y no había nada que amenazara su modo de ganarse la vida. Lo único que quería, más que nada en el mundo, era disponer de varios instantes robados de paz.

Su móvil vibró sobre la mesilla de noche. La alarma semanal hizo añicos aquel reino resplandeciente que se ocultaba entre las posibilidades y la devolvió de golpe a la realidad con una llave de lucha libre. Sacó un brazo de debajo de las sábanas y tanteó a ciegas en busca del teléfono, que cayó sobre el suelo de madera con un estrépito que, en medio de las primeras horas silenciosas de la

mañana, sonó como un disparo.

Rezó para no haber despertado a Zara, que se encontraba un piso por debajo, o a Cameron, que dormía al final de aquel mismo pasillo. Se quedó muy quieta y prestó atención a cualquier señal de que había interrumpido su sueño. El único sonido que pudo distinguir fue el de los suaves ronquidos que estaba dando Daphne a los pies de su cama tras haber regresado a su propia tierra canina de los sueños.

Eran poco más de las seis y, aunque aquel día no tenía que ir al colegio, estaba demasiado despierta como para volver a dormir. Tras quitarse de encima la ropa de cama, posó los pies sobre el suelo frío de madera. Se sentía como si el cuello y los hombros tan solo se le mantuvieran unidos entre sí gracias a una goma demasiado tensa. Por mucho que se estirara, la tensión no se desvanecía.

Metió los pies en un par de zapatillas color malva que iban a juego con el gorro de seda y el camisón de satén antes de atravesar la estancia hacia el baño privado. Daphne la observó con los ojos somnolientos medio abiertos.

—Ya lo sé —masculló ella—. Buenos días a ti también.

La perra suspiró a modo de respuesta y sacó la lengua mientras soltaba un profundo bostezo. Se estiró hacia atrás y sacudió el pelaje desde las orejas hasta la cola, lo que hizo que los colgantes en forma de narcisos que llevaba en el collar tintinearan al entrechocar. El animal dio vueltas en círculo una vez y después otra, posando los ojos expectantes sobre Morgan con una insistencia silenciosa.

—Ya que estamos… —dijo ella con un suspiro mientras se ponía la bata antes de salir del dormitorio.

En el piso de abajo, se puso un par de zapatillas deportivas junto a la puerta y bajó la correa de Daphne del gancho del que estaba colgada. La *border collie* permaneció obedientemente sentada, moviendo de un lado a otro la cola espesa mientras Morgan se la enganchaba al collar.

Salieron al porche, donde las recibió el sol matutino que asomaba

sobre las copas de los árboles. Incluso la perra se detuvo para admirar el amanecer antes de comenzar su gira diaria para olisquear todo el patio. El cielo estaba teñido por un impresionante caleidoscopio de colores: un arcoíris naranja en el centro cuyos prometedores tonos rosa perseguían los restos color índigo de la noche.

Morgan se quedó de pie, contemplándolo todo. Deseó que cada momento fuese como un amanecer en Cinnamon Falls. Justo en ese instante, Daphne se dejó caer sobre el suelo del porche con las orejas pegadas a la cabeza. Un gruñido grave y amenazador le retumbó en la garganta mientras se preparaba para una serie de ladridos que podrían haber despertado al viejo Milton, que vivía a kilómetros de distancia. Entrecerró los ojos y centró toda su atención en la figura que se acercaba corriendo por el camino de acceso. Dado que tenía el sol a la espalda, su rostro permanecía cubierto por las sombras.

Con el corazón en la garganta, Morgan se quedó muy quieta. Cuando vio que la persona se dirigía hacia allí, Daphne se puso en pie y enseñó los dientes. Si de algo estaba segura era de que quienquiera que fuera aquella persona no pasaría más allá de su perra.

—Daffy, tonta, no actúes como si no nos conociéramos de nada —dijo Zara Wells a medida que se acercaba corriendo por el camino, ataviada con un conjunto para correr de dos piezas color verde oliva. Un ribete doble y blanco le rodeaba la cintura injustamente pequeña y resaltaba su cuerpo en forma de reloj de arena.

A medida que Zara se aproximaba, Morgan era cada vez más y más consciente de que llevaba la bata manchada de babas.

Daphne volvió a ser la misma perra ávida de atención de siempre y se acercó contoneándose hasta Zara antes de ponerse bocarriba para que le acariciara la tripa. Empezó a patalear de satisfacción cuando las uñas estilo *coffin* de la mujer le rascaron el punto exacto.

—¿Sales a correr todas las mañanas? —preguntó Morgan, más por juzgarla que por mera curiosidad.

—¿A correr? —contestó ella con un bufido burlón—. ¿Con lo caro que me sale llevar este pelo? Ojalá sudar tanto me favoreciera. Diez mil pasos, eso es lo único que se necesita. —Levantó la muñeca en el aire y dejó a la vista su pulsera de actividad con el podómetro iluminado.

—Oh —fue lo único que consiguió decir Morgan. No estaba segura de si Zara estaba compartiendo con ella su rutina u ofreciéndole consejos que no le había pedido. En cualquier caso, se lo tomó como una falta de respeto. La próxima vez dejaría que Daphne le mordiera.

—Además, voy a pasarme todo el día de viaje, así que necesitaba todo el tiempo posible al aire libre —prosiguió la mujer mientras subía una pierna a los escalones. Cuando se inclinó hacia atrás para estirar, Morgan hizo acopio de todas sus fuerzas para no admirar sus pantorrillas y sus muslos musculosos.

—¿Ya nos dejas?

—Me marcho al oeste —contestó ella tras asentir. Levantó un brazo por encima de la cabeza y después el otro—. Tengo una amiga en Los Ángeles con unas vistas increíbles del centro. Mira.

Zara se sacó el teléfono del bolsillo, se lo tendió y pasó rápidamente varias selfis recientes que se había tomado en la propiedad desde varios ángulos, desbordando *glamour* y con el sol incidiendo en el punto exacto.

—Espera, vuelve para atrás —dijo Morgan, señalando la pantalla —. Esa.

La otra mujer se detuvo en una de las fotografías.

—Ah. Es del sábado por la noche. Tenía que capturar el crepúsculo. Había una luz buenísima…

Morgan se inclinó hacia delante, abriendo los ojos de par en par. No por el rostro deslumbrante de la *influencer*, sino por lo que aparecía de fondo en la imagen.

—Es el laberinto de setos.

Zara parpadeó y pasó la vista entre ella y el móvil.

—¿Hay algún problema? Ya la he subido, pero no es demasiado

tarde para borrarla…

—No —contestó ella con lentitud mientras los pensamientos se le disparaban en diferentes direcciones—. Es solo que el fotógrafo tiene que entregarnos las fotografías hoy, así que todavía no había visto ninguna toma nítida de esa noche. Esta quedaría genial en la página web. ¿Te importaría enviármela?

Ella se encogió de hombros y presionó la opción de compartir. Morgan le tecleó su número de teléfono.

—Ya está —dijo Zara con una sonrisa antes de meterse el móvil en el bolsillo trasero: Entonces ladeó la cabeza y preguntó—: ¿y qué hay de ese hombre alto y atractivo que se registró en la pensión hace un par de días?

Morgan supo de inmediato a quién se refería, pero intentó hacerse la tonta.

—Ah. ¿Cameron?

—¿Se llama así? —La chica se abanicó de forma teatral—. Amiga, si me quedara una noche más, haría lo que fuera para llamar su atención. Pero le gustas tú, eso sin duda. Ayer os vi en el cenador. Parecíais bastante cómodos —canturreó con tono juguetón mientras la miraba.

Morgan se sonrojó.

—¿Tú crees?

Zara se acercó a ella.

—Lo sé. Tengo que tratar con muchos hombres por trabajo. Y los hombres como ese no pierden el tiempo contigo a menos que tengan la esperanza de que tú hagas lo mismo.

A Morgan le dio un vuelco el corazón ante la idea de resultarle atractiva a un hombre tan apuesto como Cameron, pero, entonces, recordó el motivo de su visita. No se había quedado allí porque le gustara ella. Se había quedado allí porque su tía había muerto en aquella pensión.

Decidió cambiar de tema de conversación.

—No podría hacer nada. Es un huésped. Además, esta noche tengo una cita.

—Ohhhhh. —Zara sonrió como una hermana mayor orgullosa—. ¿Con quién?

—Con Will —admitió ella, avergonzada.

La otra mujer chasqueó los dedos.

—¿El jardinero? ¡Lo sabía! ¡Menuda cara puso cuando te vio con ese vestido durante el Baile de los Pétalos y las Promesas! ¡Pensé que se le iban a salir los ojos de la cara!

—¿Estás controlando mi vida amorosa? —Morgan no pudo evitar reírse cuando Zara se encogió de hombros con gesto inocente—. No sé si es algo serio o…

—¡Venga ya! —La *influencer* alzó las manos en el aire con desesperación y la interrumpió a mitad de la frase. Giró la riñonera hasta colocársela por delante, abrió la cremallera del compartimento superior y sacó un pequeño bote de perfume en *roll-on*—. Este es mi perfume distintivo. ¡Los vuelve locos! —Le dejó el bote en la mano —. Considéralo con agradecimiento por no dejar que tu perra me atacara por enésima vez.

Morgan aceptó el perfume y lo olisqueó con cautela: un aroma dulce a jazmín con una base de vainilla que, al final, dejaba un toque floral. Era inesperado pero cautivador.

—Gracias —contestó con sinceridad mientras se apretaba el perfume contra el pecho.

Zara asintió y después bajó la vista hacia Daphne mientras le tendía la mano para que le diera la pata.

—¿Sin resentimientos?

—Puede que acabes ganándotela —dijo Morgan con una carcajada.

La otra mujer la miró y sonrió.

—Un día normal en mi trabajo.

Cuando pasó a su lado de camino al edificio, le dio un apretón en el hombro. Morgan esperó hasta perderla de vista para mirar su teléfono. Abrió el mensaje nuevo que contenía la fotografía de Zara. Soltó un jadeo y agarró el teléfono con más fuerza mientras ampliaba la imagen de fondo.

La despampanante *influencer* de ojos almendrados tenía el brazo estirado para lanzarle un beso a la cámara y el sol le iluminaba la piel impecable. Justo detrás de su cabeza, parcialmente oculto por las ramas enredadas y las hojas, se encontraba Caleb Brewster con una mirada siniestra en los ojos.

Capítulo 18
Will

El miércoles por la mañana Angel no se estaba comportando de un modo demasiado angelical. Iba encorvada en el asiento trasero, mirando por la ventanilla y haciendo todo lo posible para evitar hacer contacto visual con su padre.

Todo había comenzado con el pelo. Will había fracasado por completo al intentar replicar el peinado trenzado y en zigzag que la niña había visto en una de sus revistas infantiles. En su defensa hay que decir que había estado sometido a demasiada presión para ser las siete de la mañana y ni su cerebro ni sus dedos se habían despertado del todo todavía. Tampoco comprendía por qué las coletas, que era algo que se hacía para ir al colegio prácticamente todos los días, no eran una buena opción para aquel miércoles cualquiera.

Pero se estaba yendo de tema.

Cuando la debacle del peinado se había calmado un poco, lo siguiente habían sido los zapatos. Will se había negado a dejar que se pusiera unas botas de nieve de dos inviernos atrás durante un día templado de abril solo porque ella asegurara que quedaban mejor con su vestido. Era más que probable que, cuando hubiera vuelto a casa tras pasarse el día correteando por el colegio, el olor de los zapatos los hubiera dejado inconscientes a los dos.

Miró a su hija por el retrovisor. Angel apartó la vista con rapidez y se cruzó de brazos con más fuerza todavía. Gracias a Dios, el colegio estaba cerca. Para cuando pasara a recogerla por la tarde, se habría olvidado de la pelea de aquella mañana.

Tenía la esperanza de que aquel fuese el día en el que volviera a ser su hija habladora de siempre, tal como solía ser antes de que mataran a Eleanor y su mundo se pusiera patas arriba. Por mucho que le hubiera molestado antes, daría lo que fuera por oírla hablar de los datos aleatorios que había aprendido aquel día sobre el mundo o las historias interminables detallando todas las aventuras y desventuras de una clase de segundo curso.

Pero hacía tiempo que nada era normal. Y tenía que darle las gracias a Tanya por ello, maldita sea. Se sacudió aquel recuerdo de la cabeza y buscó su nombre en la lista de últimas llamadas que aparecía en el salpicadero digital.

Tan solo sonó una vez antes de que contestara.

—¡Melocotoncito mío! —La voz aterciopelada y familiar de Tanya resonó a través de los altavoces.

Al oír la voz de su madre, Angel se enderezó en el asiento.

—¡Mamá! —exclamó mientras una sonrisa de varios megavatios se apoderaba de su rostro.

—¿Cómo está mi cielito?

—No muy bien —le informó la niña mientras comenzaba a enumerar con los dedos—. Esta mañana papá me ha estropeado el peinado…

—¡¿Perdona?! —La interrumpió él.

Angel prosiguió hablando.

—Después, no me ha dejado ponerme esas botas que me regaló la tía Renee y…

—A estas alturas, deben de quedarte demasiado pequeñas, melocotoncito —contestó Tanya—. Han pasado casi dos años desde que fuimos al parque de Stone Mountain.

Will levantó las manos en el aire, desesperado.

—¡Eso le he dicho yo!

—Aunque ni siquiera estoy segura de por qué sigues teniendo esas botas. Tu padre debería haberlas donado hace tiempo. Me apuesto algo a que, ahora mismo, hay un pingüino en alguna parte que se muere por tener unas botas forradas de pelito rosa justo como esas.

Angel soltó una risita. Hacía días que Will no oía ese sonido y sintió que se le derretía el corazón.

—Los pingüinos no llevan botas, mamá —dijo la pequeña entre carcajadas.

—Vaya. ¿Y eso por qué? —Tanya fingió ignorancia—. ¿Es que en el Polo Norte no hace frío? Tienen que ponerse algo en las patitas.

Will se rio para sus adentros mientras conducía por el carril destinado a dejar a los niños en el colegio. Por suelte, el Pinto de Amanda Jenkins no estaba a la vista.

Angel contestó con tono claro y directo.

—No todos los pingüinos viven en el Polo Norte.

—¿Ah, no? —le preguntó su madre de forma teatral.

La niña se dio un golpe en la frente con la palma de la mano.

—¿Los adultos no deberían saber ese tipo de cosas?

—Es que tú eres muy lista, melocotoncito. ¿Qué haría yo sin ti?

—No lo sé, mamá. Es un dato bastante básico. Hasta los niños de primer curso lo saben.

—Bueno, cuando salgas de clase hoy, asegúrate de contarme lo que hayas aprendido para que pueda ser tan lista como tú.

Will frenó el coche frente a la señorita Shanice. Buscó a Morgan entre la multitud de profesores, pero no la encontró, así que se recostó en el asiento, desanimado. La voz de su hija lo devolvió a la realidad.

—Tengo que dejarte. Hemos llegado al principio de la fila. ¡Adiós, mamá!

La niña se inclinó hacia delante y, distraída, le dio un beso en la mejilla antes de bajarse del coche.

—Que vaya bien el día, melocotoncito —le dijo Will, que se quedó contemplando su mochila hasta que desapareció dentro del edificio

—. ¿Sigues ahí? —preguntó.

—Sí —contestó Tanya—. ¿Qué ha pasado con el pelo? —Mezclada entre las palabras, se le escapó una risa condescendiente—. Parecía enfadada.

—Dios, quería que le hiciera esas trenzas entrecruzadas y esta mañana no tenía la capacidad mental para hacer algo así.

—La última vez que intentó que la peinaras de un modo semejante me llamaste casi llorando —bromeó ella.

—¡Esta niña me estresa ya desde primera hora de la mañana!

Will se alejó de la acera de la Escuela Primaria Morningstar y se dirigió hacia Main Street para abrir la barbería.

—Tienes que aprender a peinarla. Cuanto más tardes, más difícil te resultará. Si yo estuviera allí todos los días, no tendrías que preocuparte por ello, pero bueno…

A Tanya se le crispó la voz ligeramente. No necesitaba que acabara la frase. Él mismo se lo había planteado un millón de veces. «Si Tanya no hubiera hecho esto», «Si Tanya no hubiera hecho lo otro». No eran más que excusas. Pero tenía algo de razón. Tenía que esforzarse un poco más para poder hacerle diferentes peinados. Estaba floreciendo y convirtiéndose en una jovencita y, tal como ella misma decía, las coletas eran cosa de niñas pequeñas. Si dependiera de él, seguiría siendo una niña pequeña para siempre.

—Por lo demás, ¿cómo va todo? —le preguntó la mujer con la voz teñida de preocupación—. No he visto ninguna novedad desde el lunes. ¿Cómo lo está llevando Angel?

Will se pasó una mano por la cara.

—No habla. Y apenas come. Está obsesionada con una serie de detectives que ve con el abuelo. Me parece que cree que puede resolver el caso antes que la Policía.

—Lo más probable es que pueda —contestó Tanya, bromeando —. Esa niña puede hacer todo lo que se proponga.

—Ni que lo digas —masculló él. Puso el coche en punto muerto y aparcó junto a Bones Barber Shop en Main Street.

El interior del local estaba a oscuras. Por norma general, su jefe,

Harold Bones, no aparecía hasta que no era casi mediodía. A menos que fuese lunes, el día en el que la señora Guy, la viuda propietaria de la tienda de comestibles que había en la siguiente esquina de la calle, cambiaba la cartelería y los expositores. Solo entonces se volvía una persona madrugadora.

—Entonces tendrás que hacerlo tú.

—¿Perdona? —dijo Will, atragantándose. Esperaba haberla oído mal.

—Tienes que hacer algo al respecto. ¿Me estás diciendo que nuestra hija está al borde de la depresión y tú te vas a quedar de brazos cruzados?

—Estoy haciendo todo lo que puedo. ¿De acuerdo, Tanya? No soy Sherlock Holmes.

—Eres el hombre con el que tengo una hija en común. Una hija que está sufriendo, por cierto. ¡Tienes que hacer algo al respecto, Will!

Abrió la boca para replicarle, pero una sucesión de pitidos le indicó que la discusión con Tanya había llegado a su fin.

—Qué conversación más tranquilizadora —dijo en voz alta.

Apagó el motor y se bajó del coche.

Capítulo 19
Morgan

Jabari Rhodes de Chosen Moments Photos llegó justo después de la hora de la comida. Morgan acababa de terminarse los restos de la sopa de patata y el cuenco seguía caliente encima de la bandeja. Se quitó los auriculares justo a tiempo de oír a Lionel decir «Ha llegado el fotógrafo» con tono enfático mientras señalaba la puerta principal con un gesto de la cabeza y los labios torcidos por la irritación. Recogió sus platos con un suspiro teatral. Odiaba que lo interrumpieran cuando estaba sumido en los preparativos para la cena.

El menú de aquella velada consistiría en costillas tiernas, una nube de puré de patatas con ajo cremoso y una mezcla de verduras de temporada que inundaban la pensión de un aroma muy tentador. Si no hubiese tenido una cita para cenar aquella noche, Morgan le habría pedido a Lionel que le guardara un plato.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó, desprendiéndose del tono molesto de la voz.

El cocinero se encogió de hombros mientras se secaba las manos con un trapo de cocina.

—No he visto ni a Wesley ni a Vanessa desde que he llegado esta mañana. Así que te toca a ti.

Morgan miró la hora en la pantalla de su portátil. Eran casi las

dos de la tarde. Cuando regresó a la casa tras el paseo matutino de Daphne, creyó que sus padres habrían salido a hacer algún recado. Pero a medida que la tarde se alargaba sin saber nada de ellos, empezó a sentirse inquieta.

—¿Quieres que le diga que vuelva en otro momento? —le preguntó Lionel.

—No, hablaré con él —contestó Morgan, que se levantó y se puso unas zapatillas.

Jabari Rhodes estaba justo al otro lado del cristal esmerilado. Llevaba dos gruesos sobres blancos y mostraba el mismo gesto alegre de siempre. Llevaba su habitual gorra de béisbol roja y negra, gafas de montura redonda y fina y la cámara colgada sobre el pecho como si fuera una compañera de confianza a la que nunca perdía de vista.

—Vengo cargado de recuerdos —la saludó mientras le guiñaba un ojo. Morgan se hizo a un lado para dejarlo pasar. Él le puso uno de los sobres en la mano y rebuscó en los bolsillos de sus pantalones hasta que encontró una memoria USB negra y pequeña—. Son todas las tomas del festival. He pensado en dejároslas aquí antes de entregárselas a la Policía. Me ha parecido que tus padres y tú deberíais ser los primeros en verlas.

Morgan aceptó el sobre y la memoria USB con una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias, Jabari. Nunca fallas. ¿Alguna novedad de la comisaría?

El fotógrafo se encogió de hombros.

—Ni idea. El detective Chambers me ha llamado a primera hora de la mañana, pero no me ha dicho gran cosa. Tan solo me ha pedido copias de todo lo que tuviera. Pero algo me dice que están metiendo horas extra en este asunto. Parecía desesperado.

Morgan señaló el segundo sobre.

—¿Son esas las copias?

Él asintió mientras una sonrisa taimada se le posaba en los labios.

—Incluso hay una en la que apareces detrás del arco de globos,

llenándote la boca con uno de esos perritos de maíz. Ella abrió los ojos de par en par, horrorizada.

—¡Bórrala!

—¡No prometo nada! —contestó él mientras esquivaba el golpe que Morgan iba a propinarle con la mano antes de dar un paso atrás y salir al porche para marcharse.

Ella se quedó observándolo hasta que las luces traseras de su coche se perdieron de vista por la carretera. Después, volvió a entrar en la pensión.

Regresó a la cocina. Sobre la isla, Lionel estaba cortando cebollas, pimientos y zanahorias en juliana con cuidado y concentración. Daphne esperaba a sus pies, impaciente, con la mirada fija en sus manos, probablemente con la esperanza de que se le cayera un trozo de algo por el lateral. El cocinero señaló el sobre con el cuchillo.

—¿Son del festival?

—Sí. Vamos a ver lo mal que he salido.

Morgan abrió el sobre y sacó un montón de fotografías con acabado brillante. Las imágenes eran nítidas y vividas: desbordaban alegría.

Los recuerdos del Daffodil Jubilee regresaron a su mente en forma de instantáneas congeladas en el tiempo. Niños saltando en el castillo hinchable con las bocas abiertas en medio de una carcajada y todos los zapatos amontonados cerca, formando una pila multicolor. Los más mayores bailando *swing* con sonrisas resplandecientes al ritmo de canciones antiguas. Dos adolescentes que Morgan no reconoció lanzando besos a la cámara con los ojos cubiertos por gafas de sol con forma de narcisos. Una de la propia Morgan, algo movida, riéndose junto a Nia mientras ambas se llenaban las bocas impacientes con perritos de maíz. Sonrió y dejó esta última a un lado para guardársela.

—En esa pareces feliz —comentó Lionel mientras trituraba las patatas con un pasapurés.

Morgan deseó poder regresar a esa tarde de sábado sabiendo lo

que sabía en aquel momento. Reviviría cada instante de caos. Y, lo que era más importante, evitaría que Eleanor entrara en el laberinto.

Ojeó la siguiente serie de fotos: imágenes de los puestos, de los *foodtrucks*, del concurso de comer tartas y de los pintacaras. Había tomas espontáneas de gente del pueblo a la que conocía bien e incluso de algunos forasteros.

A medida que la pila iba menguando, Lionel fue frunciendo el ceño hasta que detuvo la mano que tenía apoyada sobre el pasapurés.

—Todavía no he visto a Eleanor en ninguna.

Morgan se quedó petrificada. Pasó las fotos de nuevo, más rápido en aquella ocasión, mientras escudriñaba con la vista cada instantánea y analizaba cada fondo. Había bastantes caras que no reconocía, pero, con su melena burdeos y su kimono con volantes, Eleanor habría destacado.

—Recuerdo haberla visto —masculló ella. Introdujo la memoria USB en el portátil—. Voy a echar un vistazo a las demás. Tal vez aparezca en los archivos digitales.

No quería decir en voz alta lo que estaba pensando, pero el agujero que sentía en el estómago estaba haciendo que le costara respirar. Lionel se colocó junto a ella al otro lado de la isla y observó por encima de su hombro mientras revisaba los archivos.

Él fue el primero en encontrarla y señaló la miniatura con el dedo.

—Ahí está.

Morgan amplió la imagen. En ella aparecía Angel Reed llevando un unicornio gigante con gesto victorioso mientras Will y Eleanor la miraban con una sonrisa de orgullo.

La piel se le puso de gallina cuando Lionel dijo:

—Sabes lo que significa esto, ¿verdad? Esa fue la última vez que alguien vio a Eleanor con vida.

Capítulo 20
Will

Will cortó el pelo a tres personas seguidas, una detrás de otra, sin ni siquiera parar para comer algo o tomar un sorbo de agua. Sorprendentemente, los miércoles siempre estaba muy ocupado con una rotación constante de rostros familiares, cháchara intrascendente y una precisión milimétrica. Por norma general, aquel ritmo le resultaba calmante y encontraba paz en el peso de la maquinilla entre las manos. Sin embargo, aquel día su mente vagaba entre la conversación que había mantenido con Tanya y contar los segundos que faltaban para las ocho y media de la tarde, que era cuando tenía su cita con Morgan.

Su primer cliente fue Alvin Grady, el antiguo jefe de la oficina de correos, que llevaba más de cincuenta años viviendo en Cinnamon Falls. Como un reloj de precisión, el señor Al se pasaba por allí cada dos miércoles. Le ofrecía uno de los caramelos de azúcar y mantequilla que guardaba en el salpicadero de su camioneta y siempre le pedía el mismo corte: «Quiero un delineado, pero déjamelo recto en la parte de atrás. Nada de esas cosas sofisticadas de ciudad».

Aquel día, Alvin vestía sus habituales pantalones caqui, subidos por encima del ombligo y sujetos con un robusto cinturón de cuero marrón.

—¿Viste la rueda de prensa? —le preguntó a Will mientras él lo cubría con el peinador.

Asintió.

—Vi una parte el lunes por la mañana.

El hombre sacudió la cabeza con lentitud.

—Pobre mujer… No puedo ni imaginar cómo debe de ser acabar muerto en un laberinto. Llevo asistiendo a ese festival desde que Wesley abrió la pensión. —Soltó un gruñido antes de continuar—. Lo cierto es que, desde que Rosie falleció, todo se ha vuelto una locura por aquí.

Will no respondió. Había oído innumerables historias sobre Rosslyn «Rosie» Rose durante los meses posteriores a su asesinato. Desearía haber podido conocer Cinnamon Falls durante su época dorada tal como habían hecho el señor Alvin, Jesse y Nia, que hablaban de su pueblo como si tuviera un latido propio.

—¿Todavía ayudas a esos chicos a aprender jardinería? —preguntó el hombre tras varios segundos en silencio.

—Cada dos sábados —contestó él.

—Bien. —Alvin asintió para mostrar su aprobación—. Mantenlos ocupados. La ociosidad es la madre de todos los vicios y todo eso. Sé que sabes a qué me refiero.

—Sí —comentó Will. Lo sabía demasiado bien.

Terminó el corte rápidamente, le roció el cabello con un espray de brillo y le quitó el peinador con una floritura.

El segundo cliente de la agenda era el agente novato Reggie Nash, que hacía poco que se había unido al Departamento de Policía de Cinnamon Falls como patrullero. Estaba muy verde y mostraba entusiasmo. Demasiado entusiasmo. Y Will pensaba utilizarlo en beneficio propio.

Siempre atendía con finura la petición de Reggie de que le hiciera un degradado bajo y el joven se pasaba el resto de la cita hablando sobre su ambición de conseguir un puesto de detective. Will no sabía si Reggie estaba al tanto de su amistad con Jesse, pero prefirió guardarse esa información para sí mismo. No solía tener muy a

menudo a su merced a un agente de policía que no se mostrara suspicaz. Tal vez pudiera conversar con él y conseguir que le contara algo sobre la investigación.

—¿Qué te parece el trabajo por el momento? —le preguntó mientras ajustaba la altura de la silla. A través del espejo, se percató de la sonrisa del joven.

—Está muy bien, colega. La jefa Raines es algo intensa, pero es mucho mejor que poner multas por todo Main Street, eso sin duda.

Con un zumbido de la maquinilla, Will le trazó una línea definida en torno a las sienes y le quitó el pelo cortado que le había caído sobre la cara. Después lo presionó un poco más.

—He oído que, desde el sábado, estáis todos trabajando más horas que un reloj.

Reggie exhaló.

—Sin duda. Estamos haciendo turnos dobles para seguir todas las pistas, pruebas y rumores que circulan por el pueblo. La gente no deja de llamar por teléfono para hablarnos de fantasmas y de un supuesto pasadizo secreto debajo del laberinto de setos. —Soltó una carcajada—. Cinnamon Falls se ha convertido en un episodio de *Dateline*.

—¿Y qué es lo que se comenta por ahí? —le preguntó él, directo al grano—. ¿Estáis a punto de resolverlo?

Reggie miró a Will a través del espejo y se apartó el peinador del cuello.

—Eso creemos. Esta noche vamos a arrestar a alguien.

Will se quedó callado y dejó la mano quieta a mitad del degradado.

—¿De verdad?

—Sí —contestó el otro hombre—. La jefa dice que para el fin de semana debería estar patrullando de nuevo.

Will siguió cortándole el pelo con cuidado y lentitud mientras asimilaba aquellas palabras.

—¿Ya quién vais a arrestar?

Reggie se puso tenso.

—No puedo decírtelo. Ya sabes…, protocolo.

Will asintió a través del espejo, intentando restarle importancia. Si estaban a punto de arrestar a alguien, eso significaba que habían resuelto el caso. La investigación iba más rápido de lo que había imaginado. Tal vez Jesse, Chambers y Raines fueran muy buenos y él estuviera más cerca de recuperar a su hija. Arrestar a alguien significaría que el pueblo podría pasar página. Morgan y sus padres también.

Terminó el corte y sacudió el peinador con un golpe seco.

—Supongo que estaré pendiente por la mañana cuando Charlie Kent pase a repartir los periódicos.

Reggie sonrió.

—Tú y todos.



Cuando llegaron las ocho y media, Will se encontraba subiendo los escalones delanteros del Daffodil Inn. No sabía si eran los nervios o la noche primaveral pegajosa lo que estaba haciendo que sudara. Se pasó un ramo de narcisos de una mano a la otra antes de secarse las palmas con los pantalones.

Había escogido un conjunto sencillo; uno con el que no podía equivocarse: pantalones chinos negros ajustados a juego con una camisa negra y una americana. Los botones dorados hacían juego con el reloj de oro que asomaba por debajo de la camisa entallada. Llevaba la barba recién delineada y las rastas, que habitualmente lucía sueltas, recogidas en la parte trasera de la cabeza con una goma. Aun así, cuando la puerta se abrió de par en par, sintió que no estaba en absoluto preparado.

En el umbral de la puerta del Daffodil Inn se encontraba un desconocido. Era alto, estaba tenso y, sin duda, plantado en medio de su camino. Entrecerró los ojos azules y lo miró de arriba abajo. Medían casi lo mismo: Will era más alto por muy poco.

El desconocido bajó la vista hacia las flores y, con tono inquieto, le preguntó:

—¿Te has perdido?

—No —contestó él con calma, cuadrándose de hombros—. He venido a buscar a Morgan.

No detectó ninguna emoción en el rostro del otro hombre, pero sí vio cómo se le crispaba un músculo de la mandíbula.

—¿Tenéis planes para esta noche?

Will frunció el ceño levemente, pero mantuvo la compostura. ¿Desde cuándo habían contratado guardias de seguridad en la pensión?

—Así es.

—Bien —respondió él mientras echaba un vistazo a la escalinata por encima del hombro—. Bajará en un minuto.

Como si la hubiera convocado el destino, la voz de Morgan llegó flotando por el pasillo.

—¿Es Will?

El guardia de seguridad se apartó justo cuando ella aparecía por lo alto de las escaleras. Tenía el aspecto de ese tipo de mujer que los hombres recuerdan toda la noche en los bares. Will sintió que el aliento se le atascaba en la garganta y supo que aquella imagen se le quedaría grabada en el recuerdo durante el resto de sus días.

El vestido índigo se aferraba a las curvas de Morgan en los puntos exactos, le ceñía la cintura, le caía hasta justo por encima de los tobillos y tenía una abertura de buen gusto que permitió que Will le atisbara el muslo. Llevaba las trenzas recogidas en un moño alto y varios mechones sueltos que, con estilo, le enmarcaban el rostro en forma de corazón. Mientras bajaba las escaleras con un contoneo, unos sencillos pendientes de oro con forma de lágrima reflejaron la luz. El pintalabios color merlot hizo que se le secara la boca.

A Morgan se le sonrojaron las mejillas ante su gesto de estupefacción y, cuando llegó al último escalón, sonrió.

—¿Los has rescatado del río? —le preguntó mientras miraba los narcisos con una carcajada asomándole entre los labios.

Aturdido, Will asintió y al fin recuperó la voz.

—Recién cortados del jardín de mi padre. Estás… impresionante.

«Impresionante» jamás podría estar a la altura de lo que sentía por dentro. A cada segundo que pasaba, notaba una presión mayor en el pecho y apenas podía respirar.

—Gracias —dijo ella con una voz tan melosa como el sirope. Extendió las manos hacia las flores y sus dedos se rozaron cuando se las entregó, lo que hizo que se sintiera como si estuviera a punto de explotar—. Qué arreglado, señor Reed.

—Divertíos —los interrumpió la voz del guardia de seguridad, que sonó como si alguien estuviera arañando una pizarra con las uñas.

Will incluso se había olvidado de que estaba allí de pie. Su tono fue agradable pero tenso, y él sabía exactamente lo que eso significaba. Entre hombres, había un código que les permitía saber cuándo una mujer ya estaba en una relación con otra persona. Era una suerte que él hubiese sido el primero en pedirle una cita a Morgan. Le dedicó al tipo una sonrisa cómplice y tomó la mano extendida de ella.

—Lo haremos —dijo mientras la conducía hacia el exterior. Al hacerlo, captó su aroma magnético: algo cálido, vainilla, especias y un toque floral intenso. Irresistible.

Will presionó el mando de su Eldorado del 59 y las luces delanteras atravesaron el patio, bañándolos en una luz suave. La elegante pintura negra cromada del coche casi brillaba en medio de la noche.

Morgan se detuvo.

—¿Es tuyo?

—Es el primer coche clásico que compré con mi propio dinero —contestó él mientras le abría la puerta del copiloto—. He pensado en desempolvarlo esta noche para una ocasión especial.

Ella se subió mientras soltaba una carcajada suave.

—¿Así que se trata de una ocasión especial?

—Desde luego.

«Más de lo que crees», dijo para sus adentros.

Tras cerrar la puerta de Morgan con suavidad, rodeó el vehículo hasta el asiento del conductor. Ella estiró el brazo para abrirle la puerta y Will se sentó a su lado.

Mientras el motor rugía, Morgan lo miró, sonriendo.

—¿Estás listo?

Él metió la marcha sin apartar la mirada de ella para memorizar cada centímetro de su cuerpo.

—Desde hace tiempo.

Salió del camino de entrada y dejó al desconocido en el umbral de la puerta, furioso.



Para ser miércoles por la noche, había una cantidad considerable de gente en Prime Society. El último restaurante de lujo especializado en carnes de Asheville tenía una lista de espera para las reservas más larga que su brazo, pero después de que su padre y él se hubiesen encargado del paisajismo de la parte frontal, le había pedido un pequeño favor al propietario: que, si alguna vez lo necesitaba, lo pusiera el primero de dicha lista. Aquella noche se había cobrado aquel favor.

El aparcacoches adolescente se quedó boquiabierto cuando pararon frente al restaurante y bar de cócteles. Will sonrió de medio lado cuando el chico abrió los ojos de par en par al ver su coche. Eldorado era elegante, estaba abrillantado a la perfección y tenía unos alerones traseros y unos detalles cromados pulidos que resplandecían bajo las farolas como si el vehículo fuese la mismísima medianoche sobre ruedas.

Tras tropezar con sus propios pies, el aparcacoches tomó la manilla de la puerta y soltó un silbido grave de impresión.

—Señor, este coche es… Guau. ¿Es una restauración?

Will se bajó con lentitud mientras se colocaba bien la manga de la americana.

—Las piezas son originales. La pintura es personalizada. Lleva varias mejoras.

El chico asintió, anonadado.

—Es el coche más bonito que he aparcado jamás.

—Si le haces el más mínimo rasguño, me daré cuenta —le advirtió él mientras le lanzaba las llaves.

Will rodeó el vehículo en dirección al lado de Morgan y abrió la puerta, desvelando el número principal. Cuando ella se bajó, al aparcacoches se le desencajó la mandíbula. Su vestido destellaba bajo las luces de la entrada y le ceñía cada una de las curvas con una elegancia sofisticada. El chico pasó la vista varias veces entre ambos, como si estuviera viendo una película.

Will le ofreció el brazo a su cita y le guiñó un ojo.

—Vamos a darles de qué hablar.

Oyó el motor del Eldorado mientras ronroneaba de camino al aparcamiento subterráneo.

—Una reserva a nombre de Reed —le informó a la recepcionista que se encontraba junto a la puerta. Ella asintió sin mediar palabra, como si hubiera estado esperando a que llegaran.

Los tacones de Morgan repiquetearon sobre el suelo de baldosas mientras la mujer los guiaba entre cuerdas de terciopelo y un puñado selecto de mesas poco iluminadas hasta sentarlos en un reservado.

El moderno interior de hormigón pulido resplandecía con detalles en nogal negro, la luz titilante de las velas y los bordes dorados de los menús. De fondo, se oía el murmullo suave del *jazz* en directo. Un muro de cristal ofrecía una vista panorámica de Juniper Heights, que centelleaba en la distancia bajo las estrellas. No era Atlanta o cualquier otra gran ciudad; no se trataba más que de un grupo de edificios apilados, pero había supuesto que a Morgan le gustarían las vistas de todos modos.

Le apartó la silla y esperó hasta que estuvo acomodada para sentarse enfrente de ella. Estaba absolutamente radiante. La luz de las velas danzaba sobre su piel, captando el sutil brillo de sus

pómulos altos y de sus clavículas bien definidas. Se dio cuenta de que tenía un lunar justo debajo del hueso. Decidió que, si alguna vez tenía la oportunidad de acercarse tanto, sería el primer lugar en el que la besaría.

De pronto, la deseó con todas sus fuerzas.

—Me estás mirando fijamente —dijo Morgan desde detrás del borde de su copa de agua.

Will alisó la servilleta que tenía sobre el regazo para distraerse con algo.

—Tan solo intento adivinar cómo demonios tengo tanta suerte de poder estar aquí ahora mismo contigo.

Ella puso los ojos en blanco mientras jugueteaba con el tallo de la copa.

—¿Tener esa labia te funciona con todas?

—Solo con la que lleva vestidos violetas y hace que todo el restaurante se gire para mirarla.

—Eres un canalla —dijo Morgan con una sonrisa de medio lado mientras apartaba la vista, cohibida.

—De la mejor calaña.

—Hablando de gente que causa problemas…, ¿has descubierto algo más sobre Eleanor? —preguntó ella mientras se erguía en su asiento. El tono juguetón desapareció de su voz y fue sustituido por un toque de curiosidad—. El otro día hablé con Frankie Templeton y me contó que Eleanor pensaba que la estaban siguiendo.

Will se inclinó hacia atrás, sorprendido.

—¿Que la estaban siguiendo? ¿Quién?

Morgan se encogió de hombros y pasó el dedo en círculos sobre las gotitas de condensación de su copa antes de dar un trago.

—Frankie no me lo dijo; tan solo me dijo que estaba asustada. —Un escalofrío le recorrió los brazos, así que se los frotó con energía —. Eleanor no tenía demasiadas amistades, pero no me imagino a nadie del pueblo matándola.

Will frunció el ceño, pensando a toda velocidad y adelantándose a los acontecimientos.

—En The Toasted Pecan, la señora Hargrove me dijo que era amiga de los bibliotecarios. Me contó que incluso había una placa con su nombre en la puerta.

Morgan asintió con una carcajada seca.

—En la sala de los archivos, ¿verdad? Presumía de ello de forma constante, como si fuera la dueña del edificio o algo así. El lunes me dijiste que ibas a pasarte por allí. ¿Qué encontraste?

Will se inclinó hacia ella.

—Eleanor había estado investigando las donaciones de la última campaña electoral del alcalde Lyons.

Morgan frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Su nombre era el último de la lista de personas que habían consultado el tomo que estaba leyendo y la fecha era de dos semanas antes del festival de primavera.

Ella bajó la vista a la mesa, como si la madera ocultara las piezas del puzle que les faltaban.

—Frankie me contó que Eleanor se había fijado en que alguien la estaba siguiendo. Debió de ser justo después de que viera esos registros. —Bajó la voz hasta que no fue más que un susurro—. ¿Pero por qué iba a seguir interesada en Asad Lyons a esas alturas? Lo atraparon con las manos en la masa.

—Debía de ser algo importante para ella —contestó Will.

—¿Lo bastante como para que la mataran? —preguntó Morgan, a la que se le escaparon las palabras de entre los labios temblorosos.

Él aferró el borde de la mesa con más fuerza.

—No dejo de pensar en que había alguien por ahí, vigilándola mientras estaba con mi hija. Podrían haberle hecho algo a Angel. Si hubieran… —Se interrumpió a sí mismo, pues no estaba dispuesto a darle forma a ese pensamiento. La ira le destelló en el pecho, oscura e incontenible.

Morgan estiró el brazo al otro lado de la mesa, apoyó las manos sobre la superficie y le rozó la suya con los dedos para calmarlo.

—Vamos a poner algunas reglas básicas para esta velada —dijo

con firmeza—. No volveremos a hablar sobre Eleanor o la pensión. Vamos a olvidarnos de todo solo por una noche.

Will exhaló poco a poco y después hizo ademán de cerrarse los labios con una cremallera invisible.

—Tus deseos son órdenes.

La camarera, Brianna, regresó para tomar nota de la comanda. Will se decantó por el entrecot poco hecho con mantequilla de chimichurri y guarnición de gratén de patatas con una salsa cremosa de ajo y queso de Asiago. Morgan optó por la lubina chilena con glaseado de miso y col china salteada. Compartieron un plato de coles de Bruselas crujientes y macarrones con queso y langosta. Él pidió un cóctel *old fashioned* con un toque ahumado de madera de cerezo y ella, un margarita de mora y tomillo. Iba a juego con su vestido. Para cuando les llevaron los platos, los nervios y el coqueteo se habían transformado en algo más tranquilo.

—Bueno, háblame de ti —dijo Morgan mientras le daba vueltas al tenedor en el borde del plato—. Sé que Angel es todo tu mundo, pero… ¿qué hay de su madre? ¿Cuál es la historia?

Will tensó la mandíbula mientras mordía un delicioso trozo de entrecot. Se lo tragó con ayuda del *whisky* añejo, que al pasarle por la garganta le provocó un ardor cálido.

—Fuimos pareja durante el instituto. Inseparables… hasta que dejamos de serlo.

No quería explayarse. Quería volver a hablar de ella y de por qué creía que las Tortugas Ninja podrían vencer a los Power Rangers. Tenía un argumento muy bueno y válido: «¿Cuatro tortugas parlantes que resultan ser unos puñeteros *ninja* criados por su anciano padre soltero, que es una rata, frente a un puñado de adolescentes a los que les cuesta quince minutos transformarse? Ni siquiera es una pelea justa. Las tortugas van a machacarlos y, justo después, van a comerse una *pizza* de *pepperoni*».

Ella se estiró para meterse en la boca un puñado de macarrones con queso y langosta. Will se obligó a seguir hablando y retomó el tema de conversación. Cuando hablaba, Morgan no lo presionaba.

Se limitaba a asentir mientras lo escuchaba. Era muy fácil hablar con ella. Probablemente podría lograr que admitiera los deseos más ocultos de su corazón. Lo único que tendría que hacer sería mirarlo con esos ojos marrón caramelo y él se derretiría entre sus manos. La flecha de Cupido le había atravesado el pecho.

—Tanya era como una fuerza de la naturaleza en mi vida. —Will sonrió, con el recuerdo de su amor con Tanya regresando vivido y lleno de color; su vida desplegándose en memorias que había guardado durante años—. Cuando estábamos en el instituto, era más inteligente de lo que yo jamás habría podido deseado ser. También era más perspicaz que yo, tanto a nivel académico como de ingenio. Yo odiaba las clases y no me preocupaba ni por asistir ni por terminar los estudios. Ella vio algo en mí que, en aquel momento, yo no fui capaz de ver por mí mismo. Cuando estaba a punto de marcharse a la universidad, al fin decidí poner mi vida en orden. No podía perder lo mejor que me había pasado jamás.

Morgan dio un trago a su cóctel y Will nunca había deseado ser una copa de margarita más que en ese momento. Sacudió la cabeza para deshacerse de esa idea y prosiguió.

—Pasábamos los veranos juntos y jamás habíamos sido tan felices como cuando llegó Angel. Al fin tenía alguien por quien seguir viviendo. —Hizo una pausa. Odiaba aquella parte, revivirla era lo peor de todo—. Se vio involucrada en una colisión con fuga. Una noche, un imbécil le dio por detrás en un semáforo, lo que le provocó una protuberancia en uno de los discos de la columna… La mayoría de las noches apenas podía moverse. —Se quedó muy quieto—. Entonces llegaron los analgésicos. Al principio fueron su salvación. Podía soportar la lesión. Durante aquellos días volvimos a bailar, algo que hacía mucho tiempo que no habíamos vuelto a hacer. Pero no tardó mucho en volverse… —Tragó saliva, esforzándose por terminar la frase— adicta.

»Un martes por la mañana, el *sheriff* vino a mi casa y me dijo que, si no hubiera sido por un buen samaritano, Tanya se habría metido en una intersección llena de coches con Angel en el asiento

de atrás. —Morgan ahogó un grito mientras se llevaba los dedos temblorosos a los labios—. Nos separamos. Obtuve la custodia individual de nuestra hija y, poco después, me mudé a Cinnamon Falls. —Tomó aire—. Ahora Tanya está mejor. Lleva diez meses limpia. Sé que está intentando hacer lo correcto por Angel y, cuando yo pasé por una mala racha, fue ella la que me tendió la mano, así que me siento en la obligación de hacer lo mismo por ella aunque ya no estemos juntos.

Morgan exhaló.

—No debió de ser fácil —dijo con tono amable.

—No lo fue. Sigue sin serlo.

Will suspiró. Dio otro trago de su bebida y volvió a sentir aquel ardor familiar. ¿Cuántas noches había pasado en aquel entonces ahogando las penas en licor? Demasiadas como para contarlas. Dejó el vaso sobre la mesa. No pensaba volver a eso.

—Tanya sabe que nuestra prioridad es Angel. Los fines de semana que no tengo club de jardinería, hago el esfuerzo de ir hasta Macon. Nunca permitiría que algo me lo impidiera.

Morgan entrechocó las uñas contra la copa.

—Y lo respeto. Es admirable después de todo por lo que has pasado. Parece que has tenido una buena dosis de decepciones.

Will al fin alzó la vista. Eso era quedarse corto.

—¿Y qué hay de ti?

Morgan soltó una carcajada seca.

—Yo también. Mentirosos, tipos que te hacen *ghosting*, hombres que dicen una cosa cuando, en realidad, hacen todo lo contrario… Tan solo quieren una cosa, pero fingen ser románticos y comprensivos durante unas dos semanas.

Lo miró durante un instante fugaz y Will se irguió en el asiento. No estaba fingiendo. Tenía muchos más gestos románticos que ofrecerle a la mujer adecuada. Y tenía la esperanza de que esa mujer estuviera sentada frente a él.

—El último casi me hizo creer en el felices para siempre. —Morgan hizo un gesto, separando el pulgar y el dedo índice lo más

mínimo—. Entonces, en mitad de una noche, me llamó por error. Entre semana suelo tener el teléfono en modo «No molestar», así que le saltó el buzón de voz. —Bajó la vista hacia el mantel. Will se preparó para oír el resto de la historia—. Digamos que escuché todo lo que de verdad pensaba de mí. Todo lo que me había hecho creer era mentira. Tan solo estaba intentando que mordiera el anzuelo, engañándome hasta poder conseguir lo que quería. —Se encogió de hombros de un modo que hizo que pareciera fingido, como si aquel recuerdo no fuera más que otra caja que había enterrado al fondo del armario—. Esa fue la última vez que me permití caer en la trampa de los que hablan mucho sin hacer nada. Ahora me fijo en lo que hace un hombre y no en lo que dice.

Will sintió un ardor que le recorría el cuerpo y se le retorcía en las venas. No podía imaginar que nadie pudiera hacerle daño a Morgan, y menos a propósito. Le dio un golpecito a la servilleta que ella tenía enfrente.

—Escríbeme su nombre.

—¿Para qué?

—Conozco a gente que puede hacerle una visita. Quizá unos cuantos golpes contra la acera lo enderecen. O, tal vez, unos buenos zapatos de cemento… —bromeó él.

Morgan soltó un bufido burlón, tratando de contener la risa. Justo en ese momento a Will le sonó el teléfono, que vibró sobre la mesa y llamó la atención de ambos. No reconoció el número, así que presionó el botón de «Ignorar».

—No me gustaría ser demasiado atrevido, Morgan, pero quiero ser claro contigo. Sé que llevo una carga grande…

—Adoro a Angel —intervino ella rápidamente mientras sacudía la cabeza como si tener una hija no fuese para tanto.

Había mujeres que pondrían el grito en el cielo si él se atreviera a mencionarles el hecho de que tenía una niña. Pero Morgan ni siquiera se inmutó. Notó que una sonrisa le asomaba desde el interior. Las mariposas del estómago empezaron a revolotearle a velocidad doble. Tenía que soltarlo ya o perdería el valor de hacerlo.

—Quiero conocerte mejor, y no solo como amigo. No puedo prometerte que vaya a ser el hombre perfecto, pero mereces ser feliz y tener a alguien que te haga sentir a salvo; alguien en quien puedas confiar.

Sus miradas se encontraron sobre la mesa y, durante un instante, el sonido que los rodeaba se desvaneció. Entre ellos se produjo un intercambio silencioso. Tal vez se tratara de reconocimiento, de haber sobrevivido al dolor o de un instante de bajar la guardia con cautela.

Ella asintió con lentitud, como si hubiera estado asumiendo sus palabras, reconociendo en silencio que, por primera vez, lo había visto de verdad. Entonces dijo las palabras que Will llevaba esperando oír desde que la había conocido.

—Estoy abierta a ello.

Justo en ese momento, una figura dobló la esquina y los sacó de aquel instante. Cuando levantó la cabeza, se encontró con un tipo al que no había visto nunca antes.

—Buenas noches —dijo con soltura y un tono de voz cargado de encanto.

Era un hombre de espalda amplia ataviado con un traje caro azul marino. Una mujer curvilínea con un vestido rojo y ceñido se aferraba a su brazo. Will chasqueó la lengua cuando reconoció su rostro sonriente: Amanda Jenkins. Ella le dedicó una sonrisa leve pero petulante y Will puso los ojos en blanco.

—Creo que no nos conocemos —dijo el hombre mientras le tendía la mano—. Max Greaves.

Will no pudo evitar fijarse en el reloj de pulsera de la marca Audemars Piguet que llevaba. Aquel tipo iba paseándose por ahí como si nada con un reloj en la muñeca que costaba más que una casa. Se puso en pie y le estrechó la mano. Ambos apretaron con firmeza.

—William Reed.

—Ah, el célebre Will Reed, un tercio de Reed & Roots. —La sonrisa de Max deslumbraba, mostrando una fila de dientes

perfectos—. Solo he oído elogios. ¿Cómo va el negocio?

—Estupendamente —contestó él sin explayarse—. ¿Y el suyo? —Añadió, señalando el reloj.

—Max es el dueño de este local —intervino Amanda mientras le pasaba las manos por la solapa de la americana.

—Bueno… —Titubeó el hombre—. Soy el dueño del casino que está al otro lado del edificio.

Will frunció el ceño.

—Pensaba que el dueño de Prime Society era Greg Jenkins.

—Greg es el administrador de la propiedad. Yo soy el dueño. —Max le guiñó un ojo—. Ya sabes cómo funciona esto. No puedo estar en tantos sitios a la vez. —Antes de que Will pudiera responder, el hombre llamó a una camarera—. ¿Serías tan amable de traer una botella del mejor champán a esta mesa? Es evidente que están celebrando un nuevo amor.

La camarera se apresuró. Cuando miró a Morgan, Will se dio cuenta de que estaba enojada y tenía la mirada fija en Max.

El hombre se inclinó un poco hacia ella.

—Recuérdales a tus padres que la fecha límite es el viernes. Odiaría tener que tramitar el papeleo sin su consentimiento. —Volvió a erguirse con una sonrisa satisfecha y se giró para marcharse.

Amanda Jenkins miró a Will de pies a cabeza, largo y tendido, mientras la sonrisa se le retorcía como el humo. Él no se movió. Observó cómo se pegaba a Max y luego ambos se alejaron de allí sin mirar atrás.

Will volvió a relajarse sobre el asiento y Morgan exhaló con lentitud.

La camarera regresó en un abrir y cerrar de ojos con una botella helada de champán de etiqueta rosa dentro de un cubo.

—Por cuenta de la casa —dijo—. Que la disfruten.

Al principio, Will y Morgan se quedaron mirándose el uno al otro con incredulidad, pero él no estaba dispuesto a desperdiciar una bebida gratis. Alzó el vaso, regresando al momento que les habían arrebatado. Entrechocaron las copas sin dejar de mirarse a los ojos y

dieron un trago.

—Ya sé que hemos dicho que hablar de la pensión estaba prohibido, pero ¿quién era ese tipo? ¿Y por qué ese recordatorio ha sonado como una amenaza?

Morgan suspiró.

—Maximillian Greaves, un promotor inmobiliario que está empeñado en hacerse con el negocio de mis padres.

—Un momento. Entonces, ¿van a vender la pensión? No quería husmear, pero ¿a eso se refería cuando ha mencionado una fecha límite?

Ella asintió.

—Se lo están pensando. —Contestó mientras miraba la mesa—. Les ha hecho una oferta para comprar la totalidad de la pensión y construir algo llamado «Cinnamon Waters», un complejo turístico de lujo que, al parecer, ya está en marcha. Mi madre está furiosa conmigo porque quiero que se lo piense. —Le estás pidiendo que venda el trabajo de toda una vida. Morgan soltó un bufido.

—¿Has entrado en las redes sociales? ¡Hay una petición para boicotear el Daffodil Jubilee del año que viene! Es el principal evento de la temporada. Sin él, están perdidos, Will. ¿No es mejor que minimicen las pérdidas?

Él se recostó en su asiento.

—¿Y rendirse?

Morgan negó con la cabeza.

—Cameron se ha ofrecido a ayudarlos con el proceso. Trabaja en el sector inmobiliario. Al menos, puede asegurarse de que no estén aceptando un trato injusto.

«Cameron». Will ya le había oído ese nombre a Jesse. Morgan prosiguió.

—Perdón. Me refiero al tipo que te ha abierto la puerta. Es el sobrino de Eleanor. Va a quedarse por aquí hasta que finalice la investigación.

—Ya veo —respondió Will, que contuvo la respiración ante la siguiente afirmación.

—Un tipo encantador —añadió ella.

«Así que encantador, ¿eh?», pensó. Se preguntó qué palabras utilizaría para describirlo a él cuando no estuviera presente. Con todo lo que había ocurrido, se había olvidado por completo de Don Desagradable. Estaba bien poder ponerle nombre a ese rostro.

—Muy bien, dejemos de hablar de cosas serias. Vamos a cambiar de tema.

A Will le gustó esa sugerencia.

—De acuerdo. Dime algo que no sepa sobre ti.

Morgan contestó casi de inmediato.

—Me expulsaron en secundaria por pelearme con alguien. Estuvo a punto de atragantarse con la bebida. ¿Morgan? ¿Peleando?

—No…

—Sí. Un día una chica llamada Ruth Evers le dijo a toda la clase que iba vestida como un dinosaurio morado. Yo le dije que olía a comida de perro húmeda. Las cosas se nos fueron de las manos rápidamente.

—Tal vez solo tuviera envidia de lo bien conjuntada que ibas —comentó él entre risas.

—Y estaba en todo su derecho, porque estaba guapísima. —Will seguía riéndose cuando ella añadió—: Te toca.

Él decidió tomar un camino diferente.

—Escribo poesía —espetó de golpe.

Lo cierto era que, desde el instituto, no había escrito nada en papel, pero era lo último que recordaba haber amado más allá de cortar el pelo o enterrar los dedos en la tierra.

Morgan apoyó los codos en la mesa.

—¿Tú? ¿Don Tipo Duro? —Estiró el brazo y le dio un apretón en el bíceps por encima de la camisa.

—Shakespeare habría llorado de emoción —bromeó él, deseando sentir de nuevo la calidez de sus dedos sobre el cuerpo—. Mi segundo nombre es Romeo.

Ella se recostó sobre la silla y pasó un brazo por detrás del respaldo. Con sus ojos seductores, lo miró de arriba abajo,

hambrienta.

—Dispara, Romeo.

Will sonrió de oreja a oreja.

—Vas a tener que aguantarme el tiempo suficiente como para ver si sigo teniendo ese don.

Su móvil vibró sobre la mesa. Otro número desconocido. Aquella tarde había dejado a Angel en casa de Elijah y Renee. Si hubiese algún problema, no lo llamarían desde un número privado. Le dio vueltas a todas las posibilidades, pero volvió a presionar el botón de «Ignorar».

La camarera se acercó a ellos y les tendió la carta de los postres.

—¿Algo que les llame la atención? —le preguntó a Morgan con la *tablet* dispuesta para anotar la comanda.

—La tarta de queso, con un extra de fresas.

Miró a Will, pero su teléfono estaba vibrando por tercera vez, lo que lo sacó de la conversación.

«¿Qué estaba pasando?».

—Perdonad —murmuró antes de contestar la llamada—. ¿Dígame?

Se produjo un silencio y, entonces, oyó una voz temblorosa.

—¿Señor Reed? Soy Caleb. Estoy en la comisaría y me han… arrestado y no… sé qué hacer. —Al otro lado de la línea el chico sonaba asustado.

A Will se le cayó el corazón a los pies. Se levantó de forma abrupta y la silla chirrió contra el suelo. En el vientre le floreció una ira que no había vuelto a experimentar desde primaria.

—¿Qué ha ocurrido? —Rugió.

—Dicen que la maté yo, ¡pero juro que no lo hice! Por favor, señor Reed, ¿puede venir a buscarme? ¡No puedo pasar aquí toda la noche!

El corazón le palpitaba con fuerza y el cerebro se le llenó de ruido blanco. Sentía un cosquilleo eléctrico en los dedos.

—Voy para allá —contestó con los dientes apretados. Con la mirada preocupada, Morgan también se puso en pie—. Lo siento,

tengo que marcharme. Uno de mis chicos se ha metido en problemas.

—Claro. Márchate.

Will rebuscó su cartera y dejó la tarjeta de crédito sobre la mesa.

—Pide lo que quieras, ¿de acuerdo? Llama a un taxi para que te lleve a casa. Te lo compensaré, te lo prometo.

Morgan sonrió, demasiado amable y comprensiva. Will quiso pegarse a sí mismo mientras salía de Prime Society a toda velocidad y se adentraba en la noche primaveral.

La siguiente persona a la que iba a darle un puñetazo por arruinar la velada de sus sueños era Jesse Shaw.

Capítulo 21
Morgan

Morgan no lloró cuando la camarera tomó la tarjeta de Will con una mirada pesarosa que decía todo lo que ella ya temía: «Pobrecilla, no debía de gustarle tanto».

No lloró cuando la camarera regresó con el filete de consolación por daños morales que había pedido, pulcramente empaquetado para llevar con la lástima oculta entre las esquinas plegadas de la bolsa.

No lloró cuando Nia fue a recogerla a Prime Society, el restaurante más elegante en el que había estado jamás, con gruesos manteles blancos, suelos de mármol resplandeciente y una selección de vinos tan larga que contaba con su propia carta encuadernada en cuero.

No lloró cuando se dio cuenta de que había vuelto a perder el tiempo. Se había puesto su mejor vestido, una prenda que había estado reservando para una ocasión especial: la boda de Nia. Incluso se había puesto rulos calientes en las trenzas para conseguir unos rizos voluminosos y con movimiento. Se había depilado las axilas. ¡Y hasta las piernas, por el amor de Dios!

No lloró mientras esperaba delante del restaurante, bajo el cartel de neón, con la mirada del aparcacoches clavada en el lateral. Los tacones hacían que le dolieran las plantas de los pies y, cada

segundo que pasaba allí, recibía una amonestación en forma de pinchazo de la vergüenza.

Ni siquiera lloró cuando vio que el sedán de Nia atravesaba el aparcamiento y estaba a punto de chocar contra el bordillo antes de frenar junto a ella con brusquedad.

Sin embargo, en cuanto se subió al asiento del copiloto y la suave luz del interior menguó sobre su cabeza, algo se derrumbó en su interior. Los dedos le temblaban mientras se ponía el cinturón de seguridad y no fue capaz de encontrar la hebilla. La barbilla también le temblaba, amenazante. Se quedó sin aliento. Y entonces se le escapó el primer sollozo, que le rasgó el pecho. Fue puro y violento, como si le hubieran dado un puñetazo en el vientre.

Nia no dijo nada. Estiró el brazo frente al salpicadero, le quitó con cuidado el cinturón de las manos temblorosas y lo encajó en su sitio con un clic. Después, arrancó sin mediar palabra mientras Morgan se quitaba los zapatos, se llevaba las rodillas al pecho y lloraba.

No se atrevió a volver la vista hacia el restaurante. No podía. Vio su elegante fachada menguando en el retrovisor hasta perderse de vista por completo como si fuera una broma de mal gusto.

La noche había comenzado con mariposas y una charla animada y había acabado en silencio, lágrimas y el aroma de la cena de consolación emanando desde el suelo del asiento del copiloto.

Su mejor amiga estiró el brazo y entrelazó los dedos con los suyos.

—Me gustaba… mucho —susurró con la respiración entrecortada —. Pensaba que lo estábamos pasando bien —hipó.

Tal vez se había equivocado.

Tal vez lo había malinterpretado.

Tal vez a él no le gustara tanto como le había dicho.

Tal vez fuese lo bastante memorable, lo bastante graciosa y lo bastante sexi, pero no lo bastante merecedora de llegar hasta el final de la cita.

Aquel pensamiento hizo que se sumiera en una espiral de

angustia. Le quemó detrás de los párpados y la garganta. Encorvó los hombros y todo el cuerpo se le plegó sobre sí mismo mientras se le escapaban más lágrimas.

—Odio llorar —masculló, sintiéndose más tonta a cada segundo que pasaba y avergonzada por darle tanta importancia. Avergonzada de que una sola cita (o media) fuese suficiente para que su corazón se precipitara en caída libre por un hombre al que apenas conocía.

Pero no se trataba de una sola cita. Se trataba de todas ellas. De todas las veces que se había atrevido a creer que la otra persona tal vez se quedara en su vida; que quizá, por primera vez, alguien la escogiese a ella. Había abierto una rendija de su corazón, solo un poco, y aquel había sido el resultado.

«Otra vez», le gritó su cerebro. ¿Cuándo iba a aprender?

—¿Quieres hablar de ello? —le preguntó Nia con suavidad mientras le masajeaba la mano con el pulgar para calmarla, dibujando círculos con lentitud.

Morgan negó con la cabeza mientras la vergüenza se le asentaba en los huesos. Se sentía demasiado humillada como para querer revivir los últimos treinta minutos de su vida. Lo único que quería era hacerse un ovillo en la cama con un trozo de tarta de queso y ver reposiciones de sus comedias favoritas con las risas enlatadas que no requerían de su participación.

Además, su silencio no era solo cosa de Will y todos los otros hombres que habían pasado por su vida antes que él.

A lo largo de los últimos años, se había convencido a sí misma de que no estaba buscando nada serio; de que estaba demasiado ocupada con las programaciones didácticas y los objetivos SMART y de que su corazón se encontraba perfectamente. Pero, en el fondo, sabía que no era así. Había querido volver a creer en algo real, y ahora se sentía idiota por haberlo intentado y haber creído que algo como el amor, que tanto te cambia la vida, podía pasarle a alguien como ella.

—¿Quieres que le pegue? Porque puedo. Últimamente Jesse me ha dejado acompañarlo a sus entrenamientos de las seis de la

mañana, y déjame que te diga una cosa; ahora mismo estoy fuerte como un toro. —Nia apartó la mano de la suya y flexionó el brazo—. Un puñetazo en la nariz y lo dejo fuera de combate, te lo prometo.

Morgan sonrió con tristeza. La imagen mental de la dulce Nia pegándole a alguien era hilarante, pero el gesto era bonito. Tendría que haberla hecho reír, pero no tenía fuerzas para soltar una sola carcajada. Nada era gracioso en absoluto. Ya no.



Cuando Nia le sugirió que se tomaran un *whisky sour* en Redfern Tavern para que ahogara las penas antes de volver a casa, Morgan aceptó. Una copa a regañadientes se había convertido en tres, así que estaba borracha y se sentía mucho mejor. No sabía cómo se encontraría por la mañana, pero, en ese momento, lo único que tenía en mente era conseguir subir trece escalones y tirarse de cabeza a la cama.

Morgan había esperado encontrar el Daffodil Inn sumido en la tranquilidad de la noche. Había creído que la recibiría un silencio absoluto y que, como mucho, oiría el murmullo suave del frigorífico o las uñas de Daphne repiqueteando sobre el suelo de madera mientras se dirigía a la puerta para recibirla.

Sin embargo, acababa de pasar la medianoche y el resplandor inesperado que surgía de la cocina hizo que se detuviera de golpe. Dobló la esquina y se encontró a sus padres sentados en la isla de la cocina de estilo rústico, lo que hizo que sintiera un destello de ansiedad recorriéndole la columna vertebral.

«Mierda».

El aroma profundo del café recién hecho le indicó que sus padres llevaban despiertos bastante rato. Su madre envolvía con ambas manos la taza resquebrajada que Morgan había decorado en primaria, hacía ya mucho tiempo. La pintura morada se había desteñido tiempo atrás y la cerámica se había descascarillado con el

paso de los años. El corazón en el que estaban escritas las palabras «LA MEJOR MAMÁ», antaño de un rojo brillante, era de un triste tono rosa y las palabras apenas resultaban visibles tras años de ciclos de lavado. Su padre parecía agotado. Tenía las gafas apoyadas en la punta de la nariz, como si hubiera estado leyendo algo a pesar de que no había ningún papel a la vista. Cuando entró, ambos alzaron la mirada con ojos cansados. Morgan estaba segura de que estaba hecha un desastre, pero se esforzó al máximo por fingir que estaba sobria.

Su madre frunció el ceño mientras, por encima de sus hombros, miraba qué hora era en el reloj con forma de gallo.

—Llegas tarde a casa —dijo Vanessa mientras dejaba la taza sobre la mesa.

Morgan soltó un largo suspiro. Era la primera vez que veía a sus padres desde que habían discutido el día anterior. Había albergado la esperanza de ser lo bastante astuta como para evitarlos a ambos hasta que concluyera la investigación o hasta que Max Greaves llegara llamando a su puerta. No importaba qué fuese primero. Les debía una disculpa, una estando sobria, lo que significaba que esa noche iba a tener que aplazar las conversaciones serias.

Daphne llegó desde el salón y empezó a olisquearle los pies y las piernas como si pudiera dar con las coordenadas exactas de dónde había estado toda la velada.

—No esperaba que hubiese nadie despierto.

—No podíamos dormir —dijo Wesley mientras daba una palmadita sobre el banco para que se sentara—. ¿Cómo ha ido?

Morgan hizo caso omiso del ofrecimiento y cruzó la cocina para meter la comida en el frigorífico. Volvería a buscarla en unas horas, cuando se sintiera ella misma una vez más. Barajó mentalmente varias excusas que contarles a sus padres, pero no podía soportar seguir hablando de Will. De hecho, quería olvidarse de que existía siquiera.

—No ha estado mal —contestó mientras empujaba su bolsa al fondo del frigorífico. Ardía por fuera y por dentro. La ráfaga de aire

fresco que le golpeó la cara fue un alivio celestial del licor que le corría por las venas. Cuando se giró, se encontró con que sus padres la estaban mirando con gesto escéptico.

Su madre tenía una ceja arqueada.

—¿Eso es todo?

Morgan se cruzó de brazos, indignada, e hizo todo lo posible por mantenerse erguida.

—La verdad es que no quiero hablar de ello.

Vanessa la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Estás… borracha?

—Dios no quiera que una se tome un par de cócteles tras una cita de mierda —masculló ella. Dado que ya la habían descubierto, no tenía que seguir fingiendo estar sobria. De todos modos, lo había hecho fatal. Se dispuso a servirse un poco de agua y abrió y cerró los armarios hasta que encontró un vaso limpio.

Su madre frunció los labios con desaprobación.

—¿Qué le has dicho? No todo es una broma, Morgan. Te lo llevo diciendo desde que eras pequeña.

Morgan se detuvo con el vaso vacío en la mano. ¿La responsable de que un hombre la hubiera dejado tirada era ella? ¿Era culpa suya que Will hubiese decidido que una llamada de teléfono era más importante que llegar hasta el final de la cita? ¿Era culpa suya que alguien hubiese matado a Eleanor Langford? ¿Acaso la culpaban también por la llegada de Max Greaves? Como era habitual, todos los problemas del Daffodil Inn recaían directamente sobre sus hombros.

El comentario de su madre la había empujado al borde del abismo y había hecho que cayera por la grieta que había entre el enfado y la irracionalidad. Unas nubes tormentosas se le arremolinaron en el pecho y unos rayos de ira le recorrieron las venas como si fueran descargas eléctricas. El corazón se le hizo añicos y los últimos retazos de su vida, que había mantenido unidos con hilos sueltos, se deshilacharon por las costuras. Se le nubló la visión y los ojos se le llenaron de lágrimas. Estaba destrozada.

—Morgan… —La voz de su padre fue suave, aunque estaba teñida de un tono de advertencia.

—¿Sabéis? Espero que Max Greaves compre este sitio. Tal vez entonces sepáis lo que se siente cuando deseas algo con desesperación y te lo arrebatan. Tal vez entonces sepáis lo que se siente cuando te quitan lo más importante para ti delante de las narices. —Vanessa parecía estupefacta, pero Morgan no podía detenerse. Las manos le temblaban mientras proseguía—. Llevo vistiendo de morado desde primer curso. ¿Lo sabíais? ¡Cada día! Porque pensaba que, tal vez, si destacaba lo suficiente, acabaríais por verme. No como la siguiente propietaria de la pensión o como vuestra ayudante, sino como vuestra hija, vuestra sangre. —Soltó un resuello y se limpió la nariz con el dorso de la mano. Llevaba el maquillaje destrozado, igual que el resto de las cosas de su vida—. Así que no, no quiero contaros cómo me ha ido la cita. Ni siquiera os importa. Y si es absolutamente necesario que lo sepáis, ha sido terrible, ¿de acuerdo? De hecho, ha sido patética. Me ha recordado por qué hace tantísimo tiempo que dejé de permitir que la puñetera gente entrara en mi vida.

Vanessa se puso en pie y extendió las manos temblorosas hacia su hija con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Ay, Morg, no sabía…

Morgan retrocedió.

—No necesito tu lástima —espetó.

Wesley se puso en pie y su voz cortó la tensión del ambiente.

—Siéntate —dijo de forma atronadora.

Algo en la pesadez de su tono desarmó tanto a Morgan como a su madre. Poco a poco, se acercaron a la isla y ella se sentó en el banco. La habitación le daba vueltas, así que se aferró con ambas manos a la mesa que tenía enfrente.

—Lo siento —comenzó su padre con un tono más suave—. Lo sentimos. Pensamos que, al darte la pensión y mantenerla con vida… Pensamos que estábamos haciendo lo correcto. Pensamos que era suficiente. Pero ahora me doy cuenta de que no necesitabas

el negocio, sino a nosotros.

A Vanessa le brillaban los ojos. Morgan se enjugó sus propias lágrimas. Nunca antes había visto llorar a su madre, que dijo:

—Tan solo quería que fueras fuerte y tuvieras éxito. Quería que jamás tuvieras que sufrir penurias como nosotros. Cielo, durante años, tu padre y yo no tuvimos ni un solo centavo a nuestro nombre. Nos dijimos a nosotros mismos que nuestra hija no pasaría por lo mismo. Nuestra hija tendría un legado; algo que heredaran sus hijos y los hijos de sus hijos.

—Hicimos todo lo posible por abarcar ambas cosas, pero el negocio era mucho más exigente de lo que jamás habíamos imaginado.

—No pienses ni por un solo segundo que no queríamos estar contigo. Cada una de las actuaciones o los partidos a los que no pudimos asistir eran como un golpe en el pecho. Pero eras tan… — Vanessa hizo un gesto en el aire.

—Independiente —concluyó su padre.

—Independiente —repitió su madre—. Para cuando empezamos a disponer de más tiempo libre, ya eras mayor. Tenías tu propia personalidad, tus propias ideas… Incluso tu propio estilo, maldita sea.

—Y tu propio trabajo —añadió su padre.

—No sabía cómo comunicarme contigo. Sentimos no haber sido los padres que necesitabas.

¿Acaso su madre, que era alérgica a admitir sus fallos, se estaba disculpando? Morgan se sintió como si estuviera dentro de un sueño febril. Acababa de obtener en un instante aquello que había anhelado recibir de sus padres durante años. El agujero que tenía en el pecho desde la adolescencia le pareció un poco más pequeño. Sacudió la cabeza, aturdida, y deseó poder recordar aquel momento por la mañana.

Tras tragarse el nudo que tenía en la garganta, les tendió ambas manos. Con la palma llena de callos y un agarre fuerte y persistente, Wesley le tomó una. Vanessa le agarró la otra. Ella se la estrechó

con más suavidad, lo que hizo que Morgan sintiera una calidez que irradiaba de su interior.

—Esto es lo que siempre he querido —dijo, abrumada por sus sentimientos.

Estaba harta de llorar, pero en aquella ocasión lloraba de alivio. Su madre rodeó la mesa y se sentó en el banco junto a ella. Podía dejar a un lado la ira, la decepción y el peso de la negligencia. No tenía que seguir cargando con todo ello.

—En fin…, ¿por qué estabais los dos despiertos? —preguntó cuando las emociones remitieron.

Cuando dijo eso, su padre se quitó las gafas y suspiró.

—Han incautado todos los archivos del alcalde Lyons relacionados con el caso de corrupción. No hay ningún documento sobre el Daffodil Inn en el registro histórico.

Morgan pestañeó; no estaba segura de haber oído correctamente.

—¿Qué quieres decir con eso? Tiene que haber algo en alguna parte. ¿Qué implica eso para nosotros?

—Que estamos desprotegidos —admitió Vanessa—. Sin ese decreto, estamos con la mierda hasta el cuello.

—Greaves nos dio hasta el viernes y ya es miércoles por la noche —añadió Wesley.

—Jueves de madrugada —lo corrigió su mujer. Él asintió con gesto serio.

Morgan cerró las manos en puños.

—Iré al ayuntamiento mañana por la mañana, a primera hora. ¡Hablaré con el alcalde Tate en persona! Tiene que haber un registro en alguna parte.

Su padre negó con la cabeza.

—Ya lo hemos intentado. Me he pasado todo el día en ese edificio. No hay nada —insistió.

Morgan se negaba a hacerle caso.

—Yo me encargo —dijo—. Nadie nos va a arrebatar la pensión.

Por mucho que odiara el negocio por haber monopolizado todo el

tiempo de sus padres, era el único hogar que había conocido jamás. Se sabía de memoria todas y cada una de las lamas de madera que crujían. Había visto a su padre pintando a mano cada uno de los pájaros que aleteaban en torno a los pomos de las puertas. Había derramado la pintura amarilla que adornaba las paredes de su antiguo dormitorio. Un verano tras otro, había ido de tienda en tienda con su madre para, escoger todas y cada una de las piezas del mobiliario: desde las baldosas hasta las lámparas o las alfombras.

¿Qué pasaría con Lionel y Tiana? ¿Adónde irían? ¿Qué harían sin la pensión? ¿Y Daphne? ¿Podría sobrevivir siquiera sin un amplio jardín en el que perseguir ardillas y conejos salvajes, rodar sobre la hierba y ser libre?

Su madre estaba en lo cierto: no solo estarían vendiendo el negocio. Estarían renunciando a su hogar; a su lugar seguro. En ese momento, Morgan comprendió a sus padres más que nunca.

Iba a salvar el negocio familiar y, para ello, tenía que comenzar por resolver el asesinato de Eleanor. No se había olvidado de la foto de Zara en la que Caleb Brewster aparecía de fondo. Por la mañana, se la entregaría a la Policía.

Su madre asintió con lentitud.

—Gracias —contestó. Entonces su mirada cargada de esperanza se encontró con la de Wesley.

Sin embargo, por el momento, necesitaba dormir, hacerse un ovillo en la seguridad de la cama de su infancia y fingir que los acontecimientos de la velada no habían ocurrido.

Mientras se dirigía hacia la habitación Flor Silvestre, el suelo de madera crujía bajo sus pies. Los tacones y el bolso le parecían bloques de hormigón colgados del hombro y tenía los pensamientos nublados a causa de los *whisky sours* o, tal vez, de lo decepcionante que había sido todo aquel asunto.

—Morgan —la llamó una voz grave desde el rellano.

Cuando entrecerró los ojos ante la luz del pasillo, se encontró con Cameron. Llevaba la parte de arriba desabrochada, los

pantalones del pijama le colgaban de las caderas, tenía el pecho definido y los brazos cruzados de forma despreocupada como si lo hubieran sacado de las páginas de una revista de deportes. Llevaba el pelo pegado a la cabeza y las puntas mojadas.

—¿Qué haces despierto? —masculló ella, esforzándose por mantener la vista en sus ojos y no en el bulto que le gritaba que se metiera entre sus pantalones de pijama.

—He oído la puerta —contestó él—. Y la discusión posterior. —La miró de arriba abajo y la voz se le tiñó de una leve preocupación—. ¿Estás bien?

Morgan asintió débilmente y se giró hacia la puerta. Su cama estaba a apenas unos metros de distancia.

—Estoy bien. Tan solo cansada.

—No pareces estar bien. —Se cruzó de brazos y se apoyó contra el marco de la puerta—. ¿Ha ido mal la cita?

—Ha sido una noche muy larga…

Cameron dio un paso atrás y le abrió la puerta de su dormitorio.

—Ven a sentarte. No tienes que hablar si no quieres.

Morgan titubeó, pero la idea de no estar sola aunque solo fuera un momento fue suficiente para hacer que sus pies se movieran hacia delante. Entró en silencio y se sentó en la cama mientras él cerraba la puerta a sus espaldas. El dormitorio olía a su colonia: madera de cedro y algo cálido como la miel o el almizcle. El hecho de que la luz suave de la lámpara resaltara cada una de las líneas tonificadas de su torso mojado no ayudaba. Morgan apretó las piernas.

Cameron se sentó a su lado. Cerca, pero no demasiado.

—Lo que quiera que sea que haya pasado esta noche, lo que quiera que sea que te haya hecho sentir ese tipo…, no te lo mereces, ¿sabes? —Cameron la miró con ojos tiernos y habló en voz baja—. Eres inteligente, considerada y altruista. Cualquier hombre que llamara tu atención sería un afortunado. No sé de qué va ese tipo, pero, si no es capaz de ver lo que tiene delante, el problema es suyo, no tuyo.

Nia le había dicho básicamente lo mismo, pero ¿por qué no podía creérselo? Si era tan especial, ¿por qué Will se había marchado? Morgan agachó la cabeza y se llevó las manos a las sienes.

—No creo que sea tan fácil.

—Debería serlo —dijo él con tono suave.

Ella exhaló y se echó un poco hacia atrás, apoyando todo el peso en las palmas de las manos. Cameron cambió de posición, imitándola, y sus brazos se rozaron.

—Intento no meterme donde no me llaman —dijo con una voz que era poco más que un susurro—, pero me doy cuenta de cómo te lo guardas todo, intentando ser fuerte por los demás. Conmigo no tienes que actuar de ese modo.

El peso de sus emociones, los cócteles, la discusión con sus padres, el dolor de lo que había ocurrido aquella noche… Todo se le vino encima en ese instante de silencio. Cameron estiró el brazo y le metió una trenza detrás de la oreja con un gesto casi reverente. Morgan no se lo impidió.

—Mereces algo más que dudas o disculpas a medias —murmuró él. Se le hizo un nudo en la garganta. Las lágrimas le ardían detrás de los párpados, pero pestañeó para contenerlas—. Ha sido una noche larga. Descansa.

Estaba demasiado cansada como para discutir. Demasiado sensible como para moverse. Se acurrucó al borde del colchón, de cara a la ventana. Cameron la cubrió con una manta de punto grueso. Sintió su calidez cuando se metió en la cama detrás de ella. Sin tocarla, tan solo… cerca. Él estiró el brazo y apagó la luz.

Lo último que recordaba era su susurro en medio de la oscuridad.

—Yo no me habría marchado, dejándote allí.

Morgan cerró los ojos. Poco después se quedó dormida. La pesadilla que tenía que soportar en la realidad no existía en sus sueños.

Capítulo 22
Will

El Eldorado completamente negro frenó con un chirrido frente al Departamento de Policía de Cinnamon Falls. Will se bajó de un salto con un nudo en el pecho y el corazón martilleándole por la adrenalina. La mente le daba vueltas en tantas direcciones diferentes que debería estar saliéndole humo por las orejas.

Por un lado, era más que probable que Morgan no volviera a hablarle nunca más. Parecía que, cada vez que estaban los dos solos, las cosas nunca salían como él había pretendido. Siempre había algo que se interponía entre ellos. ¿Acaso el destino o el universo les estaba impidiendo desarrollar un vínculo más profundo? ¿Estaban sencillamente destinados a no estar juntos?

Will no podía hacer nada contra la atracción que sentía por aquella mujer y se ahogaba en sus propios deseos. Su risa, su sonrisa y esos ojos, sobre todo cuando estaban posados en él, le hacían sentir como si fuera el único hombre del planeta; como si hubieran creado a Morgan de forma meticulosa en el vientre de su madre solo para él.

¿Por qué nunca podían hacer que funcionara? Aquella noche, ella se había abierto con él y le había mostrado una parte diferente de sí misma, pero él lo había estropeado. Nunca volvería a acercarse a él, pero, como mínimo, tenía que disculparse. Tendría tiempo de

preparar la disculpa justo después de encargarse de Jesse.

Una ira oscura le corría con furia por las venas cuando entró en la comisaría de policía. A esas horas de la noche estaba desierta. En el mostrador principal había una mujer solitaria con una novela romántica de bolsillo entre los dedos. En la cubierta aparecían abrazados un hombre descamisado y una damisela ligera de ropa. La placa dorada enfocada hacia el frente rezaba: ANGELA SCHMIDT.

Cuando Will se acercó al mostrador como un vendaval, la mujer alzó la vista, sobresaltada. Él echó un vistazo detrás de ella, en dirección a las profundidades de la comisaría, pero el pasillo estaba oscuro y vacío.

—Tengo que ver a Caleb Brewster. Ahora —exigió.

Se aferró al borde del mostrador para conservar la estabilidad. Quería arrancarlo del suelo y sacar a Caleb de la celda a rastras, agarrándolo de la parte trasera de la camiseta. ¿Cómo demonios había acabado metido en todo aquello?

—Lo siento, señor, es medianoche. Tendrá que volver durante…

—¡Lo único que tengo que hacer es ver a ese chico! ¡No es más que un crío!

Will oyó el retumbar de unas botas sobre las baldosas, acercándose. Cuando Jesse dobló la esquina, hizo uso de todos los músculos de su cuerpo para evitar abalanzarse sobre él. Su amigo tenía los ojos entrecerrados con gesto serio. Sacaba pecho y tenía los hombros cuadrados. Will sabía lo que eso significaba.

«No te pases de la raya conmigo», parecía advertirle Jesse.

«No me obligues a hacerlo», respondió él mientras se aferraba al mostrador con una fuerza imposible.

—Will. —Jesse dio unos pasos comedidos hacia él—. Vamos a hablar.

Will se recordó a sí mismo que estaba en una comisaría de policía: en cuanto le pusiera un dedo encima al agente, acabaría en una celda junto a Caleb.

—Lo has arrestado —gruñó—. ¿Sin tan siquiera avisarme? ¿Qué demonios te pasa?

Jesse exhaló con fuerza por la nariz. Miró por encima del hombro a Angela, que fingía no estar escuchándolos.

—Ang, ¿te importaría traerle al señor Reed una taza de café?

—El café de este sitio es una basura. Créeme, no lo quiere. Ya está bastante enfadado —contestó ella mientras pasaba una página del libro.

Jesse se giró hacia ella.

—Café. Ahora mismo, por favor.

Los ojos de la mujer se iluminaron cuando se dio cuenta de que lo que le estaba pidiendo era privacidad.

—Café. Claro. Ahora mismo, agente Shaw.

Se llevó la novela romántica consigo y los dejó solos para que pudieran arrancarse la cabeza el uno al otro en paz.

Jesse la observó mientras se marchaba y se aseguró de que estuvieran a solas. Will no perdió más tiempo antes de reprenderle.

—¡No es más que un crío, Jesse! Ya sabes lo que ha tenido que soportar y lo que le ha hecho este pueblo.

Su amigo suspiró como si aquello le doliera.

—Tan solo estoy haciendo mi trabajo.

—¿Tu trabajo? —Dio un paso al frente y se colocó tan cerca de él que casi acabaron nariz con nariz. Le clavó un dedo en el pecho y se topó con el chaleco fortalecido que llevaba bajo la camisa del uniforme—. Tu trabajo es proteger a la gente. Sabes que Caleb no es un asesino.

Jesse dio un paso atrás para dejar una distancia prudente entre ellos. Volvió a echar un vistazo al pasillo antes de hablar.

—Tenemos pruebas de que estaba en el laberinto en el momento del asesinato, hemos encontrado dedalera en su ropa y en el cuchillo hay huellas dactilares suyas, colega.

Will sintió que el aire se le escapaba de los pulmones.

—¡Venga ya! ¡Eso es una mentira de mierda, y lo sabes!

—Sabes que yo tampoco quiero que sea cierto —espetó el otro hombre—. Pero es mi trabajo. Fíjate en los hechos, Will.

Él sacudió la cabeza con incredulidad.

—Eres mejor policía que esto. ¿Te has planteado en algún momento que tal vez alguien quiera que pienses eso?

Jesse se cruzó de brazos.

—Han detenido al tal Brewster una docena de veces. Vi con mis propios ojos que las huellas dactilares coincidían. —Alzó las manos en el aire, desesperado—. Estás perdiendo el tiempo con teorías de la conspiración. Hace dos años arranqué la corrupción de raíz. Aquí trabajamos con honestidad y tienes que enfrentarte a la verdad del chico al que estás protegiendo.

Will puso los ojos en blanco. De pronto, Jesse era un superpolicía que no podía hacer nada mal y al que nada se le pasaba por alto. Ahora que era el detective principal, podía proteger la pequeña y vieja Cinnamon Falls con nada más que un golpe en el pecho. Como siempre, los árboles le impedían ver el bosque.

—¿Y qué hay de ese tipo llamado Max Greaves? Morgan me dijo que apareció apenas un par de días después de que asesinaran a Eleanor y que los está presionando para comprar la pensión.

El otro hombre negó con la cabeza.

—Crees que hemos estado de brazos cruzados sin hacer nada, ¿eh? Ya lo hemos investigado. El sábado por la noche estaba en una partida privada de *póker* en la sala Ember del club de campo Cinnamon Crest de Asheville. Empezó en torno a las ocho de la tarde y acabó después de medianoche. Hay múltiples testigos y grabaciones de las cámaras de seguridad. Incluso hice que Chambers comprobara que las horas del video coincidían con lo que decía el equipo de seguridad del local. Es imposible que haya podido ser él.

—Qué conveniente —masculló Will con amargura—. ¿Metes a un crío en la cárcel porque un tipo rico, que, por cierto, es el dueño de media Asheville, te sonríe y dice que no ha sido él? —Jesse cuadró los hombros ante él. La camaradería entre ellos no abundaba—. ¿Y qué me dices de los tipos con los que sale Caleb? Son mala gente, colega. ¡Podrían haberle tendido una trampa! Déjame hablar con él.

Estiró el cuello para mirar por encima del hombro del policía,

pero no pudo distinguir gran cosa en el pasillo oscurecido.

La mirada de su amigo se endureció.

—Tengo las manos atadas con este asunto. Te voy a decir lo mismo que le dije a Nia hace dos años: deja que los policías hagamos nuestro trabajo.

Will lo miró fijamente mientras una sensación de traición se le asentaba en las entrañas.

—No soy la entrometida de tu novia, ¿de acuerdo? Tan solo te estoy pidiendo que te lo replantees.

Con la mandíbula apretada por la tensión, Jesse pareció consternado. Will se había pasado de la raya, pero no podía retractarse.

—Voy a pasar eso por alto porque, ahora mismo, estás muy alterado. —El silencio crepitó entre ellos y abrió unas fisuras diminutas en aquella amistad tan frágil. Jesse carraspeó—. Si tanto quieres ayudarlo, consíguele un abogado. Lo va a necesitar.

Entonces, se dio la vuelta para marcharse.

Antes de que se alejara demasiado, Will dijo en voz alta:

—Más vale que no te estés equivocado con Caleb porque, si te equivocas, ¡perderás algo más que la maldita placa!

El pasillo oscuro se tragó a Jesse por completo.

Capítulo 23
Will

Jueves

Will condujo en dirección a casa de Elijah y Renee con ambas manos en el volante, enfurecido, hasta llegar a Astoria Glen, un pueblo refinado y prestigioso flanqueado por árboles que se encontraba enclavado entre las colinas ondulantes de las afueras de Asheville.

A pesar de que eran las tres de la madrugada, podía distinguir las mansiones cubiertas de hiedra mientras se abría paso por el vecindario a una velocidad moderada. Las calles estaban despejadas, pues los coches permanecían recluidos tras altas verjas ornamentadas que se estiraban hacia el cielo. Los habitantes dormían profundamente en sus camas con dosel, sin ninguna preocupación.

No podía mentir y decir que nunca había deseado poder llevar una vida así con Tanya en algún momento. Pero esos sueños habían muerto en el momento en el que ella había decidido que su propia comodidad era más valiosa que la vida de su hija.

Escaneó su tarjeta de visitante en la valla de Elijah. La pantalla del escáner se puso en verde y la verja se abrió de golpe para darle la bienvenida. El plan había sido ir a recoger a Angel a primera hora

de la mañana, pero, con la noche que había pasado, necesitaba dormir en algún lugar que no fuese Cinnamon Falls. Al regresar a casa de la comisaría, su chalet le había parecido demasiado vacío y tranquilo sin su hija, pues tan solo sus pensamientos acelerados habían llenado el silencio.

El hogar de Elijah era todo lo contrario: un torbellino de actividad programada. En el exterior, los aspersores fijos rociaban el césped de un verde brillante con agua filtrada. Las ranas croaban a viva voz su canción nocturna.

Al salir del coche, oyó el leve tintineo del agua cayendo en cascada. Cuando echó un vistazo por encima de la valla que rodeaba el lateral del edificio, vio el resplandor de la piscina familiar, que bañaba la casa de tres plantas con una luz neón. Un limpiafondos se deslizaba por toda la superficie de aquella belleza turquesa.

Frente a la piscina había un edificio de una sola planta, que sería su dominio para el resto de la noche. Estiró una mano y abrió la verja, listo para dejar caer su cuerpo cansado sobre la cama con sobrecolchón. Tras cerrar a sus espaldas, atravesó el patio en dirección a la casa de la piscina. Las luces con sensor de movimiento le iluminaron el camino.

En cuanto giró el pomo de la puerta, supo que el poder dormir llegaría mucho más tarde. Su hermano estaba sentado en el amplio sofá marrón canela con una mano en el mando a distancia y la otra sujetando un puro que había quedado reducido al tamaño de un pulgar. Con gesto somnoliento, posó los ojos rojos en Will.

—Es tarde —masculló Elijah, arrastrando las palabras, mientras apagaba el puro en un cenicero—. No te esperaba hasta mañana —añadió mientras dispersaba el humo con una mano.

Junto a la puerta, Will se quitó los zapatos y la chaqueta, que había sido necesaria para aquella noche fresca de primavera.

—Ha sido una noche de mierda —contestó él con sueño mientras se acomodaba en el sillón reclinable más cercano a la puerta.

En la pantalla, su hermano estaba viendo momentos deportivos destacados, que incluían repeticiones de las mejores jugadas de la

semana. Bajó el volumen.

—¿Tan mal ha ido? Durante la cena no hemos parado de oír hablar de la «señorita Morgan» —comentó Elijah con una carcajada, imitando la voz de Angel—. Cuéntame qué ha pasado.

Will se pasó una mano por la cara. Estaba más cansado en ese momento de lo que había estado antes. Lo último que quería era hablar sobre Morgan Taylor, especialmente con el mismísimo Don Esposa Perfecta.

—No hay nada que contar —contestó con los labios apretados.

Elijah puso los ojos en blanco y se inclinó hacia delante en el sofá, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Soy tu hermano. Habla conmigo. Dime la verdad: ¿cómo ha ido?

—Eli, son casi las tres de la madrugada. Tan solo quiero irme a dormir.

De todos modos, él insistió.

—¿Qué pasa? ¿Te ha rechazado? —Soltó una risa condescendiente que hizo que a Will le subiera la tensión—. El motivo no puede ser que seas feo. —Elijah fingió tener delante un espejo y se acarició tanto el peinado de líneas perfectas como la perilla—. La guapura la has heredado de mí. —Cuando no se unió a sus risas, su hermano lo miró—. ¿Qué ocurre? Es imposible que estés así solo por una cita. Por una vez, dame una respuesta auténtica.

—«Por una vez» —repitió Will mientras negaba con la cabeza. El hombre que llevaba una vida prefabricada le estaba pidiendo una respuesta «auténtica». Qué irónico.

—Sí, por una vez —replicó su hermano—. No has venido hasta aquí para recoger a Angel. Es imposible que esperaras que la despertáramos a estas horas de la noche. Así que tenías planeado dormir aquí, ¿no? ¿Qué? ¿Pretendías colarte en mi casa de la piscina y dormir la mona hasta que fuera por la mañana? Sé sincero conmigo: ¿has vuelto a beber?

—Que te jodan, Eli.

Will se sorprendió por la facilidad con la que la palabrota se le había escapado de los labios. A juzgar por el gesto de su hermano, él también estaba sorprendido.

—¿Qué me jodan? —bufó—. ¿Quién fue el que estuvo a tu lado cuando volviste a caer en la bebida después de lo de Tanya, eh? Ella fue el chivo expiatorio fácil; la persona a la que toda la familia señaló con el dedo. ¿Pero quién cuidó de Angel? ¿Quién te ayudó a dejarlo, pidió algunos favores y te consiguió ese contrato de aprendiz para que pudieras cortar el pelo y pudieras…?

—Gracias, todopoderoso. Nunca vas a dejar de recordármelo —dijo Will con un suspiro mientras hacía una reverencia burlona.

—No intento echártelo en cara. Intento mostrarte que estoy de tu parte, pero eres demasiado tozudo como para confiar en nadie.

—¿Para que puedas hablar mal de mí con tus coleguitas médicos y tu esposa perfecta? —preguntó Will, sintiendo que la ira le recorría el cuerpo poco a poco. Abrió los brazos de par en par— «Os presento a mi hermano, la puñetera oveja negra de la familia».

Elijah frunció el ceño, confundido.

—¿Crees que hablo de ti a tus espaldas? En todo caso, Renee no deja de regañarme por defenderte. No dejo que nadie hable de mi familia. Ni siquiera mi «esposa perfecta». En esa casa, ni una sola persona se atrevería a hablar mal de ti delante de mí. Ya sabes lo importantes que papá y tú sois para mí. No soy así, Will. —Hizo una pausa, dándole vueltas a su siguiente frase—. La única persona que alguna vez podría faltarme al respeto sin sufrir graves consecuencias eres tú.

Will se sintió como si volviera a ser un niño de ocho años, avergonzado por tener que llamar a su hermano mayor para que lo defendiera frente a un grupo de chicos mayores que él. Elijah tenía el cuerpo perfecto para jugar al fútbol americano y su simple constitución (pecho amplio y hombros fuertes) era lo bastante intimidante como para que no necesitara pelearse. Él, por el contrario, siempre había sido el más delgado de los dos y estaba acostumbrado a resolver sus problemas con los puños. Su ira lo

había metido en problemas en más ocasiones de las que podía contar. En ese momento, estaba ocurriendo lo mismo: estaba alejando de sí mismo a las personas que más le importaban.

—Lo siento —murmuró.

El silencio se posó entre ellos. Elijah encendió el mechero. La llama iluminó la estancia y, una vez apagada, sumió a los hermanos en la oscuridad. El extremo del cigarrillo resplandeció cuando dio otra calada.

—Yo también lo siento —dijo mientras soltaba una bocanada de humo—. Tengo unas dos horas antes de que Renee se levante y empecemos con el mismo ciclo repetitivo de siempre. Este es mi único alivio.

—¿No habías dejado de fumar? —preguntó Will.

—Así es —respondió su hermano mientras daba otra calada larga. Aquello le hizo comprender que era mejor no insistir.

—He tenido que marcharme en mitad de la cita —comenzó a decir—. He recibido una llamada desde comisaría. Han arrestado a Caleb, uno de los chicos del club de jardinería.

—¿La has abandonado en el restaurante?

—No estaba pensando con claridad —contestó Will, deseando poder rehacer aquel instante. Lo que la gente decía sobre ver las cosas en retrospectiva era cierto. Tendría que haberse llevado a Morgan con él o, como mínimo, haber ignorado la llamada. No podría haber hecho nada por Caleb hasta por la mañana—. Me ha enfadado que Jesse lo arrestara sin avisarme. No quería que Morgan me viese así de enfadado.

—¿Y has pensado que era mejor dejarla tirada?

Will entrelazó las manos detrás de la cabeza.

—Es… más complicado que eso.

—Espero que sepas que te has cargado cualesquiera que fueran las posibilidades que tuvieras con la señorita Morgan. Si yo fuera ella, no volvería a hablarte jamás. De hecho, en cuanto te hubiera visto saliendo del restaurante, habría bloqueado tu número.

—Gracias por el voto de confianza —gruñó Will.

—¿Qué te ha dicho sobre Caleb tu amigo el policía? ¿Es culpable? —le preguntó su hermano.

—Me ha dicho que encontraron rastros de dedalera en su casa y pruebas que lo situaban en el laberinto en el momento del asesinato de Eleanor.

Elijah soltó una carcajada lenta y despreocupada.

—Venga ya. Consíguele un buen abogado y esos cargos se caen por su propio peso. Está en el club de jardinería, así que es normal que encontraran rastros de dedalera. Si no recuerdo mal, papá la cultiva para ayudar con la polinización. E invitaste a los chicos al festival, ¿no es así? ¿Me estás diciendo que no es posible que un grupo de jóvenes se pasara todo el día entrando y saliendo del laberinto? No tienen nada —le aseguró su hermano.

Will esperó para revelar el golpe final.

—El cuchillo tiene sus huellas dactilares.

Elijah soltó un silbido grave. Después hizo una pausa, pensativo.

—Conozco a un buen abogado que, de vez en cuando, hace trabajos *pro bono*. Le enviaré tus datos de contacto. No te prometo nada, pero ha conseguido sacar de algún apuro a auténticos criminales. Para él, un asesinato en un pueblecito debería ser pan comido.

Era una apuesta arriesgada, pero, en aquel momento, Will estaba dispuesto a aceptar toda la ayuda posible. Por primera vez en horas sonrió.

—Gracias, Eli. Es un buen chico. Sé que es imposible que lo hiciera él.

—Tendrías que haberme llamado antes de dejar tirada a esa mujer. Renee la ha buscado en Instagram y ¡he tenido que fingir que no estaba mirando! ¿Estás seguro de que le gustas?

Ojalá.

—Ya no.

—Duerme un poco, hermanito. Llama a tu chica por la mañana y a ver qué puedes hacer. —Elijah atravesó la habitación y le apoyó una mano en el hombro. En la puerta frenó en seco—. Si fuera tú, le

suplicaría. Algo estilo R&B de los noventa. ¿Tienes un conjunto de cuero?



A las siete de la mañana, Will volvía a estar en la carretera con Angel profundamente dormida en el asiento trasero. Fue el último en la fila del carril para dejar a los pequeños en el colegio, pero la señorita Shanice se aseguró de que su hija entrara a clase antes de que la primera campana sonara a las ocho.

Quería hacer una parada técnica en el Daffodil Inn antes de ir a trabajar, pero su clienta de los jueves, la señora Martin, no toleraba la tardanza. Además, durante el viaje de vuelta al pueblo Morgan no había respondido a ninguna de sus llamadas. Le saltaba directamente el buzón de voz. Por mucho que necesitara arreglar la situación, el dinero era lo primero.

La señora Lorraine Martin, una mujer vivaracha de ochenta y un años, vivía a dos calles del Daffodil Inn. Insistía en ir cada semana a recortarse los laterales de la cresta gris que llevaba después de que Ethel Lawson la hubiera lavado y peinado en Cinna Cuts. Will llegó a Bones Barber Shop justo cuando Lorraine aparcaba su Cadillac Calais del 65, que era de color azul medianoche.

—Buenos días, cielo —dijo la mujer mientras abría la puerta con una floritura teatral. Aquel día vestía un caftán multicolor ajustado en la cintura.

—Buenos días, señora Lorraine —contestó él mientras abría la puerta de la barbería—. Tengo su sillón favorito preparado.

Para cuando encendió las luces, la mujer ya estaba sentada en el sillón, dando sorbos a una lata helada de *ginger-ale* como si fuera la dueña del negocio.

—Llegas tarde —lo acuso ella mientras lo señalaba con un dedo de manicura perfecta.

Will sonrió.

—Dos minutos. No me haga contarle a Bones que le ha estado birlando refrescos del frigorífico.

Lorraine pareció escandalizada.

—¡Difamación y calumnias!

Charlaron mientras Will trabajaba, recortándole los laterales con cuidado de no tocarle los rizos de la cresta con una facilidad nacida de la práctica. En ese momento, llegó Harold Bones con su habitual copia de *The Cinnamon Chronicle* y un bollo de canela a medio comer.

—¿Qué me contáis? —preguntó mientras se dejaba caer en el sillón más cercano a la puerta.

Will ladeó la cabeza de la mujer para poder conseguir el ángulo perfecto.

—Estábamos hablando de que, anoche, arrestaron al tal Caleb Brewster —dijo Lorraine, parloteando.

Will fingió no saberlo. Bones era el mayor cotilla del pueblo; quería enterarse de lo que sabía antes de aportar su versión.

—¿Han arrestado a Caleb? —preguntó, fingiendo preocupación.

—Ajá —le confirmó su jefe mientras se frotaba una rodilla con lentitud, dibujando círculos—. A última hora de la noche, según me han dicho. Lo sacaron a rastras de su casa delante de su madre. Me sorprende que Jesse no te llamara para decirte que lo tenían en una celda.

Will se mordió la lengua con tanta fuerza que notó el sabor de la sangre en la boca. Bones no era al único al que le sorprendía lo que había hecho su supuesto amigo.

—No, es la primera vez que oigo algo al respecto —mintió.

Su jefe se quedó mirándolo fijamente, pero no dijo nada más.

—Hay algo que no cuadra —intervino Lorraine—. Aquella noche, después del festival, vi a alguien merodeando por detrás de mi casa. Caminaba rápido, como si no quisiera que lo vieran. No era Caleb; él sabe que no debe hacer esas cosas.

Will arqueó una ceja.

—¿Se lo ha contado a Jesse?

Ella soltó un bufido burlón.

—Se lo conté al otro, al que parece un monigote larguirucho. Ese chico no hace caso, se piensa que no soy más que una vieja entrometida.

—Es que eres una vieja entrometida —comentó Bones sin apartar la vista del periódico.

—¡Y a mucha honra! —replicó ella—. La gente entrometida es la que evita que los pueblos como este se desmoronen.

—No me gustan las cosas que están pasando últimamente. Wesley le dijo a mi padre que está pensando en venderle el Daffodil Inn a Max Greaves.

Ante eso, su jefe sí que alzó la vista, poniendo en él toda su atención.

—Después de que arrestaran al alcalde Lyons, Greaves intentó comprar la mitad del pueblo. He oído que ahora es dueño de prácticamente la mitad de Asheville y que se pasa todo el tiempo en el casino.

—Quiere convertirlo en una especie de complejo turístico y de bienestar de lujo —confirmó Will.

Lorraine sacudió la cabeza con disgusto.

—A mí también me llamó el año pasado y me ofreció calderilla por mi casa. Le dije que me besara el…

—¡Lorraine! —exclamó Bones con tono de advertencia—. Pensaba que tu propósito de año nuevo era dejar de decir tantas palabrotas. Es lo que dijiste delante de toda la congregación.

—¡Y cumplí en enero! Lo único que digo, Bones, es que nadie me va a sacar de mi propiedad para construir un balneario cualquiera para ricos. Cuando no volví a saber nada de él, pensé que el asunto estaba zanjado.

Su jefe negó con la cabeza.

—Eso demuestra lo mucho que piensa en nosotros. De todos modos, no puede tocar la pensión. Es un terreno histórico. Igual que Barkwood Bridge o la granja Old Man Milton. Hace años, durante el centenario del Fall Fest, Lyons firmó un decreto. Lo recuerdo como si

hubiese sido ayer. Fue para proteger el pueblo y evitar que empresas avariciosas como Northbridge pudieran poner un casino en Main Street como ha ocurrido en Asheville.

—Decid lo que queráis sobre Lyons, pero apreciaba Cinnamon Falls. No puedo decir lo mismo del nuevo, ese tal Tate. No lo he visto desde que empezó su mandato —intervino Lorraine con un gruñido de desaprobación.

—Si eso es cierto, tal vez los documentos se perdieran convenientemente con todo el lío del alcalde del año pasado, porque Greaves quiere la pensión a toda costa —afirmó Will.

—De eso nada, señorito —respondió Bones—. Ronald Hartley y Eleanor Langford se aseguraron de que la Sociedad Histórica lo archivara todo en la biblioteca. Lo pagaron de su propio bolsillo. Copias impresas con registros detallados. No se puede cambiar la historia.

Will se frotó la nuca mientras le daba vueltas a la cabeza. Aquel nombre… Lo había visto en la puerta de la biblioteca y Angel lo había mencionado en The Toasted Pecan. Le había dicho que ella y Eleanor habían ido a «ese edifico grande y blanco». Tan solo había un edificio grande y blanco en Cinnamon Falls: el ayuntamiento.

—Eso sería suficiente para pararle los pies a Max, ¿no? Si está protegido… —preguntó Will.

«Me dijo que siempre podría encontrarla donde se ocultan las cosas». Aquella frase de su hija acababa de adquirir un nuevo significado. ¿Qué mejor lugar para ocultar o preservar algo que una biblioteca? Tal vez el señor Hartley supiera dónde se encontraba exactamente aquel decreto histórico.

Hartley había sido una de las últimas personas en ver a Eleanor con vida. Si ella le había contado algo, cualquier cosa que pudiera ayudarlo a adivinar lo que le había ocurrido, tal vez estuviera un paso más cerca de volver a encarrilar su vida.

—Le pararía los pies a cualquiera —le aseguró Bones—. Nadie puede arrebatarles la propiedad a los Taylor a menos que ellos mismos decidan venderla o Sterling Tate haga una enmienda a ese

decreto.

Will estaba sumido en un trance tan profundo, perdido en sus pensamientos, que se había olvidado de que se suponía que tenía que estar trabajando. Volvió a encender la maquinilla. Lorraine se giró hacia él y le lanzó una mirada severa.

—Antes de que salgas corriendo para solucionar este entuerto, asegúrate de terminar de cortarme el pelo.

Will hizo lo que le pedía, mirando el reloj y la maquinilla al mismo tiempo.

En cuanto la mujer quedó satisfecha con el delineado de la nuca, le puso un puñado de billetes en la mano y salió a toda prisa por la puerta, no sin antes intercambiar unas cuantas bromas más con Bones.

Will limpió la zona de trabajo con rapidez mientras volvía a mirar su teléfono móvil.

—¿Esperas que me crea que no sabías lo de Caleb? —le preguntó Bones mientras sacaba un refresco frío del frigorífico.

Él agachó la cabeza, avergonzado. Al viejo Bones no se le escapaba nada.

—Lo supe anoche. Caleb me llamó y lo dejé todo para ir a comisaría.

—¿Y qué ce dijo Jesse? ¿Por qué no te llamó a ti antes de nada?

Will se encogió de hombros.

—A saber. Todavía intento entenderlo.

Bones abrió el refresco con un chasquido y el siseo de la efervescencia atravesó el murmullo tranquilo del local. Dio un trago con lentitud mientras lo miraba como si estuviera intentando descifrar cada crispación de los músculos de su cara.

—Déjame adivinar —dijo el hombre mientras se arrellanaba aún más en el sillón—. Os dijisteis cuatro cosas.

Will soltó una carcajada de amargura.

—Es una forma de decirlo. Me dijo que dejara que la Policía hiciera su trabajo. Creo que se está olvidando de quién lo apoyó cuando estaba intentando conseguir el puesto de detective. Toda

nuestra amistad se basa en la confianza y ahora ¿ni siquiera es capaz de tener la cortesía de avisarme? Sabe lo volcado que estoy con Caleb.

—Estás dolido —clarificó Bones como si fuera así de sencillo. Estaba algo más que dolido; estaba decepcionado—. Pero Jesse y tú sois como hermanos. Os peleáis y discutís, pero estáis ahí el uno para el otro.

—Dígaselo a él —contestó Will mientras arrojaba la toalla en el cubo de ropa sucia que tenía detrás de él—. Ahora mismo no me imagino perdonándolo.

—¿Quién ha dicho nada sobre perdonar? Pero tenéis que arreglar las cosas. A los dos os preocupa lo mismo: mantener este pueblo a salvo. Caleb va a necesitar toda la ayuda posible de ambos. No permitas que el orgullo te cueste una amistad, hijo.

Will agarró las llaves y el móvil y se dirigió hacia la puerta.

—Lo pensaré, Bones.

—Eso es lo único que te pido.

Salió y se adentró en el abrazo suave de una mañana de primavera. Main Street vibraba con la ilusión de la normalidad: escaparates recién pintados en tonos pastel para reflejar la estación y cestas de petunias que se mecían con suavidad desde las farolas. Sobre su cabeza, los pájaros saltaban de una estructura a otra sin dejar de piar. Sin embargo, el peso que le presionaba el pecho no cedió.

Capítulo 24
Morgan

Morgan sentía un dolor de cabeza que se le esparcía por todo el cuerpo. Cada hueso le vibraba con ritmo propio. Pero tenía cosas más urgentes de las que ocuparse que su propia comodidad.

La noche anterior era una borrón. Cuando se había despertado poco después de las cinco de la madrugada en la cama de Cameron, había tenido que pellizcarse para asegurarse de no seguir soñando.

Lo había encontrado profundamente dormido a su lado, con una mano detrás de la cabeza y la otra sobre el pecho esculpido. No se habían movido en toda la noche. Él había actuado como un perfecto caballero, que era justo lo que necesitaba después de que la dejaran tirada en Prime Society. Tras poner su móvil a cargar, no había encontrado ningún mensaje de disculpa ni ninguna llamada perdida de Will.

Era como si no hubiera pasado nada entre ellos. Cameron había aparecido cuando el otro hombre se había marchado, y estaba agradecida por ello. Sobre todo por sus abdominales. Will se lo perdía, sin más. Valía más de lo que él podría permitirse jamás y no pensaba desperdiciar una sola lágrima más.

Recogió sus cosas, se escabulló de aquel dormitorio y recorrió el pasillo en dirección al suyo. Tenía que empezar el día temprano y no disponía de tiempo para dudar.



Aquel jueves por la mañana, la comisaría de Cinnamon Falls estaba demasiado tranquila. Los sonidos habituales, como el chisporroteo de las radios o la cháchara de los agentes, estaban claramente ausentes. ¿Les habría dado Raines el día libre? ¿Qué había pasado con eso de «redoblar esfuerzos»?

Se acercó al mostrador principal con el bolso metido debajo de un brazo y el teléfono móvil en la mano contraria. La fotografía tenía que significar algo. Tan solo necesitaba que Jesse la viera. Odiaba la idea de que se tratara de Caleb, pero Eleanor merecía que se hiciera justicia.

Angie apartó la vista del escritorio y arqueó las cejas, sorprendida.

—Morgan, ¿qué haces aquí?

—Necesito hablar con Jesse. Es importante. He traído algo que tiene que ver con la investigación.

Angie titubeó y pausó los dedos sobre el teclado. Después, señaló la pantalla que tenía enfrente.

—No está disponible. En realidad, ahora mismo no hay nadie disponible.

Morgan frunció el ceño.

—Son las siete y media de la mañana. ¿Y si tuviera una emergencia de verdad?

Antes de que la otra mujer pudiera contestar, Chambers apareció por el pasillo. Cuando vio a Morgan, soltó un suspiro como si su mera presencia fuese una molestia.

—¿Qué quiere esta? —le preguntó a la recepcionista mientras dejaba una pila de documentos sobre el mostrador.

—Dice que necesita hablar con Jesse, que ha traído algo que tiene que ver con la investigación —repitió la mujer como un loro.

Chambers se giró hacia ella para mirarla de frente con la duda rezumándole de todos los poros. Se cruzó de brazos.

—Jesse va conmigo, así que, si tienes algo que contarle, puedes contármelo a mí.

Morgan negó con la cabeza.

—Ni en broma. —Se giró hacia Angie—. ¿Podrías decirle que me llame cuando venga? Es importante.

—No seas así —dijo Chambers antes de que ella se alejara—. En serio, ¿qué ocurre? ¿Ha pasado algo en la pensión? Hemos estado siguiendo lo que la gente dice en internet. Si algo se ha convertido en una amenaza real, tienes que informarnos.

Morgan le dio la vuelta a su teléfono y le enseñó la fotografía. Él pasó la vista por la pantalla pero no hizo ningún gesto de reconocimiento. ¿Le estaba entregando una prueba relevante y esa era su reacción?

—Es despampanante, pero soy un hombre felizmente casado —dijo el policía mientras se pasaba los pulgares por las trabillas del pantalón.

—Vuele a mirar, idiota —espetó ella mientras ampliaba la imagen —. Ahí está. Caleb Brewster en el laberinto justo antes de que mataran a Eleanor.

—¿Es una broma? —preguntó Chambers de forma inexpresiva mientras la señalaba con un pulgar.

Angie se puso roja como un tomate y a Morgan le dio un vuelco el estómago. ¿Por qué tenía la sensación de que todo el mundo sabía algo que ella no?

—Llegas demasiado tarde —prosiguió el policía—. Caleb Brewster está en una celda ahora mismo.

Morgan pestañeó.

—¿Qué?

—Encontramos sus huellas en el cuchillo —contestó el hombre con tono cortante—. El caso está resuelto. Tenemos todo lo que necesitamos.

—Ahora mismo, Jesse está reunido con la jefa —intervino *Angie* —. Están preparando otra rueda de prensa. Se ha acabado, Morg. Tu familia y tú deberíais volver a la normalidad muy pronto.

El pulso le retumbaba en los oídos. Se le hizo un nudo en la garganta al intentar aplastar la maraña confusa de emociones repentinas. ¿Lo sabría Will? Si no era así, no era su deber avisarlo. Volvió a meter el móvil en el bolso.

—Bien —murmuró—. Normalidad.

Giró sobre sí misma y salió de la comisaría. En el exterior, el viento le pareció más punzante. En su mente había imaginado que se alegraría cuando llegara aquel día. Pero su mundo no había vuelto a la normalidad, tan solo había cambiado. Resolver el asesinato de Eleanor ya no era la prioridad. Ahora, lo era encontrar aquel decreto histórico.



Morgan se tragó un ibuprofeno sin agua mientras subía los escalones del ayuntamiento. No había vuelto a ir allí desde hacía muchos años, cuando su clase de primer curso había ido de excursión para conocer al que, por aquel entonces, había sido el nuevo alcalde: Asad Lyons.

El lugar era digno de una postal. El edificio blanco de estilo colonial tenía tres pisos de altura y estaba coronado por una torre del reloj con cúpula dorada. Acababan de cortar el césped bien cuidado, lo que había inundado el aire con un aroma punzante, fresco y terroso a hierba recién cortada.

Las majestuosas columnas blancas de la entrada delantera resplandecían bajo el sol matinal y arrojaban sombras alargadas sobre los escalones de ladrillo en los que tanto los trabajadores municipales como los habitantes del pueblo, cuyas voces sonaban ligeras entre risas y cotilleos, pasaban el rato con bolsas de papel marrón y termos de café. Alguien había dejado abiertas las pesadas puertas de madera de roble y una brisa juguetona se colaba en el vestíbulo de suelos de mármol. El eco de las conversaciones rebotaba contra los altos techos y unas ventanas enormes llenaban

de luz aquel edificio municipal.

En el interior, el júbilo de la primavera se disolvía en el silencio tenso de la formalidad gubernamental. Morgan no hizo caso a la vibración que le llegaba desde el bolso. En el fondo, tenía la esperanza de que fuera un mensaje de disculpa de Will, pero no tenía agallas para mirarlo por si no se trataba de eso. La noche anterior había sido para llorar, pero aquella mañana iba a dedicarse a hacer justicia.

Se recolocó la correa del bolso sobre el hombro y atravesó el recibidor a grandes zancadas mientras el bajo de su falda ondeaba con la brisa que llegaba desde la puerta abierta. Tras tomar el ascensor hasta la planta donde se ubicaba el despacho del alcalde, llegó a unas puertas cromadas dobles que daban paso a una oficina moderna: cubículos color beis con hileras de puertas de madera oscura se alineaban a ambos lados del pasillo como si fueran un laberinto de secretos.

Se había saltado el café matutino pensando que aquella sería una parada rápida: un sencillo malentendido que podría resolver con una conversación breve pero seria. En cuanto se acercó al mostrador principal, en el que había una recepcionista sentada tras un cristal grueso, se dio cuenta de que había cometido un grave error. Habría reconocido aquel ceño fruncido permanente en cualquier parte: Ruth Evers.

Las uñas perfectamente lacadas de la mujer repiqueteaban sobre el teclado mientras fingía no ver a Morgan ahí de pie. Llevaba una blusa blanca bien planchada con un lazo enorme en torno al cuello y una falda de tubo color lavanda, lo cual era una ironía.

A Morgan le tembló el ojo con nerviosismo mientras dejaba el bolso sobre la repisa, junto a un cordón verde lima que estaba enrollado en torno a lo que parecía una tarjeta de acceso. Ruth no alzó la vista cuando ella le dijo:

—Buenos días, he venido a ver al alcalde Tate.

Se aseguró de usar su mejor versión de un tono de voz profesional por si la mujer no la reconocía. Pero, si fuera ella, sin

duda recordaría la paliza que le había dado tantos años atrás.

—¿Tienes cita? —Ruth pasó a rebuscar en una lata de caramelos mentolados con la prisa de un caracol de vacaciones.

—No pensé que necesitara cita. Ya sabes: es un hombre dedicado al pueblo y todo eso —bromeó, pero volvió a ponerse seria enseguida cuando la otra mujer no se rio—. Es urgente.

—Bueno —contestó Ruth, alzando la vista al fin—, a menos que estés muriéndote o prendida en llamas, diría que puede esperar.

—¿En serio? ¿Ni siquiera vas a comprobarlo?

La mujer presionó el teclado con una uña.

—Oh, parece que el alcalde Tate tiene otro compromiso ahora mismo. La próxima cita disponible es el 10 de noviembre a las diez cuarenta y cinco.

—¿Dentro de siete meses? —Morgan miró a su alrededor para asegurarse de que no la estaban observando y bajó la voz—. ¿Todavía estás enfadada por lo que pasó en secundaria?

—¡Fuiste tú la que empezó esa pelea, no yo! —replicó Ruth con fuego en los ojos.

—Te estabas burlando de mí, ¿qué esperabas que…? —Presionó las manos sobre el mostrador al darse cuenta de que revivir conflictos del pasado no iba a servirle de nada en aquel momento. Necesitaba la ayuda de aquella mujer—. Por favor, ¿puedes decirle que hay alguien esperando para hablar con él?

Ruth ladeó la cabeza.

—No sin una cita. Tiene la agenda ocupada toda la mañana.

—Está bien. —Se cruzó de brazos—. Esperaré.

El teléfono del mostrador comenzó a sonar. La mujer se encogió de hombros antes de estirar el brazo para contestar y colocarse el aparato entre el cuello y los hombros.

—Ponte cómoda.

Cuando quitó el bolso de la repisa, ocultó el cordón con la tarjeta justo debajo. Se dio la vuelta y buscó asiento.

—Con la que deberías estar enfadada es con tu madre por ponerte un nombre tan feo del Antiguo Testamento —murmuró.



Pasaron dos horas.

Morgan daba vueltas de un lado para otro.

Había memorizado todos los folletos que había en el tablón de anuncios comunitario. Uno anunciaba un campamento de verano CTIM para chicos en el que quedaban pocas plazas; otro, un club de arte que se reunía los sábados en la biblioteca. Le sacó una fotografía para Angel antes de recordar con una punzada de dolor que su cita con Will había acabado siendo medio trágica. Se bebió dos tazas templadas de café de la cafetería y jugó seis partidas al solitario en el teléfono móvil.

Ruth no levantó la vista ni una sola vez hasta que sonó el teléfono.

—Oficina del alcalde Tate —dijo con un tono de voz alegre pero forzado—. Ah, hola, Frank —añadió, relajándose—. Ajá… es la tercera vez que llama esta semana. —Soltó un bufido burlón. Escuchó durante un instante y, al final, decidió—: Está bien, pásamelo. —Echó los hombros hacia atrás mientras se preparaba para la llamada—. Sí, señor Greaves. Soy Ruth. Hablamos la semana pasada. —Morgan se quedó paralizada y aguzó el oído más rápido que Daphne—. Le he transmitido su mensaje, señor. Entiendo que es urgente, pero el alcalde todavía no ha firmado el recurso… No, no puedo meterle prisa. Está en su lista de tareas pendientes, tal como le dije la última vez que llamó. —La mujer esperó mientras ponía los ojos en blanco—. En cuanto lo firme, usted será el primero en saberlo. Sí, usted también, señor. —Ruth colgó el teléfono con fuerza. Salió disparada de su silla y se asomó por la pared del cubículo para hablar con alguien que quedaba fuera de vista—. ¡No vas a creerte quién acaba de llamar de nuevo!

—¿El tal Greaves? —preguntó una voz sin rostro.

Ruth se pellizcó la nariz, levantó la barbilla en el aire y se llevó una mano a la cadera.

—Necesita que se «firme de inmediato el recurso de recalificación».

Su imitación fue muy buena, pero Morgan no pensaba darle el gusto de reírse de una de sus bromas. Las dos mujeres se rieron hasta que Ruth recordó que no estaban solas. Posó la vista en Morgan y después volvió a mirar a su compañera de trabajo.

—¿Comemos en Rosie's? —preguntó.

—No veía el momento de que me lo pidieras —respondió la otra.

Ruth se dio la vuelta y recogió su bolso, que también era morado, del armario.

—Un momento, no encuentro mi identificación.

Morgan se tensó y se contuvo para no mirar la identificación y el cordón que estaban dentro de su bolso. La voz sin rostro dobló la esquina y Morgan se sorprendió al descubrir que se trataba de Sasha Daniels, una de las sobrinas nietas de la señora Pearline y hermana de Shawna. Hizo caso omiso de Morgan como si formara parte del mobiliario, aunque ella prefería que fuese así. Sin embargo, mientras se marchaban, Ruth le lanzó una mirada petulante.

—El alcalde no volverá hasta después de las tres —dijo con retintín.

—Seguiré esperando —gorjeó ella con alegría, como si su culo no estuviera empezando a dormirse tras pasar tanto rato sentada.

—El ayuntamiento cierra a las cinco —comentó Ruth por encima del hombro mientras entraba en el ascensor que las estaba esperando.

Morgan aguardó hasta que la pantalla que se encontraba encima del ascensor mostró que estaba parado en la primera planta. Salió disparada de su asiento y recorrió con sigilo el pasillo enmoquetado. Sabía que el alcalde tenía su despacho tras las puertas dobles cerradas que se encontraban al fondo.

Tras pasar la identificación por el panel, este emitió un destello verde y le dio acceso a otra zona de espera diminuta que se encontraba frente a otro conjunto de puertas dobles. En la pared había atornillada una placa identificativa dorada: Alcalde Sterling

Tate.

A su izquierda había un par de sillas verde salvia a juego y una mesita de café. A su derecha, otro recepcionista con actitud petulante. Un joven con gafas y un corte de pelo anodino la miró de arriba abajo con desdén.

—¿Eres la nueva chica del correo? —preguntó con los labios fruncidos en gesto de desaprobación—. Llegas tarde. El correo se recoge a las diez en punto —añadió mientras se daba un golpecito en la esfera del reloj. Acababan de dar las diez y cuarto.

Morgan asintió con rapidez mientras leía su placa identificativa: Benjamín Crowder.

El joven puso los ojos en blanco.

—Ruth siempre deja que entréis aquí sin acompañamiento —refunfuñó—. Esta vez pienso contárselo a Hartley directamente. —Extendió la mano para que le entregara la identificación. Ella le tendió el cordón que le colgaba de los dedos—. Me muero de ganas de ver cómo se las ingenia para salir de esta —añadió. A Morgan le complació saber que Ruth seguía teniendo un buen puñado de enemigos—. La bandeja de salida es la del contenedor azul. —Señaló las puertas dobles por encima del hombro—. La carpeta superior tiene que ir al registro. Asegúrate de que Deb lo haga antes de irse a comer. Lo demás puede distribuirse como siempre.

—Entendido —contestó ella como si no estuviera hablándole en un idioma extranjero.

—Bueno, ¿y a qué esperas? Entra.

Benjamín la despachó y la envió en dirección a la oficina del alcalde Tate. Morgan dibujó una sonrisa forzada y atravesó las puertas dobles.

El despacho era más grande de lo que debería ser ningún despacho. Los muebles de caoba estaban bañados por la luz matutina del sol que se colaba a través de la hilera de ventanas arqueadas que ocupaban las paredes del fondo. El techo era altísimo y estaba atravesado por vigas de madera oscura que otorgaban a la estancia un encanto antiguo y sureño. Las paredes estaban pintadas

de un color marfil suave: la clase de tono neutral que parecía caro y relajante. Unas molduras decorativas adornaban cada esquina, enmarcando la habitación, y del techo colgaba una lámpara de araña de bronce antigua.

Como un trono, el escritorio del alcalde se alzaba al final de una ancha alfombra tejida. Sobre el escritorio, enorme y oscuro, había papeles apilados de forma ordenada en bandejas etiquetadas. Morgan encontró la bandeja de salida azul justo donde Benjamín le había dicho que estaría. Dentro, a la espera, había una carpeta de papel manila. Junto a un portaplumas de cristal con forma de hoja había una taza de café de cerámica decorada con el escudo del pueblo. Detrás del escritorio había una silla de cuero de respaldo alto que estaba un poco girada, como si el alcalde acabara de levantarse de ella.

Morgan escudriñó la sala con rapidez, consciente de que lo más probable era que, al otro lado de la puerta, Ben estuviera controlando el tiempo que tardaba. A la derecha, una gran vitrina contenía placas, bandos y fotografías en blanco y negro enmarcadas de todos los alcaldes que había tenido el pueblo desde 1919. Junto a ella, pegado a la pared, había un archivador alto cuyo cajón superior estaba un poco abierto. El corazón le palpitó con fuerza.

Se acercó y pasó la vista entre las carpetas pulcramente etiquetadas del interior. Tan solo había una que estuviera abierta: RECALIFICACIONES - PETICIONES ACTIVAS. Se inclinó un poco hacia delante para ver el interior. Estaba vacía.

Se giró hacia el escritorio y tomó la carpeta del contenedor azul para echar un vistazo a la primera página.

Solicitud de recalificación: Maximillian Greaves
Fecha: 1 de enero de 2024
Ubicación: Daffodil Inn. Parcela 4089
Petición: Recalificar los campos de flores como terreno protegido. Recalificar el resto de las estructuras para desarrollo comercial de lujo (Complejo Vacacional y Balneario Cinnamon Waters).
Acción anterior: Denegada por Ronald Hartley. Coordinador del Área de

Urbanismo, citando el decreto histórico número 218. 28 de febrero de 2024.
Corrección: Aprobada por el alcalde Asad Lyons a través de la Enmienda de Recalificación 63-4A. 9 de agosto de 2024.
Corrección: Denegada por el alcalde Sterling Tate. Ver el testimonio comunitario en el Apéndice B. 3 de abril de 2025.
Recurso: Solicitud enviada por Maximillian Greaves. 6 de abril de 2025.
Estado: Pendiente. Ver archivos adjuntos.

A Morgan se le secó la boca. ¡Max llevaba dos años intentando hacerse con el Daffodil Inn! Su último intento había sido apenas dos días antes del festival de primavera…, justo antes de que Eleanor muriera.

¿Lo habrían sabido sus padres todo aquel tiempo? Hojeó las páginas adelante y atrás y sacó fotografías de todos los documentos mientras pasaba la vista por aquel galimatías sobre construcción que no lograba entender. Sin embargo, no había ningún decreto histórico.

Se quedó mirando fijamente la línea de puntos que figuraba en la primera página sobre el nombre del alcalde y que seguía sin firmar. Todavía no lo había hecho oficial, lo que significaba que aún disponía de algo de tiempo. Recogió todos los documentos del contenedor azul cuando oyó los pasos de Benjamin acercándose.

—¡Ya los he encontrado! —anunció con tono alegre justo cuando el joven abría las puertas de par en par, echando fuego con la mirada. Pasó a su lado a toda velocidad en dirección al vestíbulo.

—¿Cómo has dicho que te llamabas? —preguntó él mientras entrecerraba los ojos con suspicacia. Tenía el teléfono pegado a la oreja.

—¡Gracias de nuevo, Ben! —dijo una vez más mientras salía corriendo por el pasillo y pasaba junto al mostrador de Ruth.

—¡Oye, espera!

Oyó la voz de Benjamin detrás de ella, acercándose, pero no se detuvo. Ni siquiera cuando el ascensor se abrió, invitándola a entrar y ofreciéndole una salida limpia. En su lugar, optó por las escaleras.

Con los zapatos resonando sobre el cemento, bajó los escalones

a toda velocidad hasta llegar a la planta baja. Salió por la puerta lateral que comunicaba con una amplia explanada de césped. No dejó de correr hasta que no recorrió buena parte de Main Street. Entonces echó a la papelera la solicitud de recalificación de Max Greaves.

Capítulo 25
Will

Will aparcó el cupé bajo una hilera de robles frente al ayuntamiento y se quitó la chaqueta. El frío húmedo de la mañana se había disipado y el sol se alzaba en el cielo poco a poco, con reverencia. El aire, agradable y dulce, arrastraba la fragancia del césped recién cortado. Una brisa suave sacudió las ramas en flor que había sobre su cabeza, esparciendo las sombras por toda la acera. Otro día deslumbrante en Cinnamon Falls; uno de esos que hacían que todo el pueblo cobrara vida.

Apoyado contra la puerta del coche, se detuvo un instante y echó un vistazo a la calle tranquila. Al fin comprendía por qué la gente se quedaba allí; por qué construían una vida en la que los rascacielos, la digitalización y el ajetreo sin fin no eran necesarios. En el pasado había creído que Cinnamon Falls no era más que un pueblucho, la clase de sitio en el que la gente solo estaba de paso hasta encontrar un lugar mejor.

Era un destino que la gente visitaba como si fuera un museo que conservara una reliquia antigua. De niño, había pasado por allí una docena de veces, había contemplado Barkwood Bridge a través de la ventanilla y había admirado los recodos del río, pero, para cuando habían llegado a la siguiente gasolinera, se había olvidado de él. Jamás se le había ocurrido que existiera gente que viviera allí.

Pero entonces Tanya había tenido el accidente y su vida en Macon había empezado a colapsar poco a poco. Su padre había tenido problemas para mantener Reed & Roots a flote y le había propuesto abrir un nuevo negocio cerca del río. Él se había presentado voluntario para ayudarlo, sintiendo la necesidad de empezar de cero.

Tres años más tarde Cinnamon Falls se había convertido poco a poco en algo más que una mera parada técnica: le había ofrecido una segunda oportunidad. Un trabajo estable. Nutría a su hija, que era la que hacía que su vida fuera importante. Amigos. Incluso el atisbo de una nueva relación con Morgan.

En aquel momento, el pueblo, con sus habitantes entrometidos, sus mañanas tranquilas y sus molestos festivales, era suyo. Cuando no estaba prestando atención, se había arrastrado por su interior con sigilo y se había hecho hueco en sus entrañas.

Y no podía permitir que nadie, especialmente Max Greaves, pusiera eso en riesgo.

Subió los escalones con lentitud y abrió las pesadas puertas de madera. Se dirigió hacia el directorio que se encontraba frente al mostrador principal y pasó los ojos por todos los nombres de la lista hasta que encontró el que buscaba: RONALD HARTLEY, COORDINADOR DEL ÁREA DE URBANISMO - 203.

Segunda planta.

Un golpe resonó en el vestíbulo tranquilo. Una oleada de jadeos recorrió la estancia mientras los trabajadores se daban la vuelta justo a tiempo de oír que la entrada lateral se cerraba con un portazo. Unos pasos se acercaron a toda prisa y Will se apartó en el mismo instante en el que la puerta de las escaleras se abría de golpe. Un joven con el rostro enrojecido y ataviado con un chaleco de punto se dobló hacia delante con las manos apoyadas en las rodillas mientras respiraba hondo. Señaló la puerta con un dedo tembloroso.

—¿Alguien… ha visto… pasar por aquí… a una mujer?

—Ben, ¿qué ocurre? Siéntate. —La recepcionista condujo al

hombre jadeante hasta un asiento vacío. Entonces le dio varios sorbos de agua.

—La chica del correo —graznó el joven—. Ha… —Tenía el pecho agitado—. ¿Dónde está la chica del correo? —pidió saber.

—¿Qué chica del correo? —preguntó la recepcionista con tono suplicante.

—¡Iba vestida de morado de pies a cabeza! —gritó Ben.

A Will se le encendió la piel.

La mujer parecía confundida.

—Se llama Ruth Evers, Ben. ¿Cuántas veces te ha dicho Hartley que tienes que aprenderte sus nombres? Es la secretaria, no la chica del correo. De verdad, tienes que empezar a…

Frustrado, Ben gruñó y se puso en pie. Presionó el botón del ascensor, que se abrió para dejarle entrar.

—Si vuelves a verla, llama a seguridad —espetó antes de que las puertas de acero se cerraran.

Aliviado, Will optó por las escaleras. Si alguna vez tenía la oportunidad de volver a hablar con Morgan, se moría de ganas por contarle que su enemiga de secundaria ahora también vestía su color favorito. Había estado en lo cierto: el asunto había sido cosa de los celos.

Subió el tramo de escaleras con facilidad y encontró la segunda planta incluso más tranquila que el vestíbulo. Accedió al recibidor enmoquetado de la oficina. Delante de él se extendían varios pasillos con puertas cerradas. Siguió los carteles hasta encontrar el despacho 203. Con la mandíbula tensa, llamó a la puerta acristalada. No sabía qué era exactamente lo que estaba buscando, tan solo que la reputación de Eleanor estaba en juego.

—Adelante —dijo una voz.

El hombre que se encontraba al otro lado del escritorio era esbelto y canoso y llevaba las gafas apoyadas en la punta de la nariz. El traje gris le colgaba de los hombros con aire cansado. Apartó la vista de una pila de papeleo y pestañeó con gesto sorprendido, pero no antipático. Se quitó las gafas de la nariz y las

dejó sobre el montón de documentos que tenía enfrente.

—¿Puedo ayudarle?

—Soy William Reed. Mi padre es el propietario de Reed & Roots y…

—El departamento encargado de las licencias se encuentra al otro lado del pasillo. Cuando salga de mi despacho, gire a la izquierda. El despacho de Charles es la última puerta a la derecha.

—Señor, he… —Intentó explicarse él.

—Escuche, hijo, ¿es que no ve que tengo un montón de trabajo que hacer? Hágale perder el tiempo a otro, ¿quiere?

—He venido por Eleanor Langford. —Will se irguió mientras el corazón le golpeteaba las costillas.

Hartley apretó la mandíbula y la arruga que tenía entre las cejas fruncidas se le suavizó. Con un gesto, le indicó que cerrara la puerta y Will se sentó frente a él. Se quedó cara a cara con una fotografía de un Ronald más joven que sostenía la mano diminuta de su hija en un parque de atracciones. Una persona de dos metros ataviada con un disfraz de rata levantaba el pulgar con una sonrisa animada.

Hartley le tendió la mano.

—Ronald Hartley, aunque todos me llaman Ron. Siento el malentendido. Últimamente he estado muy ocupado. Ya se habrá dado cuenta. —Soltó una carcajada incómoda—. ¿Qué pasa con Eleanor? Me entristeció mucho enterarme de su muerte.

Will decidió ir directo al grano. Había preparado todo un discurso para el señor Hartley sobre su relación con Eleanor con la esperanza de que compartiera lo que sabía con él, que casi era un desconocido. Sin embargo, a juzgar por su bandeja de entrada de correo, no parecía un hombre que pudiera perder mucho tiempo.

—Eleanor era una persona muy especial para mi hija, que tiene el corazón roto tras haberla perdido. De padre a padre: estoy aquí para descubrir lo que le ocurrió.

Hartley se inclinó hacia delante mientras exhalaba entre dientes.

—Ojalá lo supiera —dijo, alzando las manos en el aire.

—Ya conoce a mi hija, Angel. —Sacó el teléfono móvil y le

enseñó al hombre su salvapantallas: una foto de la pequeña con el disfraz de ángel que había llevado para Halloween el año anterior, con unas alas postizas que le salían del vestido y una diadema con forma de halo.

Un destello de reconocimiento iluminó los ojos de Hartley.

—¡Sí! ¡Y menudo encanto de niña! Tiene una jovencita muy inteligente, señor Reed.

No era la primera vez que oía un comentario así sobre su hija. Angel hacía amigos allá donde fuera. Había heredado la personalidad extrovertida de su madre.

—Gracias, señor. Es la luz de mi vida y, ahora mismo, no se encuentra demasiado bien. Creo que usted fue una de las últimas personas que vio a Eleanor con vida. Necesito saber qué se traía entre manos.

Hartley asintió, pensativo.

—Vino a contarme que Vanessa Taylor estaba a punto de perder el Daffodil Inn a manos de Max Greaves. Que él llevaba más de dos años llamándola y acosándola. —El hombre abrió un cajón que se encontraba junto a él y sacó una carpeta fina de papel manila—. Hace dos semanas Eleanor mantuvo una conversación grabada con el alcalde. Justo después de eso, Tate rechazó la petición de recalificación de Greaves, pero él presentó otro recurso de inmediato. Es como un perro con un hueso. —Will se quedó mirando fijamente la carpeta, sin moverse—. Eleanor me entregó la transcripción —dijo Hartley mientras se la tendía—. Teníamos la esperanza de que fuera suficiente para impedir que Greaves se quedara con la pensión.

Will leyó:

[TATE]: Diga su nombre y la fecha para
que queden registrados, por favor.

[LANGFORD]: Eleanor Caroline Langford.
Hoy es viernes, 4 de abril de 2025.

[TATE]: ¿Qué era lo que quería contarme,

señora Langford?

[LANGFORD]: Antes de nada, no sé qué habrá, oído sobre mí, pero…, bueno, sé que no soy la persona más querida de Cinnamon Falls. No me parezco en nada a Rosslyn Rose, y no tengo reparos en decirlo. No horneo tartas para recaudar fondos y no saludo a la gente en las tiendas. Nunca he fingido ser alguien que no soy. Pero amo este pueblo. Mi esposo, Thomas, y yo nos mudamos aquí cuando él se retiró de la marina. Mantuvo la promesa que me había hecho: mudarnos juntos a algún lugar seguro y formar una familia. Compramos aquella casita junto al río con un jardín silvestre… Ese jardín lo mantuvo con vida más tiempo del que los médicos aseguraron que viviría. Ya habíamos perdido a la pequeña Bella décadas antes y apenas habíamos sobrevivido. Cuando lo perdí a él y perdí la casa…, lo único que hizo que me quedara fue el Daffodil Inn. El terreno, el local… son algo más que una propiedad, señor. Forman parte del tejido de este pueblo. Vanessa me contó que Greaves la está acosando para quedárselo. Seguro que también le está ofreciendo mucho dinero. Dicho esto, sé que le hizo promesas al alcalde Lyons; lo más probable es que las mismas que le habrá hecho a usted. Pero ese tal Lyons era un corrupto. Se dejaba comprar. Aceptó donaciones para su campaña de las empresas de Greaves. Las llaman «empresas fantasma», lo aprendí en la biblioteca. Conseguí que pusieran mi nombre en una puerta y todo. ¿Alguna vez ha estado en los archivos? Me mira como si estuviera loca, pero puedo demostrarle…

[TATE]: No digo nada, tan solo la estoy escuchando.

[LANGFORD]: Bueno, pues escúcheme bien. No quiero nada especial de usted, señor Tate.

Ni siquiera reconocimiento o que me estreche la mano. Tan solo quiero que el lugar que mi esposo tanto amaba permanezca intacto. Como ciudadana interesada, le pido que por favor no se lo venda a un hombre que lo desmantelaría solo para obtener beneficios.

[TATE]: Sin duda, tendré en cuenta todo lo que me ha contado, señora Langford. Gracias por venir a verme.

[FIN DE LA TRANSCRIPCIÓN].

Will miró a Hartley y se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Me trajo el nombre de dos empresas fantasma que, supuestamente, donaron dinero para el alcalde Lyons; unas que sospechaba que estaban relacionadas con Max Greaves. Investigamos un poco, pero no pudimos encontrar nada. Me dijo que tenía más información, pero… no tuvo ocasión de venir a traérmela.

—Porque la asesinaron —murmuró Will en voz baja.

—Tate está dando largas a Greaves con la petición de enmienda. Dijo que, de ahora en adelante, quería hacer las cosas siguiendo las reglas. Pero no creo que eso le sentara bien a Max.

Will se recostó en el asiento. De algún modo, la estancia le resultó más pequeña. Más cargada.

Casi todas las personas del pueblo habían pintado a Eleanor Langford como una anciana amargada. Pero ahí estaba: intentando salvar a las mismas personas que la repudiaban.

Hartley se echó hacia atrás mientras se frotaba las sienes.

—Tendría que haber acudido a la Policía…

Will se encogió de hombros al recordar algo.

—No habría servido de nada. Max tiene una coartada perfecta para la noche que asesinaron a Eleanor. No pudo ser él. Si vamos a ir a por él, necesitamos todos los hechos. —Las cosas no tendrían que haber llegado tan lejos. Rechacé la petición de Max hace años. La pensión se encuentra en terreno histórico. El decreto lo prohíbe expresamente. Nos aseguramos de archivar toda esa información

por si alguna vez ocurría algo así.

Aquello le recordó que tenía que hacer una última parada. Si podía echarle la mano a ese decreto, podría detener a Max Greaves de una vez por todas. La muerte de Eleanor no habría sido en vano.

—Gracias por su tiempo, señor Hartley.

Salió al pasillo y cerró la puerta con cuidado a su espalda. Abandonó el ayuntamiento por el mismo lugar por el que había entrado y recorrió a pie la corta distancia que lo separaba de la biblioteca. Tenía el pecho lleno de sentimientos afilados: ira, culpa y, sobre todo, esperanza.

Capítulo 26
Morgan

Morgan abrió de golpe la puerta de The Cinnamon Scoop y la campanita de latón que había sobre ella resonó con tanta fuerza que, detrás del mostrador, tanto Nia como Niles se sobresaltaron. Midnight, que había estado durmiendo profundamente en la ventana, bufó ante la conmoción repentina. Dio vueltas con lentitud, dibujando un círculo, y se hizo un ovillo calentito mientras miraba a Morgan con un destello de fastidio en los ojos amarillos.

—Alguien ha tenido un mal día —comentó Niles, que se había detenido a medio camino de servir una bola de helado de menta con pepitas de chocolate—. ¿Te encuentras bien, Morg?

—Acabo de cometer un delito menor —espetó ella sin aliento. Se acercó corriendo al mostrador y apoyó las manos con firmeza, agradecida de que el suelo bajo sus pies hubiera dejado de moverse.

—¿Sin mí? —exclamó Nia.

—Define «menor» —dijo Niles al mismo tiempo.

—Me he colado en el despacho del alcalde —admitió—. Necesito dos bolas de helado de canela. De inmediato.

—¡Morgan!

Nia soltó la cuchara de helado que tenía en la mano y repiqueteó con un estruendo contra el fondo del contenedor vacío de metal. Niles se metió detrás del mostrador y comenzó a prepararle el

pedido, cautivado por el cotilleo.

—¿Cómo has conseguido que Ben te dejara pasar? —preguntó.

—Llevaba una identificación. —Se encogió de hombros, pasando de puntillas sobre aquel pequeño detalle del delito como si, para empezar, no la hubiera robado. Sacó el teléfono y le mostró a Nia las fotografías—. La cuestión es que he encontrado la solicitud de recalificación de Max. Lleva un tiempo intentando hacerse con la pensión.

Nia cruzó los brazos sobre el pecho con gesto de desaprobación mientras ojeaba las páginas con Niles apoyado en uno de sus hombros.

—No está firmada —señaló. Se quitó de encima a su hermano y tomó el teléfono entre las manos—. ¿Crees que el alcalde tiene intención de honrar la corrección de Lyons y aprobarla?

—Bueno, no va a tener ocasión de hacerlo —masculló ella con el calor palpitándole en el rostro. Niles le pasó una tarrina con dos bolas de canela y le tendió una cucharilla. Morgan se metió el helado en la boca con ganas—. Me he deshecho de ella.

—¿Es que a vosotras dos os gustó la cárcel? —preguntó Niles con tono sincero—. Nunca he visto a dos personas más empecinadas en pasar el resto de sus días entre rejas. Es alucinante.

Ninguna de las dos le hizo caso.

—¿Y dónde está ese decreto histórico? —le preguntó Nia mientras le devolvía el teléfono.

—Ese es el problema. —A Morgan se le cayó el corazón a los pies —. El decreto no estaba en la carpeta. No había nada que especificara que la pensión o el terreno están protegidos, lo que no tiene sentido.

—Un momento —dijo Niles. Agarró su mochila, que se encontraba detrás del mostrador, y sacó el portátil. Lo encendió y se mordió un labio, concentrado—. Dejad que compruebe la base de datos interna. Si hay algún proceso abierto sobre la propiedad, debería estar digitalizado a estas alturas. —Tecleó frenéticamente, haciendo volar los dedos sobre el teclado.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Morgan.

—Soy el digitalizador de la oficina del secretario del condado. ¿Te acuerdas? —contestó, enseñándole su identificación—. La oficina está en el ayuntamiento. La próxima vez que necesites colarte, avísame. No hace falta que vayas en plan furtivo. —Morgan archivó esa información: era demasiado escasa y llegaba demasiado tarde—. El gesto de Niles se ensombreció. —La documentación está restringida. Todo lo relacionado con la oficina del alcalde Lyons está precintado, probablemente por el juicio inminente. Ni siquiera mis credenciales tienen permiso de acceso.

Morgan gruñó mientras se apoyaba contra el mostrador.

—Entonces, ¿no hay nada? ¿Ninguna copia de seguridad? ¿Ninguna prueba?

—Puedes probar en un sitio —dijo el joven con lentitud—. La sala de los archivos de la biblioteca. Todos los documentos tienen un duplicado en físico: los registros de recalificación, los bandos… Todo. Tienen documentos que se remontan a los años cincuenta.

—Merece la pena intentarlo —comentó Morgan mientras se encogía de hombros y se dirigía hacia la puerta.

Nia se quitó el delantal.

—Espera. Voy contigo. Ni de broma vas a colarte en otro sitio sin mí.

Morgan rebuscó en su cartera hasta que encontró lo que estaba buscando.

—No tendremos que colamos —dijo, mostrándole su tarjeta de la biblioteca.

—¡Será mejor que no os saquen de allí esposadas, delincuentes! —exclamó Niles.

—¡Cierra el pico! —le gritaron ambas al unísono.



Cuando Morgan y Nia subieron a toda prisa los escalones de

piedra, la biblioteca de Cinnamon Falls no llevaba mucho tiempo abierta. Pasaron junto a las cestas de tulipanes en tonos pastel y pensamientos color mantequilla que bordeaban el camino y abrieron las puertas enormes.

—El archivo se encuentra al fondo —señaló Morgan, guiando a su amiga.

Pasaba allí al menos un día de la semana, intercambiando libros y encontrando nuevas lecturas para la hora del cuento de sus alumnos. Todos los bibliotecarios la conocían por su nombre.

Cuando Nia y ella pasaron junto a la sección infantil, había un grupo de niños pequeños riéndose con un espectáculo de marionetas. Aisha, la bibliotecaria jefe, las saludó con la mano mientras ordenaba las estanterías.

Morgan bajó el ritmo conforme se acercaban a la sala de los archivos. Se detuvo por completo cuando posó los ojos sobre la figura familiar que estaba encorvada sobre el mostrador, registrándose.

Will.

El aliento se le atascó en la garganta. Ahí estaba, vestido con una camisa en un tono gris suave que llevaba remangada hasta los codos. Se quedó petrificada y sintió un retorcijón en el estómago. No de ira, sino por esa sensación horrible y dolorosa que sentía en el pecho y a la que no había sido capaz de dar nombre desde que su cita se había visto interrumpida.

Nia se colocó a su lado y le apoyó una mano en el costado.

—¿Estás bien?

—Sí —mintió.

No estaba bien. En absoluto.

Will alzó la mirada. Sus ojos se encontraron y, durante un buen rato, ninguno de los dos se movió.

Capítulo 27
Will

Will se quedó petrificado.

Morgan se encontraba en el umbral de la puerta de la sala de los archivos. La luz del sol que se derramaba desde la diminuta ventana de cristal opaco que había sobre el mostrador de la bibliotecaria se reflejaba en las mechas que llevaba en las trenzas y le cubría el rostro de un resplandor suave.

Durante un instante suspendido en el tiempo, el murmullo de las luces del techo se desvaneció. Lo mismo ocurrió con el dolor de cuello causado por haber dormido tres horas en un sofá duro y la molestia constante que llevaba sintiendo en el pecho desde la noche anterior. El bolígrafo que sostenía en una mano le pesaba tanto como el cemento. Se le tensó la garganta, pero no le salió ninguna palabra por la boca.

Ahí estaba, frente a él. Pero no estaba sola. Nia se encontraba de pie junto a su amiga, protegiéndola con una mano, con una cara de desagrado tan cruel que le dolió más que el corte de un cuchillo. Pero lo que lo mató fue el gesto de Morgan: estoico pero con un toque vulnerable, como si estuviera tratando de no sentir nada y estuviera fracasando miserablemente en el intento.

Sus propios sentimientos eran demasiado intensos y estaban demasiado dispersos en ese momento como para expresarlos. Se

irguió sin estar muy seguro de qué decir. «Lo siento» le parecía demasiado trivial y anodino. Disculparse no era suficiente.

—Hola —dijo en voz baja.

Morgan entró en la sala sin contestar y sus tacones resonaron con suavidad mientras acortaba la distancia que los separaba. El corazón empezó a latirle con fuerza dentro del pecho. Ella metió la mano dentro del bolso en busca de algo y sacó un pequeño rectángulo.

Su tarjeta de crédito.

La sostuvo entre ellos como si apestara. Will la tomó, demasiado consciente de que sus dedos no se habían rozado.

—Gracias —contestó, pero le sonó vacío cuando le salió por la boca.

La tarjeta le daba igual. Lo que le preocupaba era que ella no lo estaba mirando como solía hacerlo: como si fuera importante o como si sintiera algo por él.

Tragó saliva con fuerza y terminó de anotar su nombre, pero el ambiente de la sala cambió. En ese momento se volvió espeso, cargado de confesiones sin decir. No podía dejar de mirarla de reojo, fijándose en su rostro, sus manos y la tensión que tenía en los hombros.

Quería decirle muchas cosas:

«No estaba pensando con claridad».

«Fui un idiota».

«No pretendía hacerte daño».

Incluso la sugerencia de su hermano le parecía una opción:

«Mi amor, te lo suplico».

Morgan lo rodeó, tomó otro de los bolígrafos que había en una taza sobre el mostrador de la bibliotecaria y registró su nombre. Nia también lo rodeó, dibujando un amplio círculo, como si fuera el paciente cero, y se colocó al lado de su amiga para anotar su nombre en el archivador de tres anillas.

—Hola, Liz —le susurró Morgan a la bibliotecaria—. Estamos buscando la copia original del decreto histórico referente a la

pensión de mis padres.

Liz apartó la vista del libro de bolsillo en el que estaba inmersa. Detrás de las gafas ovaladas y gruesas, frunció el ceño. Colocó un *ticket* en la página que estaba leyendo y se puso en pie mientras se arrebujaba con la chaqueta de punto.

—He de decir que hacía años que no veía tanto movimiento en los archivos. La semana pasada vino un tipo buscando exactamente lo mismo.

—¿Qué tipo? —preguntaron Morgan y Nia al unísono.

Liz tomó el archivador y pasó varias hojas. Pasó el dedo por toda la página escrita hasta encontrar la entrada que había estado buscando.

—Fue el viernes previo al Daffodil Jubilee. Le molestó que le hiciera registrar su nombre. Yo le dije que podía hacerlo o podía marcharse.

La mujer dejó el archivador sobre el mostrador y señaló el nombre que estaba firmado con un estilo pomposo y que ocupaba la mitad de la página: «Maximillian Greaves».

Los tres visitantes jadearon al mismo tiempo.

La bibliotecaria salió de detrás del mostrador y se puso un par de guantes blancos.

—Los decretos históricos son eso: históricos. Esas páginas tienen décadas de antigüedad. No se pueden tocar o manipular sin la presencia de un profesional cualificado.

Morgan, Nia y Will siguieron a Liz hacia las profundidades de la sala.

—Por supuesto —respondió Morgan—, ¿pero hay alguna manera de que podamos hacer una copia?

—¿Una copia? —La mujer frenó de golpe y se giró hacia el grupo, desconcertada.

—Antes de que te dé un ataque… —comenzó a decir Morgan—. Necesito pruebas de que el Daffodil Inn se encuentra en terreno protegido. —Le dedicó una sonrisa débil a la bibliotecaria, pero Will se dio cuenta de que no era genuina.

Sus dedos se morían de ganas por tocarla y colocarle un mechón suelto detrás de la oreja. Se moría por oírla contar una broma que hiciera que se desternillara de risa. Pero estaba clavado al suelo.

—Morgan, ya sabes que te adoro, pero a Aisha le daría un síncope si descubriera que…

—¡No lo descubrirá! —Morgan alzó las palmas de las manos ante ella—. Una foto rápida. Ni siquiera sacaremos el documento del plastiquito o lo que sea.

Liz sacó un taburete pequeño de detrás de una de las estanterías y se subió a él. Se puso de puntillas y del estante superior extrajo un tomo grueso cuyo lomo estaba desgastado por los años.

—Este es el índice de los decretos.

Pasó el dedo enguantado por las etiquetas hasta que encontró la sección de la «D». Hojeó y hojeó el tomo con manos cuidadosas hasta llegar a la siguiente sección, la de la «E».

—No puede ser —masculló mientras volvía a pasar las páginas con más lentitud.

—¿Qué ocurre? —preguntó Will, incapaz de soportar la intriga.

—Falta la página del Daffodil Inn —admitió Liz con el miedo reflejado en el rostro.

No estaba arrancada, no la habían marcado con una esquina doblada. La habían quitado como si nunca hubiera existido.

Morgan se quedó mirando el hueco vacío mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Tiene que ser una broma —dijo con un susurro.

—Un momento —intervino Nia—. Ha dicho que esas páginas no podían manipularse sin un profesional cualificado. Así que no es normal, ¿cierto?

Will negó con la cabeza.

—A menos que alguien tuviera motivos para hacerlo desaparecer.

—¿Solicitó Max esa página en concreto? —preguntó Nia.

La bibliotecaria, paralizada por el miedo, parecía tener la mente en otra parte.

—No en concreto. Me pidió echarle un vistazo al índice. Me dijo

que, sobre todo, quería ver viejos mapas de distribución territorial. Hablamos sobre Redfern Tavern y me dijo que era el propietario de toda esa zona comercial. Era un hombre dulce y encantador. ¿Crees…? ¿Crees que lo robó?

—¡Tuvo que ser él! —dijo Morgan mientras la frustración emanaba de ella en oleadas.

—Lo habría visto —masculló Liz mientras fijaba los ojos en el suelo—. Es imposible. Estábamos de pie el uno al lado del otro.

—¿Y si no lo robó? —preguntó Nia—. ¿Y si lo escondió?

Como si fuera un rayo, una idea asaltó a Will.

—¡Eleanor! —espetó.

—¿Qué? —Morgan lo miró como si acabara de salirle otra extremidad.

Will sacudió la cabeza. Su cerebro funcionaba más rápido de lo que tardaba en formar las palabras.

—¿Y si lo escondió Eleanor? Angel nos contó que Eleanor le había dicho que siempre podría encontrarla donde se ocultan las cosas. En aquel momento pensé que tan solo estaba siendo dramática, pero…

Morgan recuperó el color de la cara y los ojos se le iluminaron como si fueran fuegos artificiales.

—Sé dónde está.

Retrocedió tan rápido que chocó contra las altas estanterías, que se balancearon con el impacto, amenazadoras. Liz se acercó corriendo y sostuvo los estantes para que no se cayeran como si fueran sus propios hijos.

—¿Qué quieres decir, Morg? —preguntó Nia mientras le apoyaba una mano en el hombro a su amiga.

—No tenemos tiempo. ¡Te lo explico más tarde!

Con la falda ondeando al viento, Morgan salió corriendo y esquivó las mesas y las sillas hasta llegar a la puerta.

Will y Nia la siguieron a toda velocidad, pero ya había desaparecido. Tan solo oyeron el eco de sus tacones y el golpe suave de la puerta al cerrarse tras ella.

Él se quedó mirando el umbral vacío con el pecho henchido y el

corazón en las manos.

Nia dio un paso al frente para bloquearle el campo de visión.

—Tenemos que hablar. Ahora.



Rosie's Diner seguía teniendo el mismo aspecto de siempre. Una barra flanqueada por taburetes recorría toda la parte frontal. Habían pasado dos años desde la última vez que había estado dentro. La mayor parte del tiempo, usaba la ventanilla que Eddie había instalado en el lateral del edificio para recoger pedidos rápidos para llevar. Entrar dentro fue como regresar a casa. Él tan solo había coincidido con Rosie en un par de ocasiones, pero por la forma en la que Morgan, Nia y Jesse la reverenciaban —una matriarca casi legendaria—, se sentía como si también formara parte de su familia. Además, todavía no había encontrado ningún bollo de canela en toda la zona que fuese mejor que el de Rosie: suave como una nube en el centro, caramelizado en los bordes y bañado con un glaseado tan delicioso que debería estar prohibido.

El local solo estaba lleno a medias, pero el bullicio de la gente que estaba comiendo inundaba el resto del espacio vacío. Al fondo, Will atisbo un reservado enclavado bajo la ventana y se sentó en el asiento de cuero. Nia no se sentó de inmediato.

—Este es el lugar exacto en el que estaba sentada la última vez que vi a Rosie con vida. —Se giró y posó la vista en los trabajadores que estaban detrás de la barra, aunque no parecía estar viéndolos.

—Lo siento, Nia. Podemos escoger algún otro lugar —contestó él.

Will esperaba ver lágrimas, pero Nia se dio la vuelta con fuego en los ojos.

—Es el lugar perfecto para que recibas tu merecido. A Rosie le encantaban los castigos divinos.

Se sentó frente a él como si fuera un capo de la mafia, con los brazos cruzados y gesto serio. Will soltó un gruñido y apoyó la

cabeza contra la parte trasera del reservado.

—Adelante —cedió—. Dime lo que tengas que decirme.

Ella se inclinó hacia delante.

—Has conseguido enfadar a dos de las personas que más me importan en este mundo —dijo de forma directa mientras apoyaba los codos sobre la mesa—. A mi novio y a mi mejor amiga. Cuando se trata de ellos, no me ando con tonterías.

Will hizo una mueca mientras lo asimilaba todo. Se lo merecía.

—Directa al grano. De acuerdo.

Ella arqueó una ceja.

—Ni siquiera he empezado todavía.

Un camarero se acercó y Nia pidió una hamburguesa poco hecha con patatas fritas y un té endulzado de acompañamiento. Él no pidió nada. De pronto, no tenía hambre.

—Irrumpiste en esa comisaría como si estuvieras en una película de acción, ¿y para qué? ¿Para avergonzarlo? ¿Crees que sabes más que un detective formado?

—Nia, eso no es lo que…

—Jesse tan solo está haciendo su trabajo, Will. ¿Crees que quería arrestar a Caleb en mitad de la puñetera noche? Estaba siguiendo órdenes. Y después, ¿tiene que aguantar que le eches la bronca en el trabajo cuando ya se siente fatal al respecto? Eso fue rastrero. E insensato. Y estúpido. Y…

—¡Está bien! ¡Ya lo he entendido! —La interrumpió Will. Apartó la mirada con la mandíbula tensa—. Ya lo sé, ¿de acuerdo? Es solo que… perdí los nervios. Caleb me llamó llorando y eso me enfureció.

—Eso no hace que esté bien —contestó ella, suavizando el tono —. Pero luego hay un problema aún mayor: Morgan. —Oír su nombre fue un golpe mayor de lo que había esperado. Lo asaltó otra oleada de vergüenza. Nia se crujió los nudillos y Will se preparó—. La dejaste abandonada en la mesa durante la cena —dijo en voz baja y con tono férreo—. ¿Sabes lo humillante que es eso? Le gustabas, Will. Y mucho. Creo que no he visto a Morgan tan emocionada con alguien desde… —Hizo una pausa y miró al techo—.

¡Ni siquiera sé desde cuándo!

Will quería gritar, pero sabía que no le saldría la voz. Enterró la cabeza entre las manos.

—La fastidié, Nia —admitió.

—Sí, lo hiciste —contestó ella mientras le lanzaba una mirada sarcástica.

—Quiero solucionarlo —dijo, alzando la vista con rapidez—. Arreglaré las cosas con Jesse. Pero, en el caso de Morgan…, haré lo que sea necesario. Y lo digo en serio.

Nunca había sido de los que se achantaban ante nada. Tanto si ganaba como si perdía o empataba. Calvin Reed le había enseñado a ser así. Estaba dispuesto a asumir la responsabilidad de sus errores; a mirar a la vergüenza a la cara y aceptar su destino. Pero no podía dejar marchar a Morgan. No así. Si le permitía volver a acercarse a ella, le debía una disculpa.

Nia arqueó una ceja con escepticismo.

—Morgan es muchas cosas, Will. Graciosa, leal, inteligente y absolutamente despampanante —dijo, enumerando con los dedos—. ¿Pero indulgente? No se cuenta entre sus mejores cualidades.

Will echó los hombros hacia atrás.

—Puedo lidiar con situaciones difíciles.

En el pasado la vida lo había dejado fuera de combate, congelado y derrumbado sobre el suelo, pero, aun así, se había recuperado de nuevo. Sería igual en aquella ocasión.

Nia soltó un bufido burlón.

—Todavía está enfadada con una chica que en sexto curso la llamó… —Bajó la voz y miró a su alrededor como si Morgan fuese a aparecer desde detrás de una esquina para asfixiarla—. Ni siquiera soy capaz de decirlo en voz alta por…

—¿Te refieres a…?

—¡No lo digas! —bufó Nia—. La cuestión es que no olvida y, desde luego, tampoco perdona con facilidad.

Will se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en la mesa.

—Entonces, me esforzaré más. La apoyaré. Le demostraré que es

muy importante para mí, porque lo es. No es excusa, pero estaba molesto, Nia. No podía permitir que me viera tan enfadado. Me daba…

—¿Miedo que te viera tal como eres en realidad?

No podía negarlo. Estaba asustado. Le asustaba que la versión de sí mismo que se manifestaba en momentos como ese fuese la versión que ella recordara; que confundiera su furia con imprudencia y violencia: las mismas cosas por las que su familia lo trataba como una bomba a punto de estallar. No quería que Morgan pensara que era como cualquier otro hombre que escogía la ira por encima de la razón.

—Sí —dijo al fin—. Me daba miedo que viera una versión de mí que me he esforzado mucho en enterrar.

—Entonces, muéstrale el hombre que eres ahora.

Will asintió con lentitud mientras se permitía asimilar aquellas palabras. Ojalá hubiese hablado con Nia antes de arruinar las cosas con Morgan.

—No puedes solucionarlo todo a la fuerza. El amor requiere tiempo, paciencia y estar dispuesto a ceder un poco. Se parece mucho a la jardinería. —Nia se quedó mirándolo un instante, pasando la vista por él mientras entrecerraba los ojos con esa clase de escrutinio que solo las mejores amigas pueden llevar a cabo. Entonces, le tendió el dedo meñique—. Prométeme que no vas a estropearlo de nuevo. Que no vas a salir corriendo. Que no vas a perder los nervios. Que no vas a tratarla como si fuera un plan B cuando tu mundo se venga abajo. No es una princesita, Will. Ella también es capaz de lidiar con las situaciones difíciles.

Él entrelazó su meñique con el de ella para sellar el trato.

—Tienes mi palabra.

El camarero regresó con la comida de Nia perfectamente empaquetada para llevar. Ella asintió, satisfecha, y le dio una palmadita a la bolsa de plástico.

—Gracias por invitar a comer a mi chico. Estás empezando con buen pie.

Salió del reservado y se alejó de allí con paso tranquilo.

Will soltó una carcajada, incapaz de creer la facilidad con la que lo había engañado. Sacó la cartera y se dio cuenta de que, en medio de todo el caos, se había dejado la tarjeta de crédito en la biblioteca. Pagó la comida de Nia con el efectivo que le había dado la señora Lorraine y miró su teléfono móvil. Todavía le quedaba algo de tiempo antes de que Angel saliera del colegio. Le dio las gracias al camarero y se dirigió hacia la biblioteca.



Elizabeth seguía encorvada sobre la amplia mesa de roble con la nariz enterrada entre una torreta precaria de libros antiguos. Los decretos históricos estaban esparcidos frente a ella como si fueran piezas de un puzle esperando a que las colocaran en su sitio. El registro de visitantes yacía junto a ellas.

Will vio su tarjeta de crédito en el mostrador de información que se encontraba en la parte delantera de la sala. Volvió a metérsela en la cartera y se adentró en las profundidades del archivo hasta llegar junto a la bibliotecaria.

—Sigue aquí —dijo, aunque no le sorprendió que no se hubiera movido de aquel lugar.

Elizabeth no levantó la vista.

—He supuesto que volvería a por su tarjeta. Estoy intentando encontrarle sentido a este desastre. Alguien sabía con exactitud qué era lo que estaba buscando. —De forma distraída, le dio un golpecito al libro con el registro de las visitas—. Nadie viene nunca por los archivos. De vez en cuando, recibo algún visitante cuando hay visitas guiadas por la biblioteca o cuando un turista quiere aprender más sobre la historia de Cinnamon Falls. Pero he comprobado la hoja de acceso. A lo largo de las últimas dos semanas, solo han venido dos personas más allá de Nia, Morgan y usted.

Will se acercó un poco más, cada vez más curioso.

—¿Quiénes?

La mujer le dio un golpecito a la página.

—Eleanor Langford y Maximillian Greaves.

Will se dio la vuelta mientras se llevaba los dedos a los labios, pensativo.

—¿Para qué vendría Greaves a los archivos? Ya sabía lo del decreto y, de todos modos, habían aprobado su petición. No podía estar preocupado por un trozo de papel De eso se habían encargado sus donativos para la campaña electoral. —Tragó saliva mientras el cerebro le funcionaba a toda velocidad—. Además, la noche que mataron a Eleanor, hubo testigos que lo vieron en el club de campo.

—Le estoy diciendo que el tal Greaves estuvo aquí —repitió Elizabeth mientras golpeaba con el dedo índice el registro de las visitas.

Era imposible que aquel hombre hubiese estado en dos sitios a la vez. No sabía cómo no se había dado cuenta antes. Greaves debía de haber sido consciente de que la que había paralizado su petición había sido Eleanor. Si la hubiera matado él mismo, todas las pruebas lo habrían señalado a él. Y si no podía conseguir el Daffodil Inn a través del soborno, tan solo le quedaba otra opción: el asesinato. Tenía que enviar a otra persona en su lugar; alguien que fuera lo bastante encantador como para descubrir más información y conseguir cerrar el trato de forma artera; alguien que pudiera acercarse a Eleanor lo suficiente como para matarla sin que lo reconocieran.

Will gruñó mientras cerraba las manos en puños.

—Cameron.

Liz lo miró, alarmada, mientras se quitaba las gafas de la cara.

—¿Cameron? —preguntó, interesada.

Will apretó la mandíbula, rememorando hasta el último detalle del hombre que había intentado bloquearle el paso en la pensión el día anterior.

—Un tipo alto, nuevo en el pueblo…

—Cabello castaño revuelto, ojos azules como el océano… —La mujer palideció. Su voz sonaba jadeante—. Ese… ese es Maximillian Greaves.

Will maldijo en voz baja mientras rebuscaba su móvil. Cuando encontró el número de Morgan, clavó el pulgar encima con fuerza.

—Contesta —suplicó.

El teléfono sonó una vez.

Dos.

Buzón de voz.

Colgó y volvió a intentarlo mientras comenzaba a dar vueltas de un lado para otro. Siguió sin obtener respuesta.

—No contesta —masculló.

El miedo le serpenteó en torno al corazón y se lo estrujó.

—¿Cree que estará teniendo problemas? El tipo parecía incapaz de hacerle daño a una mosca. Era…

—¿Encantador? Sí, eso me han dicho.

—Pero… —comenzó a decir Liz.

Will no necesitó oír el resto: ya había salido por la puerta.

Capítulo 28
Morgan

Los neumáticos de Morgan patinaron sobre la gravilla mientras aparcaba su camioneta frente al Daffodil Inn. No hizo caso a su teléfono móvil, que estaba vibrando, pues estaba demasiado concentrada en la misión que tenía por delante. Casi había llegado. El corazón le palpitaba con fuerza con cada paso que daba hacia la entrada principal. Había permanecido con el alma en vilo durante todo el trayecto hasta allí. No podía creer que no se le hubiera ocurrido antes.

Se quitó los tacones con una sacudida y subió corriendo las escaleras sin molestarse en comprobar si había alguien en casa. Cuando llegó a lo alto de la escalinata, giró a la derecha y abrió la puerta de Cameron de golpe y sin llamar. Él estaba hablando por teléfono, acomodado al borde de la cama y con la camisa medio desabrochada, lo que le dejaba a la vista los abdominales marcados. La voz se le atascó en la garganta cuando la vio y se incorporó de un salto mientras cubría el micrófono con una mano.

—¡Morgan! ¿Qué ocurre?

—¡Sé dónde está! —dijo sin aliento, aunque no sabía si la falta de oxígeno se debía a lo mucho que había corrido aquel día o a la imagen de los abdominales definidos del hombre.

—¿Dónde está el qué? —le preguntó él, que la descubrió

mirándolo.

Morgan apartó los ojos de su cuerpo perfecto y recordó por qué había irrumpido en su dormitorio.

—¡El decreto! —Atravesó la habitación con zancadas rápidas en dirección al viejo armario de cedro. Siempre había estado allí, guardando los secretos de Eleanor, pero hoy se sentía como una puerta esperando a ser abierta; el billete de sus padres hacia la libertad. Los dedos le cosquilleaban por la emoción.

Apartó la ropa de Cameron a un lado y dejó a la vista el banco del tocador. Lo bajó y empezó a toquetear el hueco hasta que rozó con los dedos la portezuela del cubículo. Apoyó el hombro contra la puerta y enterró la mano en las profundidades. Con Cameron detrás de ella, tanteó a ciegas hasta que rozó con los dedos lo que parecía un rollo de hojas de papel. Forcejeó para alcanzarlo, consiguió agarrarlo con los dedos y tiró con suavidad. Uno de los papeles del montón se desenrolló y resultó ser el más importante de todos.

Ahí estaba: el decreto original de la Sociedad Histórica de Cinnamon Falls. Firmado, datado, sellado y oficial.

—Lo sabía —dijo en un susurro mientras lo sostenía con cuidado frente a la luz del techo.

Lo había logrado.

Se volvió hacia Cameron con los ojos llenos de lágrimas de felicidad mientras se aferraba a la salvación de su familia.

—Es real —sollozó mientras se apretaba el documento contra el pecho.

Al fin se había acabado.

Lo primero que oyó fue el silencio.

—Morg, lo siento mucho.

Cameron no sonaba como siempre. Se giró hacia él, confundida. No fue el tono de su voz lo que hizo que le diera un vuelco el estómago; fue la mirada en sus ojos.

El sobrino enlutado había desaparecido. En su lugar, había alguien a quien Morgan no había visto nunca antes. Tenía una mirada dura y fría en los ojos azul océano y se estaba acercando a

ella, que retrocedió de forma instintiva. Se cayó encima del tocador, pero Cameron ya se alzaba sobre ella: estaba atrapada.

—Cam…

Una sombra se le cruzó en el campo de visión. Abrió la boca para gritar, pero la oscuridad la alcanzó primero.

Capítulo 29
Will

Buzón de voz.

Will maldijo en voz baja y volvió a dejar el móvil en el portavasos. Trató de llamar a Morgan de nuevo con el pulgar suspendido sobre la pantalla como si fuera a cambiar de opinión y contestar.

—No quiere hablar con usted, señor Reed. Acéptelo —masculló Caleb mientras daba un bocado a su hamburguesa con queso—. Lo más probable es que le haya bloqueado.

Will lo fulminó con la mirada desde su asiento.

—Cállate, colega —dijo con un tono más cortante de lo que había pretendido. En cualquier caso, ¿qué iba a saber un presidiario?

Al otro lado de las ventanillas, Cinnamon Falls resplandecía bajo un sol primaveral que se estaba desvaneciendo. Por las aceras se esparcían las flores rosas de los cornejos como si fueran confeti. La gente paseaba por Main Street con cafés con hielo en la mano y se detenía para saludar a los propietarios de las tiendas. La estampa de fuera hablaba de alegría, aire fresco y nuevos comienzos. Pero en el interior de su coche reinaba el aroma viciado de las patatas fritas, la frustración y el silencio.

—Ya puedes dar gracias de que tenga un hermano con contactos. —Aferró el volante con más fuerza—. O seguirías en esa celda

llamando entre lágrimas a tu mamá.

—Demasiado pronto para decir eso. —Caleb sacudió la cabeza con gesto solemne antes de meterse un puñado de patatas en la boca. Se manchó de grasa la mejilla.

Angel lo observó desde el estrecho asiento trasero, turbada.

—Vas a atragantarte —le advirtió tras chasquear la lengua—. Frena un poco.

—No puedo evitarlo —contestó el joven entre bocado y bocado —. Es la primera cosa auténtica que como en día y medio.

—Parece como si hubieran pasado años —comentó la pequeña mientras se cruzaba de brazos sobre el pecho con gesto de desagrado.

Will sacó el cupé del aparcamiento de The Golden Grille y se dirigió hacia casa de Caleb. Cuando lo habían puesto en libertad, el chico no había pedido ver a su madre. Ni siquiera había mencionado a Kelsey, su supuesta novia. Su única petición había sido comer ternera y Will se la había concedido. Se había pasado toda la noche en una celda fría. Se había ganado la hamburguesa.

Su móvil vibró dentro del portavasos. Se apresuró a contestar con un destello de esperanza en el corazón que desapareció en cuanto vio el nombre de quien le estaba llamando. Elijah. Conectó la llamada al *bluetooth* del coche.

—Entiendo que va todo bien. Tengo a Jacob y a Rhonda en la otra línea. ¿Sigues con Caleb? —preguntó su hermano, cuya voz era como un café exprés: aterciopelada, fuerte y segura hasta el punto de resultar molesta.

Will no respondió de inmediato. Redujo la velocidad en una señal de *stop* y contempló a una pareja que pasaba corriendo con botellas de agua a juego y, entre ellos, un *golden retriever* que les iba siguiendo el paso. Austin Jacobs, el contratista de confianza de Cinnamon Falls, levantó la mano para saludarlos de forma amistosa y siguió corriendo. Una mujer salió de una tienda de moda con una bolsa debajo del brazo y la satisfacción de la compra reflejada en la sonrisa. Todo parecía pintoresco, como si la vida de Will no se

hubiera salido de su propio eje.

—Sí —mintió.

Quería decir que no todo iba bien, ni mucho menos, pero había demasiada gente a su alrededor.

Morgan estaba ignorándolo. Caleb podría enfrentarse a cargos que no se merecía y el asesino de Eleanor seguía suelto. Pero lo que más le dolía era el silencio de Morgan. Podía odiarlo, no le importaba, pero tenía que saber que el tal Cameron era una persona manipuladora y potencialmente peligrosa. Y, ¿dónde estaba el decreto?

—Aquí estamos —dijo.

—Estupendo —intervino Jacob.

Jacob Lawson, uno de los socios del bufete de abogados Lawson & Lawson, había dejado en ridículo al Departamento de Policía de Cinnamon Falls al aparecer con su traje caro y su maletín. En menos de una hora había sacado a Caleb de la celda. Daba igual que Elijah le hubiera dicho que a veces trabajaba *pro bono*: estaba seguro de que a su hermano le habría salido bastante caro. Un abogado no se compraba un Maserati a base de trabajar gratis. Era el hermano pequeño, pero no se chupaba el dedo.

—Me disculpo por no haber podido quedarme más tiempo, pero tenía que darme prisa para llegar a una cena de negocios. Señora Brewster, no hemos podido hablar esta tarde, pero iré directo al grano: Caleb va de camino a casa y, por ahora, está sano y salvo. Eso es lo más importante.

Entonces les llegó la voz de Rhonda, tensa por los nervios.

—Muchas gracias por su ayuda, señor Lawson. La zorra de mi jefa no me ha dejado salir hasta ahora. Iba de camino a la comisaría, pero supongo que iré directa a casa.

Will se incorporó a la carretera que llevaba a casa de Caleb. El chico se hundió aún más en el asiento del copiloto como si su madre estuviera junto a la ventanilla, fulminándolo con una mirada de desaprobación.

—Estoy bien, mamá —dijo con la boca llena de patatas fritas.

—Ajá… Ya hablaremos tú y yo cuando llegues a casa —espetó la mujer.

Caleb apoyó la cabeza en el reposacabezas. Detrás de él, en el asiento trasero, Angel soltó una risita disimulada. Will le lanzó una mirada de advertencia por el retrovisor. Ella se tapó los oídos con los auriculares y volvió a concentrarse en su *tablet*.

—La Policía me dijo que habían encontrado algo llamado «dedalera» y que sus huellas dactilares estaban en el cuchillo. Estaba preocupadísima pensando que no volvería a verlo de nuevo. —La mujer hipó—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo es que ha podido salir sin más?

—Rhonda, respira hondo, ¿de acuerdo? —El abogado suavizó el tono de voz con una mezcla de profesionalidad y calma nacida de la experiencia—. Tu hijo formaba parte de un club de jardinería, por lo que es muy posible que hubiera podido arrastrar los rastros de dedalera hasta casa esa misma mañana, en las botas. Y con respecto al cuchillo… las huellas dactilares demuestran que tu hijo tocó el cuchillo en algún momento de la noche, no que matara a nadie. Esa es la gran diferencia. La Policía también lo sabe. Sin nada más contundente, no tenían pruebas suficientes para retenerlo.

—¿Y si…? ¿Y si al final sí que encuentran algo? Gracias a mi puñetero hermano, mi familia ya no es demasiado querida en Cinnamon Falls. ¿Y si vuelven a arrestarlo?

—Tal vez le hagan más preguntas, es su trabajo. Puede que en algún momento lo llamen a testificar sobre lo que vio la noche del sábado. Pero no es un riesgo de fuga. Y no tiene antecedentes de arrestos violentos. Pero, si siguen adelante con esto, estaré a vuestro lado durante todo el proceso.

Rhonda exhaló con fuerza. Will la imaginó relajando los hombros, capaz de respirar al fin.

—Todavía no sé cómo lo ha hecho, señor Lawson…

—Llámame Jacob, por favor —insistió él—. Tiene un buen hijo que tan solo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Los detectives se han dado cuenta de eso y, si es

necesario, también convenceremos al juez y al jurado de que es así.

La mujer soltó una carcajada que fue mitad alivio, mitad incredulidad.

—Va a desear estar en el lugar adecuado en cuanto llegue a casa.

—Estamos a quince minutos —anunció Will.

Con una mirada suplicante, Caleb soltó un gruñido y gesticuló algo con la boca:

—Conduce más despacio.

—Nunca podré agradecerte lo suficiente que nos hayas ayudado, Jacob —añadió Rhonda—. Y estoy en deuda con vosotros, Will y Elijah.

—Estamos todos juntos en esto —contestó el abogado con tono cálido—. Tendréis noticias mías pronto. Por ahora, cuidaos, ¿de acuerdo?

—Gracias, señor Lawson. Y al otro señor Reed, también. —Caleb alzó la vista, cohibido, y se tragó el último trozo de hamburguesa.

—No pasa nada, hijo —contestó Elijah antes de colgar.

Will miró de reojo al chico que, a pesar de su buen humor, parecía agotado.

—Vamos a llevarte a casa.

Detuvo el coche junto a la acera y apagó el motor. La casa de Caleb se encontraba al final de una calle tranquila. La luz del porche titilaba y arrojaba sombras alargadas sobre una amplia explanada de césped en la que había una pelota de baloncesto desgastada y abandonada. La puerta principal se abrió de golpe con anticipación y dio paso a la silueta de Rhonda. Caleb suspiró y a Will no se le pasó por alto que titubeó antes de estirar la mano hacia la manilla de la puerta.

Miró el asiento trasero por encima del hombro. Angel estaba profundamente dormida con los auriculares de unicornios en los oídos y la *tablet* sobre el regazo, donde un episodio de *Andrew Guy, investigador privado* seguía reproduciéndose sin ella.

—Sé lo que está pensando, señor Reed. No necesito grandes

discursos sobre ser responsable y elegir bien a mis amistades. —Caleb bajó la vista al regazo y volvió a mirar su casa y a su madre, que lo esperaba en el umbral de la puerta. Suspiró y echó los hombros hacia atrás—, todo el mundo va a pensar que la maté yo.

—Créeme, si pensaran eso, la Policía no te habría dejado salir de comisaría. Jacob se va a encargar de todo. Hasta entonces, tan solo tienes que agachar la cabeza y no meterte en problemas. —Will le dio una palmadita en la nuca, tal como solía hacer su padre con él cuando de verdad necesitaba que comprendiera lo que le estaba diciendo y le hiciera caso. Intentó no sentirse como un anciano cuando añadió—: Esta noche te han dado una segunda oportunidad. Aprovéchala.

El chico asintió.

—Entendido. —Apoyó todo el peso contra la puerta del copiloto y se bajó del coche. Antes de alejarse demasiado, se agachó y dijo—. Gracias de nuevo, señor Reed. Le debo una.

—Conviértete en alguien de provecho y estaremos en paz.

El adolescente volvió a asentir. Parecía estar grabándose esas palabras en el cerebro. Lo observó mientras recorría el patio, subía las escaleras y entraba en la casa. Rhonda rodeó el cuello del chico con los brazos y Will tan solo pudo imaginar el alivio que debía de estar sintiendo al saber que su hijo al fin estaba en casa. Ella le dijo adiós con un gesto de la mano antes de cerrar la puerta de un modo tan rotundo que Will esperó que eso significara que iban a producirse cambios.

Capítulo 30
Morgan

El último lugar en el que Morgan había imaginado acabar era bocabajo sobre el suelo de madera de su propia casa, al borde de la inconsciencia.

¿A quién había ofendido pare recibir semejante castigo del karma? Si conseguía salir de esa, pensaba emprender uno de esos viajes espirituales para descubrir quién había sido en otra vida, porque quienquiera que hubiera sido había conseguido que tuviera que pagarlo muy caro en aquella y que la nueva versión de sí misma estuviera tonteando con la muerte gracias a sus fechorías.

La cabeza le palpitaba como un bombo contra el cráneo. En la lengua notaba un sabor cobrizo. Cuando se revolvió, el mundo le dio vueltas mientras un dolor en aumento le recorría todo el cuerpo. Empezó a ver estrellitas tras los ojos.

Por un instante, no se movió y se mantuvo todo lo quieta que pudo mientras agudizaba el resto de los sentidos. Pestañeó para intentar deshacerse de la bruma que le nublaba la mente. Uno detrás del otro, se obligó a abrir los ojos lo suficiente como para que Cameron entrara en su campo de visión. Estaba dando vueltas de un lado para otro con el teléfono pegado a la oreja.

—Sí, lo tengo. Ha caído directa en la trampa, tal como dijiste. Eleanor lo ocultó en un armario horrible de una de las habitaciones.

Tenía algún tipo de portezuela oculta. Pero ahora todos nuestros problemas están solucionados. —Se rio de forma amenazadora y bajó la voz—. Cuando destruyamos el decreto, eso también se solucionará. Mañana Tate va a aprobar la solicitud de recalificación. Está hecho.

A Morgan le dio un vuelco el corazón. Cameron había fingido estar de su parte y ella solita había hecho justo lo que el hombre había necesitado para asegurarse de que la recalificación saliera adelante. Habían jugado con ella. Otra vez.

—Todavía está inconsciente —continuó Cameron—. ¿Qué hago con ella?

Morgan contuvo la respiración y apretó los ojos con fuerza. El corazón le latía desbocado, emitiendo un sonido envolvente, mientras esperaba a oír su destino.

—No, no me ha visto nadie. A la hora de la comida le he dado a la perra lo que quedaba de la dedalera que nos diste. Van a estar muy ocupados en el veterinario el resto de la tarde. Sí, voy a cambiarme de ropa y la llevo ahora mismo. ¿Qué hago con el resto de la familia? —Se produjo otra pausa demasiado siniestra—. Recibido.

El frío cañón de una pistola se le clavó en la espalda. Morgan gimoteó, olvidando enseguida que se suponía que estaba inconsciente.

—Si yo fuera tú, seguiría callada —susurró Cameron—. A menos que quieras que a tu padre se le pare el corazón al amanecer, cuando descubra que tanto su negocio como su hijita están acabados.

El hombre se puso un traje negro y sencillo. Metió sus pertenencias con meticulosidad en una bolsa de viaje y se aseguró de hacer desaparecer hasta el último rastro de su presencia en la pensión.

Entonces, la levantó del suelo a la fuerza. La cabeza le dio vueltas mientras recuperaba el equilibrio. Las rodillas se le doblaron. Un dolor insoportable e inimaginable se apoderó de su cuerpo

mientras unos puntos negros le nublaban la visión. Se estaba volviendo loca y la realidad se estaba deshaciendo por las costuras.

—¡Muévete!

Dando tumbos, salió de la habitación al pasillo. Se aferró al pasamanos, lo que fue su salvación, pues, de lo contrario, se habría caído por el hueco de la escalera. Abrió los labios para gritar, pero el metal frío que tenía pegado a la columna vertebral hizo que se lo replanteara.

«Piensa», se dijo a sí misma, pero se sentía como si tuviera el cerebro enterrado en arenas movedizas.

Bajó las escaleras poco a poco. Con un brazo en torno a su cintura para mantenerla erguida, Cameron le pisaba los talones. Cuando llegó al piso inferior, se dio cuenta de que la correa de Daphne no estaba en su sitio. No había ninguna luz en la cocina, ni se oían las risas y la cháchara de Lionel. Estaba sola. Nadie podía salvarla.

Cameron la obligó a salir fuera y adentrarse en la noche. Cuando había llegado a casa, todavía había luz. Mientras la arrastraba hasta su coche y la obligaba a subirse a la parte trasera del sedán, pensó que debía de haber estado inconsciente un buen rato. Se apretó las rodillas contra el pecho, demasiado asustada como para moverse. Él se subió al asiento del conductor.

—No intentes hacer ninguna tontería —dijo por encima del hombro. Dejó la pistola sobre el salpicadero—. Odiaría que la tapicería de cuero se manchara de sangre.

Las puertas se bloquearon con un chasquido de certeza y Morgan se preguntó si de verdad su fin iba a llegarle de ese modo: en el asiento trasero de un coche de señora mayor. Odiaba esa idea.

Usó toda la fuerza que le quedaba para incorporarse y observar cómo el Daffodil Inn, su hogar y todo su mundo, empequeñecía hasta perderse de vista.

Capítulo 31
Will

De algún modo, Will consiguió hacer la cena sin quemar nada, lo que, a juzgar por lo despistado que estaba, no fue una hazaña insignificante. Incluso dejó que Angel viera su programa de televisión favorito mientras cenaba sentada a la mesa. La niña tan solo hizo una pausa breve para hablar con Tanya por videollamada. Tras el habitual polo de cereza y un rato dedicado a dibujar, Will acostó a la pequeña. Él se pasó toda la velada mirando fijamente el teléfono móvil.

¿Acaso Morgan ya ni siquiera veía sus llamadas? ¿Estaría Caleb en lo cierto y habría bloqueado su número? No podía enfadarse por ello. Se lo merecía. Tan solo necesitaba que le dedicara dos minutos de su tiempo para poder explicarse. Después, si quería, podría odiarlo el resto de su vida. No sería la primera en hacerlo.

Se dejó caer en el sofá y utilizó su último recurso: llamó a su madre.

El teléfono dio dos tonos antes de que Vanessa contestara.

—Daffodil Inn, Vanessa al habla.

—Señora Taylor, soy Will. Me preguntaba si Morgan estaba por allí. Llevo toda la tarde intentando contactar con ella.

Una pausa. Un murmullo y otra pausa aún más larga. Will se pegó el teléfono a la oreja, pero lo único que oía eran unos susurros

que no podía entender. ¿Acaso estaba Morgan allí mismo, dándole instrucciones a su madre para que colgara? ¿Se estaba preocupando por nada?

—No sabemos nada de ella. Hemos estado toda la tarde en el veterinario, pero creo que se ha marchado con Cameron, ese joven que se hospeda aquí.

Will se incorporó de inmediato.

—¿Eso… cree?

—No está en casa y el coche de él, tampoco. Lo más probable es que hayan salido a cenar o algo así, aunque no es propio de ella marcharse sin mandarnos un mensaje siquiera.

Will echó un vistazo a su teléfono. Eran casi las diez de la noche.

—¿Ha intentado llamarla?

Más movimiento al otro lado.

—Intenta llamar a Morgy —oyó que decía la mujer.

—No contesta —les informó Wesley.

—¿Qué ocurre? ¿Con quién estás hablando?

—¡Con Will! —espetó Vanessa—. Está buscando a Morgan.

Se sobresaltó cuando oyó al hombre gritar desde el otro lado de la línea.

—¡Dile a esa basura de hijo de…!

—¡Wesley! —lo interrumpió su mujer.

Will dio gracias por ello. Morgan debía de haberles contado a sus padres lo que había ocurrido en la cita. Había creído que tan solo tendría que arreglar las cosas con ella. Wesley Taylor, un hombre de pocas palabras, era por sí solo otra bestia con la que lidiar.

—Escuche: iré a buscarla. ¿Puedo dejar a Angel con ustedes?

—Por supuesto. Tráela.



Cuando llegaron al Daffodil Inn, Angel seguía dormida. Había dormido todo el camino de un sitio al otro.

—Si se despierta, le gusta *Andrew Guy, investigador privado*. Aquí. Eso debería funcionar. —Hizo clic en el icono verde de la aplicación de *streaming* para mostrárselo a la señora Vanessa, que estaba demasiado ocupada arropando a su hija dormida en la cama como para prestarle atención a la *tablet*.

—Si me necesitas, estaré aquí mismo, en el pasillo —dijo la mujer antes de dejarlo a solas con la pequeña.

Will nunca había estado en el sótano del Daffodil Inn. Morgan le había contado que sus padres vivían en el piso de abajo con el resto del personal que hacía que la pensión funcionara como la seda. En su cabeza, había imaginado los aposentos de los trabajadores como un lugar con literas y pocas comodidades, pero los dominios de los padres de Morgan podrían hacer sombra sin problema a las habitaciones del piso superior.

El dormitorio era cálido y estaba ricamente adornado con unas gruesas cortinas de color burdeos que enmarcaban un par de ventanas arqueadas con vistas al jardín trasero. Un cabecero tallado en madera de cerezo presidía la cama de matrimonio en la que Angel yacía acurrucada y con el pelo esparcido sobre la colcha bordada. Con todo el alboroto, se había olvidado su gorro de seda. Cuando se despertara por la mañana, no se mostraría contenta al respecto.

Un armario antiguo se alzaba contra una de las paredes y su superficie pulida reflejaba el resplandor de una lámpara de cristal retro con forma de narciso que había sobre la mesita de noche. Del aire pendía el aroma calmante y nostálgico de la lavanda. Le recordaba al dormitorio de su abuela.

Sobre la cómoda había unas fotografías familiares: una de Morgan de pequeña en el sofá del salón principal, con coletas y una camiseta de las Tortugas Ninja, y otra de Wesley y Vanessa en el porche delantero, sonriendo a cámara.

Will se quedó de pie junto a la cama un instante más, observando el pecho de Angel subir y bajar. Después se agachó y le dio un beso en la frente.

—Papá te quiere —susurró—. Más que a nada.

La niña se revolvió e intentó darse la vuelta, pero las sábanas con las que la habían arropado estaban demasiado remetidas. Se rindió y volvió a sumirse en un sueño pacífico. Will sabía que estaba en buenas manos.

Salió al pasillo. No sabía dónde estaba Morgan, pero tenía que tragarse el orgullo. Necesitaba la ayuda de Jesse.

La discusión seguía pesándole en el corazón y el consejo de Bones no dejaba de darle vueltas en la cabeza. Tragó saliva con fuerza y tocó la pantalla con el pulgar para llamarlo antes de poder pensárselo dos veces.

—Shaw —contestó Jesse con un tono de voz cargado de exasperación.

Era tarde. La pantalla del móvil le indicaba que casi era medianoche, pero Morgan todavía no había aparecido.

Cerró los dedos con fuerza en torno al teléfono.

—Soy yo —dijo—. Necesito tu ayuda.

Jesse suspiró.

—¿Qué pasa ahora?

—Se trata de Morgan. Se ha marchado de la pensión con Cameron y todavía no ha regresado. Sus padres no saben nada de ella. Creo que algo no va bien.

Jesse se quedó callado. Will podía imaginarlo al otro lado de la línea, frotándose las sienes mientras su cerebro de detective funcionaba a toda máquina.

—¿Cuándo ha sido la última vez que has hablado con Morgan? —Oyó que preguntaba Jesse. Supuso que a Nia.

—A la hora de la comida; antes de que Will y yo fuéramos a Rosie's. Creo que iba a volver a la pensión.

Jesse volvió a ponerse al teléfono.

—¿Crees que el tal Cameron tiene algo que ver?

—Sí —asintió él—. También creo que, de algún modo, está relacionado con la muerte de Eleanor. No tengo pruebas, tan solo una serie de coincidencias extrañas.

Se produjo otra pausa.

—¿Qué coche conduce?

Will miró a Vanessa, que estaba a su lado con gesto de preocupación, lo bastante cerca como para oír la conversación.

—No te lo vas a creer, pero un Oldsmobile color canela. No había vuelto a ver uno de esos desde los noventa —comentó la mujer—. Tengo que ir a buscar a Wesley.

Se alejó y subió las escaleras. Will oyó sus pasos ligeros por encima de él.

—Voy a ponerme en contacto con Raines para que emita un aviso y voy a hacer que las patrullas empiecen a buscar el vehículo.

Will echó la cabeza hacia delante mientras una sensación de alivio le serpenteaba por todas las extremidades.

—Gracias, colega. No… —Se le hizo un nudo en el estómago— no sabía si contestarías a la llamada.

Jesse se quedó en silencio durante un largo instante y, entonces, dijo:

—Ambos hemos sido unos cabezones.

—Lo que dije, no lo decía en serio —admitió él—. Eres muy buen policía y siempre me has cubierto las espaldas. Temía por Caleb y me desquité contigo. Culpa mía.

La voz de Jesse sonó más suave en ese momento.

—Para mí eres como un hermano, Will. Sé lo mucho que el chico significa para ti. Has de saber que jamás haría nada que pusiera en peligro nuestra amistad o la placa.

—El problema no fueron ni Caleb ni Morgan. Fui yo. He estado cargando con muchas cosas y acabé estallando.

—No hace falta ni que lo digas —respondió Jesse—. Gracias por la comida.

Will soltó una carcajada suave.

—No hay de qué.

—La encontraremos —añadió su amigo—. Tienes mi palabra. Estoy a punto de salir ahora mismo. Te llamaré en cuanto las patrullas tengan alguna novedad.

A Will le ardían los ojos.

—¿Y qué debería hacer yo?

—Quédate ahí por si regresa.

Rebotó sobre las puntas de los pies. Quería salir a la calle y buscarla con ellos. No le gustaba la idea de no hacer nada, pero, si regresaba, quería ser la primera persona a la que viera.

—Ya sabes que no puedo hacer eso.

Se quedó en el pasillo un momento, quieto, contemplando su propio reflejo en el espejo que había en la pared contraria. Tenía los ojos cansados, la mandíbula tensa y un destello de esperanza oculto tras la preocupación. Jesse volvía a cubrirle las espaldas y ya no se sentía tan solo. Pero no podía quedarse de brazos cruzados ni en broma.

Su amigo suspiró.

—Estaré allí en diez minutos.

Will subió las escaleras corriendo.

Capítulo 32
Morgan

Viernes

Morgan no se había planteado cómo iba a morir. Había estado segura de que sería de vieja; tal vez en una de esas camas mecánicas de hospital, rodeada por sus seres queridos: hijos que no había tenido todavía y un esposo amoroso y con los ojos legañosos que le aferrara la mano.

Desde luego, nunca había imaginado que sería de aquel modo: con una falda que le picaba, la blusa que menos le gustaba de las que usaba para ir a trabajar y unas puñeteras sandalias de tacón fino moradas. Se juró que, si conseguía salir de esa, se compraría ropa más cómoda: algo que fuera más fácil de llevar puesto a la hora de morir.

La cabeza le zumbaba con un palpitar regular y constante que seguía el eco de la música que sonaba sobre su cabeza. El sótano del casino era un lugar frío y húmedo que olía a moho y serrín. Oía el *ding, ding, ding* rítmico que emitían las tragaperras cuando alguien ganaba en la sala de juegos, los vítores de la gente y las monedas cayendo sobre las bandejas metálicas. La vida seguía su curso, ajena al hecho de que, más abajo, una mujer estaba a punto de ser asesinada.

Tenía la espalda pegada a un pilar, las bridas de las manos estaban apretadas con tanta fuerza que se le habían entumecido y le habían tapado los labios con cinta adhesiva. Sentía arcadas a causa del trapo que le habían metido en la boca y que sabía a aceite de motor, por lo que intentaba respirar por la nariz. El hormigón que había bajo ella bien podría haber sido acero. Temblaba de un modo incontrolable. Estaba rodeada por tragaperras rotas que parecían reliquias olvidadas y en cuyas pantallas resquebrajadas titilaban luces fantasma. La pared del fondo estaba cubierta de rollos de moqueta sin usar y carteles envueltos en plástico. Aquel lugar era un cementerio a medio construir y Morgan estaba segura de que la iban a enterrar en él.

Retorció las muñecas mientras el pánico de su interior aumentaba con cada intento fallido de liberarse. El corazón le palpitaba con fuerza en el pecho y la respiración se le aceleraba mientras aguzaba el oído para escuchar lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

No podía morir allí. No en aquel sótano mohoso. No sin volver a ver a sus padres. No sin decirle a Will que…

Se sobresaltó cuando una puerta se cerró con fuerza en algún punto a su espalda. Unos pasos se acercaron, seguidos por unas voces. Entonces los vio: Max Greaves y Cameron discutiendo, cada vez más cerca. Estaban a apenas unos metros de distancia de ella, su prisionera. Desde el suelo, tan solo podía ver los ojos fríos de Max por encima del hombro de Cameron.

—No pienso hacerlo —protestó Cameron en voz baja y con un tono de voz más serio de lo que ella le había oído jamás—. El trato era Eleanor. Hice lo que me pediste. ¿Dónde está el resto de mi dinero?

Morgan se quedó petrificada. El corazón le latía muchísimo más fuerte y las palpitaciones le recorrían todas las extremidades. Volvió a forcejear contra la columna, pero solo consiguió que las bridas se le clavaran más en las muñecas y el dolor hizo que se le escapara un quejido.

Los zapatos de Max repiqueteaban contra el suelo de cemento a medida que se acercaba.

—¡El trato era que hicieras que pareciera que había muerto en la cama por la edad! Jamás habrían sospechado que la habían envenenado. Todo habría salido bien si tú no te hubieras desviado del plan —dijo Max con tono gélido.

—Sí, bueno, tu plan no funcionó, ¿de acuerdo? No se cayó muerta como dijiste que haría. El truco del veneno no funcionó con ella. ¡Te dije que haría falta algo más que un pellizco en su infusión matutina, imbécil!

—Te pagué por hacer un trabajo limpio. Entrar y salir. Pero tú te quedaste por la zona y te dedicaste a seguirla.

—¿Cuántas veces crees que podía acercarme a ella sin que me reconociera en un pueblo de como… cien personas? Además, iba con una niña. Ya sabes que no me gusta lidiar con niños.

—Y a mí no me gusta lidiar con chapuzas —gruñó Max—. La apuñalaste la noche más importante del año entre docenas de testigos. —Agarró la manga de Cameron y le sostuvo el brazo en el aire—. Dejaste atrás las pruebas…

—¡No esperaba que fuera tan fuerte! —protestó el otro—. Me agarró y…

—¡Incluso usaste mi nombre en la biblioteca, lo que me implicó en todo este desastre! Eso no formaba parte del trato.

«¿Cameron mató a Eleanor… bajo las órdenes de Max?», los pensamientos de Morgan estaban descendiendo hacia la locura.

Cameron debió de parecer sorprendido, porque oyó que Max soltaba una carcajada grave y amarga.

—Ay, ¿pensabas que no iba a enterarme? Tengo ojos puestos en todas y cada una de las personas de Cinnamon Falls. Voy a ser el dueño de este pueblo. Se lo voy a arrebatar delante de sus narices de pueblerinos.

—Sin importar cómo lo hiciera, la cuestión es que está muerta —espetó Cameron—. Es lo que querías, ¿no? Van a aprobar esa estúpida solicitud. —Se sacó el decreto del bolsillo y se lo entregó al

otro hombre. Morgan volvió a forcejear en vano—. Estoy harto de esta mierda, Max. Si quieres matar a los Taylor, hazlo tú mismo. —Desenfundó la pistola que llevaba atada en torno a la cintura y, como si fuera un desafío, la dejó con un golpe sobre una mesa de billar abandonada. Volvió la vista hacia Morgan con una sonrisa petulante en los labios. Ella entrecerró los ojos y se revolvió, intentando llegar hasta él. Las bridas se le clavaron en la piel y mordió el trapo sucio que tenía en la boca mientras gruñía de dolor —. O triplícame la tarifa.

Era bueno saber que su vida tan solo valía el triple de su tarifa habitual, fuera la que fuese. Se quedó mirándole la espalda fijamente, buscando algún rastro del hombre que la había hecho reír en el cenador, que había dormido a su lado en la cama y que le había recordado lo especial que era en realidad. Aquella versión de él era falsa. Era todo una mentira, una fantasía retorcida en la que le había hecho creer. Si conseguía salir de aquella con vida, pensaba ir a por él.

—¿Que te la triplique? —Max soltó un bufido burlón—. ¿La cagas y encima me pides un aumento?

Cameron se mantuvo firme.

—¿Quieres que tu nombre no se vea involucrado en este asunto? Entonces, págame lo que me debes. Puedes permitírtelo. He visto las…

En el sótano estrecho, el disparo sonó como una explosión. Morgan intentó gritar, pero de la garganta no le salió ningún sonido. Cameron se tambaleó hacia delante mientras pasaba la vista con incredulidad entre Max y su brazo extendido. El otro hombre seguía aferrando la pistola humeante.

Cameron se desmoronó a su lado como un trapo y se golpeó la cabeza contra el cemento. Se dio la vuelta y dirigió los ojos azules como el océano hacia ella mientras una herida enorme y negra que se esparcía con rapidez le empapaba la parte frontal de la camisa. Tuvo un espasmo y una leve sonrisa se le dibujó en los labios en cuanto los ojos se posaron en su cara. Un último aliento abandonó

su cuerpo con un jadeo húmedo.

A Morgan se le paró el corazón y gritó a través de la mordaza, con la garganta ardiendo y el cuerpo sacudido por el pánico.

Max se giró hacia ella con una mirada tan vacía como las máquinas que lo rodeaban.

—Y ahora vamos a encargarnos de ti —rugió.

Metió otra bala en el tambor.

Morgan miró fijamente la pistola que el hombre tenía entre las manos y cerró los ojos.

Capítulo 33
Will

La señora Lucretia Alston, ciudadana interesada, tardó siete minutos agónicos en responder al mensaje en masa e informar de que había visto un Oldsmobile color canela entrar en el Diamond Jacks Casino tras su partida nocturna de póker de los jueves.

De camino, Jesse recogió a Will en el Daffodil Inn. Llevaba las luces de emergencia encendidas, lo que despejaba el tráfico de la carretera. Los coches les abrían paso y los árboles pasaban junto a ellos como un borrón mientras su amigo aceleraba la camioneta sobre el asfalto resbaladizo.

—Escucha: sé que quieres encontrar a Morgan, pero, si está en peligro, deja que me encargue yo del asunto —le aconsejó el policía mientras cambiaba de carril hábilmente para adelantar a un vehículo lento.

Will sacudió la cabeza, intentando mantener la mente despejada. Quería creer que Morgan estaría sentada en una de las máquinas tragaperras con una copa y ahogándose con la conversación aburrida de Cameron. Eso habría sido mejor que lo que pensaba en realidad: que estaba en alguna parte, herida, y tan solo le quedaban unos minutos de vida. Si estaba en peligro, no sabía lo que haría.

—Si tiene un solo rasguño… —Se esforzó por aplacar su ira. Se dio un golpe en la palma de la mano con el otro puño. Un alivio

temporal—. Al menos déjame que le dé un puñetazo antes de que lo arrestes.

Jesse soltó una carcajada.

—Lo pensaré.

Para cuando su amigo aparcó el coche patrulla en el aparcamiento de Diamond Jacks, Will ya se había bajado del vehículo de un salto. Pasó junto al mismo aparcacoches que se había encargado de su Eldorado unos días atrás en Prime Society. El adolescente desgarbado y con el rostro lleno de acné estaba jugueteando con el teléfono móvil.

Will se paró el tiempo suficiente para hacerle una pregunta.

—¿Ha pasado por aquí Max Greaves?

Jesse se reunió con él y desenfundó el arma mientras miraba el edificio de arriba abajo.

—¿Quién? —preguntó el aparcacoches mientras pasaba la vista entre ellos a través de una cortina grasienta de pelo negro que le cubría los ojos. Se apartó el flequillo de la cara.

—Un tipo alto con demasiada colonia —comentó su amigo.

—Esa descripción encaja con la de todos los tipos que cruzan estas puertas, amigo —contestó el joven con gesto inexpresivo.

—Detective —le corrigió Jesse.

—El propietario. Max —apuntó Will.

El adolescente se encogió de hombros.

—Yo me limito a aparcar los coches. De todos modos, el propietario no entraría por aquí. En la parte trasera hay una entrada privada para los clientes vip y esas cosas. —Hizo el gesto de las comillas con los dedos—. «Los grandes gastadores y los famosos» o algo por el estilo.

Con un chasquido, Jesse volvió a meterse la pistola en la funda y ambos se subieron de nuevo a la camioneta. El aparcacoches se acercó corriendo y se asomó a la ventanilla de Will antes de que pudieran arrancar.

—Oiga, he de decir que espero que se disculpara con la señorita de la otra noche. Parecía destrozada cuando se marchó de aquí a

toda velocidad sin ella. Mantuvo la compostura, no le voy a mentir, pero su gesto era lo más triste que he visto en la vida.

—Es mi prioridad absoluta —le prometió él.

Jesse pisó el acelerador a fondo, lo que hizo que Will saliera despedido contra el respaldo del asiento. Consiguió ponerse el cinturón de seguridad justo antes de que su amigo girara con brusquedad a la derecha para rodear el edificio y dirigirse a la parte trasera. Desde arriba, un foco iluminaba la zona vallada. Redujo la velocidad cuando pasaron junto al muelle de carga y descarga y, en efecto, junto a la puerta de servicio, entre otros coches de lujo, con aire descarado y sin pasar desapercibido entre sus homólogos, había un Oldsmobile color canela.

Se bajaron del coche patrulla y Jesse se acercó al vehículo.

—Está vacío —informó mientras pasaba una mano por el capó—. Y caliente —le dijo.

Frente a ellos, la puerta se mantenía abierta gracias al pie de un hombre. Ataviado con el delantal de chef, estaba despatarrado sobre un cajón de botellas de leche mientras daba caladas a un cigarrillo que sostenía sin ganas. Will no era de los que se interponían entre un hombre y sus vicios, pero se trataba de una emergencia. Empezó a pensar en formas de convencer a ese hombre para que les dejara entrar, pero en cuanto los vio, empujó la puerta con el pie para abrirla del todo. Después, se quitó un sombrero imaginario ante su amigo.

—Detective.

—Gracias, caballero. —Jesse le dio una palmadita en el hombro cuando pasó a su lado.

Will supuso que ser policía tenía sus ventajas.

Una mujer bajita y regordeta enfundada en un mono ajustado y negro de lentejuelas daba vueltas de un lado a otro del pasillo blanco que conducía a un ascensor. Will reconoció a la señora Alston de inmediato. Cuando Angel y él llegaban tarde por las mañanas, siempre le entregaba un justificante por la llegada tardía con una sonrisa coqueta.

—Agentes, soy la persona que ha llamado a la Policía —les explicó la mujer—. La señorita Angela me ha dicho que esperara aquí a que llegara el detective… —Entrecerró los ojos con un gesto de reconocimiento—. ¿William Reed? ¿Qué haces aquí? ¿También eres miembro del casino?

—He venido con el agente Shaw. Estamos buscando a Morgan. ¿La ha visto?

La mujer dio un paso atrás.

—¿Morgan? ¿Está en problemas? Esa pobre chica no tiene un respiro…

—¿Qué es este lugar? —preguntó Jesse mientras pasaba los ojos de un lado a otro.

—El sótano —dijo la señora Alston—. El ascensor que está al fondo del pasillo te lleva a la planta principal.

Cerca retumbó el inconfundible estruendo de un disparo. De forma instintiva, Jesse se abalanzó sobre la señora Aiston y le empujó la cabeza hacia abajo. Will se encogió y se agachó.

—¡Sácala de aquí! —le ordenó su amigo—. Yo encontraré a Morgan.

—¡Voy contigo! —protestó Will.

—Ni en broma.

Jesse empezó a hablar por la radio que tenía enganchada a los pantalones para anunciar que había oído un disparo y necesitaba refuerzos.

Se arrastró por el pasillo con lentitud, apuntando al frente con la pistola. Tanteó el pomo de una puerta que estaba cerrada a su izquierda. Retrocedió y dio una patada junto al marco. La puerta se quedó colgando de las bisagras tras un solo golpe.

Will se dio la vuelta y vio que la señora Alston iba corriendo todo lo rápido que podía en dirección a la salida mientras las fichas del casino se le caían de los bolsillos con cada paso laborioso. Él siguió a Jesse a través de la puerta a toda velocidad.

De las vigas expuestas colgaban cortinas de plástico que le bloqueaban el campo de visión y la luz de los focos se derramaba

hacia el interior desde unas ventanas que se encontraban al fondo. Se acercó poco a poco, colocando un pie delante del otro con cuidado.

—¡Suelta el arma! —ordenó Jesse.

Will se dio la vuelta, pues la voz de su amigo resonó en dirección contraria a la que él había tomado. Aceleró el paso mientras apartaba los plásticos que lo retenían hasta llegar a un claro. Se paró detrás de Max Greaves, que tenía a Morgan agarrada por el cuello mientras, con un dedo amenazante sobre el gatillo, le apuntaba la pistola a la cabeza.

—No puedo hacer eso, Shaw —jadeó Max—. He invertido demasiado dinero en esto. Lyons lo comprendía. Al igual que yo, era un hombre de negocios. Esa zorra de Eleanor y su mierda de decreto eran lo único que se interponía entre la pensión y yo.

—Y, ¿entonces qué? ¿Hiciste que tu hombre, aquí presente, hiciera el trabajo sucio por ti? —le preguntó Jesse mientras le daba un golpecito a Cameron con la punta de la bota. El cuerpo no se movió—. Así tenías una coartada sin fisuras.

Max chasqueó la lengua.

—Habría funcionado si no hubiera sido por ese maldito crío.

Jesse frunció el ceño.

—Caleb Brewster.

—Te sorprendería lo que las mujeres están dispuestas a hacer a cambio de un poco de atención y algo de dinero —respondió el hombre con un tono siniestro en la voz.

«Kelsey», pensó Will mientras negaba con la cabeza.

Aquella noche la había visto en la pensión. La bandeja de camarera le había cubierto el rostro, pero recordaba haber pasado junto a una chica con trenzas rubias en el pasillo. Era la misma chica que, unos días atrás, había llamado a gritos a su madre desde el asiento delantero del Pinto de Amanda Jenkins. También la había visto en The Pit, sentada en el regazo de Caleb.

El corazón se le encogió al imaginar la escena. Kelsey debía de haber convencido a Caleb para que se llevara la dedalera de Reed &

Roots. Era la única persona que, haciéndose pasar por parte del personal del festival, podría haberse acercado lo suficiente a la taza de Eleanor. Aquella noche había envenenado la infusión de la mujer, lo que había provocado que entrara dando tumbos en el laberinto de setos, perdida y confundida. Le había pasado el cuchillo de Caleb a Cameron, que había encontrado la oportunidad perfecta para agarrarla desde atrás y clavárselo en la espalda. Así, Caleb, ajeno a lo ocurrido, acabaría cargando con el muerto.

—No podía fiarme de que nadie fuera a ver a Cameron. Amanda me mataría si se enterara de lo de su hija y alguien tenía que pagar los platos rotos. Y, desde luego, no iba a ser yo.

Jesse se acercó un poco más.

—De verdad crees que te vas a librar de esta, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Voy a empezar por dispararte a ti —contestó Max con seguridad—. Después de todo, has sido tú el que le ha disparado a Cameron, que se ha abalanzado sobre ti después de que vieras cómo le disparaba a la pobre Morgan. Yo he oído todos los disparos y he entrado corriendo. No vas vestido de uniforme, agente, así que he pensado que eras un intruso.

Will se acercó un poco más, conteniendo la respiración. A su lado, había apiladas un puñado de vigas de madera sin terminar. Comenzó a sacar una del palé poco a poco, centímetro a centímetro, hasta que la tuvo bien sujeta entre las manos temblorosas.

—Vaya plan de mierda —masculló Morgan a pesar de la mordaza. Forcejeó para librarse de Max, pero él la agarró con más fuerza e hizo que soltara un gemido.

A Will le hervía la sangre. Los ojos de Jesse se abrieron de par en par mientras Will levantaba la viga por encima de su cabeza. Max giró sobre sí mismo, soltando a Morgan, quien gritó y se apartó justo a tiempo para que la cara de Max se encontrara con la tabla. Una poderosa vibración recorrió los brazos de Will mientras la sangre brotaba del rostro de Max. Su cuerpo se desplomó, cayendo al suelo con un húmedo y satisfactorio *plaf*. Jesse lo miró, con las cejas completamente fruncidas. «Te dije que me dejaras a mí manejar

esto».

Jesse lo miró con el ceño fruncido.

—Te he dicho que dejaras que me encargara yo del asunto.

—¡Estabas tardando demasiado! —replicó Will.

Arrojó la viga a un lado, se puso de rodillas y se arrastró hasta Morgan, que se había acurrucado en posición fetal. Con una navaja, Jesse le cortó las bridas que le ataban las muñecas mientras Will le quitaba la cinta adhesiva de la boca con mucho cuidado. Ella escupió el trapo sucio y tomó aire.

—Recordadme que no vuelva a confiaros mi vida nunca más —refunfuñó—. ¡Habéis dejado que el hombre se pasara una eternidad hablando!

—Estaba esperando a que confesara y a tener una buena oportunidad para dispararle sin darte a ti. Perdona por intentar salvarte la vida —contestó Jesse.

—Aquí, el único que me ha salvado la vida ha sido… —Todo el veneno que le teñía la voz se evaporó de inmediato cuando se giró hacia Will.

La adrenalina le corría por las venas y sentía descargas eléctricas en las yemas de los dedos. Tenía la sensación de que en ese preciso instante podría atravesar una pared, pero, en cuanto ella lo miró, todo dejó de importar.

—Salgamos de aquí —les recomendó Jesse. Desenganchó el teléfono que llevaba colgado de la cintura—. Ang, necesito a los servicios de emergencia en Diamond Jack's.

Will se quedó atrás mientras su amigo sacaba a Morgan de la sala. Se agachó junto al cuerpo de Cameron que, tal como había sospechado, llevaba un traje al que le faltaba un gemelo. Se giró hacia Max, que seguía balbuceando, medio inconsciente. Rebuscó entre los bolsillos del hombre hasta que encontró el trozo de papel amarillo doblado. El decreto histórico. Conocía a más de una persona que se alegraría de que acabara en las manos adecuadas.



El caos remitió. Max Greaves ya estaba en la parte trasera de un coche patrulla, desplomado contra la ventana. Gracias a la madera con la que Will le había cruzado la cara, tenía tanto el ojo como el labio partido de un tamaño cuatro veces superior al normal. Sabía que tendría que experimentar cierta satisfacción, pero, en su lugar, se sentía vulnerable, inquieto y agotado.

Con los brazos cruzados, se quedó de pie junto a la ambulancia, observando al personal sanitario que estaba terminando de hacerle un reconocimiento médico a Morgan. Bajo las luces intensas, tenía la piel pálida y un moratón bastante feo en el lateral en el que le habían golpeado para dejarla inconsciente. Sin embargo, su mirada de ojos ardientes y melosos seguía siendo penetrante y vivaracha. Estaba sana y salva, y eso era lo importante.

No se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento hasta que ella no se giró hacia él y le hizo un gesto con la cabeza. Apenas la ladeó un poco, pero le estaba dando permiso para que se acercara. Will dio un paso al frente, pero se detuvo, sin saber si se lo merecía.

Jesse se acercó con aire petulante, libreta en mano, y le bloqueó el camino.

—Morgan nos ha dado una declaración muy completa. Van a registrar la *suite* Jardín de la pensión. Dice que en esa habitación hay un escondite con más documentos y que tal vez haya algo que demuestre que Max llevaba un tiempo planeando esto. Tate está furioso. Al parecer, se había reunido con Eleanor un par de semanas antes de que la mataran. Va a sacar la artillería pesada: la Policía Estatal. Así que el asunto queda fuera de nuestro alcance. Va a asegurarse de que Greaves se pase una larga temporada entre rejas.

Will asintió con la mandíbula tensa.

—Habla con Ronald Hartley, el coordinador del Área de Urbanismo. Él podrá encajar todas las piezas. Mientras tanto,

Morgan necesita descansar, Jay.

—Puede macharse. Nosotros nos encargamos del resto.

Se estrecharon la mano y se abrazaron mientras se daban una palmadita en la espalda.

—Gracias, colega —dijo Will—. Por todo.

—Ahora eres prácticamente familia —respondió Jesse mientras lo soltaba y señalaba a Morgan con un gesto de la barbilla.

Will no esperó ni un segundo más. Morgan estaba sentada en el parachoques de la ambulancia. El golpe de la cara se le estaba poniendo morado y llevaba marcas rojas causadas por las bridas en torno a las muñecas. Cuando se detuvo frente a ella, alzó la vista poco a poco, como si verla hubiera calmado algo en su interior.

—Tendría que haberte protegido —se disculpó él. La voz, ronca y nerviosa, se le quebró a mitad de frase—. No tendría que haber dejado que nada se interpusiera entre nosotros.

—Esto no ha ocurrido por tu culpa. —Morgan sonaba cansada pero tranquila—. Cameron y Max tomaron sus propias decisiones.

Will negó con la cabeza y se pasó una mano por la barbilla.

—Te abandoné. No tendría que haber hecho eso, Morgan. Estaba enfadado y avergonzado, y no quería que vieras esa parte de mí. Pensé que, si la veías…, dejarías de ver las cosas buenas, que cambiarías de opinión.

Ella se puso en pie con lentitud y, aunque un destello de dolor le atravesó el rostro, ni se inmutó cuando estiró los brazos hacia él.

—No necesito que seas perfecto, Will, tan solo necesito que seas auténtico.

Aquello abrió de par en par algo en su interior. La atrajo entre sus brazos y la abrazó con fuerza, atrapándolos a ambos en ese instante. Morgan enterró el rostro en su pecho, y el peso de todo lo que habían sobrevivido los alcanzó de golpe.

Le colocó un dedo por debajo de la barbilla y le inclinó la cabeza hasta que pudo mirarle el rostro surcado de lágrimas.

—Lo eres todo para mí, Morgan Taylor.

Aunque tenía los ojos llenos de lágrimas, ella le dedicó una

sonrisa, breve pero llena de luz.

—Entonces, cierra el pico y bésame de una vez.

Will hizo justo eso. Le desabrochó el botón superior de la blusa y después el siguiente, hasta dejarle las clavículas a la vista, lo que reveló el lunar que le había visto durante la cita. A Morgan se le atascó el aliento en la garganta.

—Will… —susurró.

Él acercó tanto los labios a ella que pudo sentir el calor que irradiaba su piel.

—Una vez leí en un libro de poemas que los lunares marcaban las zonas que un amante te había besado en una vida pasada. —Alzó la vista para mirarla—. Dime, Morgan, ¿estás teniendo un *déjà vu*?

Le posó los labios sobre la piel y ella emitió un sonido que Will no dejaría de reproducir en su mente en años venideros. Le apoyó una mano en la espalda para mantenerla erguida, la cubrió de besos desde el cuello hasta la barbilla y al fin quedaron cara a cara, con las bocas a apenas un centímetro de distancia.

Se inclinó hacia delante, hambriento, hasta que sus labios se encontraron. Llevaba una eternidad esperando aquel momento. Tenerla entre sus brazos era un sueño hecho realidad. Al principio, el beso fue lento, dubitativo, suave y reverente. Pero entonces se volvió profundo y ansioso, como si con él pudiera compensar todas las oportunidades que habían perdido, cada palabra que no se habían dicho y cada momento que habían pasado separados.

Cuando al fin se separó de ella, sin aliento, le soltó las trenzas que llevaba recogidas en un moño en lo alto de la cabeza. Los largos mechones le cayeron sobre los hombros como una cascada. Nunca había estado tan guapa.

—Cuando estés lista —comenzó a decirle—, quiero llevarte a Macon. Quiero que conozcas a Tanya.

Morgan retrocedió, sorprendida.

—¿A tu ex?

Will volvió a arrastrarla hacia él.

—A la madre de Angel. Sigue formando parte de mi vida. Pero también quiero que veas de dónde vengo y cómo es el lugar que me hizo ser quien soy. Quiero que lo sepas todo sobre mí, Morgan.

Ella asintió con los ojos vidriosos.

—Está bien —concedió—. Sería un placer.

Will volvió a inclinarse y le dio un beso en la sien.

La noche primaveral seguía siendo fría y las luces de emergencia arrojaban sombras azules y rojas sobre su piel, pero, por primera vez en días, Will se sentía firme. Mientras abrazaba a Morgan, lo supo: aquello no era más que el principio.

Capítulo 34
Morgan

Sábado

El sol dorado despuntaba sobre los canelos silvestres como una promesa cumplida, imparable y constante. Morgan apoyó la cabeza contra la fría ventanilla del coche de Will mientras pasaba la vista por los rayos dorados que atravesaban los árboles. La bruma matutina se aferraba a los bordes de la carretera y difuminaba el mundo que los rodeaba.

En el asiento trasero, Angel dormía profundamente, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta mientras aferraba su cuaderno de dibujo. Daphne estaba hecha un ovillo a sus pies, roncando. Will le apoyó una mano en el muslo y, por primera vez en lo que le parecía un siglo, se permitió respirar hondo.

Todo iba a salir bien.

Giró la cabeza y contempló el perfil de Will mientras conducía con los hombros echados hacia adelante, el ceño relajado y la mandíbula suelta. Las marcas de tensión que le habían rodeado los labios al fin habían desaparecido. Él la miró de reojo y, cuando se dio cuenta de que ella también lo estaba mirando, sonrió. Aquella sonrisa torcida y que asomaba con lentitud siempre hacía que sintiera una presión en el pecho, aunque en el mejor de los sentidos.

Siete días. Una semana. Eso era lo que había tardado su vida en dar un vuelco. Unos días atrás, había estado convencida de que su vida se estaba desmoronando: sin certezas sobre su futuro, su lugar en el mundo, la pensión o su propio corazón.

Pero ¿ahora? Iba de camino a Macon con un hombre al que… ¿amaba? Su hija iba en el asiento trasero, sumida en un sueño profundo. Todavía estaba magullada, recomponiéndose, pero se sentía completa.

Estiró la mano hacia la de Will y entrelazó los dedos con los suyos. Él se la estrechó y se concentró en la conducción. Morgan apoyó la cabeza sobre el reposacabezas mientras los recuerdos la asaltaban en destellos de caos, desamor y descubrimientos.

Eleanor Langford le había salvado la vida (tanto a ella como a sus padres) sin saberlo, pues había dejado hasta el último documento que había recopilado en el compartimento secreto del armario de la *suite* Jardín. Al final, había sido Angel, la curiosa e intrépida Angel, la única lo bastante pequeña como para colarse en dicho compartimento para recuperar los papeles antes de que la Policía recurriera a la opción de destrozar el armario.

Allí habían aparecido todos los documentos. Toda la meticulosa investigación de Eleanor y sus notas escritas a mano. Diagramas, registros de pagos y transferencias bancadas. Y lo más condenatorio de todo: el mapa de distribución territorial con transparencias falsificadas.

Max Greaves había estado blanqueando dinero a través de empresas fantasma que donaban a las campañas electorales del alcalde Lyons. Había pagado una gran cantidad el mismo año que, sospechosamente, habían enmendado el decreto de distribución territorial. ¿El otro rastro de pagos? Transferencias bancarias electrónicas a Cameron Shore, reflejadas con todo lujo de detalles.

Toda aquella retorcida trama desplegada ante el Departamento de Policía de Cinnamon Falls solo porque una mujer se había negado a que la borraran de la historia. El alcalde Tate tampoco se había quedado de brazos cruzados ante el delito. Acompañó

personalmente a Greaves hasta dejarlo bajo custodia de la Policía estatal, con la intención de que sirviera de ejemplo para cualquiera que, en el futuro, se atreviera a meterse con la buena gente de Cinnamon Falls.

Morgan pestañeó para deshacerse del escozor repentino de los ojos. Todavía no podía creerse que Eleanor, la huésped más molesta de su madre, les hubiese estado cubriendo las espaldas todo aquel tiempo. En cuanto a Cameron, todavía no estaba lista para desenredar todos sus sentimientos al respecto. Al menos, no por el momento. Para eso, iba a necesitar un par de *whisky sours*, un psicólogo valiente y a su mejor amiga.

Volvió a mirar por la ventanilla. La carretera hacia Macon era larga y recta, y estaba flanqueada por flores silvestres y hierba que se mecía con el viento.

En algún punto más adelante se encontraba Tanya, a la espera de reencontrarse con su hija. Curiosamente, Morgan no estaba nerviosa. No porque la situación no fuese complicada, sino porque no se sentía como si estuviera a punto de hacerse añicos. Se sentía liberada; se atrevería incluso a decir que se sentía amada. Captó su reflejo en el retrovisor: su labio aún estaba cicatrizando, pero sus ojos se veían firmes. Se sonrió a sí misma. Qué rápido cambia la vida.

Mientras pasaban junto al cartel de BIENVENIDOS A MACON, se apoyó sobre el hombro de Will y susurró:

—Veamos adónde nos lleva esta historia.

Epílogo
Morgan

Seis meses después

Tenía el micrófono demasiado pegado a la boca. Morgan lo apartó con suavidad con la mano, pero el técnico de sonido, que llevaba gafas, apareció detrás de ella de la nada para volver a colocárselo de inmediato debajo de la nariz.

—Finge que no está ahí y ya está —le recomendó.

Desde el asiento contiguo al suyo, Will soltó un bufido divertido.

—Para él es fácil decirlo; no son sus secretos los que están a punto de salir a la luz en directo ante un millón de personas.

Ángel, siempre imperturbable, columpiaba los pies desde la silla de oficina y sonreía como si todo aquel montaje hubiera sido preparado especialmente para ella. Un micrófono diminuto estaba sujeto con cuidado a su cárdigan amarillo limón, y su vestido del día era un maxi de lino blanco que le llegaba hasta los tobillos. Del otro lado del cárdigan colgaba orgullosa la cinta azul del primer lugar que había ganado meses atrás en la biblioteca. Su dibujo, un retrato de Eleanor Langford, ya adornaba el despacho del alcalde Sterling Tate y permanecería allí hasta el fin de su mandato. La pequeña se negaba a quitarse el lazo. Sobre su regazo descansaba la figura coleccionable de *Andrew Guy, investigador privado*, y su melena

estaba recogida en aquel peinado en zigzag que había suplicado a Morgan que le hiciera a las seis de la mañana. Morgan no podía negarle nada a alguien que sabía exactamente lo que quería.

—No os preocupéis —susurró la pequeña—. Yo me encargo de hablar.

Will le dedicó una sonrisa tensa.

—Ay, de eso estoy seguro.

En Rosie's Diner reinaba el bullicio de la cháchara previa a la grabación. Unas luces LED resplandecían con suavidad desde el equipo de grabación que había sobre sus cabezas. Frente a ellos, la presentadora del pódcast *Confidencial*, Brooke Slade, y su compañero, Jake, estaban hojeando sus notas con la energía de dos personas que habían tomado demasiados cafés exprés preparados por Eddie Rutherford y dormido demasiado poco.

—Muy bien. —La presentadora alzó la vista con los ojos brillantes por la emoción—. Vamos a hacer un poco de esa magia de los pódcast.

Brooke tenía el pelo rizado y de color castaño rojizo, unas gafas demasiado grandes y una curiosidad insaciable por los crímenes.

Su copresentador y marido, un tipo robusto y barbudo ataviado con una camisa de franela, les dedicó un gesto amistoso de la cabeza mientras se recolocaba los auriculares.

Brooke se inclinó sobre la mesa de la cafetería mientras los técnicos trabajaban entre bambalinas para que toda la maquinaria de producción estuviera lista.

—Es todo un honor teneros a los tres con nosotros. Angel, eres oficialmente la detective más joven a la que hemos entrevistado jamás.

La pequeña sonrió, radiante, e hizo una floritura con el dedo índice.

—Prefiero que me llamen «investigadora excepcional». Aquello provocó el frenesí entre la abarrotada sala.

—Por supuesto —contestó Jake—. Culpa nuestra. ¿Es cierto que tu muñeco, Andrew Guy, desempeñó un papel clave a la hora de

resolver el caso?

Will enterró la cabeza entre las manos.

—Nunca va a dejar que lo olvidemos.

Brooke levantó la figura de forma teatral.

—Cuando tiras del cordón, dice…

Angel tiró del cordón que Andrew Guy llevaba en la espalda:

—«Siempre podrás encontrarme donde se ocultan las cosas» —dijeron los dos al unísono.

Morgan puso los ojos en blanco con afecto.

—Que, por casualidad, es exactamente lo mismo que Eleanor Langford le dijo a Angel justo antes de morir.

Brooke ahogó un grito como si fuera la primera vez que oía esa información, a pesar de que Morgan y ella llevaban semanas intercambiando detalles a través del correo electrónico.

—Increíble —dijo Jake mientras sacudía la cabeza—. De un mensaje críptico a un tesoro escondido de pruebas de fraude urbanístico. Lo que quiero decir es que esta historia lo tiene todo: un asesinato, corrupción en un pueblo pequeño, un laberinto siniestro y ¡un compartimento secreto! Si intentarais vendérsela a alguien de Hollywood, ¡diría que es demasiado!

—Y te estás olvidando del romance —dijo Will con una sonrisa—. Esa parte todavía sigue en curso.

Morgan se sonrojó mientras escondía el rostro entre las manos.

Desde el fondo del restaurante, la multitud gritaba, con la voz de Nia liderando el grupo. Jesse estaba sentado con los brazos cruzados, junto a Calvin y Tanya, con una sonrisa satisfecha en el rostro. Renee discutía con Elijah a través de una videollamada mientras recolocaba el trípode para conseguir el mejor encuadre del programa. Tanto Marjorie como Vanessa estaban al borde de las lágrimas, aunque Morgan no sabía si era porque se sentían orgullosas o por el don para la comedia de Angel. Walter y Niles se peleaban por Midnight mientras Daphne, a la que no le hacía ninguna gracia la falta de comida, yacía acurrucada en torno a los pies de Wesley. Jake pasó una de las páginas de sus notas.

—Bueno, Morgan, según tus declaraciones, acabaste con las manos atadas con bridas en el sótano del casino Diamond Jack's. Y tú, Angel, ¿estabas durmiendo?

—Fuera de combate —contestó ella con gesto inexpresivo.

—Es una leyenda absoluta —susurró Brooke.

Justo en ese instante, alguien gritó entre el público…

—¡Preguntadles por el beso!

Morgan abrió los ojos de par en par y Nia se puso en pie.

—Al parecer, fue muy cinemático, así que merece que lo incluyan.

—¡Ni siquiera estuviste allí! —refunfuñó Jesse.

—Cállate, me dijiste que estuviste a punto de llorar —contestó ella mientras le daba un golpe en el hombro.

—¿Queréis que lo recreemos? —ofreció Will mientras se acercaba al rostro de Morgan.

—Por favor, estamos aquí por trabajo —dijo Angel mientras fingía tener una arcada—. Vamos a comportarnos como profesionales.

Todo el mundo estalló en carcajadas y los productores levantaron los dedos pulgares en dirección a Brooke y Jake. A través de un altavoz, Morgan oyó que comenzaba el tema principal de *Confidencial*.

—Muy bien —dijo uno de los productores mientras daba una palmada y silenciaba al público—. Empezamos en tres…, dos…

Justo antes de que se encendiera la luz roja, Morgan respiró hondo.

«Vamos allá» —pensó—. «Hora de sacar a relucir mi actitud de protagonista».

Agradecimientos

Para mí, escribir los agradecimientos es la parte más difícil de escribir una novela. Este libro comenzó, como la mayoría de mis historias, con la familia. Escribir *Crimen en la pensión de las flores* me recordó la profundidad con la que nos moldean nuestras raíces. Pienso mucho en los caminos que recorremos, esos que creemos estar forjando por nosotros mismos para al final darnos cuenta de que alguien ya los ha recorrido antes que nosotros, dejando atrás partes de sí mismo para quienquiera que viniera detrás. Le debo mucho de lo que soy a la gente que vino antes que yo; a aquellos que me mostraron lo que es la fuerza auténtica sin olvidarse de dejar hueco para las risas, el asombro y la curiosidad; a aquellos que han hecho que la fe sea mi pilar y a aquellos que me mantienen a flote cuando la vida me resulta demasiado pesada.

Al final, escribir es un acto solitario, pero el corazón que se esconde detrás nunca está solo. Gran parte de esta novela procede del amor, el dolor, el humor y la resiliencia que he encontrado en la vida real.

Aunque sea un lugar ficticio, cuando escribo sobre Cinnamon Falls visualizo el hogar de mi abuela en un pueblo pequeño de Virginia. Allí aprendí que el amor se encuentra entre los pequeños detalles: un poco de azúcar en los cereales del sábado por la mañana, la luz del porche encendida cuando llegas tarde a casa,

levantar la mano cuando un vecino pasa con el coche o un vaso helado de limonada cuando un amigo te visita de forma inesperada. La consideración: ese es el corazón palpitante de Cinnamon Falls. Si has encontrado consuelo entre estas páginas, gracias por formar parte de este viaje. Eres el motivo por el que sigo escribiendo y por el que este pueblecito ficticio me parece tan real.

¡Hasta la próxima!



R. L. KILLMORE (Washington D. C., Estados Unidos, 1987). Este nombre es el seudónimo literario de la escritora estadounidense Necole Ryse, conocida por sus novelas de misterio acogedor (cozy mystery), como la serie Los secretos de Cinnamon Falls. Cuando no está escribiendo, se dedica a no hacer deporte, llorar sobre una pila de manuscritos inacabados, regañar a niños en bibliotecas o escuchar conversaciones ajenas.